

©Alejandro Bek

Diciembre 2014

Ésta es una publicación de **MORENA y Para Leer en Libertad AC.**

www.morena.si
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com
www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición y formación: Alicia Rodríguez.
Diseño de portada: Daniela Campero.

**LOS HOMBRES
DE PANFÍLOV**

Alejandro Bek

ÍNDICE

Primera Parte

Prólogo	
Un hombre sin apellido.....	9
El miedo.....	17
Júzguenme.....	29
¡No a morir, sino a vivir!.....	43
El general Iván Vasílievich Panfílov.....	55
Tres meses atrás.....	71
El caballo Lisanka y una historia caballar.....	81
Primera marcha.....	91
¡Adelante!.....	103
¡Pruébenlo, bátanse con nosotros!.....	119

Segunda Parte

En vísperas de la batalla.....	129
Una hora con Panfílov.....	139
Combate en el camino.....	159
¡Tú has entregado el camino!.....	179
Otro combate en el camino.....	193
El veintitrés de octubre.....	211
El atardecer del veintitrés de octubre.....	241
¡Aquí estamos!.....	263
En la casa del guardabosque.....	285
Los ochenta y siete.....	301
Lamañana.....	319
En el cruce de los caminos.....	329
Fusil, fusil, ¿tú nos salvarás?.....	351
Con Panfílov en Volokolamsk.....	363

PRÓLOGO

El teniente Baurdján Momish-Ulí, comandante de un batallón del Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial narra, por intermedio del autor de esta novela, algunos episodios que precedieron a la heroica defensa de Moscú, sitiada por los alemanes. El colorido relato del teniente, que supo convertir en soldados capaces e imbatibles a hombres confundidos, sin adiestramiento militar, no sólo conmueve por su veracidad y emociona con su adusto humanismo, sino que permite al mismo tiempo comprender sucesos reales que conmocionaron a nuestra época.

En los meses de octubre y noviembre de 1941, durante la Segunda Guerra Mundial, las tropas alemanas avanzaron sobre Moscú y presionaban sobre dos carreteras que daban acceso al objetivo: la de Leningrado y la de Volokolamsk. En ésta se libró la batalla que desbarató la ofensiva alemana, obligó al ejército invasor a retirarse y salvó a Moscú.

La descripción de la epopeya de Moscú constituye el contenido de la segunda parte de este tomo. Pero Bek no se ocupa especialmente de describir las acciones militares. Su obra responde al espíritu realista de la literatura soviética; tanto las situaciones como los personajes han sido tomados de la realidad, al punto que se la podría calificar como reportaje o crónica de guerra si la imaginación no se entrelazara con la realidad en una notable estructura novelística que apasiona y cautiva al lector.

PRIMERA PARTE

UN HOMBRE SIN APELLIDO

1

En este libro, soy sólo un esmerado y fiel copista. Ésta es su historia.

2

—No —dijo con brusquedad Baurdján Momish-Ulí, no le contaré nada. No soporto que se escriba sobre la guerra relatos de otros.

— ¿Por qué?

Él contestó con una pregunta.

— ¿Sabe usted qué es el amor?

— Lo sé.

— Antes de la guerra, también yo creí saberlo.

Amé a una mujer, apasionadamente; pero, eso no es nada, comparado con el amor que nace en la batalla.

En la guerra, en el combate, nace el amor más fuerte y el odio más fuerte, de los que no tienen idea los hombres que no los hayan vivido. ¿Acaso comprende usted qué es una lucha interior, qué es el sentimiento del deber o, como decimos nosotros, la conciencia del soldado?

— Comprendo -contesté yo, con menos seguridad.

— No, usted no comprende eso. Usted no sabe cómo pelean, se desgarran, se arrancan los cabellos

—**Los hombres de Panfilov** uno al otro, dos sentimientos: el miedo y el deber. Las bestias más feroces no son capaces de luchar tan cruelmente como estos dos sentimientos. Usted conoce la conciencia de un trabajador, la conciencia de un esposo, pero no conoce la conciencia de un soldado. ¿Arrojó usted, alguna vez, una granada a un refugio enemigo?

—No...

—Entonces, ¿cómo va a escribir? Un soldado avanza con su compañía, disparan contra él las ametralladoras, al lado caen sus camaradas, pero él se arrastra y se arrastra. Trascurre una hora, sesenta minutos. En un minuto hay sesenta segundos y en cada segundo pueden matarlo cien veces. Pero él se arrastra... Esto es la conciencia de un soldado, su deber. ¿Y la alegría? ¿Sabe usted qué es la alegría?

—Será que tampoco conozco eso —dije yo.

—¡Ciertamente! Usted conoce la alegría del amor, y puede que la alegría de crear. Su esposa, es probable que haya compartido con usted las alegrías de la maternidad. Pero, quien no haya sentido la alegría de la victoria sobre el enemigo, la alegría de una proeza militar, ése no sabe cuál es la alegría más fuerte y más ardiente. ¿Cómo, pues, va a escribir usted sobre eso? ¿Va a inventar? En la guerra yo he leído un libro escrito no con tinta ni lápiz, sino con sangre. Pero, usted ¿qué puede escribir?

Intenté discutir, pero Baurdján Momish-Ulí fue inflexible.

—No —dijo con brusquedad. Usted no escribirá la verdad...

Durante mucho tiempo busqué al hombre que pudiera narrar la batalla de Moscú; el hombre cuyo relato abarcase el plan y el sentido de las operaciones y, al mismo tiempo, llevase adonde todo se verifica y resuelve: a la batalla. No voy a describir esas búsquedas. Sólo diré lo indispensable. Yo sabía, por el material estudiado, que al avanzar sobre Moscú, en octubre y noviembre de 1941, mientras procuraba cerrar sus tenazas alrededor de nuestra capital, el enemigo se lanzaba simultáneamente a su objetivo en forma directa, aplicando el golpe principal a lo largo de la carretera de Volokolamsk y, después, también a lo largo de la de Leningrado.

En los duros días de octubre, cuando los alemanes irrumpieron en Viazma y, en tanques, motocicletas y camiones, se dirigieron hacia Moscú, los accesos a la carretera de Volokolamsk fueron protegidos por la 316^a división de fusileros, conocida hoy como la 8^a de Guardia, con el nombre de "General mayor Iván Vasílievich Panfílov". Al emprender, en noviembre, su segunda ofensiva contra Moscú, el enemigo introducía una cuña en dirección adonde, otra vez, estaban combatiendo los hombres de Panfílov. En la batalla, de siete días, de Kriukovo, a treinta kilómetros de Moscú, ellos, juntamente con otras unidades del Ejército Rojo, contuvieron la presión de los alemanes y, dando vuelta bruscamente a la historia, rechazaron al enemigo. Allá me dirigí, hacia los hombres de Panfílov, sin conocer aún el nombre ni la condición de quien pudiera relatarme la historia de la gran batalla de dos meses; pero, confiaba en que lo encontraría.

—**Los hombres de Panfilov**
Y, efectivamente lo encontré: Baurdján Momish-Ulí, teniente en los días de la batalla de Moscú, pero ahora, un año después, teniente coronel.

4

Me sorprendió desde el primer momento. Presentándose, dio su nombre. Como no entendí bien se lo volví a preguntar.

— Baurdján Momish-Ulí -repitió distintamente.

En su tono capté una nota extraña, que, en aquel momento, me pareció de exasperación. Será que le agrada — reflexioné — que lo entiendan al instante.

Por hábito de corresponsal, saqué la libreta de apuntes.

— Perdone, ¿cómo se escribe su apellido?

Él respondió:

— Yo no tengo apellido.

Quedé sorprendido. Acababa de decirme que, traducido al ruso, Momish-Ulí significa “hijo de Momish”.

— Ése es mi nombre -continuó. — Pero apellido, no tengo. ¿Ha comprendido?

— No, no comprendo nada.

Me miró y permaneció callado.

Sólo después, cuando nos conocimos más de cerca, pude saber por qué él se llamaba a sí mismo un hombre sin apellido.

— Fui y seguiré siendo kazajo -dijo. -Entre los de nuestro pueblo, hay quienes tienen vergüenza de ser kazajos. Cuando yo estudiaba en la escuela junto a los rusos, muchos jóvenes kazajos empezaron a cambiar sus nombres al modo ruso: en lugar de Kuranbek, Kostia; en lugar de Sholpán, Shura. A mí empezaron a llamarme Bo-

ria, Boria... Yo les decía: "No soy Boria; era Baurdján y seguiré siéndolo. Pero, los muchachos, de nuevo: "¡Boria!" Yo gritaba: "¿Boria? ¡Pues toma para ti, Boria!" Cuando Boria me llamaban, tanto les daba. Las cosas llegaron no sólo hasta haber lágrimas, sino, también, sangre. Después, el director de la escuela, un viejo bondadoso e inteligente, reunió nuestra clase y dijo: "No le llamen Boria; tiene un nombre hermoso: Baurdján".

Momish-Ulí quiso sonreírse, pero no pudo. Los labios de trazos bien definidos, como si hubieran sido recortados, se movieron y, con un temblor, se cerraron. Su rostro no tenía la suavidad pensativa, propia, como suele creerse; del Oriente. Existe una multitud de rostros que parecen modelados, a veces, con amor, esmeradamente; y otras, de un solo golpe. El rostro de Baurdján Momish-Ulí hacía pensar en una escultura y no en un modelado. Parecía recortado en bronce con algún instrumento muy agudo, que no hubiera dejado una sola línea curva. Me hizo evocar un recuerdo de infancia. En las duras tapas azules de un volumen de obras de Mayne Reid o Fenimore Cooper, estaba estampado el perfil del enjuto rostro de un piel roja. El perfil de Baurdján era semejante, me parecía, a aquella impresión en relieve.

Moreno a lo mongol, de pómulos ligeramente salientes, a menudo impenetrablemente tranquilo -sobre todo en momentos de cólera- su rostro era iluminado, a veces, por sus grandes ojos negros.

Lo miraba y volvía a sorprenderme. Un hombre, que tan vivamente experimentaba el sentimiento del orgullo nacional, que peleaba hasta haber sangre, por su

Los hombres de Panfilov nombre kazajo, hablaba de ello en ruso dominando libremente la riqueza de nuestro lenguaje. Hasta en los momentos de agitación, no desfiguraba las palabras ni los gritos. Sólo le era peculiar, a veces, una cierta lentitud; yo había observado que sus palabras fluían con más rapidez cuando hablaba en kazajo.

Tomando un cigarrillo y cerrando con un brusco crujido la cigarrera, concluyó obstinadamente:

—Si algún día, pese a todo, escribiera usted sobre mí, nómbrame en kazajo: Baurdján Momish-Ulí. Que sepan que se trata de un kazajo de ojos oblicuos, un pastor que corría en la estepa las ovejas, un hombre que no tiene apellido.

5

Ya en la primera tarde de nuestra relación, tuve la suerte de oír cómo Baurdján Momish-Ulí platicaba con los comandantes, recién llegados al regimiento, aún bisoños en la guerra. Hablaba con ellos sobre el alma del soldado. Desarrollando, sin apresurarse, su pensamiento, les refería, como a propósito, uno de los combates sobre la carretera de Volokolamsk. El corazón me dio un vuelco. Sacando rápidamente la libreta de apuntes y acomodándome cerca de la lámpara, que ardía sin el tubo, escribí con avidez. Sin creer aún en mi suerte, me puse a conjeturar: aquí estás las páginas del relato largamente esperado, que descubre el plan y el sentido de las operaciones y, al mismo tiempo, lleva adonde se verifica y resuelve todo: a la batalla.

Aprovechando un minuto después de la conversación, pedía a Baurdján Momish-Ulí que me narrase desde el principio al fin, la historia de la carretera de Volokolamsk.

—No —contestó Baurdján Momish-Ulí-, no le contaré nada.

El lector está enterado ya de la conversación que siguió entre nosotros.

Yo no dudaba que Baurdján Momish-Ulí, en esa circunstancia, no tenía razón. Yo quería lo mismo que él: la verdad. Ante su áspera negativa dejé de insistir, pero, pasé cerca de Baurdján no pocos días.

Le gustaba narrar y sabía hacerlo. Aprovechando las ocasiones y procurando no estorbar, yo anotaba pacientemente y se acostumbró a mí.

Por los amigos de Baurdján, conocí la historia de su vida. En la escuela le habían aplicado dos apodos: “Ojos grandes” y “Shan-times”. El segundo, traducido literalmente, significa: inaccesible al polvo. Era el nombre de un corcel legendario, que galopaba tan raudamente que ni el polvo que levantaban sus cascos podía tocarlo.

Cierta vez le dije a Baurdján:

—Pese a todo, yo escribiré sobre usted. Y en algún lugar, sin falta, mencionaré que en la escuela usted era Shan-times. Sonrió. La sonrisa lo trasformaba. Su rostro severo, recortado por el instrumento agudo, se tornaba, súbitamente, en un rostro de muchacho.

—Pero, usted es un caballo de artillería —dijo cariñosamente. —No se ofenda, es un cumplido. El caballo

Los hombres de Panfilov
de artillería tira despacio del cañón, y es difícil hacerla do-
blar, pero, meneándose, lo arrastra tras de sí... Usted me
hizo doblar... Le contaré todo lo que quiera... Saque papel,
tome el lápiz. Escriba: "Capítulo primero. El miedo".

EL MIEDO

1

—Escriba —dijo Baurdján Momish-Ulí— “Capitulo primero. El miedo”. Tras pensar un instante, profirió:

—“Sin conocer el miedo, los hombres de Panfílov se lanzaban al primer, combate...”

Según usted, ¿es un comienzo adecuado?

—No sé — respondí, indeciso.

— Así escriben los cabos de la literatura — dijo ásperamente. — Durante estos días que usted lleva aquí, mandé deliberadamente que lo hicieran pasar por sitios donde a veces revientan dos o tres minas y silban las balas. Quise que experimentara miedo. Puede dejar de confirmármelo, ya sé, sin su confesión, que usted tuvo que reprimir el miedo.

¿Por qué, entonces, usted y sus compañeros de labor literaria imaginan que los que están combatiendo son hombres sobrenaturales y no como ustedes? ¿Por qué supone que el soldado está privado de esos mismos sentimientos humanos que son propios de usted?

¿Acaso cree que el heroísmo es un don de la naturaleza? ¿O de algún empleado de intendencia militar que, junto con los capotes, reparte la intrepidez anotando en su lista: “Recibido, recibido”?

Yo he terminado algunas academias en la guerra, me hice comandante de regimiento y creo que tengo suficiente base para afirmar : ¡no es así!

¿Qué cálculos se hacían los alemanes al invadir nuestro inmenso país? Estaban convencidos de que en la campaña oriental iría con ellos, a la cabeza de sus columnas de tanques, el general Miedo, ante quien se inclinaría o huiría todo lo viviente. ¿Se justificaron los cálculos alemanes en nuestro país? No, no se justificaron.

¿Qué pasó con nosotros, con mi batallón, cerca de Moscú?

Nuestro primer combate, en la noche del 15 al 16 de octubre de 1941, fue también, un combate con el miedo. Los soldados de mi batallón quedaron convencidos de su fuerza. Y siete semanas después, cuando habíamos rechazado de Moscú a los alemanes, con ellos huyó también el general Miedo. Así, por fin, conocieron los alemanes, acaso por primera vez en esta guerra, qué significa que el miedo corra detrás.

2

Hasta mediados de octubre, hasta el momento en que empezaron las batallas sobre las líneas de acceso a Moscú, nosotros no habíamos actuado en combates.

En la mañana del 6 de octubre, recibí orden de levantar el batallón en pie de alarma y dirigirme hacia el punto ferroviario más próximo. Allá nos esperaban vagones cubiertos y de plataforma. Los ocupamos y partimos esa noche. ¿A dónde? Ni a mí, comandante del batallón, me era dado saberlo hasta su debido tiempo.

Parecía como si marcháramos no hacia el frente, sino desde él. El ferrocarril corría hacia la estación y nudo ferroviario de Bológoie, sin detenerse en los puntos intermedios.

Por el camino nos informaron que en Bológoie estaba preparado nuestro almuerzo. Pero, alguien empujaba, como fustigándolos, a nuestros escuadrones. No hubo tiempo para distribuir la comida. El cambio de locomotoras se realizó en dos o tres minutos. ¡Un silbato, y de nuevo en camino!

Todos aguardábamos con curiosidad saber hacia dónde nos dirigíamos después de Bológoie. Pronto se aclaró: a Moscú. Allá se dirigían rápidamente, sin disminuir la velocidad en las estaciones intermedias y con intervalos de una y media a dos horas, nuestros escuadrones.

¿Con qué fin, para qué objetivo nos trasladan? No se sabe.

¿Por qué vamos con tanta prisa? ¿Hacia dónde, por qué camino tomaremos después de Moscú? ¿Dónde nos detendremos? No se sabe, no se sabe.

La marcha a velocidad tan desacostumbrada, causó en todos una excitación inquietante. Pensábamos: por fin viene lo verdadero, por fin entraremos en acción, en batalla. Los hombres cantaban y bromeaban. Por esos días, aún no conocíamos el miedo. No se cernía sobre nuestro ferrocarril, ni anidaba en los vagones que corrían veloces.

3

El 7 de octubre, descendimos en un bosque cerca de Volokolamsk, 120 kilómetros al sur de Moscú. Fui lla-

— **Los hombres de Panfilov** mado a la estación, ante el comandante del regimiento. Recuerdo las bajas torrecillas de hierro que se alzaban cerca del terraplén, camufladas con ramajes pintados: ramas verdes y grises. Eran los depósitos de bencina.

¿Podía saber yo que pronto iba a ver sobre el lúgubre fondo del cielo de octubre, cómo, sin el estrépito que llegó más tarde, sin las llamas ni el humo que después envolvieron el horizonte, esas torres de hierro subirían lentamente a un tiempo y, tras permanecer como suspendidas un instante, se desplomarían?

Allegándome al edificio de la estación, del que después sólo quedó un esqueleto con ladrillos y manchas de hollín en el hueco de las vacías ventanas, divisé de lejos una larga formación de vagones de plataforma, descubiertos, sobrecargados de cañones.

Alguien me llamó. Cerca de los vagones vi al coronel Malinin, comandante del regimiento de artillería de nuestra división.

— Admírelos un poco, desertor — me dijo. — ¿Son buenos?

Me llamaba desertor, desde el día en que supo que yo, artillero comandante de una batería, por mi propia solicitud había solicitado, pasar a la infantería. Las piezas estaban embadurnadas, como de fábrica, por una tupida capa de grasa espesa, y de superficie oscurecida. Hacía muy poco que habían llegado, para completar la artillería de la división.

— ¡Ajá! — dije — ; también hay de los pesados.

— Estos hipopótamos vamos a instalarlos como cañones de sitio.

— ¿Acaso estaremos aquí por mucho tiempo?

Parece que tendremos que invernar. Estamos ocupando la R. F. de Volokolamsk.

Espero que usted esté enterado de que R. F. es la denominación abreviada de Región Fortificada.

Yo sufrí una decepción: quiere decir que otra vez en la retaguardia, otra vez en reserva.

No sabía que, lejos delante nuestro, sobre Viazma, los alemanes habían cortado el frente que protegía a Moscú; que Hitler cuatro días antes había declarado por radio, al mundo: “El Ejército Rojo está aniquilado: el camino a Moscú está abierto”. Entre tanto, Moscú, por ese entonces construía esforzadamente un nuevo frente, a 120-150 kilómetros de la ciudad, sobre líneas que entraron en la historia con el nombre de accesos exteriores. De las estaciones de Moscú sin discursos ni bandas, partían batallones comunistas, vestidos de civil. Armamentos y uniformes los recibían por el camino. Uno o dos días antes de nuestra llegada, habían sido trasladadas por Volokolamsk, hacía el “mar de Moscú”, en camiones, unidades de infantería. Siguiéndolas, salieron para allá las unidades de artillería. Moscú — pronuncio esta palabra simbólicamente, sobreentendiendo el cuartel general, el Kremlin, Stalin —, Moscú enviaba al encuentro del enemigo fuerzas frescas y armamento, entre los que se contaban también estos cañones. Por entonces, yo ignoraba todo esto.

En el Estado Mayor del regimiento confirmaron que a nuestra división se le había ordenado ocupar la región fortificada de Volokolamsk e instalar allí construcciones defensivas. Me indicaron el sector destinado a mi batallón.

Al caer la tarde, partimos en marcha nocturna hacia el río Ruza, a treinta kilómetros de Volokolamsk.

Habitante de la Kazajia meridional, yo me había acostumbrado a un invierno tardío, mientras que en las proximidades de Moscú, a principios de octubre ya helaba por la mañana. Al amanecer, por el camino endurecido por la helada, sobre el barro revuelto por las ruedas, nos acercamos al pueblo de Novliánskoie, el punto poblado más importante en el sector de nuestro batallón.

Lo primero que distinguieron fue la silueta de un campanario poco elevado, que negreaba en el cielo turbio.

Dejando el batallón en un bosque cerca del pueblo, salí con los comandantes de las compañías, para reconocer el lugar.

A mi batallón le fueron señalados siete kilómetros por la orilla del angosto y sinuoso Ruza. En una batalla, de acuerdo con nuestros reglamentos, un sector así sería extenso hasta para todo un regimiento. Esto, sin embargo, no me preocupaba. Estaba seguro que, si algún día el adversario llegaba hasta aquí, le saldrían al encuentro, sobre nuestros siete kilómetros, no un batallón, sino cinco o diez batallones. Se me antojaba que las fortificaciones habría que prepararlas con ese cálculo.

No espere de mí una pintoresca descripción de la naturaleza. Yo no sé si el paisaje que se extendía ante nosotros era hermoso o no.

En el oscuro espejo, como se dice en topografía, del lento y angosto Ruza, flotaban como recortadas, grandes hojas sobre las que, seguramente, florecían en

verano lilas blancas y amarillas. Puede que esto sea hermoso, pero lo que yo me dije fue: miserable riachuelo, fácil de cruzar para el enemigo. Sin embargo, la ribera de nuestro lado era inaccesible para los tanques: desde el promontorio descendía hasta el agua una cuesta vertical escarpada. La ribera despedía destellos de greda recién cortada, que conservaba aún las huellas de las palas.

Más allá del río, se veía la lejanía: campos abiertos y macizos aislados, o, como se dice, cuñas boscosas. En un lugar, en la línea algo oblicua respecto del pueblo de Novliánskoie, el bosque se unía casi totalmente con el agua. Acaso hubiera en él todo lo que pudiera desear un artista para pintar un bosque otoñal ruso; pero a mí, esa saliente me producía aversión: lo más probable era que el enemigo se concentrara allí para atacarnos, guareciéndose de nuestro fuego.

¡Al diablo estos abetos y pinos! ¡Hacharlos! ¡Apartar el bosque del río!

Aunque nadie de nosotros, como se ha dicho, esperaba que aquí hubiera combates muy pronto, teníamos por delante el problema de construir una línea defensiva, tarea que debía realizarse con plena conciencia, como corresponde a oficiales y soldados del Ejército Rojo.

5

Los primeros avisos de la retirada de las unidades de nuestro ejército, aparecieron al día siguiente. Ambulaba gente que lo había abandonado todo, no se sabe dónde. Entre ellos, se encontraban soldados que, en pequeños grupos, se evadían del cerco.

Era un día frío y ventoso. Nieve fina y punzante caía sobre la hierba, como polvo helado, y se acumulaba alrededor de los endurecidos montículos de tierra arada. Durante el almuerzo, mientras los soldados comían en calma, detrás de los montones de la tierra extraída o dentro de las trincheras descubiertas, sin terminar, al pasar por una línea señalada con palas clavadas escuché: —No, muchachos, el golpe no lo dará por donde ustedes esperan... No le gusta meterse por donde lo aguardan...

Sonaban las cucharas; en un hoyo, detrás de un terraplén de poca altura, estaban comiendo.

—¿Y qué es lo que le gusta?

Por la pronunciación, reconocí que eso lo preguntaba un kazajo.

—Nos flanquea y eso es todo... Entonces sabrás qué es lo que le gusta...

De nuevo preguntó el kazajo:

—¿Y entonces, qué?

—Entonces no te dejes prender —profirió una voz nueva. —En sus manos es la muerte.

—El bosque nos protegerá... Dentro del bosque, él no es andariego.

¿... De quién es esta trinchera? ¿Quién de los kazajos está aquí? La memoria me recordó a Barambaiev. Sí, aquí es el lugar de su ametralladora. ¿O Galliulin...? Ambos están con la misma ametralladora.

De nuevo sonaban despacio las cucharas. El silencio fue roto por otra voz desconocida:

—Mi mochila estaba allí, mi marmita también... estábamos sentados, comiendo, como aquí, y de repente...

Entonces me di cuenta: con mis soldados se encontraban almorzando algunos de los que habían salido del cerco. Quise intervenir, pero me detuvo un pensamiento...

No lejos, vi el cañón, de bruñido acero, de una ametralladora oculta bajo una lona cuidadosamente colocada. Un ametrallador estaba allí de guardia. La cinta de repetición se hallaba puesta.

— ¿En orden? — pregunté.

— Sólo apretar, camarada comandante.

Me agaché y, apuntando sobre el espejo del río, apreté. La ametralladora, temblando, empezó a funcionar. Ocupados en sacar tierra para las coberturas, nosotros aún no habíamos tirado; ésta era la primera descarga que se expandía sobre nuestra línea.

Alguien salto del hoyo.

— ¡Alarma! — grité yo, — ¡A las armas!

Y de inmediato, cual un eco desfigurado, se pudo escuchar:

— ¡Los alemanes!

La voz era extrañamente sorda; el hombre no gritó sino más bien exhaló esa palabra, como si los alemanes ya estuvieran al lado, como si el hombre tuviera miedo de que ellos lo oyesen.

En el momento que siguió, todos salieron corriendo. No tuve tiempo de notar cómo ocurrió eso. Todo pasó instantáneamente; la fuga, en la guerra, es siempre así. El bosque estaba cerca, a unos 150 o 200 pasos. Corrían hacia allá. Corrían todos los que estaban comiendo en el hoyo: los recién venidos y los míos.

Daba ganas de volver la ametralladora y balearlos por la espalda. Subí a un montículo de greda y ahí permanecí de pie, mirando, en silencio, tras ellos. El primero en volver fue el ametrallador Bloja, apacible y grave ucranio, ducho en procurarse comestibles, que repartía con todos.

Seguramente, fue él, hombre compasivo, quien trajo a comer a los forasteros.

Dándose vuelta, Bloja me vio. Se detuvo de golpe: Varias veces abrió la boca, sin proferir palabra, y, súbitamente, gritó. No pude discernir las palabras: fue “comandante”, o “atrás”, o ambas cosas. Fue el primero en darse vuelta y se precipitó hacia mí. Un sentimiento de amor me traspasó, como una aguda espina. A ninguna mujer he amado tanto como a Bloja corriendo hacia mí, y a quien un minuto antes aborrecía.

El segundo en acercarse fue Galliulin, un enorme kazajo, empaquetador, de rostro muy moreno y brillante, el que cargaba fácilmente sobre sus anchísimos hombros una ametralladora pesada junto con el trípode. Bajó la cabeza y apretó la mano contra el pecho, pidiendo, en silencio, perdón, al mismo tiempo que sus piernas ya le traían hacia mí, tras de Bloja.

Después se dio vuelta Murin, de lentes, aspirante, antes de la guerra, de un conservatorio, y que escribía artículos sobre historia de la música. Pero alguien empujó a Murin, indicándole el cercano bosque. Y él, de nuevo, corrió como una liebre, pero otra vez se dio vuelta, deteniéndose. Su rostro sudoroso, sobre un débil cuello, daba vueltas ya hacia mí, ya hacia el bosque. Luego, limpián-

do rápidamente los lentes con los dedos, corrió atrás, a donde estaba yo. Murin fue el tercero en regresar.

Todos, ellos formaban una misma sección, un mismo cuerpo de ametralladores. Sólo faltaba ahora, el comandante del cuerpo, sargento Barambáiev.

No pocas veces me divertía mirando cómo él, el kazajo Barambáiev, desarmaba y armaba una ametralladora; cuán fácilmente, igual que un mecánico, adivinaba dónde y por qué la cosa no estaba bien del todo. También nosotros, los kazajos, nos estamos haciendo como los rusos, un pueblo de mecánicos, pensaba yo, a veces, cuando me encontraba con Barambáiev.

Y ahora quizás haya pasado corriendo velozmente por algún lugar, sin atreverse a dirigirme la mirada...

Yo acogía, en silencio, a los que regresaban. Sabía que mis combatientes eran hombres honrados. En estos momentos los afligía la vergüenza... ¿Cómo protegerlos otra vez de este sentimiento atormentador, ¿cómo salvarlos de la deshonra? ¿Qué hacer con ellos?

¿Exhortarlos? ¿Conversar con ellos? ¿Gritarles? ¿Arrestarlos?

Respóndanme, pues, ¿qué hacer?

JÚZGUENME

1

Me hallaba sentado en el reducto, con la mirada fija en el suelo, sosteniendo con las manos la cabeza baja, así (Baurdján Momish-Ulí mostró cómo estaba sentado) y pensaba, pensaba...

— Permiso para entrar, camarada comandante...

Asentí con la cabeza, sin levantarla. Entró el comisario político de la compañía de ametralladoras. Djalmujamed Bozjánov; Djalmujamed, ¿lo escribió? En Kazajia hay muchos Bozjánov, Djalmujamed, antes de la guerra, tenía seis hermanos.

— *Aksakal* -dijo con voz baja Bozjánov, en kazajo.

Aksakal, en traducción literal, significa “Barba blanca”; así llaman entre nosotros, al más anciano de la tribu. Así me llamaba Boszhánov a veces, después de un caso que contaré en otra ocasión.

Miré a Bozjánov. Su bondadoso rostro redondo estaba descompuesto.

— *Aksakal*... En la compañía ha ocurrido un hecho, extraordinario. El sargento Barambáiev se atravesó la mano de un disparo.

— ¿Barambáiev?

— Sí...

Pareció que alguien estrujaba mi corazón. Barambáiev era, como yo, kazajo; un kazajo de manos hábiles, comandante de una sección de ametralladoras, aquel mismo a quien no acabé de esperar.

— ¿Qué hiciste con él? ¿Lo mataste?

— No... lo vendé y...

— ¿Y qué?

— Lo arrastré y lo conduje aquí...

— ¿Dónde está? ¡Tráelo acá!

Así es... Quiere decir que en mi batallón apareció el primer traidor, el primero que disparó contra sí mismo. ¿Y quién, para colmo...? Barambáiev.

Entró con paso lento... En el primer instante no pude reconocer a Barambáiev. Su rostro, agrisado y reblandecido, parecía inmóvil, como una máscara. Rostros así suelen tener los que padecen del alma... La mano izquierda vendada, la tenía en peso; a través de la gasa, filtraba la sangre. Su mano derecha tuvo un movimiento, pero, sorprendiendo mi mirada, Barambáiev no se decidió a hacer el saludo militar. La mano descendió con temor.

— Habla — ordené.

— Es algo, camarada comandante, que ni yo mismo sé cómo fue. Fue algo repentino. Ni yo mismo sé cómo fue.

Balbuceaba obstinadamente esa frase.

— Habla.

No oyó insultos, aunque, seguramente, los esperaba. Hay momentos en que ya no es necesario in-

sultar. Barambáiev dijo que, al correr hacia el bosque, tropezó, cayó y su fusil había disparado.

— Mentira! — dije yo. — ¡Usted es un cobarde! ¡Un traidor! ¡La patria aniquila a los que son así!

Miré el reloj. Eran cerca de las tres.

— ¡Teniente Rajímov!

Rajímov era el jefe del Estado Mayor del batallón. Éste se puso de pie.

— ¡Teniente Rajímov! Llame acá al soldado Bloja. Que venga inmediatamente.

— Bien, camarada comandante.

— Dentro de una hora y cuarto, a las dieciséis en punto, forme el batallón en el llano, al lado de este bosque... Es todo. ¡Puede retirarse!

— ¿Qué quiere hacer conmigo? ¿Qué quiere hacer conmigo? — con precipitación, como si no tuviera tiempo para decirlo, empezó a hablar Barambáiev.

— ¡Lo fusilaré ante el batallón en formación!

Y, de pronto, Barambáiev cayó de rodillas. Sus manos, la sana y la vendada, manchada de sangre deshonrosa, se alargaron hacia mí.

— Camarada comandante... Yo diré la verdad... Camarada comandante... Fui yo mismo... Yo, a propósito...

— ¡Levántate! — dije. — Aprende, al menos, a no morir como un gusano...

— Perdóneme...

— ¡Levántate!

Él se levantó.

— Eh, Barambáiev, Barambáiev — pronunció suavemente Bozjanov. — Di, ¿en qué estabas pensando?

Por un instante, me pareció que era yo mismo quien había dicho eso; como si se me escapara aquello a lo que tuve que ordenar dentro de mí: “¡Silencio!”.

— No pensé — balbuceaba Barambáiev —, no pensé. Yo mismo no sé cómo fue.

Otra vez se aferraba, como a una paja, a esta frase.

— ¡No mientas, Barambáiev! — dijo Bozjánov. — Di al comandante la verdad.

— Es la verdad, es la verdad... Después vi la sangre, me recobré, ¿para qué hice eso? El diablo me extravió... No me fusile, perdóneme, camarada comandante.

Puede ser que él en ese momento, dijera realmente la verdad. Puede ser que le haya ocurrido eso precisamente: ofuscación de la razón, instantánea catástrofe que obedeció al miedo del alma.

Pero, así también se huye del campo de batalla, así también hacen los traidores a la patria, sin luego comprender, más de una vez, cómo pudo ocurrir eso.

Le dije a Bozjánov:

— Bloja será el comandante del destacamento en lugar de él... Y ese destacamento, los hombres con quienes vivía y de quienes huyó lo fusilarán ante el batallón formado...

Bozjánov se inclinó hacia mí y, en voz baja, me dijo:

— *Aksakal*, ¿tendremos nosotros el derecho?

— Sí — contesté yo. — Después responderé ante quienquiera, pero dentro de una hora cumpliré lo que dije. Usted prepare la denuncia.

En el reducto penetró, sofocándose, el soldado Bloja, y moviendo sus claras cejas apenas marcadas, anunció, en forma no muy inteligible, que estaba presente.

— ¿Sabes por qué te llamé? — le pregunté.

— No, camarada comandante.

— Mira a éste... ¿Lo conoces?

Le señalé a Barambáiev.

— Eh, tú... — dijo Bloja. En su voz se sentía desprecio y compasión. — ¡Y qué sucio se le hizo el morro!

— Lo fusilará usted — le dije a Bloja —, su destacamento...

Bloja palideció. Suspirando con todo su pecho, articuló:

— Será cumplido, camarada comandante.

— Nombro a usted comandante del destacamento. Prepare junto con el comisario político Bozjánov, a sus hombres.

-Bien, camarada comandante.

Acercándome a Barambáiev, le arranqué las insignias de distinción y la estrella del Ejército Rojo.

Con el rostro agrisado e inmóvil, él permanecía de pie, las manos caídas.

2

A la hora fijada, justamente a las cuatro, me dirigí al batallón, formado en letra P. En medio de una línea descubierta no oculta por los hombres, estaba parado Barambáiev, con el capote puesto, sin cinto, de frente a la formación.

— Batallón, ¡firme! — ordenó Rajímov.

En medio del silencio, se desprendió y cruzó veloz un ruido especial, siempre captado por el oído del comandante: como uno solo se movieron los fusiles y quedaron quietos.

En el alma oscurecida, por un instante brilló el contento. No, esto no es una multitud en capotes; son soldados, la fuerza, el batallón.

—De acuerdo con su orden, el batallón está formado.

A esa hora, sobre aquel campo ruso donde un hombre, con una mano deshonorosamente vendada, sin cinto y sin estrella, estaba de pie ante el batallón formado, cada palabra —hasta la fórmula habitual del anuncio— agitaba el alma.

—¡Comandante de destacamento Bloja! ¡A mí, con el destacamento! —ordené.

Iban en silencio a campo traviesa, adelante el bajo Bloja y el altísimo Galliulin, y detrás Murin y el que estuvo ayer de guardia en la ametralladora, Dobriankov; iban muy serios, nuca tras nuca, a paso encajado, sin doblar sus rostros al viento que soplaba de lado, procurando involuntariamente aparecer derechos ante las miradas de setecientos hombres. Pero, se hallaban turbados.

Bloja ordenó: “¡Destacamento, alto!” Los fusiles, con un solo movimiento, descendieron de los hombros a los pies. Bloja me miró, olvidándose de anunciar su presencia y la de sus hombres.

Yo mismo me dirigía a él, haciendo el saludo militar. Apresuradamente me contestó del mismo modo, y en forma no muy clara pronunció, como lo exige el reglamento, que, conforme a lo ordenado, estaba presente con el destacamento.

Usted preguntará ¿para qué todo esto, sobre todo en una hora así?

Sí, precisamente en esa hora, trataba yo de subrayar con cada fruslería que somos un ejército, una unidad de soldados.

Alineándose en una sola fila, el destacamento, acatando la orden, se dio vuelta hacia el batallón formado.

Yo dije:

— ¡Camaradas soldados y comandantes! Los hombres parados delante nuestro salieron huyendo ayer, cuando alguien gritó: “¡Los alemanes!” y yo ordené la alarma de combate: “¡A las armas!” Pasado el minuto, recobrándose, ellos volvieron... Pero uno no volvió, aquél que era su comandante... Se disparó en una mano para escapar del frente. Este cobarde, traidor a la patria, de acuerdo con mi orden, ahora será fusilado. ¡Aquí lo tienen!

Dándome vuelta hacia Barambaiev, lo señalé con el dedo. Él me miraba, sólo a mí, aferrándose a una última esperanza.

Yo proseguí:

— Él ama la vida, quiere deleitarse con el aire, con la tierra, con el cielo, con su aliento, con el latido de su corazón. Y entonces resolvió: “que mueran ustedes, pero yo seguiré viviendo”. Así viven los parásitos: por cuenta ajena. Acaso a cualquiera de nosotros nos toque morir en la batalla: iremos a combatir, pero antes te aniquilaremos, ¡parásito!

Me escuchaba sin moverse.

Setecientos hombres, parados delante mío, sabían: no todos quedarán vivos; a algunos la muerte los sacaría de filas; pero todos, en estos minutos; trasponían

— **Los hombres de Panfilov**
no sé qué límite, y yo expresaba con palabras lo que se estaba agitando en sus almas.

— Sí, habrá muertos en la batalla. Pero, a los que mueran como soldados, no los olvidarán en la patria. Hijos e hijas dirán con orgullo: “nuestro padre fue héroe de la guerra patria”. Eso lo dirán nietos y biznietos, Pero, ¿acaso moriremos todos? No. El soldado va al combate no a morir, sino para matar al enemigo. Y quien tenga ocasión, después de estar en batallas, después de cumplir su deber de soldado, de regresar a casa, a ése también lo llamarán héroe de la guerra patria. ¡Cuán orgulloso, cuán dulce suena esto: un héroe! Nosotros, combatientes honrados, conoceremos el placer de la gloria, pero tú... (otra vez me di vuelta hacia Barambáiev) tú quedarás echado aquí, cual una cosa caída sin honra y sin conciencia. Tus hijos renegarán de ti. La mala hierba — y aun ésta con repugnancia — crecerá sobre la fosa donde te enterremos.

— Perdónenme — balbuceó con voz baja, en kazajo, Barambáiev. — ¡Por mis hijos!

— ¿Qué? ¿Recordaste a tus hijos? Se han convertido en hijos de un traidor. Se avergonzarán de ti, ocultarán quién era su padre, Tu esposa será la viuda de un cobarde, de un traidor, fusilado ante el batallón formado. Recordará con dolor aquel desventurado día en que decidió ser tu esposa. Nosotros escribiremos sobre ti, a la patria. Que allá sepan que nosotros mismos te aniquilamos...

— Perdónenme... envíenme al combate...

De nuevo hablaba con voz baja y otra vez en kazajo. Yo le grité:

— ¡No estamos en el *aul*! ¡Habla en ruso!

Rápidamente repitió en ruso:

— Perdónenme... envíenme al combate...

Barambáiev pronunció eso en forma no muy inteligible, pero se sintió que todos lo habían escuchado.

— No — dije yo. — ¡Todos nosotros iremos al combate! ¡Todo el batallón irá a la batalla! ¿Ves estos soldados a los que hice salir de filas? ¿Los reconoces? Es el destacamento que tú mandabas... Ellos salieron huyendo junto contigo, pero se dieron vuelta. ¡Y no se les retiró el honor de marchar al combate! Tú viviste con ellos, comiste de la misma marmita, dormiste al lado bajo el mismo capote, como un soldado honrado. Ellos irán a la batalla. Bloja y Galliulin, Dobriakov y Murin, todos irán a la batalla, marcharán bajo las balas y las bombas, ¡Pero antes, te fusilarán, como a un cobarde que huyó del combate!

Y, rápidamente, di la orden:

— ¡Destacamento, media vuelta!

Palideciendo todos a la vez, los soldados se dieron vuelta. Sentí que también mi rostro se puso frío.

— ¡Comandante de destacamento Bloja! ¡Quitarle al traidor el capote!

Bloja, sombríamente, se acercó a Barambáiev. Vi que la mano derecha, no vendada, de Barambáiev, se levantó y por sí misma empezó a desabrochar los ganchos. Eso me sorprendió. No; éste, que parecía ansiar vivir con más fuerza que nadie, no tenía voluntad de vivir. Recibía abúlicamente la muerte. Y pensé: ¿acaso la incontenible ansia de vida, la esforzada voluntad de vivir, pertenece a los cobardes? No, eso sentimos nosotros, los que hemos decidido luchar. ¡Saldremos al encuentro de la muerte,

—**Los hombres de Panfilov**
de otra manera; lucharemos por la vida, matando a bala, a granada, a bayoneta, a los que quieran matarnos!

El capote ya estaba quitado, Bloja lo echó a un lado y se dirigió al destacamento.

—¡Traidor, media vuelta!

Mirándome suplicante por última vez, Barambáiev dio media vuelta. Yo ordené:

—Al cobarde, traidor a la patria, que ha violado su juramento... Destacamento...

Los fusiles se alzaron y quedaron quietos. Pero uno temblaba... Murin estaba parado con los labios blancos; un estremecimiento lo sacudía.

Y, de pronto, no pude soportar la lástima que sentí de Barambáiev.

Del fusil que temblaba en las manos de Murin, se diría que llegase hacia mí: “¡Tenle compasión, perdónalo!”.

Y setecientos hombres, que todavía no han estado en batalla; que aún eran duros para con el cobarde, que aguardaban, en tensión, que yo exclamara en seguida: ¡Fuego!, parecía que también pedían: “¡No es preciso, perdónalo!”, y el viento, de súbito, calló por un minuto; el aire mismo se aquietó, como para que yo pudiera oír más claramente esa muda súplica.

Yo veía la anchísima espalda de Galliulin, que sobresalía por una cabeza de la fila. Listo para cumplir la orden, él, un kazajo, estaba de pie, apuntando a otro kazajo, que era, sólo algunas horas antes, su compañero íntimo. De su espalda — la de Galliulin — también llegaba hasta mí: “¡No me obligues, perdónalo!”.

Recordé todo lo bueno que conocía en Barambáiev; recordé cuán cuidadosa y diestramente, como un maestro, desarmaba y armaba una ametralladora; cómo, en secreto, me enorgullecía: “También nosotros, los kazajos, nos estamos haciendo un pueblo de mecánicos”.

No soy una fiera, soy un hombre. Y grité:

— ¡Descanso!

Los fusiles que apuntaban, parecían no que bajaron, sino que cayeron a plomo.

Y también cayó un peso de los corazones.

— ¡Barambáiev! -grité.

Él se dio vuelta, mirando con ojos que aún no creían, pero ya encendidos de vida.

— ¡Ponte el capote!

— ¿Yo?

— ¡Póntelo! ¡Anda a filas, al destacamento...!

Sonrió con extravío, luego se rió, cogió con ambas manos el capote y poniéndoselo mientras caminaba, sin acertar con las mangas, corrió al destacamento.

Murin, el buen Murin de lentes a quien le tembló el fusil, ya lo llamaba imperceptiblemente con la mano de su brazo caído: “¡ponte a mi lado!” y después, amistosamente, lo empujó con suavidad. Barambáiev era, otra vez, un soldado, un camarada.

Me acerqué a él y lo golpeé en un hombro.

— ¿Ya no se disparará más?

Movió la cabeza y rió nuevamente. Y alrededor todos sonreían. Todos sentían alivio.

— ¿Seguramente usted también siente alivio? —decía ahora Momish-Ulí, al relatar el episodio. — Los que lean esta

—**Los hombres de Panfilov**
historia también acogerán aliviados la orden de “descanso”...

Pero, entretanto, las cosas no ocurrieron así. Yo vi todo eso sólo en el pensamiento; brilló y desapareció cual un sueño.

Pasó otra cosa.

Al advertir que el fusil de Murin temblaba grité:

—Murin, ¿tiemblas?

Murin se estremeció, se cuadró y apretó más fuerte la culata; la mano se puso firme.

Yo repetí la orden:

—Al cobarde, traidor a la patria, que ha violado su juramento, destacamento, ¡fuego!

Y el cobarde fue fusilado.

¡Júzguenme!

Hace mucho tiempo, mi padre, un nómada, fue picado en el desierto por una araña venenosa. Mi padre estaba solo, en medio de las arenas; cerca no había nadie fuera del camello. El veneno de esa araña era mortal. Mi padre sacó el cuchillo y se cortó un pedazo de carne de su propio cuerpo, en el lugar donde lo picó la araña.

Así también me portaba ahora yo, cortando con el cuchillo un pedazo de mi propio cuerpo.

No soy una fiera. Soy un hombre. Todo lo humano gritaba dentro de mí: “¡No es necesario, tenle compasión, perdónalo!”, pero yo no perdoné.

Soy un comandante, un padre. Yo mataba a un hijo, pero delante mío había parados setecientos hijos. Estaba obligado a imprimir en sus almas, con sangre, que para el traidor no hay ni habrá compasión.

Por aquel tiempo, yo no había ingresado aún en las filas del partido, pero estaba entre los que se consideraban como bolcheviques sin partido.

Y lo digo: seríamos dignos de la derrota más vergonzosa, nos maldecirían hijos y nietos, si no domináramos la compasión, si no halláramos en nosotros la fuerza de cortarnos el pedazo de cuerpo envenenado.

Yo quería que cada combatiente supiera: si te acobardas, traicionas; no serás perdonado por más que se quisiera perdonar.

Escriba eso: que lo lean todos los que vistieron o esperan vestir el capote de soldado. Que sepan: tú, puede que fueras bueno; puede ser que antes te amaran y te alabaran, pero, quienquiera hayas sido, por un crimen de guerra, por la cobardía, por la traición, serás castigado con la muerte.

**aúl*: Aldea de los pueblos tártaros y cosacos.

¡NO A MORIR, SINO A VIVIR!

1

A la mañana siguiente, recorrí otra vez el sector.

Como el día anterior, los soldados cavaban trincheras.

Pero estaban sombríos. Por ninguna parte el oído percibía risas, ni la mirada encontraba sonrisas.

Me acerqué. Vi que un soldado había recubierto su trinchera con unos tallos, echándoles tierra por encima.

— ¿Qué has hecho?

— Una trinchera, camarada comandante.

— ¿Y qué por encima?

Tallos, camarada comandante.

— Sal de ahí, que te voy a mostrar qué tallos son esos.

El soldado salió, tomé el revólver y planté algunas balas en la cubierta de palos.

— Vuelve a meterte. ¡Mira si la ha agujereado!

Medio minuto después, gritó con presteza:

— La agujereó, camarada comandante.

— ¿Qué has construido entonces? ¿Qué es eso, la choza de un quintero? ¿Te vas a cubrir ahí contra el sol? ¿Por qué callas?

El soldado, sin ganas, articuló:

— Ella nos encontrará en cualquier parte...

— ¿Quién es ella?

No respondió. Yo comprendí: se refería a la muerte. Este pensamiento perseguía a los hombres. Se cernía sobre el batallón, como una nube baja y agobiante.

Le pregunté:

— Qué, tú no quieres vivir?

— Quiero, camarada comandante...

— Entonces desarma, tira al diablo estos palos.

Tienes que colocar troncos del grueso de un poste de telégrafo, ponlos en cinco pilas, para que ni una bomba pueda atravesarlos...

El soldado miró indeciso, ya hacia la trinchera, ya hacia el bosque: en el bosque, lejos de sus linderos, tenía que derribar los pesados troncos y de allí traerlos.

— ¿Y si por ventura, no cae? — dijo.

También eso existía aquí, no sólo entre los rusos, sino también entre los kazajos; ese, difícil de destruir, “si por ventura”.

— ¡Tíralos! — le grité.

— Y si no pones cinco pilas, te obligaré de nuevo a deshacer.

El soldado, suspirando, tomó la pala y sacó la tierra echada por encima.

Ese día, algunas secciones, según un horario fijado, practicaban ejercicios de tiro. En la ribera opuesta, donde podía aparecer el enemigo, habían sido instalados diversos blancos, unos más cerca, otros más lejos, representando a los fascistas hasta la cintura y de cuerpo entero.

Yo quería que cada combatiente adquiriese el hábito de tirar desde su trinchera, desde su morada sub-

terránea; quería que todo el lugar que se extendía por delante estuviera expuesto a las descargas.

Sobre los blancos disparaban con ametralladoras y fusiles. Yo bajaba a las trincheras y trabajaba con los soldados.

— ¡No diste en el blanco! Piensa, ¿por qué? No tomaste bien el punto de mira o te colocaste mal. A ver, corrige la puntería... Tiremos otra vez...

Por fin, el soldado plantaba en los pequeños morros fascistas dos balas de cada tres. No es mal resultado y, en tales casos, le es difícil ocultar su orgullo.

Empero, ese día, sólo una vez escuché reír.

Conversando con los soldados, reía el comisario político Bozjánov.

En seguida me di cuenta que el buen Djalmujamed se esforzaba por parecer alegre.

— ¿De qué se trata? — pregunté, acercándome.

Bozjánov se turbó.

— Estoy contando, camarada comandante, cómo dejé yo de tener miedo.

— ¿A ver, cómo?

— ¿Recuerda, camarada comandante, nuestro viejo proverbio kazajo: “El enemigo sólo da miedo hasta el día en que pruebas el sabor de su sangre”?

— Pues hete aquí...

Yo sabía que Bozjánov había actuado en la guerra finesa y tomado parte en combates a la bayoneta. Titubeando, él prosiguió:

— Pues hete aquí... A usted, camarada comandante, no se lo había dicho todavía, pero... cuando por vez primera hiqué la bayoneta en el cuerpo de un enemigo

Los hombres de Panfilov
cerré los ojos de miedo... Después, y aunque era desagradable, pasé apenas la lengua por la bayoneta.

— ¿Y qué?

— Y dejé de tener miedo...

De nuevo se rió, procurando despertar sonrisas.

2

Al recorrer la línea de siete kilómetros; al regresar, ya oscurecido, a nuestro refugio; al almorzar, al trabajar en el Estado Mayor, al acostarme por la noche, yo pensaba y pensaba:

¿Qué ha ocurrido con el batallón? ¿No habré matado, acaso, ayer, al fusilar ante el batallón formado, a un traidor que huyó para salvar su vida, no habré matado, acaso, digo, con esta descarga, la gran fuerza del amor a la vida, no habré aplastado el gran instinto de la autoconservación?

Recordé que en un artículo había leído: “Durante el combate, luchan en el hombre dos fuerzas: la conciencia del deber y el instinto de autoconservación. Cuando interviene una tercera fuerza, la disciplina, entonces vence la conciencia del deber”.

¿Será así? Nuestro general, Iván Vasílievich Panfilov, hablaba sobre esto de otro modo. Hace mucho, todavía en Alma-Ata, durante una conversación nocturna (no me pregunte nada por ahora, no se distraiga; después le transmitiré toda la conversación), Panfilov había dicho: “¡El soldado va al combate no a morir, sino a vivir!”

Me gustaron estas palabras y a veces las he repetido. Ahora, preparándome para el primer combate, pen-

sando en el batallón, al que ha tocado en suerte luchar en la defensa de Moscú, recordé las palabras de Panfílov. Y ayer, antes de dar la orden: “Al traidor, ¡fuego!”, acudieron a mi memoria las mismas palabras.

¿Será posible que la voluntad de vivir, el instinto de conservación de la vida — poderoso motor primigenio, propio de todo lo vivo — se manifieste sólo en la fuga?

¿Acaso ese mismo instinto no se desarrolla en toda su amplitud, no acciona con furia enloquecida cuando el ser vivo lucha, pelea, araña, muerde en mortal refriega, se defiende y ataca?

No; en esta guerra sin precedentes, por el futuro de nuestro país y de cada uno de nosotros, el indestructible instinto de autoconservación debe ser, para nosotros, no un enemigo, sino un amigo.

3

A determinada hora, en las compañías se efectuaban conversaciones o lectura de diarios en voz alta.

Decidí pasar a esa hora por las subsecciones, para oír de qué hablaban los comisarios políticos a los soldados.

En la primera compañía, las pláticas eran conducidas por el comisario político Dordia. Sin separarse de sus fusiles, los soldados estaban sentados en un grupo, a cielo descubierto, cerca de las trincheras. La nieve caía en copos tenues. Sobre las hojas oscuras aparecieron sus primeras capas, aún transparentes. Todo estaba en silencio, pero cada uno echaba miradas a lo lejos, con un particular sentimiento de alerta. Cada uno aguardaba

Los hombres de Panfilov que, de pronto, allá, todo empezara a tronar, con silbos y aullidos que conocían sólo por haber oído mentarlos; acá caerían minas y bombas; sobre el campo pasarían los tanques haciendo fuego sin detenerse, y del bosque, agachándose hasta el suelo y levantándose de nuevo, saldrían unos hombres con capotes verdes, aquellos que vienen a matarnos.

No sé si usted, alguna vez, contempló así la naturaleza. Dordia tenía la palabra, echando vistazos, de tiempo en tiempo, a un papel. Eran palabras justas, eran verdades sagradas. Pude oír que el fascismo alemán atacó traidoramente nuestra patria; que el enemigo amenaza a Moscú; que la patria nos exige, si es necesario, morir, pero no dejar pasar al enemigo; que nosotros, soldados del Ejército Rojo, estamos obligados a combatir, sin lamentar la pérdida de lo más precioso: la vida.

Contemplé a los soldados. Estaban sentados, arriándose unos a otros, bajando la cabeza o mirando al espacio, fatigados.

¡Eh! comisario político Dordia, algo mal te están escuchando... Sentíase que hasta él mismo, el pensativo Dordia, maestro antes de la guerra, también sufría con eso. Dordia no era un huésped en el batallón. Ante él, igual que ante aquellos a quienes él hablaba, pendía inminente el primer combate de su vida.

Puede ser que ya al día siguiente o al otro, cuando junto con el estrépito se levantase la tierra, tuviese que correr, bajo el fuego, de trinchera en trinchera, golpeándole el corazón. Y ahí, y no bajo un cielo apacible, platicar con los combatientes.

Posteriormente, pude verlo en esas condiciones; tenía su misma sonrisa, sus mismas palabras, y no escritas en el papel.

Pero, aquel día, experimentando, como todos, algo que era para él infinitamente grave, no podía o no sabía llevar ese sentimiento al corazón de los soldados. Repetía: “la patria exige”, “la patria ordena... “Cuando pronunciaba: “de pie hasta morir”, “moriremos pero no retrocederemos”, por el tono se tenía la sensación de que expresaba sus propios pensamientos, la decisión que había madurado dentro de sí, pero...

¿Por qué hablas con frases hechas, comisario político Dordia, sino sólo el acero, también las palabras, hasta las más sagradas, se gastan, se “desengranan como un piñón de dientes gastados”, si no les haces una nueva hendidura?

¿Y por qué todo el tiempo repites: “morir, morir”? ¿Es eso lo que corresponde decir ahora? Tú, seguramente, piensas que en eso consiste la cruda verdad de la guerra, verdad que hay que ver sin desviar la mirada, que hay que admitir e inculcar.

No, Dordia, no es en eso que consiste la cruda verdad de la guerra.

4

Esperé hasta que Dordia hubo terminado.

Después, hice poner de pie a un soldado.

— ¿Sabes tú qué es la patria?

— Lo sé, camarada comandante.

— A ver, responde...

— Es nuestra Unión Soviética, nuestro territorio...

— Siéntate.

Pregunté a otro:

— Y tú, ¿cómo responderías?

— La patria es... es donde nací... Pues ¡cómo expresarlo...! el lugar...

— Siéntate. ¿Y tú?

— ¿La patria? Es nuestro gobierno soviético. Es... Pues, tomemos, digamos, a Moscú...

Ahora la estamos defendiendo. Yo no estuve allí... No la he visto, pero es la patria...

— ¿Quieres decir, pues, que tú no has visto la patria? — Él calló.

— ¿Qué es la patria, pues?

Empezaron a pedirme: ¡explíquenos!

— Bien, les explicaré... Tú ¿quieres vivir?

— Quiero.

— ¿Y tú?

— Quiero.

— ¿Y tú?

— ¡El que no quiera vivir, que levante la mano!

Ni una sola mano se levantó. Pero las cabezas ya no estaban bajas, los soldados se estaban interesando. Durante esos días habían escuchado muchas veces: "muerte", pero yo les hablaba de vida.

— ¿Todos quieren vivir? Bien. Caza un mosquito y pregúntale: "¿Quieres vivir?" Y te dirá: "Quiero". "¿Y qué es lo que tú, mosquito, haces para eso?" "Chupo sangre." Pero tú, soldado, ¿qué es lo que haces para eso?

El soldado calló. Le pregunté:

— ¿Eres casado?

— Sí.

— ¿Amas a tu mujer?

Se turbó.

— Di, ¿la amas?

— Si no la amase no me habría casado...

— Justo. ¿Tienes hijos?

— Tengo un hijo y una hija...

— ¿Posees casa?

— Poseo.

— ¿Buena?

— Para mí no es mala...

— ¿Quieres regresar a casa, abrazar a tu mujer, abrazar a tus hijos?

— Ahora no es como para pensar en casa... hay que luchar.

— Bien, pero después de la guerra, ¿quisieras?

— ¿Cómo no quererlo?

— De ti depende regresar o no regresar. Está en tus manos. ¿Quieres quedar entre los vivos? Eso significa que debes matar a quien ansía matarte. ¿Pero, qué es lo que has hecho para conservar la vida en la batalla y volver a casa después de la guerra? ¿Tiras bien con el fusil?

— No...

— Ya ves. "Quiere decir que no matarás al alemán. Te matará él a ti. No volverás a casa vivo. ¿Corres bien?

— Bastante bien...

— ¿Te arrastras bien?

— No...

—Ya ves... Te alcanzará la bala del alemán. ¿Por qué dices, pues, que quieres vivir? ¿Tiras bien la granada? ¿Te enmascaras bien? ¿Cavas bien?

—Cavo bien.

—¡Mientes! Cavas con pereza. ¿Cuántas veces te he obligado a desarmar la cobertura?

—Una sola vez...

—Y después de esto, ¿tú declaras que quieres vivir? Habíamos preguntado al mosquito: “¿Qué es lo que haces para eso?” “Chupo sangre.” Pero tú, soldado, ¿qué haces para eso? ¡Responde! ¿Callas? ¡No, tú no quieres vivir! ¿No es así, camaradas? No quiere vivir.

Yo ya veía sonrisas; a otros era como si se les aliase el corazón. Pero el soldado dijo:

—Quiero, camarada comandante.

—Querer es poco... el deseo hay que fortalecerlo con hechos. Y tú, con palabras quieres vivir, pero con hechos te metes en la tumba. Y yo te estoy sacando de ahí con un gancho.

Prorrumpieron en risa, la primera risa del alma que había podido escuchar en los últimos dos días. Continuó:

—Cuando quito la mala cobertura de tu trinchera, lo hago por ti, pues no seré yo quien se siente ahí. Cuando te insulto por el fusil sucio, lo hago por ti, pues no seré yo quien tire con él. Todo lo que se exige de ti, todo lo que se te ordena, se hace por ti. ¿Entendiste, ahora, qué es la patria?

—No, camarada comandante.

— ¡La patria eres tú! ¡Mata a quien quiere matarte! ¿Para quién se necesita eso? ¿Para ti! ¿Para tu mujer, tu padre y tu madre, tus hijos! La patria eres tú mismo, tu familia, tu mujer e hijos. Pero, tú preguntarás, ¿por qué me preocupo por ti, por qué trato que quedes vivo? Porque también yo quiero vivir.

Los soldados escuchaban. Al lado se había sentado el comisario político Dordia; me miraba, la cabeza echada para atrás, parpadeando de tiempo en tiempo, al posarse sobre sus pestañas minúsculos copos de nieve. A veces, surgía en él, involuntaria, una sonrisa.

Al hablar, me dirigía también a él. Deseaba que él, el comisario político Dordia, que se aprestaba, como todos, para el primer combate, se convenciera que la cruda verdad de la guerra no está en la palabra “muerte”, sino en la palabra “mata”.

Yo no empleaba el término “instinto”, pero apelaba a él, al poderoso instinto de conservación de la vida. Procuraba despertarlo y obligarlo a esforzarse para la victoria en el combate.

— El enemigo marcha a matarte y a matarme — proseguí. — Yo te enseño, yo te exijo, ¡mátalo!, aprende a matarlo, porque también yo quiero vivir. Cada uno de nosotros te manda, cada uno te ordena: ¡mata!, ¡nosotros queremos vivir! Y tú exiges de un camarada, estás obligado a exigirlo, si realmente quieres vivir, ¡mata! ¡Estás obligado a exigir de otro: no dejes que te maten, aprende a matar tú mismo! La patria eres tú, la patria soy yo, la patria somos nosotros, nuestras familias, nuestras mujeres e hijos. Ellos nos mandan: ¡vive y mata! Puede ser que, con todo, te alcance una

Los hombres de Panfilov
bala, pero antes, ¡mata! ¡Aniquila cuanto puedas! ¡Así conservarás entre los vivos, a éste, y a éste (yo indicaba con el dedo a los soldados), tus camaradas de trinchera y fusil! Yo soy el comandante de ustedes, quiero cumplir la orden de nuestras esposas y madres, la orden de nuestro pueblo, ¡quiero llevarlos al combate no a morir, sino a vivir! ¿Está claro? ¡Es todo! ¡Comandante de la compañía! Distribuya los hombres en los puntos de fuego.

Se impartieron las órdenes: “¡primer pelotón, de pie!”; “¡segundo pelotón, de pie!”...

Los soldados se levantaban prestamente, ocupaban corriendo sus puestos, erguían, como se exigía, sus hombros. Rápidamente se enderezaba la vacilante línea de las bayonetas. Se tenía la clara sensación de que era una formación militar, una fuerza disciplinada y dirigida. Los espacios entre pelotón y pelotón parecían nidos que cuidaban firmemente fuerzas invisibles...

Puede ser que mi discurso fuese algo ingenuo; pero, en ese minuto, me pareció que había logrado mi objetivo. Sin hollar el deber, ni el honor, los hombres se liberaban de la cargosa, aplastante palabra “morir”.

EL GENERAL IVÁN VASÍLIEVICH PANFÍLOV

1

Llegó al día siguiente, trece.

Nosotros no lo esperábamos; en el Estado Mayor estaban sentados los comandantes de las compañías, llamados por mí.

¿Es necesario describir el local de nuestro Estado Mayor? Mire a su alrededor: allá, en el bosque cercano a Moscú, nuestra habitación era, como aquí, un refugio blindado; una húmeda caja de vigas, hundida en la tierra, en la que uno no podía apoyarse, ya que quedaría adherido al alquitrán. Día y noche ardía una lámpara. Hacia afuera, en distintas direcciones, salían alambres, como si allí estuvieran apretados en un puño.

Los comandantes estaban señalando en los mapas el esquema de los campos minados "que había que preparar en la noche. Para el movimiento de rodados sólo se dejaba abierto un camino con puente en el pueblo de Novliánskoie; los otros accesos de la línea quedaban minados.

Sobre la mesa, junto a la lámpara, se extendía una gran hoja de áspero papel Watman sobre la que, con lápices de colores, se había diseñado el esquema de nuestra

— **Los hombres de Panfilov** defensa. El esquema fue trazado por el jefe de nuestro Estado Mayor, Rajímov. Él dibujaba y diseñaba admirablemente. He conservado esa hoja. ¿Quiere verla? ¿Está bien? No sólo está bien, sino también exacta.

Esta cinta azulada que se va torciendo, es el río Ruza, La banda quebrada sobre la orilla, es la escarpa. Los bosques están en verde oscuro. Los puntos negros sobre el otro lado, son los campos minados. Los rojos arcos elípticos, no muy pronunciados, con la curvatura dirigida hacia el sur, son nuestra defensa. Con diversos signos — usted ve que son también todos rojos — están señaladas las trincheras de los tiradores, los nidos de ametralladoras, los cañones antitanques y de campaña asignados al batallón.

La línea que nos fue señalada era, como usted no lo ignora, muy larga. Nos habíamos alargado, como después dijo Panfilov, “en un hilillo”.

Aun aquel mismo día, 13 de octubre, yo, con todo, no me permitía pensar que en la región de la carretera de Volokolamsk sólo este hilillo se encontraría en el camino de los alemanes, cuando estos, procurando llegar a Moscú, marchasen sobre los “accesos exteriores”, sobre nuestra línea.

Pero...

Los comandantes estaban sentados cerca de la lámpara, señalándose sobre las cartas topográficas, los campos minados. Mantenían una humorística conversación sobre el número trece.

— Para mí, es de suerte — decía el teniente Kráiev, comandante de la compañía de ametralladoras — yo nací

un trece y me casé un trece. Todo lo que empiezo un trece lo consigo: lo que desee, se cumple.

Tenía un modo especial de hablar: a borbollones, y no siempre quedaba claro si bromeaba o lo decía en serio.

— ¿Pues, qué ha deseado usted hoy, por ejemplo?
— preguntó alguien.

Todos miraron con interés el flaco rostro, muy huesudo y ensanchado hacia abajo, de Kráiev. Le conocían la facultad de “humedecerse”.

— Una cantimplora de coñac — borbolló él y se rió a carcajadas.

Entró el jefe del Estado Mayor, Rajímov. Siempre se movía rápidamente y sin ruido, como si en lugar de botas calzara zapatos de fieltro.

— Camarada comandante, su orden ha sido cumplida — dijo con su tranquilo tono habitual.

Yo lo había enviado, con un pelotón a caballo, a efectuar un reconocimiento distante, a fin de averiguar si los combates se estaban desarrollando lejos de nosotros.

En el Estado Mayor del regimiento, nada concreto se sabía sobre el punto. Rajímov volvió inesperadamente pronto.

— ¿Lo averiguó? — pregunté.

— Sí, camarada comandante.

— Informe.

— ¿Me permite por escrito? — dijo, alargándome un papelito doblado. En el papel había sólo cinco palabras: “Los alemanes están ante nosotros”.

Me dio un escalofrío. ¿Sería posible que hubiera llegado nuestra hora?

Es inteligente, muy inteligente Rajímov. Enterándose por el centinela que yo no estaba solo en el reducto, antes de entrar confió al papel esas cinco palabras, para no pronunciarlas en voz alta, para no introducir el miedo, ni por su aspecto ni por su tono, con lo inesperado de su comunicación.

Eché una ojeada sobre el esquema coloreado; vi campos minados, un río, la sonda antitanque, trincheras cubiertas por cuatro o cinco pilas de troncos, ametralladoras y cañones, y una cosa más, al hombre con capote de soldado.

Pregunté en kazajo:

— ¿Lo viste tú mismo?

— Sí — fue la contestación.

— ¿Dónde?

— A 20 o 25 kilómetros de aquí. En Seredá y en otras aldeas.

— Y bien — dije en ruso —, su deseo, Kráiev, parece que se cumplirá. A nuestro destino han llegado muchas cantimploras de coñac.

Todos miraban interrogantes.

— Y de ron — proseguí yo. — Los alemanes están ante nosotros. Rajímov, informe sobre la situación.

Rajímov fue escuchado en silencio. Kráiev barbulló:

— Eso está bien.

— ¿Pues, qué hay de bueno?

— ¿Acaso es mejor estar parados? Lo estuvimos bastante...

Sin pedir permiso, penetró corriendo en el refugio mi asistente Sinchenko.

— Camarada comandante, el general... — cuchicheó bastante fuerte. — Viene hacia acá.

Me puse rápidamente la gorra, me acomodé la chaqueta y salí al encuentro.

Pero la puerta ya se había abierto. Entraba el comandante de la división, general mayor Iván Vasílievich Panfílov.

2

Me cuadré y anuncie:

— Camarada general mayor, ¡el batallón está ocupado en la fortificación de la línea de defensa! Los comandantes de las compañías están copiando el esquema de los campos minados. ¡Comandante del batallón, teniente primero Baurdján Momish-Ulí!

Panfílov preguntó:

— ¿Hubo acontecimientos extraordinarios?

“Ya sabe”, me pasó por la cabeza.

— Sí, camarada general. Un cobarde, que — se hirió a sí mismo en la mano, fue fusilado ante el batallón formado.

— ¿Por qué no lo entregó a los tribunales?

Inmutándome, empecé a explicar. Dije que, en otras circunstancias, lo habría sometido a los tribunales. Pero que, en esta ocasión, hubo que reaccionar inmediatamente, y yo tomé sobre mí toda la responsabilidad. Panfílov no me interrumpía.

Por primera vez lo veía en medioabrigo. El medioabrigo, suave, de cuero blanco, que despedía ligeramente un agradable olor a alquitrán, no estaba re-

—**Los hombres de Panfilov** formado para adaptarse a su figura, ancho: pero ya se le había asentado y, sin abultar, mostraba el pecho hundi-do cruzado al sesgo por un cinturón, y la encorvada es-palda. Al escucharme, miraba para abajo, inclinando su arrugado cuello. A mí me parecía que no me aprobaba.

—¿Lo fusiló usted mismo? —preguntó.

—No, camarada general. “Lo fusiló el destacamen-to del que era comandante. Pero la orden la di yo...”

Panfilov levantó la cabeza.

Las espesas cejas, duramente quebradas sobre los pequeños ojos, ligeramente oblicuos, estaban fruncidas.

Procedió correctamente —dijo. Luego, tras pen-sar un instante, repitió: Procedió correctamente, camara-da Momish-Ulí. Escriba el informe.

—Y recién pareció darse cuenta que a su alrede-dor todos estaban de pie.

—Siéntense, camaradas, siéntense —terminó de decir, y, desabrochando la correa del cinto, empezó a quitarse su medioabrigo.

En guerrera de paño, de color verde oscuro con estrellas apenas perceptibles, su encorvamiento se hacía más visible.

—Sin embargo, camarada Momish-Ulí, hace aquí bastante frío... ¿Por qué no encienden la estufa? ¿Y un tecito caliente, tampoco hay?

Acercándose a la estufa de hierro, tocó el tubo, frío, echó un vistazo detrás de ella, como buscando algo, vio un hacha y, poniéndose en cuclillas, empezó a partir hábilmente pequeñas astillas, con golpes no muy fuertes, pero certeros, manteniendo el leño con una mano.

Rajímov corrió hacia él.

— Camarada comandante, permita... yo...

— ¿Por qué? A mí me gusta esto... En otra oportunidad, claro, usted mismo tendrá que cuidar de su comandante.

Ese era el modo de Panfílov, a menudo hacía observaciones, no directamente, sino así, a marcha de flanco.

Yo nunca he visto a nadie, fuera de Panfílov, que acomodase las astillas del modo en que él lo hacía. Algunas, más grandes, primero las pesaba en la mano. Una vez colocó una astilla, pero, vacilando un poco, la retiró.

No sé si a usted le parece que, hasta encendiendo una estufa, no le cuadra vacilar a un general; pero cuando Panfílov, poniendo algo de corteza, encendió un fósforo, la estufa comenzó a crepitar en seguida.

Por un minuto permaneció sentado cerca del fuego. Rojos resplandores jugaban sobre su rostro cincuentón, con arrugas, pero no fatigado.

— Ya ven — dijo, levantándose —; así se está más alegre... ¿Le tiene pronto, camarada Momish-Ulí?

— Está pronto, camarada general.

Le alargué el escueto informe. Panfílov lo leyó cerca de la lámpara, puso el papel sobre la mesa, mojó la pluma y, dando un suspiro, escribió: "Confirmo".

3

Sobre la mesa, como usted sabe, estaba el esquema admirablemente trazado, de nuestra defensa. Apartando el informe, Panfílov contempló el esquema un largo rato.

— Parece que no está mal como se han tapado — dijo.

— Más tarde, camarada Momish-Ulí, daré una vuelta con usted; veré esto sobre el lugar.

Se dio vuelta hacia los comandantes:

— ¿Conocen la situación, camaradas?

Panfílov sacó de su cartera de campaña un mapa ya algo gastado y algo borrado en los pliegues, lo abrió y lo extendió sobre el esquema.

Indicó algunos puntos cerca de Viazma; echando una mirada a caras, para saber si todos veían y comprendían, prosiguió:

— Nuestros ejércitos combaten en la región de Gjatsk y Sichevka... Aquí están los principales puntos de resistencia.

Sin apretar, trazó con un lápiz de punta roma varias figuras redondeadas, de forma imperfecta, en distintos lugares del mapa. Después miró otra vez a los que lo estaban escuchando.

— ¿Ustedes creían — dijo, dejando el lápiz — que los “guerreros” que estos días pasaban por nuestro lado, son realmente nuestro ejército?

Se sonrió, y junto a sus pequeños ojos marcáronse en seguida patas de gallo.

— Confiesen... ¿lo creían?

Nadie respondió Panfílov había tocado lo que yacía pesadamente en los corazones.

— No, camaradas. El ejército está combatiendo, ¿creen ustedes que los alemanes nos habrían permitido estar aquí tanto tiempo, si nuestras unidades no estuvieran combatiendo con ellos? El enemigo avanzó ahora hacia nuestra línea, pero con fuerzas reducidas... Lo van encade-

nando nuestros ejércitos, que combaten a su retaguardia. La división atiende una línea muy prolongada, pero...

Panfílov, por un instante, se calló.

—Nuestra división fue dotada con varios regimientos de artillería antitanque. No les mencionaré la cifra. Es la artillería del Alto Comando.

Tomando de nuevo el lápiz, Panfílov se puso otra vez a mirar el mapa. Su cabeza de pelo recortado, donde parecía que los cabellos negros se mezclaban por igual con los blancos, se inclinó; los ojos que recorrían los signos topográficos se entornaron, como tratando de distinguir algo que no estaba claro.

—¿En qué consiste el problema? —pronunció sin alzar la voz, cual preguntándose a sí mismo. — El problema consiste en recibir a los alemanes, con esta artillería, allí donde intenten dar su golpe principal. Si el golpe principal se diera aquí, pues aquí tendrán ustedes la artillería del Alto Comando. Pueden transmitirlo, camaradas comandantes, a los soldados... Por lo demás... ¿En cuánto tiempo, camarada Momish-Ulí, puede usted reunir su batallón?

—¿Al toque de alarma, camarada general?

—No, ¿para qué al toque de alarma? ¿Una hora le es suficiente?

—Sí, camarada general...

Siempre que venía a vernos, Panfílov, después de inspeccionar nuestra preparación de combate, conversaba, habitualmente, con el batallón. Pero ahora sacó el reloj, acarició con su dedo grande el vidrio, pensó y dijo:

—No es necesario reunir el batallón, camarada Momish-Ulí. No podré; este pequeño jefe no me lo per-

— **Los hombres de Panfílov** mite — señaló el reloj. — Pues bien, camaradas comandantes, vamos a combatir... Si nos asalta la “alemanada” la aplastaremos. Si sigue asaltándonos, la seguiremos aplastando... los volveremos a moler.

Panfílov se levantó y todos, de inmediato, se pusieron de pie.

— Los volveremos a moler...

Panfílov repitió estas palabras, dichas por Stalin, y, como si estuviera escuchando su sonido, se sonrió.

— ¿Me han comprendido ustedes?

Casi siempre Panfílov terminaba su plática con esa interrogación, mirando atentamente a la cara de aquellos con quienes hablaba.

— Y ahora... Ahora no estaría mal un vasito de té, para el camino... Insinuación, camarada comandante, parece que hubo.

Yo grité:

— ¡Sinchenko! ¡El samovar! ¡Corriendo!

— Ajá. ¿Usted se proveyó hasta de un samovar...? Veo, camarada comandante, que empezó a entender algo en materia militar...

Todos sonreían. Panfílov contagiaba con su seguridad, que no representaba ni hacía resaltar.

Dejando libres a los comandantes, dobló y guardó su mapa. De nuevo quedó en descubierto sobre la mesa la hoja, hermosamente coloreada, del esquema de nuestra defensa.

Panfílov lo contempló otra vez, por dos o tres minutos, y nada dijo.

4

Entró corriendo Sinchenko, con el samovar borbollando.

— No tanto, no tanto — dijo Panfílov. — ¿Para qué correr con el samovar?

— Para eso es la guerra, camarada general — vivamente respondió Sinchenko.

— ¿Para andar corriendo?

Sinchenko colocó hábilmente el samovar.

— Corro con juicio, camarada general.

Esto le agradó a Panfílov.

— Bien, bien — dijo. — Pero ahora, camarada, tendremos que combatir no sólo con juicio.

— ¿Y con qué, camarada general?

— Pues con triple juicio — se rió Panfílov. — ¿No hay té verde, “a cuadros”?

Habiendo vivido largo tiempo en el Asia Central, se había acostumbrado a esa clase de té.

— No hay, camarada general.

— Lástima...

— No retire el esquema, camarada Momish-Ulí — dijo Panfílov —, vamos a echarle una miradita juntos... Usted, camarada Momish-Ulí, ¿parece algo triste?

Panfílov hizo la pregunta con suavidad, pero yo casi me caigo como si con esa pregunta me hubiera pegado con toda la fuerza. ¡Si tan sólo el día anterior, yo mismo había dicho eso a un soldado! ¿Será posible que también yo le parezca a él tal como los soldados me parecieron a mí?

— ¿Qué es lo que le preocupa, camarada Momish-Ulí? No se ponga de pie... quédese sentado, por favor, quédese sentado...

—Vea usted, camarada general... —Advertí con disgusto, en mi tono una nota de inseguridad, aquella misma que como con tenazas arrancaba de otros. —Dígame, camarada general, ¿el batallón tendrá que sostener, de todos modos, siete kilómetros?

—No...

Panfílov calló por un momento y, entornando los ojos, se sonrió...

—No... Hoy me llevo una compañía de su regimiento... Después, puede ser que tome otra... Así que, camarada Momish-Ulí, usted tendrá que acoplarse un kilómetro y medio más...

—¿Un kilómetro y medio más?

—¿Y cómo puede ser de otro modo, camarada Mornish-Ulí? Aconséjeme...

Panfílov dijo eso sin la menor ironía y, junto con su taburete, se arrimó a mí —como siempre, muy vivamente— como si yo, un teniente primero, pudiera realmente aconsejar algo a un general.

—¿Cómo puede ser de otro modo? —repetió. —Si sólo tenemos un hilillo. Romperlo no es difícil... Bien, se romperá en algún lugar... Necesariamente se romperá. ¿Y después?

Me miró con interés, esperando contestación. Yo callaba.

—Pues es por este “Y después” que yo me llevo las compañías... ¿Es imprudente?

Hizo la pregunta de una manera, como si lo hubiera dicho yo. Pero yo escuchaba sin abrir la boca.

—Ahora, camarada Momish-Ulí, no se puede ser prudente. Ahora hay que ser... —él, otra vez, entornó

astutamente los ojos — tres veces prudente... Entonces, sí, creo que nosotros podremos, sobre esta línea hasta Volokolamsk, manejarlo por un mes...

— ¿Hasta Volokolamsk? ¿Retirarse, camarada general?

— Creo que no tendremos que permanecer en un mismo lugar. Debemos accionar de tal modo que, por cualquier parte que el enemigo irrumpa, siempre tenga por delante a nuestros ejércitos. ¿Me ha comprendido usted?

— Sí, camarada general.

El general se puso de pie, se acercó al samovar, llenó la tetera con agua hirviendo, la puso de nuevo sobre el soporte y volvió.

Sin sentarse, se inclinó sobre la hoja dibujada y, otra vez, como durante la primera ojeada, dijo:

— Se han tapado fuerte.

Esto, sin embargo, no sonaba a aprobación.

— Parece algo apretado. ¿Usted no habrá dejado aquí pocos pasadizos? — tomando el lápiz, indicó los campos minados. — ¿No se habrán encerrado ustedes, camarada Momish-Ulí, a sí mismos?

— Pero si eso está delante, camarada general — dije yo, sorprendido.

— Eso es, precisamente por estar delante... No te podrás mover, se está apretado...

Quedé pensando: “¿se está apretado?” ¿En mis siete kilómetros se está apretado? ¿Qué es lo que hice?

Sin apretar, señaló con rasgos finos algunos pasadizos entre las barreras de minas. Yo aún no comprendía para qué. Mientras tanto, Panfílov, con ligeros toques de un simple lápiz negro — otros no le gustaban —, po-

— **Los hombres de Panfilov** niéndose a trazar de nuevo sobre la hermosa estampa de nuestra línea defensiva, señaló una flecha dirigida hacia adelante, hacia las posiciones alemanas.

Yo no podía concebir qué es lo que él quería. ¿Que nosotros, setecientos hombres que mantenían siete kilómetros de frente, saliéramos a la ofensiva, que atacáramos los ejércitos alemanes que se estaban acumulando? ¿Y eso, después de habernos comunicado que se llevaba una compañía y que el batallón tendría que extenderse sobre un kilómetro o un kilómetro y medio más? ¿Después de haber manifestado que ahora hay que ser tres veces juiciosos y tres veces prudentes? ¿Después de haber proferido: “hasta Volokolamsk?” ¿Y qué es esto, una orden?

— En su lugar — dijo él rasgando ligeramente la flecha —, yo pensaría en esto...

Desde la punta de la flecha trazó una elipse, significando el regreso a la línea, y me echó una mirada.

— Lo pensaría... Pues en su cuadrito no veo ni la idea de eso...

Sacando el reloj, Panfilov se volvió al samovar.

— Este señor exige que también se le preste atención... Bebamos un vaso de té y marchemos...

— ¿Va a pasar aquí la noche, camarada general?
— preguntó Sinchenko.

— No, camarada... Ahora no hay tiempo para pasar la noche; ahora, también de noche hay que pasar el día...

Se sonrió, sacó la tetera, levantó la tapa, tomó el olor y dijo:

— Esto sí es una bebida...

Sirviéndose un vaso, entornó astutamente los ojos.

— ¡Pero, si hoy tenemos un pequeño jubileo...!

Hoy han sonado justo tres meses de vida para nuestra división... Habría que celebrarlo con más fundamento, pero... Para eso ya habrá tiempo... y justo tres meses desde que yo y usted, camarada Momish-Ulí, nos conocimos... ¿Recuerda cuán bizarramente pasó marchando usted aquella vez? y sonrió de nuevo.

TRES MESES ATRAS

1

Sí, recordaba eso. Sí, fue justamente tres meses atrás, el 13 de julio de 1941.

Yo iba cruzando por el amplio patio del comisariato militar de Kazajstán, donde era instructor. En mitad del patio vi a un hombre encorvado, con uniforme de general. A su lado, dos mayores. El general estaba de espaldas, con las manos atrás y las piernas ligeramente abiertas. Su rostro, que veía de costado, me pareció muy moreno. Con la cabeza baja, escuchaba a uno de los mayores. Por encima del alto cuello del uniforme de general sobresalía una nuca tostada hasta negrear, con grandes arrugas.

Asimilado a artillero, yo usaba espuelas y —debo confesar esta debilidad— no sencillas, sino con extremos de plata y color carmesí. Al pasar al lado del general, marqué el paso. Afirmé una pierna —¡din!. —La otra —¡din!

El general se dio vuelta, me miró e hizo el saludo militar. El rostro resultó ser más joven que el cuello. En los bigotes, recortados a la inglesa —en dos cuadrillos— no se distinguían canas. Los pómulos sobresalían marcadamente. Los ojos, angostos y entornados, estaban hendidos a lo mongol: ligeramente al sesgo. Pensé: será tártaro.

Interesado y presintiendo algo extraordinario, entré en la pieza donde, con algunos colaboradores, me ocupaba de tareas que por aquel entonces no me seducían.

Pregunté a los compañeros: ¿Quién es este general? ¿Para qué vino aquí?

Me explicaron que era el general Panfílov, comisario de guerra de Kuirguizia.

Entre nuestros dos comisarios de guerra — el kazajo y el kirguiz — existía un tratado de emulación socialista. Una o dos veces al año, el tratado se prorrogaba. Todos creían que seguramente habría venido para eso el general.

Me senté a la mesa, decepcionado, aproximé la carpeta y la abrí. Recuerdo que ese día estaba componiendo un plan de “cross” komsomol. Claro que era necesario e importante; usted mismo puede apreciarlo por semejantes términos, pero... Pero, ocupándome en esas tareas, yo experimentaba una dura disconformidad. Casi un mes atrás, había comenzado la guerra; en los diarios aparecían los nombres de nuevas direcciones, de nuevas ciudades tomadas por el enemigo, en tanto que yo, un teniente primero del Ejército Rojo, permanecía en Alma-Ata, a tres kilómetros del frente, componiendo un plan de “cross” komsomol.

¡No debe ser así! ¡No debe ser así, Baurdján!

2

Se abrió la puerta y entró el general. Con él, ambos mayores. Nos pusimos de pie. Siéntense, siéntense, dijo el general. Mis saludos. Habiendo saludado nos sentamos.

— ¿Quién es aquí el teniente primero Momish-Ulí? —preguntó el general.

¿Qué pasará? ¿Por qué pregunta por mí? Yo me paré, intranquilo. El general sonrió. Tenía gruesos labios y una redonda nariz rusa entre sus pómulos de mongol.

— Siéntese, camarada Momish-Ulí, siéntese...

Hablaba con voz algo ronca y no fuerte. Acercándose a mí, arrimó una silla, se sentó, se quitó su gorra de general con borde rojo y la puso sobre la mesa. Entre sus negros cabellos, cortados a máquina, se abrían paso, con profusión, agujas blancas.

En su figura, rostro, manera de hablar y compostura parecía que nada había de imperativo. Sólo las cejas duramente quebradas, casi en ángulo recto, lo contradecían raramente. Ni las cejas, ni tampoco el bigote habían sido tocados por las canas.

— Presentémonos — dijo él. — Me llamo Iván Vasílievich Panfílov. ¿Sabe usted que aquí, en Alma-Ata, se va a formar una nueva división?

— No lo sabía.

— Pues es así... Comandante de la división fui designado yo. Por orden del distrito militar del Asia Central, a usted se lo destina a la división, en calidad de comandante de batallón. — Me alcanzó el nombramiento y prosiguió. — Nosotros, camarada Momish-Ulí, nos hemos establecido, por ahora, en la Casa del Ejército Rojo. Haga entrega de su oficina y venga.

Se puso de pie, hizo para todos un movimiento de cabeza, y se dirigió a la puerta. Su modo de andar era ligero; no se notaba la edad.

En la puerta, deteniéndose, el general se dio vuelta, sacó el reloj y lo miró, acariciando el vidrio con su dedo mayor.

—Dígame, camarada Momish-Ulí, ¿cuánto tiempo necesita usted para entregar su oficina?

—No mucho. Puedo presentarme dentro de dos horas. Él pensó un momento.

—No es preciso. ¿Es casado?

—Sí.

—Entonces... despídase hoy de su familia y venga a verme mañana, a las doce...

Guardó el reloj y salió.

3

Al día siguiente, a las doce menos cinco minutos, yo subía los anchos peldaños que conducen a la entrada de la Casa del Ejército Rojo.

En la entrada no había centinelas. Adentro tampoco me encontré con militares. La nueva división, como se ve, aún no tenía estado mayor. Una limpiadora me indicó dónde se alojaba el general. Golpeé y, oyendo la conocida voz, algo ronca, entré.

Pequeño, encorvado, encogiendo la cabeza entre los hombros, el general estaba sentado ante un gran escritorio, hojeando no sé qué papeles. Posteriormente, tuve oportunidad de encontrarme muchas veces con Panfílov, pero sólo esa vez lo vi con papeles. El único papel que después, sobre Moscú, lo acompañaba a todas partes, era la carta topográfica.

También ahora tenía el mapa delante. Lo reconocí en seguida: era el plano de la ciudad y contornos de Alma-Ata. Sobre el mapa estaba su reloj de bolsillo, con la correílla desabrochada.

Echando una mirada al reloj, el general se levantó rápidamente apartando el pesado sillón, salió del escritorio. Otra vez me sorprendió su viveza, que no armonizaba con su edad. Parecía que se alegraba de haber encontrado una causa para distraerse de sus papeles.

Conversamos de pie. Panfílov ora se paseaba, ora se detenía a mi lado, con las manos a la espalda y separando ligeramente las piernas. Era ésta, como me persuadí después, su pose favorita.

— Así, pues, camarada Momish-Ulí — empezó —, la división por ahora no existe. No hay Estado Mayor, ni regimientos, ni batallones. Quiere decir que usted no tiene a quién mandar. Pero, todo esto será, todo esto nosotros lo formaremos, Y, entretanto, usted tendrá que ayudarme. Quiero consultar con usted... ¿Qué cree, dónde podríamos estañar las calderas lo más pronto posible?

En mi mirada, posiblemente, se manifestó extrañeza, y Panfílov aclaró:

— Nuestra división será del género de las milicias: se forma por encima del plan. No hay que contar con nada nuevo. Tampoco vamos a pedir.

Yo dije que la Cooperativa de Alma-Ata tenía en la ciudad varios pequeños talleres.

— ¿Y quién es el que dirige eso aquí? — me preguntó vivamente. — ¿Lo conoce usted? ¿Qué tal es el hombre?

Él preguntaba y escuchaba con interés. Hubo que responder a muchas preguntas, en su mayor parte igualmente extrañas, por lo que no me pude deshacer de la impresión de que Panfílov se interesaba en todo aquello que no parecía adecuado para interesar a un general.

Pero se veía que él pensaba de otra manera. Por último, alargándome un papel, me dio instrucciones:

—Aquí están indicadas las direcciones de los locales que nos fueron destinados como puntos de concentración. Hay que verlos, inspeccionar si todos son convenientes. Vea los patios, si hay dónde marchar. Si tienen cocinas; lozas, calderos para hervir agua. ¿Me ha comprendido?

—Sí, camarada general.

Tomó el reloj.

—¿Cuánto tiempo precisará para todo esto?

—Durante la tarde lo haré, camarada general.

—¿Qué quiere decir durante la tarde?

Las cejas duramente quebradas se alzaron con descontento.

—Hasta las seis, camarada general.

Quedó pensativo un instante...

—¿Hasta las seis? No... Infórmeme sobre su cumplimiento, a las siete.

4

Pasaban los días; yo realizaba insignificantes comisiones del general. Entretanto, nacía la división, llegaban los comandantes. Una tarde yo estaba de guardia en el Estado Mayor. Panfílov trabajaba muy pasada la medianoche.

No sólo en las adyacencias de Moscú, en el frente, sino también en Alma-Ata, él dormía muy poco, cuatro o cinco horas por día. Como de costumbre, llamaba continuamente a los comandantes.

La división nacía. Las escuelas, vacías durante el verano, eran nuestros puntos de concentración. Allí llegaban durante esos días, con mochilas y maletas, los hombres de la ciudad, de los koljoses circundantes, llamados a servir en el Ejército.

Por lo común, eran hombres no muy jóvenes, de treinta a treinta y cinco años, que en su mayoría no habían hecho el servicio militar. Así era el contingente de hombres que, numerados en los comités militares en la lista especial de “fuera del ejército”, daba Kazajstán a esa división que se iba formando por encima del plan, como los destacamentos de milicias.

A esa hora, ellos — los futuros hombres de Panfílov — estaban durmiendo. También entre nosotros, en la gran casa de piedra, se había hecho el silencio.

Crujió la puerta; en el corredor se escucharon pasos. Me puse de pie y me arreglé la guerrera, reconociendo el andar del general. Éste echó una mirada por la puerta abierta.

— ¿Está aquí, camarada Momish-Ulí? ¿Está de guardia?

Panfílov iba con una toalla, sin su saco de general, en blanca camiseta interior, que descubría su pecho moreno. Su rostro estaba fatigado.

Mirándome un instante, entró y dejó la toalla. En la pieza habían estado fumando. Panfílov abrió la ventana y se sentó en el alféizar.

—Pensaba en usted, camarada Momish-Ulí; estaba pensando...

Comandar un batallón —dijo, como prosiguiendo una conversación iniciada hace tiempo— no es fácil... ¿Se ha interesado usted en táctica general de ejércitos? ¿Leyó algo sobre eso?

Yo enumeré algo de lo leído.

—Sí, no le será fácil comandar el batallón —repitió Panfílov.

—¡Es posible! —me apresuré a decir. —Pero sabré morir con honra, camarada general.

—¿Junto con el batallón?

—¡Junto con el batallón!

Inesperadamente Panfílov se echó a reír.

—Le agradezco por un comandante así... No, camarada Momish-Ulí, sepa entrar con su batallón, en diez batallas, treinta batallas. Pero sepa también conservarlo. Es por esto que el soldado le dará las gracias...

Bajó del alféizar y se sentó al lado mío, en el sofá de hule.

—Yo mismo soy soldado, camarada Momish-Ulí... El soldado no quiere morir... El soldado va al combate no a morir, sino a vivir y así son los comandantes que necesita. En cambio usted dice tan fácilmente: "moriré junto con el batallón..." En el batallón, camarada Momish-Ulí, hay setecientos hombres... ¿Cómo, pues, se los puedo confiar?

Yo callaba. Callaba, y Panfílov me seguía mirando. Por último dijo:

—¿Y bien, qué dice, camarada Momish-Ulí? ¿Se encargará de conducirlos al combate no a morir, sino a vivir?

— Me encargo, camarada general.

— Ajá, esa es una contestación de soldado. ¿Y sabe qué es lo que se necesita para eso?

— Permítame solicitarle, camarada general, que lo diga usted...

— Es usted astuto... astuto... En primer lugar, camarada Momish-Ulí, esto.... — él se golpeó la frente. — Y es necesaria otra cosa más, muy dura... ¡La disciplina!

Permanecí algunos días más en el Estado Mayor, realizando las comisiones del general. Mirándolo bien, iba conociendo cómo dirigía la división, este hombre que parecía tan blando.

No era blando. Cierta vez pude ver cómo un comandante del Estado Mayor, habituado, evidentemente, a su constante “síntese, por favor, síntese”, entrando en la habitación de Panfílov, se sentó sin su invitación.

— ¡Póngase de pie! — dijo bruscamente. — Salga de aquí. Medite un poco detrás de la puerta; después entre de nuevo.

Pronto me di cuenta que en cualquier tarea, tenía él un ayudante invalorable, un pequeño mecanismo exacto, su reloj de bolsillo.

Parifílov siempre preguntaba:

— ¿Cuánto tiempo necesita para eso?

Habiendo oído la contestación comúnmente se ponía a pensar.

Después fijaba el plazo, a veces disminuyendo, pero en la mayoría de los casos, prolongando el que se le había mencionado. Y nunca se olvidaba de comprobar si ese plazo se había cumplido.

Tuve oportunidad de ser testigo de cómo pedía cuentas a un comandante que no cumplió su tarea en plazo.

—Usted es un trabajador sin conciencia, indisciplinado. Lo conozco sólo de pocos días, pero, lamentablemente ya se ha mostrado como un holgazán.

Sus extrañas cejas se fruncieron y la quebradura pareció que se hizo más brusca. No gritaba, sino que hablaba algo más fuerte y con alguna mayor precisión que de ordinario. Tanto más pesadas caían sus palabras.

Guardo en mi memoria un caso insignificante.

Por comisión del general, yo había recibido y estaba trasportando al arsenal, con la ayuda de un soldado, el primer posaminas llegado con destino a la división. Panfílov quiso ver el posaminas.

Grité por la ventana, al soldado que me estaba ayudando:

—¡Trae aquí el posaminas del arsenal! ¡Pronto! ¡Que dentro de cinco minutos esté aquí!

Dándome vuelta, vi que Panfílov, entornando los ojos, me estaba mirando. Era la misma irónica mirada, bajo la cual yo había enrojecido cierta vez.

—Dentro de cinco mimitos, camarada Momish-Ulí — dijo el general —, él no tendrá tiempo.

Panfílov no agregó a eso nada más. Pero su simplísima observación me dejó sorprendido. ¡Cuántas veces yo gritaba así, sin pensar, “en cinco minutos”!

Pero Panfílov sí pensaba.

Llegó, por fin, el día que, despidiéndome del general, fui a hacerme cargo del batallón.

Pero, antes de esto, ocurrió una historia que es preciso contar.

EL CABALLO LISANKA Y UNA HISTORIA CABALLAR

1

Para mis viajes por la ciudad, yo utilizaba uno de los caballos del Estado Mayor de la división. Era Lisanka, un caballo grande y hermoso, que respondía muy bien a la rienda. En la semana y media que había pasado en el Estado Mayor, logré enseñar algunas cosas a Lisanka. Pero, para ir al batallón, trasladado ya fuera de la ciudad, a la *stanitsa* Talgar, a 25 kilómetros de Alma-Ata, debía tomar un automóvil que se dirigía allá. Habiéndome levantado temprano, más o menos a las cinco, cuando aún en el Estado Mayor reinaba el silencio, salí al patio.

Deseaba visitar por última vez a Lisanka. Entrando en la cuadra, le di unas palmadas y lo acaricié. Alargó sus blandos labios hacia mi palma, acostumbrado a recibir un pedazo de pan o azúcar como premio a su obediencia. Pero, nada le di, no había por qué... Empezó a ensayar el paso español con las patas delanteras, tal como yo le había enseñado. Me sonreí, lo ensillé rápidamente y lo saqué afuera.

Dando algunas vueltas por el patio al trote, lo hice cambiar por un golpe de rienda como de doma, y después, pensando en algo, por el paso español.

Era, como dije, muy temprano.

De pronto oí:

—Pues si usted, camarada Momish-Ulí manejará su batallón así... En la entrada estaba el general. Confundido, salté a tierra.

—Continúe, continúe —dijo Panfílov—, lo estoy mirando con placer.

Se acercó.

—Pues resulta que era esto lo que traía consigo... ¿Y allá —indicó en lontananza—, sabrá manejar así?

Yo contesté:

—Sabe, camarada general... ya una vez me dijeron eso, punto por punto. Es decir, no me lo dijeron...

—Siga, siga... Que me interesa... me interesa... Cuénteme...

—Pero, yo ya estaba arrepentido. ¡El diablo me habrá tirado de la lengua! ¿Para qué voy a ocupar el tiempo del general con historias de mi vida, interesantes sólo para mí? Procurando ser breve, dije que, hacía mucho tiempo, siendo alférez, no supe imponer disciplina en un pelotón. Me aplicaron sanciones y después el comandante del regimiento me llamó y me dio una extraña lección sobre el manejo de un caballo. Eso surtió efecto.

—No, cuente con más detalle... ¿Qué es lo que le dijo? —seguía preguntando Panfílov.

—Hablabo de un buen jinete. Qué un buen jinete puede alcanzar una candela, ir a paso español y hasta bailar... Después, sobre los medios de manejo. Esto es, primeramente las riendas, de sostén y de bocado.

— Así es, así es... Muy interesante...

— Dijo que un buen jinete, nunca mueve toda la mano, ni siquiera la muñeca... Tirar del caballo sólo lo hacen los pastores de cerdos, y así proseguía, del mismo tenor.

— No, no... Continúe... ¿Qué más decía?

Parecía que Panfílov estaba extraordinariamente interesado. Sonreía y cerca de sus ojos jugaban pequeñas arrugas.

— Hablaba de otros requisitos del manejo... El cambio del punto de apoyo en la espalda del caballo, imperceptible para el ojo. De las piernas del jinete. Existen veinte métodos de manejo, sólo con las espuelas: picar recto, picar tangente y otros... Sin embargo, un buen jinete nunca aplica las espuelas. Le es suficiente tocar los ijares, y el caballo ya entiende. ¿Pero, cómo lograr eso?

— Así es, así es... ¿Cómo lograrlo?

El interés de Panfílov me contagió. Yo hablaba ya con entusiasmo.

— Sí, ¿cómo obligar al caballo para que cumpla instantáneamente las menores exigencias del jinete? Lo más importante es la perseverancia. No lo hizo, dale un castigo; ¡nunca lo dejes pasar! Lo hizo bien, ¡dale un estímulo!

Todo esto lo expuso tranquilamente y luego dijo: “Puede irse”.

— ¿Y usted?

— Al principio no comprendía para qué me había llamado. Lo comprendí mucho tiempo después.

Panfílov se rió a carcajadas. Todavía no lo había visto tan alegre. Sacando un pañuelo y secándose los ojos humedecidos, dijo:

— Una historia nada tonta, nada tonta. ¿Quiere decir, pues, que sólo tiran los pastores de cerdos?

Riéndose, acarició a Lisanka y preguntó:

— ¿Le gusta, camarada Momish-Ulí, este caballito?

— Mucho, camarada general.

— Llévelo consigo. Es un regalo para usted... que esté con usted en el batallón... Y cada vez que monte sobre él, recuerde esta historia caballar... ¿Me ha comprendido?

— ¡Bien, lo recordaré, camarada general! ¡Le agradezco, camarada general!

Sin esperar el automóvil, me dirigí montado sobre Lisanka a mi batallón.

2

Habíamos convenido con usted, en no describir la naturaleza. Otros lo harán mejor.

Alguna vez, después de la guerra, usted vendrá a visitarme en verano; verá qué hermoso es Kazajstán, describirá los alrededores de Alma-Ata, la *stanitsa* Talgar y el impetuoso riachuelo Talgarka, que baja de la montaña.

En la *stanitsa* busqué el edificio del Instituto de economía rural, donde se había alojado el batallón. Trabé conocimiento con el jefe del Estado Mayor, el delgado y ágil kazajo Rajímov, ayer agrónomo, todavía vestido de civil. Sobre su saco brillaba la insignia de alpinista. Pero, mi alpinista aún no sabía mantenerse en posición de firmes, ni informar.

Junto con él, recorrí el local. Por todas partes estaba lleno, pero el único que vestía uniforme militar era yo. Los hombres vagaban por los corredores, yacían, cantaban. Ordené formar el batallón.

Formaban filas sin saber, tardando mucho. El alpinista, de un modo u otro enderezó las filas, ordenó "¡firmes!" y me clavó su mirada, en lugar de presentarse.

Me aproximé al batallón formado. Saludé.

Presentándome, les comuniqué, que había sido designado comandante del batallón. ¿Podría yo saber, por entonces, que esos hombres, que no sabían tenerse en línea recta, que desentonaban en la formación, se cubrirían de gloria en la batalla de Moscú, junto con toda la división de Panfílov? ¿Quiénes eran esos hombres, a los que habría que querer como nunca quise a nadie?

En esa ocasión, les dije:

—La patria los llamó a filas. Ustedes todavía llevan su vestimenta civil. Ayer, eran hombres de distintas profesiones. Ayer, había entre ustedes tanto simples koljosianos, como directores. Desde hoy, son soldados y oficiales del Ejército Rojo de Obreros y Campesinos. Yo soy su comandante. Yo ordeno. Ustedes obedecen. Yo dicto mi voluntad. Ustedes la cumplen.

Les hablaba deliberadamente en forma brusca.

—Ayer, podían discutir con sus jefes; ayer, tenían el derecho de juzgar si ellos habían hablado rectamente, si se habían conducido legalmente. Desde hoy, la patria les retira este derecho. Desde hoy, ustedes tienen una sola ley: mi orden. La patria me confió ordenar; a ustedes les mandó cumplir. El régimen militar es severo,

pero sólo así se mantiene un ejército. ¿Quieren rechazar al enemigo que trata de esclavizar nuestro país? ¡Pues sepan que así es preciso para el triunfo!

Después, hablé brevemente sobre la honradez, el deber y el honor. Honradez ante la patria, ante su gobierno, ante su comandante, es el supremo mérito del soldado.

— ¡Que tengas conocimiento y capacidad — decía yo —, habilidad, y destreza, pero si no tienes conciencia de tu deber de soldado, no esperes de mí, cuartel!

Y, por último, el honor. Eso lo expliqué a mi modo. Hay dos refranes kazajos. Uno dice: “La liebre muere por el murmullo de las cañas; el héroe muere por el honor”. El otro tiene sólo estas palabras: “El honor es más fuerte que la muerte”. Pronuncié esos refranes en kazajo y los traduje al ruso. En el batallón había sólo una tercera parte de kazajos; los restantes eran rusos y ucranios.

Cuando terminé, desde las filas se oyó una decidida voz:

— Camarada comandante, permítame decir...

A medio paso de la línea, sobresalió un fornido mozo, en ligera camisilla negra, que dibujaba sus redondeados hombros.

— No le permito — dije yo. — Aquí no estamos en un mitin. ¡Comandantes de las compañías! ¡A romper filas!

Tales fueron mi primer discurso y primer conocimiento del batallón.

3

Me dirigía por el corredor a la pieza preparada para mí.

— ¡Camarada comandante! Permítame decir...

Ante mí estaba un soldado, el mismo que por primera vez me llamó comandante. Sus cabellos, aún no cortados a máquina, estaban recortados al desnudo en la nuca, y por debajo del kepis sobresalían unos bucles.

— ¿Cómo es su nombre? — le pregunté.

— Soldado Kurbátov.

Se tenía militarmente, cuadrándose en pose de “firme”.

— ¿Ha servido en el ejército?

— No, camarada comandante... Servía en la defensa militarizada de las líneas férreas.

— Pues, camarada Kurbátov... antes de dirigirse al comandante del batallón, hay que tener permiso para eso del comandante de la compañía... Diríjase a él...

— Pero él, camarada comandante, no me presta atención... Yo quería decir respecto de la guardia... El portón de atrás no tiene guardia. La puerta tampoco... y si de repente, camarada comandante...

“¡Bien el mozo!” , pensé. Me gustaban su arrebató, su insistencia, su abierta mirada, los desarrollados hombros. Pero preferí otra cosa:

— ¡Media vuelta!

Kurbátov quedó encendido. Vacilando por un instante, se dio vuelta militarmente y marchó por el corredor.

Dije a Rajímov, que estaba al lado:

— Camarada jefe del Estado Mayor. ¡Nombre al soldado Kurbátov, comandante de una sección!

Alguien me tocó de atrás... Volviéndome, advertí una mano que, indecisa, bajaba.

—Yo ya me he dirigido al comandante de la compañía. Dijo que acudiera a usted, camarada comandante...

Vi a un hombre de lentes. Era mi primer encuentro con Murin. Estaba con saco, la corbata algo corrida hacia un costado, hablaba sonriendo y sin saber dónde poner las manos. Sus finas muñecas casi no se habían tostado, no obstante estar en julio, como tampoco su rostro pálido y alargado.

—Yo estaba en el servicio auxiliar; camarada comandante; pedí ingresar con el batallón —declaró con orgullo—, he probado que, con lentes, tengo completa corrección... Mire en el techo... Observe, camarada comandante... ¡Una mosca! La veo claramente...

—Bien, camarada. Estoy convencido. Adelante.

—Pero, en el batallón, camarada comandante, otra vez me hicieron entrar en el servicio auxiliar. Me dieron un caballo y un carro. Y no tengo absolutamente ninguna idea de lo que es un caballo. Además, no ingresé para eso... Pido, camarada comandante, entrar a filas... ¡Quisiera, camarada comandante, ser ametrallador!

Enterándome de su nombre, dije:

—Eso se puede, camarada Murin. Lo haré pasar... ¡Puede retirarse!

Pero parece que él no estaba convencido que el asunto había terminado, Estaba ansioso por aportar conclusiones complementarias.

—He oído su discurso, camarada comandante... Es totalmente justo. Cada orden suya, camarada comandante, para mí será una ley.

—¡Puede retirarse! —repetí.

Me miró con extrañeza y, cual si tal cosa, prosiguió:

—Yo soy músico, camarada comandante. Aspirante de conservatorio. ¡Pero, ahora, camarada comandante, todos debemos disparar!

Para mayor persuasión, dio vueltas con los dedos. Yo grité:

—¿Qué modo de pararse? ¡Las manos!

Murin se cuadró prestamente.

—Dos veces le dije: ¡puede retirarse! ¿Pero, usted? ¡A usted le parece que pide lo más difícil: disparar! ¡No, camarada Murin, lo más difícil, lo más duro en el ejército, es obedecer!

Murin había abierto ya la boca, deseando alegar algo, pero yo continué:

—Le parecerá muchas veces, que el comandante no es justo, usted querría discutirle, pero le gritarán: “¡A callar!”. Yo se lo prometo. Puede retirarse...

Murin se fue.

Ese día trabé conocimiento con los comandantes de las compañías y de los pelotones, compuse la lista de los soldados, me ocupé de las guardias, comunicaciones, hacienda y sólo muy tarde ya me quedé solo.

Sacando de mi cartera de campaña los reglamentos de infantería de que me habían provisto en el Estado Mayor, empecé a leer. Luego los aparté y me puse a pensar.

¿Cómo convertir, en un plazo increíblemente breve, siete centenares de hombres honrados, fieles a la patria, pero sin instrucción militar, que no pasaron por la escuela de la disciplina del ejército, cómo convertirlos en una fuerza de combate capaz de sostenerse ante el enemigo y de ser terrible para él?

Esa noche yo pensaba en la gran guerra, a la que pronto partiría con el batallón; pensaba en la vida y en la muerte, es decir, en lo más grande, lo más importante en que el pensamiento, no muy a menudo, se reconcentra.

Recordé cómo de mí, libre kazajo, corcel de estepa que no aguantaba la brida, hicieron un soldado. Duros, insoportablemente duros, fueron mis primeros meses en el ejército. Me parecía humillante acercarme al comandante corriendo, estar firme ante él, oír el imperativo y breve: “¡Sin conversaciones! ¡Media vuelta!”. En mi interior seguía sublevándome: ¿Por qué sin conversaciones?

Yo palidecía, enrojecía, me insolentaba, no me sometía.

Pero, al fin, hicieron de mí un soldado. Me enviaron a los cursos de comandante y a mí mismo me hicieron comandante, oficial del Ejército Rojo.

Sólo gradualmente fui comprendiendo la necesidad de una indiscutible, plena y absoluta obediencia a la voluntad del comandante. Sobre eso se forma un ejército. Sin eso, hasta los hombres que más ardientemente amen la patria, no vencerán en las batallas. Sin eso, los regimientos y batallones se hacen una multitud. Yo sabía una cosa: perderé mi batallón, perderé los setecientos hombres que me fueron confiados por Panfilov, si no aprendo a ser duro, si no aprendo a imponer la dura disciplina militar.

Así me lo repetía continuamente mi modesta, pero duramente lograda, experiencia de soldado. Así me orientó el general Panfilov. ¿Pero, cómo hacerlo cuanto antes? Si sólo tenemos a disposición contados días, algunas semanas... ¿Cómo crear en tal plazo, una fuerza disciplinada, instruida, terrible para el enemigo, ¡mi batallón!?

PRIMERA MARCHA

1

No voy a relatar, con todos los detalles, de qué modo instruía y ejercitaba a los soldados, en la superación de sus dificultades. No bastaría para eso un día.

Sólo describiré una marcha.

Habían pasado siete u ocho días desde aquél en que me hiciera cargo del batallón... Ya estábamos uniformados y armados; y trabajábamos con el fusil, cavábamos trincheras, corríamos, nos arrastrábamos, marchábamos.

Una tarde, recibimos la orden de efectuar, al amanecer, una marcha de cincuenta kilómetros, alcanzar un punto en el valle del río Ilí, pernoctar allá y, al romper el día siguiente, haciendo nuevamente los cincuenta kilómetros, regresar a Talgar. Marchas igualmente penosas fueron ordenadas también a otros batallones; el general Panfílov quería acostumbrar a su división al movimiento.

Desde la víspera, los hombres empezaron a prepararse para la marcha; descansaron durante la noche y, al alba, cuando aún no había salido el sol, el batallón formó filas. A usted, que no fue soldado, le habría parecido, seguramente, que delante suyo tenía a una rígida unidad del Ejército. Las filas estaban bien derechas. Bri-

Los hombres de Panfilov llaban sobre los fusiles las bayonetas nuevas, color mate. Los soldados se hallaban con su completo equipo de marcha: sus capotes terciados, con máscaras antigases, paletas de zapador en verdosas fundas, aún no descoloridas, los cascos atados a las mochilas. De los cinturones de cuero, estirándolos ligeramente, pendían las granadas y cartucheras, con 120 cartuchos por soldado.

Estirándolos ligeramente... y a muchos no ligeramente. Mis ojos lo advirtieron de inmediato. Vi capotes no enrollados apretadamente, sino como hinchados; mochilas con las correas flojas; bolsillos de granadas colgando sobre el vientre. Sólo muy pocos se distinguían por una verdadera compostura de soldado. Entre estos se contaba Kurbátov.

Llamándolo de las filas, dije:

-¡Camaradas! Aquí tienen a un comandante de sección, que arregló su equipo de marcha como debe hacer un soldado; le será más fácil marchar que a otros. Vean cómo todo lo tiene ajustado, cuán apretado tiene su cinturón. Más de una vez les he explicado eso, lo he demostrado. Pero será que mi lenguaje no es lo suficientemente penetrante. No voy a decir nada más, sino que dejaré la palabra al capote, a la paleta, a la mochila de cada uno de ustedes. Que les hablen a ellos... ¿Creen que no tienen lenguaje? ¡Lo tienen! ¡Y más penetrante que el mío! ¡Soldado Garkusha, aquí!

Se acercó corriendo el siempre sonriente Garkusha, de nariz aplastada. Su bolsillo de granadas le colgaba hacia delante, agitándose al andar.

¿Estás listo para marchar?

— Listo, camarada comandante.

— Ponte al lado de Kurbátov. ¡Soldado Golubtsov, aquí!

Golubstov había enrollado su capote tan gruesamente, que le llegaba hasta la mejilla. La mochila se le deslizaba por la espalda.

— ¿Estás listo para marchar?

— Listo, camarada comandante.

— Ponte al lado de Garkusha.

Reuniendo, de tal manera, a unos diez hombres, a los que particularmente todo les colgaba, los puse al frente de la columna.

— ¡Batallón, firme! ¡Derecha dré! ¡De frente, *march!* Partimos.

Yo iba al lado de los que había llamado, contemplándolos de soslayo. Por diez o quince minutos marchaban con facilidad. Durante todo ese tiempo, el bolsillo de granadas de Garkusha apenas le golpeaba en las piernas. Pero al fin su mano se alargó al bolsillo, para apartarlo.

— No te arregles — le dije.

Golubtsov quiso separar su mal enrollado capote, cuyo grueso tejido empezó a frotarle la nuca.

— No te arregles — le dije.

A un tercero, la paleta de zapador lo golpeaba atrás; tampoco le permití que se arreglara.

Transcurridos otros diez minutos, Garkusha se inclinó para atrás, sacando el vientre adelante, para que el bolsillo de granadas no se le moviera. Sorprendiendo mi mirada, se sonrió con esfuerzo. Golubtsov, haciendo girar la nuca, trataba de apartar con el rostro su capote terciado. También la mochila empezó a incomodarle.

Metiendo la mano bajo una correa, Golubtsov quiso, sin que lo viera empujar la mochila hacia arriba. No se lo permití. Garkusha, en tanto, ya no sacaba más el vientre: iba inclinado a un costado, retardando el paso.

Le ordené:

—¡Garkusha, más largo el paso! ¡No te quedes atrás de Kurbátov.

Así recorrimos seis kilómetros. Otra vez mostré a los soldados la compostura de Kurbátov, después mandé:

—¡Garkusha, aquí! No te arregles el bolsillo de granadas.

Se acercó corriendo Garkusha, encorvado. En las filas se rieron.

—¡Y, Garkusha, informa! ¿Estás listo para marchar?

Él, taciturno, callaba.

—¿Hablaste con el bolsillo de granadas?

—Hablé...

—Bien, cuenta a los soldados qué es lo que te dijo. Seguía callado.

—Cuéntales, no tengas vergüenza.

—¿Qué tengo que contarles? El ruso no cree en palabras; hay que dejarle que lo palpe todo...

-Y, ¿lo palpaste?

—Palparlo yo no lo palpé, pero lo que es el bolsillo...

Aquí Garkusha soltó algo que en el papel no se escribe. Los soldados reían a carcajadas. Él también reía, echando el alma...

Llamé a Golubtsov, sudoroso y con la nuca escalada al rojo.

—Ahora, camaradas, miren a éste... ¿Habló contigo tu capote terciado? ¿Habló la mochila? Cuenta qué es lo que te enseñaron...

También obligué a Golubtsov a hablar delante de los soldados. Así, uno tras otro, fui mostrando a todos los que se habían mortificado por el equipo. Después, dije:

—¿A quién le cuesta caminar cuando el capote está mal enrollado, cuando el bolsillo de granadas no está en su lugar, cuando la mochila no está en su sitio? ¿Al soldado o al comandante del batallón? ¡Al soldado! Más de una vez les he explicado esto, pero ustedes seguramente pensaban: “Bueno, lo haremos por él, para que no insista.” Y lo hacían más o menos. Pero resultó que no fue por mí, sino por ustedes. Las cosas ya se les inculcaron a algunos. Ahora. En el descanso, que cada uno ajuste su equipo de nuevo. Si veo que alguno tampoco ahora me ha comprendido, lo sacaré de filas: que hable delante de mí, con las cosas; que se convenza que tienen un lenguaje más penetrante que el mío.

Después del descanso, no tuve necesidad de sacar a nadie de las filas. Nadie quiso hablar con las cosas. ¿De quién es, pues, el lenguaje más penetrante?

2

El batallón partió de nuevo. Yo monté sobre Lisanka.

Cincuenta kilómetros bajo el sol de julio no es una distancia fácil, sobre todo para hombres no acostumbrados a caminar. Los comandantes de las compañías y los comisarios políticos iban delante de las subsecciones. Sólo yo iba a caballo. Dejaba que el batallón pasara al lado mío, luego galopaba hacia adelante y otra vez lo dejaba pasar.

Vi que las compañías se estiraban, algunos empezaban a quedarse atrás. Hice observaciones a los comandantes. Después de cierto tiempo, controlé nuevamente. Las observaciones no habían surtido efecto, la columna se estiraba cada vez con mayor longitud. Me dirigí a los comandantes más rudamente, pero tampoco eso fue eficaz. También aquí las palabras tuvieron poca fuerza. Algunos de los propios comandantes iban quedándose atrás.

Salí adelante y grité:

—Trasmitir a la columna: que el comandante de la compañía de ametralladoras venga a la cabeza de la columna.

Un cuarto de hora después llegó corriendo, sofocándose, el larguirucho Kráiev.

—¡Camarada comandante, presente según su orden!

—¿Por qué se ha estirado su compañía? ¿Cuándo va a conservar la distancia? ¡No estoy dispuesto a recordárselo cien veces! Hasta que no imponga el orden, lo voy a seguir llamando a la cabeza de la columna. Es todo. ¡Puede retirarse!

Correr para adelantarse de la columna del batallón no es cosa fácil. Es casi un kilómetro.

Después, de la misma manera, llamé al comandante de la segunda compañía, Sievriukov. Era un hombre no muy joven, contador principal, antes de la guerra, de una fábrica de tabaco, en Alma-Ata. Habiéndome alcanzado, no se repuso en seguida.

Luego de escucharme, Sievriukov dijo:

—Les cuesta a los hombres, camarada comandante. ¿No se podría acomodar parte de la carga sobre los carros? Se lo negué rudamente.

— Pero, entonces, camarada comandante, qué hacer con los rezagados? ¿Cómo obligar, si el hombre no puede?

— ¿Qué no puede? ¿Cumplir la orden?

Sievriukov se calló.

Todos los comandantes de las compañías, por una vez, estuvieron conmigo.

Pero, a la cola de la compañía de Sievriukov, aún se arrastraban los rezagados.

Yo lo vi, hombre de cuarenta años, marchando cansadamente delante de su compañía.

De sus patillas grises, cuidadosamente recortadas, se deslizaban por el rostro cubierto de polvo hilillos de sudor. ¿Será posible que sea preciso hacerlo correr otra vez? ¡Si eso le resulta tan difícil! Mas, ¿qué hacer? Él compadece a sus hombres, yo me compadezco de él, .y después... ¿qué será de nosotros allá, en los combates?

Hice trotar a Lisanka y, saliendo adelante, grité:

— ¡Al comandante de la segunda compañía, a la cabeza de la columna!

Esta vez fue eficaz.

Al dejar pasar de nuevo las filas, vi que Sievriukov ya no iba delante de la compañía, sino detrás. Su aspecto era más enérgico y hasta su voz había cambiado: llegaba a mi oído su áspero grito de mando. Toda la columna se apretó, se marcaron claras las separaciones, nadie se retrasaba, y así llegamos al lugar cubriendo cincuenta kilómetros sin un solo rezagado.

Pero los hombres se habían fatigado. Después de la orden: “¡rompan filas!”, todos, como una capa, se ten-

Los hombres de Panfilov
dieron sobre la hierba. Todos pensaban: “Pronto reparti-
rán el almuerzo, comeremos ¡y a dormir!”.

Mas no fue así.

3

Durante la marcha nos seguían, como es de rigor, varias cocinas de campaña. Sin embargo, cuando llegamos al lugar donde debíamos pasar la noche, ordené no preparar leña para las cocinas, ni poner en las ollas los ingredientes, sino distribuir crudos estos últimos, según la norma establecida en el ejército; tantos gramos de carne, tantos de harina, tantos de grasa, etcétera.

Los ojos de comandantes y soldados subieron hasta la frente. ¿Si todo está crudo, qué hacer con eso? Muchos no habían cocinado en toda su vida; no tenían ni idea de lo que significa hacer una sopa.

Las protestas se extendieron:

— ¡Tenemos una cocina!

Yo grité:

— ¡A callar! ¡Cumplir lo dicho! ¡Que cada soldado se prepare él mismo la cena!

Y he aquí que por la anchurosa estepa kazajstana se encendieron varios cientos de hogueras. Algunos estaban tan cansados, se habían debilitado tanto, que no quisieron cocinar, echándose a dormir hambrientos. A otros se les quemó el guisado, se les derramó la sopa; echándose a perder más de lo que comieron. Fue para ellos la primera lección culinaria.

Al relatar lo que he visto y hecho, lo que he vivido y pensado, me ocurre que frecuentemente debo repetir

una menguada palabrita: “yo”. Mas, ¿qué habría podido ese “yo”, solo? Mis esfuerzos se confundían, en una multitud de otros esfuerzos semejantes. Yo recibía instrucciones del Comando; más de una vez me orientó y fortaleció el general Panfílov, cuando venía al batallón. Como una ola, me llevaba, me arrastraba una fuerza por nadie medida, sometida a la terrible experiencia de la guerra: la fuerza del partido, del Estado, del pueblo. Pensando en el batallón, recordé los discursos y artículos de Stalin; más de una vez se me apareció su tranquila y poderosa figura: figura de agosto padre, de quien (¡séame permitido decirlo!) me considero hijo.

4

A la mañana siguiente ordené nuevamente no encender las cocinas, sino distribuir las raciones a los soldados.

Después formaron el batallón y les dirigí un discurso, Fue aproximadamente así:

—Primero, ustedes, camaradas, están descontentos porque la marcha es tan larga, tan dura. Eso fue hecho deliberadamente, Nosotros tendremos que luchar, tendremos que recorrer no cincuenta, ni cien, sino muchos cientos de kilómetros, En la guerra, para engañar al enemigo, para darle un golpe sorpresivo tendremos que efectuar marchas más largas y más duras que ésta. Esto son sólo las flores, las frutas las verán más adelante, Así templaba a sus soldados, que fueron llamados guerreros maravillosos, el ilustre capitán ruso, Alejandro Vasílievich Suvórov. Él nos dejó un testamento: “¡Duro en el aprendizaje,

—**Los hombres de Panfilov** ligero en el combate!” ¿Quieren pelear a lo Suvórov? ¡El que no quiera, dos pasos adelante!

Nadie salió de las filas. Yo proseguí:

—Segundo, ustedes están descontentos porque, habiendo cocinas, les han entregado carne cruda y los obligaron, cansados, a hacerse la comida en sus marmittas. Esto también está hecho a propósito. ¿Creen que en el combate siempre tendrán la cocina a su lado? ¡Se equivocan! En el combate, las cocinas se separarán, se atrasarán. ¡Habrá días en que tengan que pasar hambre! ¿Lo oyen todos? ¡Pasarán hambre, estarán sin fumar! ¡Eso se los prometo! Así es la guerra, así es la vida del soldado que defiende su patria. Unas veces, repleto hasta el gaznate; otras con el vientre vacío. ¡Aguanta, no pierdas el honor de soldado! ¡Ten la cabeza así! ¡Cada uno debe saber cocinar! ¿Qué soldado sería de ti, qué guerrero, si no te sabes preparar una sopa? Yo sé que algunos de ustedes nunca han cocinado: Sé que muchos entraban, a la tardecita, en un restaurante y gritaban: “¡Eh, mozo, aquí! ¡Un vaso de cerveza y un bife a la hamburguesa!”, ¡Y de pronto, en vez del bife, una marcha de cincuenta kilómetros, más dos *puds* de equipaje de soldados, y encima hacerse la comida, en la marmitta! Mientras la preparaban sentían odio hacia mí. ¿No es cierto?

Se escucharon voces: “Es cierto, camarada comandante. ¡Es cierto!”. Entre los soldados y yo corrió una chispa, se estableció una corriente. Yo los comprendía, ellos comprendían al comandante. ¡Pruebe a describir cuán grata al corazón es esa chispa! Me temo que no le resultará; usted no experimentó eso.

Partimos de vuelta.

A nuestro campamento de Talgar, conducía una espléndida carretera de grava. Es fácil andar por una carretera así. ¿Es fácil? Entonces, ¡al diablo la carretera, lejos de la carretera! ¿Acaso en la guerra habremos de andar sobre grava?

Mandé a los hombres seguir no por la carretera, sino doblar unos 100 o 200 metros de lado. Si por el camino hay piedras, anda por las piedras; si hay un barranco, crúzalo; si hay arena, pásala.

Era un día sin viento. El sol calentaba sin lástima. El aire parecía ondularse; eso ocurre a veces; de la tierra recalentada como un horno, suben transparentes ondas. Los descansos se hacían no a orillas del riachuelo, ni en algún bosquecillo, sino bajo el sol abrasador.

Yo sabía que era penoso para los hombres... Pero también sabía lo otro; así era preciso para la guerra, así era preciso para la victoria.

Cerca de Talgar nos alcanzó, montado sobre un pequeño rocín de los Urales, el general Panfílov. Había salido al encuentro del batallón que regresaba.

Al distinguir al general, todos se irguieron; las compañías, a la voz de mando, marcharon a paso de parada; los soldados, cansados, pero yendo a paso acompañado, tenían orgullosamente las cabezas en alto; ¡así somos nosotros!

Panfílov se sonrió. De los pequeños ojos corrieron por la tez, tostada como si la hubieran asado, diminutas arrugas. Parándose en los estribos, gritó:

— Marchan bien. ¡Gracias, camaradas, por el servicio!

— ¡Servimos a la Unión Soviética!

El batallón voceó tan fuerte que el rocín se echó a un lado. Panfilov involuntariamente sostuvo la rienda, movió la cabeza y se rió.

También yo había gritado esas palabras, junto con los soldados.

Yo contestaba no sólo al general. A cualquier soldado, a cualquier comandante, a mi propia conciencia, a cualquiera que me hubiera preguntado, en voz alta o en silencio: "¿Por qué eres tan severo?" yo le habría contestado con orgullo, de la misma manera: "¡Sirvo a la Unión Soviética!".

Regresamos en plazo.

Miré a las compañías, formadas alrededor mío en rectángulo. Los soldados estaban enflaquecidos, ennegrecidos, sus chaquetas traspasadas de sudor, con los zapatos cubiertos de polvo y los fusiles tenidos al pie. Se habían cansado; les ardían los pies; en esos momentos sólo querían una cosa: recostarse; pero aguardaban pacientemente la orden: no se apoyaban senilmente sobre los fusiles y, al encontrar la mirada del comandante, erguían sus hombros.

Ya no eran aquellos hombres que una semana atrás formaron filas aquí mismo por primera vez, vistiendo gorras, sacos y camisas; ni aquellos que, con su flamante equipo de marcha torpemente ajustado, partieron al amanecer, en su primera gran excursión; ahora eran soldados que habían soportado con honor su primera experiencia militar.

Así terminó la marcha.

¡ADELANTE!

1

Quisiera contarle mucho más acerca de cómo nos preparamos para los combates, cómo visitaba el batallón el general Panfílov, cómo conversaba con los soldados y cómo les repetía a ellos y a mí: “La victoria se forja antes de la batalla”.

Pero... dejaremos todo esto.

Por fin nos llegó aquello por cuya causa tomamos los fusiles y aprendimos el oficio de soldados; aquello por cuya causa se está firme delante del comandante y, sin contradecirlo nunca, se lo obedece; nos llegó lo que se llama el combate.

Llegamos a Moscú, ocupamos una línea cerca del Volokolamsk; hacia esa línea, el 13 de octubre, se dirigió el enemigo: un ejército de bandidos, motorizado e instruido, que, lejos en el Occidente, había roto nuestro frente y se tiraba el lance de llegar a Moscú, el último lance, así les parecía a los alemanes, de su guerra relámpago.

El mismo día 13, cuando el pelotón de reconocimiento anunció, por primera vez, que los alemanes estaban ante nosotros, había llegado al batallón, como usted ya sabe, el general Panfílov.

Habiéndose bebido dos vasos de té, cargado y caliente, echó un vistazo al reloj y dijo:

—Gracias, camarada Momish-Ulí... Es suficiente. Vamos a la línea.

Se colocó su suave medio abrigo, de cuero blanco, que despedía un suave y agradable olor a alquitrán, una abrigada montera de piel, su equipo, y salimos.

No lejos, en el lindero del bosque, lo esperaba un automóvil. Las ruedas traseras tenían cadenas fuertemente arrolladas; entre los eslabones de acero se había introducido la nieve, oscurecida y prensada.

Todo alrededor estaba lleno de nieve; durante esos días comenzó la temporada de los trineos. Helaba ligeramente. Del cielo encapotado ya había desaparecido la blanca mancha brillante detrás de la cual se adivinaba, al mediodía, el sol; sobre el horizonte se advirtieron mezquinos tonos amarillentos; pero, en su blancura de nieve, la tarde parecía clara.

En cinco minutos estuvimos en las posiciones de la segunda compañía. Saltando con facilidad dentro de las trincheras, Panfílov entraba bajo las coberturas, miraba la lejanía a través de las hendiduras, inspeccionaba el sector de tiro, tomando un fusil y, disparando, probaba si era cómodo disparar y formulaba a los soldados las consabidas preguntas: “¿Cómo comen?” “¿Es suficiente la *majorka**?”. Los soldados, al contestarle, lo miraban con ojos ansiosos. Por las trincheras se había difundido la noticia traída por los exploradores de que los alemanes estaban ante nosotros. Panfílov conversaba, bromeaba, pero las miradas continuaban siendo ansiosas: parecía

como si los soldados esperasen que de pronto el general pronunciara alguna palabra especial que hay que conocer en el combate y por la cual la fuerza del enemigo dejará de ser temible.

Después de pasar por algunas trincheras, Panfílov caminó en silencio por la orilla del oscuro Ruza, que todavía no se había helado. Miraba para abajo, como siempre cuando pensaba.

Se le acercó corriendo, arreglándose de paso la gorra, bajo la cual sobresalían las sienes entrecanas, cuidadosamente afeitadas, el comandante de la compañía, Sievriukov. Detrás de él, manteniendo una distancia de tres o cuatro pasos, sin retrasarse ni adelantarse, corrían varios soldados.

Después de oír el parte, Panfílov preguntó:

— ¿Y qué es esa corte detrás suyo?

— Mis enlaces, camarada general.

— ¿Y corren así por todas partes detrás suyo?

— ¡No podría ser de otro modo, camarada general! Si de pronto pasara algo...

— Bien... Muy bien... También sus trincheras, camarada Sievriukov, están construidas inteligentemente.

El rostro no muy joven del ex contador principal enrojeció de satisfacción.

— He pensado, camarada general, de este modo — empezó a decir razonadamente —: si de pronto deseara usted reunir la compañía, conversar con ella, pues... los enlaces ya están aquí. Son, camarada general, corredores. Si lo manda, camarada general, la compañía, dentro de diez minutos, estará aquí.

Panfílov sacó el reloj, lo miró y quedó pensativo.

— ¿Dentro de diez minutos? ¿Aquí?

— Sí, camarada general.

— Bien. Muy bien... y dígame, camarada Sievriukov, ¿dentro de cuántos minutos puede usted reunir su compañía allá?

Volviéndose rápidamente, Panfílov indicó hacia la otra ribera del Ruza.

— ¿Allá? — volvió a preguntar Sievriukov.

— Sí...

Sievriukov miró el dedo índice del general; luego, el punto a donde llevaba la imaginaria línea recta. Había aún bastante claridad para poder distinguir: la mano mostraba el bosque en la orilla opuesta.

Pero Sievriukov, con todo, preguntó:

— ¿Hacia aquel lado?

— Sí, sí... Hacia aquél, camarada Sievriukov.

Sievriukov miró el agua negra, aún no helada; volvió la cabeza hacia donde, a kilómetro y medio, había un puente oculto por el saliente de la orilla; sacó el pañuelo, se sonó torpemente y otra vez quedó mirando el agua.

Panfílov, en silencio, aguardaba.

— No sé... ¿A través del vado, camarada general? Ahí, en el medio, da por arriba de la cintura. Los hombres se mojarán, camarada general.

— No, ¿para qué mojarse? No estamos en verano. Vamos a ver si podemos combatir sin mojarnos. ¿Y, camarada Sievriukov? ¿Dentro de cuántos minutos?

— No sé... Aquí no será cosa de minutos, camarada general. Panfílov se dio vuelta hacia mí.

— Está mal, camarada Momish-Ulí -articuló con claridad.

Por primera vez, el general Panfílov me dijo “está mal”. Eso no había ocurrido antes, ni ocurrió después, durante, los combates cerca de Moscú.

— Está mal — repitió. — ¿Por qué no se prepararon puentes para pasar? ¿Por qué no hay balsas ni botes? Ustedes se metieron en la tierra, se enterraron inteligentemente, con sensatez... Ahora están esperando que el alemán les dé un golpe saliéndoles al encuentro. ¿Y si a ustedes mismos se les presenta la posibilidad de golpear? ¿Están preparados para eso? El enemigo se ha hecho insolente, engreído; hay que aprovecharse de eso. Usted, camarada Momish-Ulí, en esto ni siquiera ha pensado.

Hablaba severamente, sin la delicadeza habitual, sin suavizar, esta vez, en nada, su actitud. Poniéndome firme, enrojando, escuché la reprensión.

2

— ¿Un cambio de flanco de las posiciones? ¿Para ocupar qué línea, camarada general?

Panfílov indicó la vera del bosque donde estaba oculto el puesto de mando del batallón, y desde donde el automóvil, al traernos, había trazado su huella sobre la blancura del campo, ya invisible por la noche.

El general volvió a dirigirse a Sievriukov.

— ¿Quiere decir, camarada Sievriukov, que no podría reunir rápidamente su compañía allá? Está mal... Medite sobre eso. ¿Y un cambio de flanco de las posiciones, cuánto tiempo le llevaría?

—Aquí tiene una línea, camarada Sievriukov; desde el bosque hasta la orilla... El problema es proteger el batallón por el flanco.

Sievriukov pensó:

—De quince a veinte minutos, camarada general.

—¿No está inventando? A ver... Ordene, camarada Sievriukov. Le estoy tomando el tiempo.

Sievriukov hizo el saludo militar, se dio vuelta y, sin apresurarse, fue hacia sus enlaces. Por medio minuto estuvo mirando, en silencio, el lugar. Yo le gritaba con la vista: “¿Qué piensas? ¡Pronto! ¡Pronto!” Y de súbito, oí un murmullo algo ronco: “Bien, el mozo está pensando”. Panfílov me lo susurró con una sonrisa. Su rostro ya no estaba severo. Seguía con interés a Sievriukov.

En tanto, Sievriukov ya indicaba la orientación a sus enlaces. Pudimos oír:

—El pelotón de ametralladoras protege, después se retira el último... ¡Murátov, corriendo!

Panfílov, sin poderse contener, asintió con la cabeza. El cuarentón teniente, ex contador principal de una Fábrica de tabaco en Alma-Ata, le gustaba visiblemente. Mientras tanto, Murátov, un pequeño y robusto tártaro, volaba ya por la orilla despidiendo bolas de nieve con sus botas. Después de él partió otro en distinta dirección; luego, un tercero. Hacia el bosque corrió el alto Belvitski, estudiante de un instituto técnico-pedagógico antes de la guerra. Se colocó como un faro en la línea que había señalado el general. Me pasó por la cabeza: “¡Se equivocó! ¡Así no se podrá tener ante las descargas!”. Pero ya Sievriukov le hacía furiosamente señas con la mano,

indicándole que se agachara. Belvitski no comprendía. Sievriukov se agachó y aquél se dio cuenta.

Entretanto, a través de la oscuridad que se espesaba, se dejó ver por fin la primera fila que corría hacia el bosque. Reconocí la poderosa figura de Galliulin, doblado a la carrera sobre el cuerpo de su ametralladora, pero, incluso en tal postura, sobresaliendo de los demás, el pelotón de ametralladora se echó a tierra.

A su lado pasaban corriendo los tiradores, con las pequeñas rayas de sus fusiles, cogidos a la bayoneta calada, que apenas se podían distinguir desde donde estábamos. E iban cayendo sobre la nieve, trazando sobre el campo blanco el oscuro punteado de una nueva línea defensiva.

Me parecía que el reloj que tenía en la mano Panfílov, mirándolo de vez en cuando, golpeaba sus segundos dentro de mí. Cada golpe sonaba: ¡bien! ¡bien! ¡bien! ¿Me podrá comprender usted? Puesto que era mi batallón, mi creación, donde yo había depositado todo lo que tenía, batallón a cuyo respecto, de acuerdo con los reglamentos, me correspondería decir: “yo”. Y de pronto pensé: “¿podremos maniobrar así bajo las descargas, cuando sobre el campo crucen las balas, cuando con fuego y estrépito exploten bombas y minas? ¿Qué pasará si alguien, presa de pánico, grita: ‘Nos están cercando’, y se lanza a la carrera hacia el bosque? ¿Qué pasará si otros se le contagian y también echan a correr? ¡No, no! A un hombre así los comandantes lo aniquilan en el mismo lugar; los mismos soldados lo fusilan”.

Entretanto, los soldados ya pasaban, corriendo al lado nuestro, se tiraban no lejos de allí y, haciendo fun-

Los hombres de Panfílov cionar en seguida las paletas de zapador, amontonaban delante suyo montículos de nieve.

Los corredores de Sievriukov regresaron a su lado.

Sobre el campo, ya cruzado por tonos violeta, surgió otra vez la silueta de Galliulin, con el cuerpo de la ametralladora sobre su espalda de gigante: el pelotón de ametralladoras, protegiendo la compañía que había cambiado de posiciones, se retiraba ocupando su lugar en las filas. Alguien corría rezagado. Sievriukov lo seguía con la vista. Tras esperar a que también éste se hubiera echado sobre la nieve, Sievriukov se acercó a Panfílov:

— ¡Camarada general! De acuerdo con su orden, la compañía realizó un cambio de flanco de sus posiciones. ¡La línea defensiva señalada por usted está ocupada!

Panfílov, entornando los ojos, miró el reloj.

— ¡Maravilloso! — exclamó. — Dieciocho minutos y medio. Excelente, camarada Sievriukov. Excelente, camarada Momish-Ulí... ¡Ahora no me iré sin dar a los soldados las gracias! Si con un pueblo así no se la damos a los alemanes, ¿para qué serviríamos, pues? ¿Qué otros soldados precisamos? Reúna la compañía aquí, camarada Sievriukov...

De nuevo partieron los enlaces y, rápidamente, la compañía se reunió, corriendo en columnas por pelotones, cerca del general. Sievriukov hizo alinear la formación, ordenó “¡firmes!” y anunció el cumplimiento al general. Ya había oscurecido, los rostros eran invisibles pero los contornos de la formación se notaban nítidamente.

Panfílov no gustaba de pronunciar discursos; por lo común, prefería conversar con los soldados, que se

sentaban en torno de él; pero esta vez dirigió la palabra a la compañía, verdad que muy brevemente; sólo invirtió, acaso, dos o tres minutos.

Sin contener su alegría, elogió a los combatientes.

— Como viejo soldado, les diré, camaradas -hablaba sin alzar la voz-; que con combatientes como ustedes nada hay que sea terrible.

Aun sin vérselo el rostro, se podía adivinar por su voz que estaba sonriendo. Tras un instante de silencio, preguntó, como dirigiéndose a sí mismo:

— ¿Qué es un soldado? El soldado obedece a todos, ante cada comandante está firme, cumple órdenes. Es el grado inferior, como se decía antes. Pero, ¿qué es una orden sin el soldado? Es un pensamiento, un juego de la inteligencia, un sueño. La orden mejor y más inteligente permanecerá siendo sueño, fantasía, si el soldado está mal preparado. La preparación militar del ejército, camaradas, es, ante todo, la preparación del soldado. En la guerra, el soldado es la fuerza decisiva. Cuando una compañía acciona como hace un instante lo hicieron ustedes, cuando cumple así una orden, entonces... ¡entonces no verá a Moscú el alemán! Gracias, camaradas, por su excelente preparación militar. Gracias por el servicio.

Sobre el campo retumbó:

— ¡Servimos a la Unión Soviética!

Y de nuevo se hizo un gran silencio.

— Gracias, camarada Sievriukov — dijo el general, apretando la mano del comandante de la compañía. — Con águilas así, hasta yo soy un águila.

En medio del silencio, eso fue oído por todos.

Y otra vez se podía adivinar, por su voz, que Panfilov sonreía. Sonreían, también, los soldados. Pues ocurre a veces de tal modo que una sonrisa se siente a través de la oscuridad y del silencio; pero en eso, precisamente, consistía mi desgracia, mi pesar, ya que esa tarde, después de la reprensión que me atormentaba, no podía experimentar el maravilloso sentimiento de fusión con los soldados, acerca del cual le he contado y que, más de una vez, había llegado hasta mí como recompensa. Yo no veía los rostros. Puede ser que los hombres estuvieran sonriendo, pero puede ser también, que todavía se hallaran deprimidos, descontentos; que esperaran aún del general alguna palabra especial, la palabra que auxilia en el combate, sin reconocer que esa palabra ya había sido pronunciada.

Yo no sentía el respirar de la compañía, ni veía su rostro. Esto, junto con la reprensión, también era un castigo por algún error. ¿En qué podría consistir éste?

Buscaba en mi mente las palabras de general. “En esto ni siquiera ha pensado”, había dicho, indicando el golpe contra el enemigo. ¿Ni el pensamiento? Sí. Hay algo en que no he pensado, algo que no acabé de hacer. Y no sólo por disposición de los campos minados y los medios para cruzarlos, sino también en las almas de los soldados. Pero, ¿qué es, qué es? ¡Eh! La victoria, sólo la victoria en el combate: eso es lo que precisamos.

Acompañé al general hasta el automóvil.

—Hagan reconocimiento a discreción —dijo, poniendo su pie en el estribo. —Envíe, continuo, sus hom-

bres adelantes. No tienen necesidad de permanecer sentados en tierra, todos acurrucados. ¡Que vean a los alemanes antes del combate!

Me dio la mano para despedirse y reteniendo la mía en la suya prosiguió:

—Sabe, camarada Momish-Ulí, ¿qué es lo que hace falta al batallón? ¡Zurrar una vez a los alemanes!

Yo me estremecí. Era justamente lo que también deseaba con ansiedad.

—Entonces, camarada Momish-Ulí, eso no será un batallón... ¡No! Será acero de Damasco. ¿Sabe qué es el acero de Damasco? Dibujo que se haya cincelado en él, nada en el mundo podrá hacerlo desaparecer. ¿Me ha comprendido?

—Sí, *aksakal*...

Yo mismo no sé cómo se me escapó esa palabra. Había llamado a Panfílov como a mí me llamaba Bozjánov, como nosotros, los kasajos, nos dirigimos al padre más viejo de la tribu.

Volví a sentir su apretón de manos.

— ¡No esperen, busquen la ocasión! Y si llega ¡peguen fuerte! ¡Calculen y peguen fuerte! Piense en eso, camarada Momish-Ulí.

Y de nuevo preguntó inclinándose hacia mí, deseando verme mejor en la penumbra:

— ¿Me ha comprendido usted?

— Sí, camarada general.

Panfílov, con ambas manos al estilo kazajo, apretó mi mano. Era una caricia.

Tras de él, golpeó la portezuela. Con los focos encendidos a media luz, el automóvil partió por el campo de nieve. Pero yo seguía de pie, mirando hacia el automóvil del general que se alejaba.

3

De noche compusimos un gráfico.

Y al amanecer, tres secciones — una de cada compañía de tiradores — se dirigieron, por distintos caminos, a efectuar reconocimientos. Después; cada dos horas, de acuerdo con el gráfico, sección tras sección partía más allá del río, adelante, allá de donde venían alemanes. Se planteaba a los soldados un problema de reconocimiento, aunque lo más importante que se pretendía lograr era que vieran a un alemán vivo.

Yo quería que los soldados pudieran convencerse que contra otros no marchaban escamosos monstruos coludos, demonios o dragones con fuego en las fauces, sino hombres. Hombres con alma degenerada de bandidos, pero con un cuerpo igual que el nuestro, con piel humana que atraviesan fácilmente la bayoneta y la bala: seres a los que se puede matar.

Cautelosamente, costeano los bosques, los soldados se arrastraban hasta las aldeas, llamando en voz baja a los koljosianos; se enteraban dónde estaban los alemanes, cuántos eran. Y después de hacer preguntas, se acercaban furtivamente para echar un vistazo al alemán.

La primera vez fue algo penoso, pero los soldados partieron igual. ¡Iban adelante! Desde arbustos y sotos,

desde huertos y zanjas cubiertas de malezas, observaban qué tal eran los enemigos que venían a matarnos.

Y, sección tras sección, regresaban. Los soldados contaban, a porfía, cómo los alemanes andaban por el poblado, cómo se lavaban, comían, tiraban a las gallinas, reían y parloteaban algo en alemán.

Rajímov interrogaba a los comandantes de sección, determinando el número y armamentos del enemigo, sus desplazamientos, y lo anotaba todo cuidadosamente. Yo, entretanto, oyendo los mismos informes, me fijaba en los rostros, tomaba el pulso del batallón. Muchos volvían animados, pero algunos todavía tenían angustias en la mirada; el miedo aún no los había abandonado.

Una sección, con Kurbátov a la cabeza, regresó especialmente alegre.

Haciendo diestramente el saludo y dando un golpe con los tacones, mirándome con rientes ojos negros, Kurbátov dijo:

— Camarada comandante, permítame informar. Su orden no ha sido cumplida.

— ¿Cómo es eso?

— Usted mandó no hacer disparos, pero se me fue la mano. Disparé dos veces. Y el soldado Garkusha también. Acostamos a dos, camarada comandante. ¡Nos tocó en lo más vivo! Querían quitarle un chanchito a una mujer... Ella se agarró a uno de los alemanes, quedó tirada en el suelo, gritaba. Y él le daba en la cara con la bota. El corazón no pudo aguantarlo; apunté: ¡paf! ¡paf!. Y el soldado Garkusha también. Así los tocamos...

Garkusha —el mismo que cierta vez se había mortificado, durante la primera marcha, con el bolsillo de granadas— intercaló unas palabritas:

—En cuanto a mí, camarada comandante, tuve otra razón más.

—¿Cuál?

Garkusha echó una mirada a los soldados, guiñando un ojo:

—El ruso no da crédito a los ojos: hay que dejarlo que lo palpe todo.

—¿Y qué? ¿Lo palpaste? ¿Les entra la bala?

—Eso, camarada comandante, es poco. Mis ganas fueron palparlo de otro modo.

Y Garkusha soltó algo que en el papel no se escribe. Alrededor se echaron a reír. Yo escuchaba con satisfacción. Durante ese día, la risa —huésped agradabilísimo y caprichoso— más de una vez tuvo a bien visitarnos. Pero no permanecía por mucho tiempo. Parecía que se sentaba por un minuto y volvía a volar, y otra vez resurgía, como pensando si establecerse entre nosotros, o no.

Se me acercaron los ametralladores: el reposado Bloja, Galliulin y Murin.

—Camarada comandante, permítame la palabra —dijo Bloja.

Se la concedí. Bloja empujó con el codo a Galliulin; Murin le dio de atrás. El altísimo kazajo, con el rostro oscuro y brillante, dijo tímidamente:

—Camarada comandante...

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Camarada comandante, ¿usted no está enfadado con nosotros?

—No.

—¿Y, por qué, camarada comandante, todos van a ver al alemán, y los ametralladores no van? Todos lo han visto, pero nosotros no...

El soldado Garkusha ha disparado contra el alemán, pero nosotros no.

—Pues, ¿a dónde los puedo mandar con las ametralladoras? Las ametralladoras se precisan aquí.

—Pero nosotros, un poquito, camarada comandante... Sólo un poquito... y en seguida regresamos.

Murin no pudo contenerse.

—Camarada comandante, sólo por una noche. Aun de noche nosotros veremos. Prenderemos fuego a alguna casa y ellos saldrán corriendo. Déjenos, camarada comandante, disparar siquiera una sola cinta.

Sí; ese día en el batallón ocurrió algo novedoso, Murin era un hombre interesante, Yo había notado varias veces que era el primero en decaer cuando el batallón decaía, y el primero en animarse cuando el ánimo de todos se fortalecía. Parecía que era el primero en quien se imprimía siempre el cuño combativo del batallón; cuño que ya se disipaba, ya volvía a marcarse bruscamente. Sabía que ese cuño no estaba aún para cincelarlos en acero de Damasco, donde nada en el mundo puede hacerlo desaparecer.

Acerca del acero de Damasco, como usted sabe, me había hablado Panfilov. Cuanto más profundamente me ponía a pensar en las indicaciones que él nos había dejado, con tanta mayor dedicación me fijaba en los soldados, escuchaba atentamente los informes de sus reco-

Los hombres de Panfilov
nocimientos, sus palabras, sus entonaciones, y tanto más
claramente se me perfilaba una idea.

Y entonces dije a los ametralladores:

— Bien, Galliulin, No quedarás con la ofensa. Ma-
ñana tendrán tarea.

**Majorka*: Tipo de tabaco grueso.

¡PRUÉBENLO, BÁTANSE CON NOSOTROS!

1

La idea era así.

Unos veinte kilómetros delante nuestro se encontraba el gran pueblo de Seredá, el mismo en que, el 13 de octubre, el jefe del Estado Mayor, Rajímov, con un pelotón a caballo, había descubierto a los alemanes. De este punto se irradiaban diversos caminos principales: a Volokolamsk, a Kalinin, a Mojaisk.

Confrontando los informes de soldados y comandantes que volvían de los reconocimientos, interrogando a los habitantes que huían de los alemanes, llegamos a determinar que en Seredá el enemigo había instalado una especie de puesto de descanso. Fueron dispuestos allí depósitos de provisiones, municiones y combustible. Allí pernoctaban, según lo averiguado, los ejércitos alemanes que luego se dirigían hacia el norte, a Kalinin, y hacia el sur, por el camino que lleva a Mojaisk, abarcando nuestra defensa desde ambos lados.

Surgió una idea: ¿no debíamos atacar este punto nosotros mismos, sin esperar el golpe de los alemanes? ¿No debíamos efectuar una incursión nocturna sobre Seredá?

Pero Panfílov decía: “¡Calculen! ¡Calculen y peguen fuerte!”.

Para el reconocimiento envié a exploradores del comando, con Rajímov a la cabeza. Kazajo de unos treinta años, con rasgos europeos en su rostro, Rajímov era deportista y explorador de vocación. Me parece que ya dije que en Kazajstán adquirió cierta notoriedad como alpinista. Caminaba rápidamente y, al mismo tiempo, sin apresurarse. Además de sangre fría y raro esmero en el cumplimiento de las órdenes, tenía otra propiedad, insustituible en la guerra: el don de la orientación. Se tenía la impresión de que veía aun en la oscuridad.

Yo esperaba con impaciencia el regreso de Rajímov. Habiendo partido al atardecer del 14 de octubre, faltó toda la noche y toda la mañana.

Por fin, hacia el mediodía, llegó. Sí, todo se había confirmado.

Seredá, efectivamente, era un puesto de descanso; allá se conducían las cargas y pasaban la noche grandes fuerzas, que proseguían su marcha a la mañana. La guardia no era seria. Por lo visto, los alemanes estaban plenamente convencidos de que nadie se atrevería a atacarlos.

Tomé una decisión: atacar esa misma noche. Por la tarde se formó un destacamento de cien hombres.

La cuestión se formuló así: a alta hora de la noche, irrumpir en Seredá desde tres lados, batir y matar a los alemanes, incendiar los depósitos, tomar prisioneros y, si alcanzaba el tiempo, minar los caminos que conducen a Seredá y los que parten de ahí. No se exigía retener el pueblo; hacia la mañana, se debería regresar a las posiciones del batallón.

El comandante del regimiento dio su conformidad, pero no me permitió partir con el destacamento. Designé como comandante a Rajímov, y como comisario político a Bozjánov. Al anoecer, cuando hubo oscurecido, cien soldados se formaron a la vera del bosque, cerca del refugio del Estado Mayor. Sobre la ondulada línea de los quepis, sobresalía la cabeza de Galliulin, y al lado se adivinaba al robusto Bloja. Yo cumplí la promesa: los ametralladores tomaban parte, también, en la incursión nocturna.

Una vez más no distinguía los rostros, pero en la oscuridad nos unían toques de corriente. Me sacudía un temblor nervioso y, sin tocar a los soldados, sabía, con todo, que ahora los poseía una fiebre igual. Era temblor no del miedo, sino del azar; era la tensión ante la: pelea. Por la cabeza me pasó el antiguo proverbio kazajo, que no hace mucho me había hecho recordar Bozjánov. Yo lo repetí al destacamento:

— El enemigo sólo es terrible hasta que conozcas el sabor de su sangre. ¡Vayan, camaradas! ¡Prueben de qué está hecho el alemán! ¡Si corre su sangre bajo nuestras balas! ¡Si lanza alaridos cuando le hinquen la bayoneta! ¡Si, al morir, muerde con sus dientes la tierra! ¡Déjenlo roer; aliméntenlo con nuestra tierra! ¡Conozcan el sabor de su sangre! El general Panfilov los ha llamado águilas. ¡Partan, águilas!

Rajímov dio a los combatientes orden de marchar. Yo miraba cómo desaparecía la columna en medio de la penumbra. Se me acercó Kráiev.

— ¿Por qué no me dejó ir, camarada comandante?
— borbolló.

— A mí mismo no me dejaron ir, Kráiev.

Esa tarde ambos envidiábamos a los soldados.

Empezó la noche del 15 al 16, la noche de nuestro primer combate.

2

Durante toda la noche no pude conciliar el sueño. Tampoco pude permanecer en el reducto. Iba hacia la orilla del bosque, caminaba por el sendero, ya fuera del sendero, y miraba al sur, a donde habían partido los soldados, poniéndome a escuchar, como si de allí, a través de veinte kilómetros, pudiera llegar un disparo o un grito.

De día llegaba hasta nosotros un lejano cañoneo. Todavía no sabíamos que ese día, 15 de octubre, los alemanes se habían lanzado con columnas de tanques sobre Moscú, para envolver el flanco izquierdo de nuestra división; que allá, cerca del koljós Bulchevo — anote su nombre; algún día resplandecerá con letras de oro en el mármol del futuro cuartel de nuestra división —, los hombres de Panfílov habían entrado en combate.

Por la noche, también allá se hizo el silencio.

Sobre el sendero que, negreando en medio de la nieve, conducía al refugio del Estado Mayor, permanecía de pie el centinela. Miraba en dirección al mismo lugar que miraba yo. Todo el batallón sabía que cien águilas habían marchado al combate; todo el batallón esperaba saber cómo sería este primer combate con el alemán.

Yo no hacía otra cosa que sacar el reloj. Las agujas luminosas señalaban las tres, las tres y media, las cua-

tro... Los ojos, como antes, sólo hallaban tinieblas; el oído alerta sólo captaba, como antes, el silencio.

De súbito, algo destelló en el cielo. No; fue un sueño... y de nuevo surgió una banda diminuta, turbia y apenas perceptible... ¿Qué es eso? ¿Amanece? Pero, ¿acaso el sol sale de allí? Fue un sueño; en el cielo otra vez todo está oscuro... Mas, de nuevo brilló una luz... y se extinguió... y una vez más apareció... Ahora resplandecía, ya derramándose, ya estrechándose, pero no se iba.

Luego, adquirió un tinte rosado...

Yo seguía mirando, como presa de encantamiento. Por el cielo nocturno, cual si alguien soplara con hálito vigoroso, se extendía un vivo resplandor centelleante.

El centinela exhaló:

— ¡Los nuestros los están quemando; ¡Los nuestros les están dando!

Quise contestar algo, pero no pude. La alegría se había atravesado en mi garganta y centelleaba dentro de mí, junto con el resplandor. Parecía que la sangre llevaba de los pulmones, a todos los rincones del cuerpo, no burbujas de aire, sino de alegría.

3

El destacamento regresó a la mañana.

Desde las trincheras más próximas y las más alejadas, acudían corriendo a su encuentro, los soldados.

Acercándoseles jubilosamente, contemplaban con asombro e interés la lastimosa figura de un alemán prisionero, que el destacamento había tomado juntamente

— **Los hombres de Panfilov** con otros trofeos. Estaba sentado en un carro, con uniforme verdoso y un casco también verdoso, mirando en su derredor, doblando lentamente un cuello venoso, con una gran nuez.

— Algo se podría conversar con él — dijo Bozjánov.
— Entiende un poco el ruso. ¿Cómo se llama?

El prisionero balbuceó algo...

— Más fuerte — gritó Bozjánov.

Nunca todavía había visto tan airado a mi buen Bozjánov.

Las manos del alemán cayeron hacia abajo, deslizándose por las costuras del pantalón y, cuadrándose ante Bozjánov, mencionó claramente su nombre. Todos se fijaban con atención en un alemán vivo, hablando.

— ¿Es casado?

— No... caballero...

Boszjánov se echó a reír con toda el alma. Su buen rostro lleno, abriéndose, se hizo más ancho; los pequeños ojillos desaparecieron.

Todos reían a carcajadas junto con el comisario político. “¡Caballero!” ¡Pues mira qué caballero! El alemán miraba en su torno.

Alguien gritó:

— ¡Silencio...! Oigan lo que dice el comisario político...

Bozjánov levantó una mano.

— El comisario político dice: sigan riendo — pronunció.

Y, seguramente sin esperarlo él mismo, agregó un aforismo, que después, en el batallón, era repetido frecuentemente:

— ¡La risa es lo más serio que hay en el frente!

Tratando de hablar despacio y muy inteligentemente, Bozjánov empezó a interrogar sobre los planes del comando alemán. El prisionero no comprendió en seguida. Entendiendo, por fin, el sentido de la pregunta, dijo, desfigurando los nombres rusos:

—Desayunar... Voliokoliammsk; cenar... Moscau. Lo articuló seriamente, teniendo sus manos en las costuras del pantalón, sin dudar, por lo visto, ni aun aquí, donde estaba prisionero, que así habrá de ser: “desayunar... Voliokoliammsk; cenar... Moscau”.

Y de nuevo retumbó la risa...

Durante los minutos de esa risa incontenible, yo sentía cómo el alma de los soldados se iba liberando del miedo. Moviendo su cuello, el prisionero miraba de soslayo, de un lado a otro. No comprendía qué era lo que sacudía a esos rusos.

Así fue ganado el primer combate. Así sufrió una derrota sobre nuestra línea el general Miedo.

Rajímov y Bozjánov me informaron sobre los detalles de la incursión.

Claro está que durante el combate, no le quepan dudas, no todo resultó como se había pensado.

Un grupo, que se había topado inesperadamente con una patrulla, empezó antes que la población fuese rodeada completamente. Los soldados irrumpían en las casas, trincaban y disparaban, pero a los alemanes les quedaron algunas salidas que nosotros no habíamos cortado. Muchos lograron escapar. Pudieron reponerse y organizar su defensa antes de lo que habíamos previsto. El destacamento aniquiló, unos dos centenares de

Los hombres de Panfilov hitleristas, minó los caminos, prendió fuego a muchos camiones y varios depósitos, entre estos uno de bencina; empero, en un lindero del pueblo, los alemanes consiguieron defender alguna cosa.

Pero lo principal fue logrado. Los soldados veían a los alemanes corriendo delante suyo; oían cómo daban alaridos, al morir; los soldados probaron su piel con la bala y la bayoneta, conocieron el sabor de la sangre enemiga.

Con Rajímov y Bozjánov, yo caminaba por la línea. Los soldados que tomaron parte en la incursión ya se habían corrido a sus secciones. Por orden mía, fueron suspendidas por dos horas las ocupaciones y trabajos. Por todas partes se veían grupos reunidos en torno a los héroes de la incursión, que habían zurrado a los alemanes.

Ora aquí, ora allá, se oía reír.

A mí me recibían con la orden: ¡De pie! ¡Firmes! Por esta sola exclamación, a menudo se puede percibir el alma del soldado. ¡Cuán jubilosamente resonaba ese día!

Nos encontramos con Murin, que había participado, también, de la incursión, integrando el cuerpo de ametralladores. Adoptó, desde lejos, un aspecto animoso, y por una buena decena de metros marcó el paso. Estábamos sobre el límite de la avanzada; ninguna cosa allí, fuera de la zona que en el frente se llama "de nadie", nos separaba de los alemanes, pero Murin marcaba el paso al cruzar frente a su comandante. Yo hice el saludo militar. Mirándome, Murin, de pronto, se sonrió. En respuesta, yo también le sonreí. Y a todos. No nos paramos, no dijimos una palabra, pero el alma, otra vez como en la noche, se llenó de alegría. Yo lo quería, y sentía que él me quería a mí.

Eran, nuevamente, maravillosos minutos de felicidad, la especial felicidad de un comandante cuando se siente fundido en una sola pieza con el batallón. Lo comprendí: en el batallón había nacido la intrepidez.

Alrededor nuestro, todo parecía como antes. Más allá del negro río, todavía no helado, veíase la lejanía. A través de la temprana nieve se vislumbraban, en una que otra parte, los bordes descubiertos de la tierra arada. Oscurecían las puntas del bosque. Yo sabía, como antes, que de pronto todo empezaría a tronar; por la nieve, dejando negras huellas, se arrastrarían los tanques; del bosque saldrían corriendo, echándose al suelo y levantándose de nuevo, hombres con capotes verdosos, con armas automáticas, que venía a matarnos; pero en el interior resonaba: “¡Pruébenlo, bátanse con nosotros!”.

Y en las miradas y las sonrisas, en las palabras y en la risa que no nos abandonaba, resonaba siempre lo mismo: “¡Pruébenlo, bátanse con nosotros!”.

Así sonaba ese día nuestro batallón, nuestro acero de Damasco. No faltan deseos de expresarse con más colores; por ejemplo, así: sí, ese nuestro batallón se convertía en damasquino acero, en hoja templada, afilada, cincelada, que corta el hierro y cuyo cuño nada hay en el mundo que pueda hacerlo desaparecer. Pero lo diremos más modestamente: ese día habíamos terminado nuestra educación media de soldados, la última clase de esta escuela, o sea el golpe, o empleando un término de oficio militar, el hincamiento de la bayoneta no en un espantajo, sino en el cuerpo vivo del enemigo. Este hincamiento que libera del miedo, lo logramos relativamente con facilidad: en un temerario asalto nocturno.

Los duros combates, las terribles experiencias del valor, todo eso estaba por delante. La gran batalla de Moscú, que duró dos meses; sólo había comenzado.

Durante esos dos meses, nosotros, primer batallón del regimiento de Talgar, actuamos en treinta y cinco combates; fuimos, por un tiempo, batallón de reserva del general Panfílov; entrábamos en acción, como corresponde a la reserva, en los momentos desesperadamente graves; luchamos en Volokolamsk, en Istra, en Kriúkovo; vencimos y echamos a los alemanes.

Acerca de nuestros treinta y cinco combates, contaré después. Y ahora...

Ahora, dijo Baurdján Momish-Ulí, ponga un gran punto. Escriba: fin del primer relato.

SEGUNDA PARTE

EN VÍSPERAS DE LA BATALLA

1

—El 16 de octubre de 1941 —continuó Baurdján Momish-Ulí-, yo, jefe de batallón, estaba acostado en mi catre de campaña dentro del blindaje, a ciento treinta kilómetros de Moscú.

A lo lejos, bien acelerándose con tensión, bien disminuyendo, se oía incesante el cañoneo de la artillería. El sonido rodaba hasta unos veinte o veinticinco kilómetros a la izquierda.

Como nos enteramos más tarde, allí, en el flanco izquierdo de la división, los alemanes habían intentado ese día abrir una brecha en nuestra línea de defensa con un ataque de tanques.

Yo estaba acostado, y meditaba.

Me aburría Sinchenko, el encargado de cuidar mi caballo, el único hombre del batallón a quien permitía que me refunfuñara. Venía siempre a fastidiarme: que tenía el baño encendido y preparado para mí, o que estaba dispuesta la comida...

—No me molestes ahora, deja eso para después —le contestaba.

Los hombres de Panfílov

—Siempre lo mismo; no molestes, no molestes. Y usted mismo no hace nada en todo el día —contestaba él.

—Estoy pensando. ¿Has comprendido? Pen-san-do.

—¿Acaso se puede estar pensando tanto tiempo?

—Sí, se puede. Si a ti te matan por una torpeza mía, ¿qué le diré a tu mujer? Y no eres el único en mi batallón.

Quizá también ustedes supongan que el jefe del batallón —especialmente en este momento, en víspera de la batalla— debe hablar por teléfono, llamar a sus subordinados, andar por los puestos de observación, dar órdenes, etc. Sin embargo, nuestro general Iván Vasílievich Panfílov, nos había enseñado más de una vez que la obligación principal del jefe es pensar, pensar y pensar.

2

En la noche del 16, como usted sabe, cien de mis combatientes se alejaron más de veinte kilómetros y realizaron una exploración en el campo enemigo. Regresaron con éxito.

Este primer éxito trasformó el alma de los soldados, trasformó al batallón.

¿Y después?

Está claro que nuestra temeridad nada pudo variar en la situación operativa. Nosotros, setecientos hombres, el primer batallón del regimiento de Tolgark, defendíamos, como siempre, varios kilómetros de frente en los accesos de Moscú, hacia donde marchaban a concentrarse las divisiones alemanas.

Los pensamientos que me atormentaban en los últimos dos o tres días volvieron a mí.

Al recibir esta línea de frente, para su defensa, como usted sabe, ni siquiera podía suponer que en este sector de posiciones pudiera resistir al enemigo un solo batallón; me imaginaba que detrás de nosotros sería creada una segunda, y posiblemente, una tercera línea de defensa, donde se desplegarían otras unidades del Ejército Rojo; y suponía que después de recibir sobre nosotros el golpe y de detener en parte al enemigo, nos retiraríamos hacia las fuerzas principales.

Pero sólo dos o tres días atrás nos habíamos enterado de que ante nuestras líneas irrumpían las divisiones hitlerianas que habían logrado romper las líneas cerca de Viasma; y que detrás de nosotros no había ninguna otra línea de tropas; que Volokolamsk y la carretera de Volokolamsk —el camino recto a Moscú— estaban defendidos por nuestra división, extendida en este sector de muchos kilómetros de frente, y también por algunos regimientos de artillería antitanque.

Detener con pocas fuerzas al enemigo ante Moscú, retenerlo hasta que vinieran los refuerzos: ésa era la tarea en aquel momento.

3

Permítame que no emplee expresiones como: la patria lo ordenaba, la patria lo exigía... Quiero ser parco en palabras cuando se habla de amor a la patria.

No lo dude usted: seguramente, siento con no menor fuerza que usted lo que significa la patria socialista, lo que representa la patria que defendemos y en la que vivimos.

Todo mi amor, mi pasión, todas las fuerzas de mi alma estaban dirigidas en aquellos días hacia un objetivo: cómo defender la línea del batallón, cómo cumplir la tarea que se le había encomendado.

En ese momento veía en mi imaginación cómo, salvando en algunas horas los doce o quince kilómetros de zona sin defensa que en ese entonces nos separaban de los alemanes, el enemigo llegaba al río Ruza, a nuestras fortificaciones. Allí, al encontrar resistencia y descubrir nuestra línea de defensa, encubiertos por la noche, concentrarían secretamente en algún lugar del bosque —en algún punto que ellos mismos elegirían— un grupo de choque, traerían la artillería y luego, completamente preparados, formando a sus tropas se lanzarían en cuña —su método favorito— hacia adelante en un estrecho frente, de una extensión de medio a un kilómetro.

Yo no tenía reservas. El cálculo de la distancia demostraba que los alemanes, en un golpe impulsivo e inesperado, podrían romper nuestra línea antes que las fuerzas de otros sectores llegasen a ese ignorado kilómetro.

¿Pero es que no se puede pensar por el enemigo, reencarnarse en jefe de la agrupación alemana, y adivinar ese punto, ese kilómetro que a él, al alemán, le parecerá más conveniente, más apropiado para el ataque? El caso es que el adversario tampoco es tonto. Me esfuerzo en pensar por él, y él pensará por mí.

El, indudablemente, adivinará con facilidad mis reflexiones y encontrará el medio para engañarme. Él atacará en un sitio, yo me apresuraré a trasladar allí una compañía, enviaré allí morteros y cañones y, mientras tanto, otro grupo alemán avanzará por el frente desguarnecido.

Puede ser que ahora, a la distancia de veinte kilómetros, él lea con ironía mis pensamientos.

La figura del jefe de la agrupación alemana que se estaba concentrando frente a nosotros creció en mi imaginación. Me representé el rostro arrogante, bien afeitado, de un alemán con charreteras de coronel, o quizá de general.

Frente a mi batallón, él tiene ahora a su disposición, o tendrá mañana o pasado, aproximadamente una división, que va concentrándose poco a poco. Observando con gran tensión la figura del jefe militar alemán creada por mi imaginación, al que yo ahora, recostado en el catre de campaña, estaba obligado a ganar la batalla — la batalla silenciosa de la inteligencia contra la inteligencia —, tratando de introducirme en sus pensamientos, en sus planes, me repetía: no cuentes, Baurdján, con que tienes ante ti a un tonto.

Pero los ojos que me parecía ver — agudos, crueles, ya no jóvenes — eran ojos que podían encenderse por el azar de la guerra, eran ojos que podían observar el mapa durante largo tiempo, pero que no estaban animados por el fuego de la inteligencia; en ellos no brillaba la idea. Él, ese coronel o general alemán, me despreciaba, despreciaba al batallón formado por varias centenas de soldados rojos que tenía frente a él y que cubría, en los accesos de Moscú, ocho kilómetros de frente. Entonces se aburría. Se imaginaba que la guerra en el Oriente ya estaba ganada; el camino a Moscú abierto; quedaba sólo, a paso de marcha, aplastar a los destacamentos pequeños. Nos despreciaba; no nos creía dignos de un esfuerzo de su cerebro.

¿Puede ser que me equivoque? ¿Tal vez las lecciones de la guerra —la heroica resistencia de las unidades fronterizas del Ejército Rojo, la batalla de defensa de Smolensk, la defensa de Odesa, de Leningrado— le obligaron a meditar? ¿Quizá nuestro desafío, el ataque nocturno, le demostró que a las puertas de Moscú le esperaba una cruenta lucha?

Lo dudo... Para él, el conquistador seguro de que a los pocos días miraría las plazas y las calles de Moscú desde un automóvil, el ataque nocturno de un centenar de soldados rojos le habría parecido sin duda una incursión convulsiva de guerrilleros; de esas que se encontrarían bastante más adelante y con las que podrían terminar los policías y la gendarmería de campaña.

El instinto me decía: has adivinado, has llegado hasta la médula de los pensamientos del enemigo. El odio me llenó de ira. ¿Me desprecias? ¿Te aburres? ¡Espera, ya te obligaremos a pensar!

Pero mientras tanto... Mientras tanto hay que esperar de él, del vencedor profesional, que ya se permite no molestarse en pensar, que actúe según el clisé. Éste es conocido: salvando en varias horas doce o quince kilómetros de la zona sin defensa y derribando después nuestra primera defensa militar... Tuve que sonreírme, Al penetrar los pensamientos del alemán no avancé mucho; después de describir un círculo, había vuelto al punto de partida.

He dicho que el clisé es conocido. ¿No es así?

Yo conocía la guerra por los libros, los manuales de estudio, los reglamentos, las conversaciones con personas que han participado en combates; hice prácticas militares: yo mismo enseñé a los soldados, llegué con ellos al frente, y sin embargo, la guerra continuaba siendo para mí un secreto, como lo es para todo aquél que no ha experimentado aún el combate.

Los hitlerianos habían demostrado su método de guerra en Polonia y en Francia: rompían la línea de tropas en varios puntos, avanzaban impetuosamente, en tanques, camiones y motocicletas, aplastando luego la resistencia de los grupos dispersos y cercados. También aquí quisieron actuar en la misma forma.

Pensándolo bien, también yo estoy utilizando las palabras clisé: derribar, romper, aplastar... ¿Pero qué es esto? ¿Por qué aplastar? ¿Cómo ocurre esto?

Sin mirar el mapa, ya que lo conocía de memoria, veía las sinuosas orillas del lento y estrecho río Ruza, y, emplazada allí, nuestra línea, formada por una pequeña cadena, cuyos eslabones eran los nidos de ametralladoras y las células de tiradores. Detrás, en el bosque, estaban ocultos ocho cañones, la dote del batallón; delante, por la orilla, comenzaba un declive vertical opuesto, lo que en, el lenguaje militar se llama escarpa.

Mi mirada corrió más lejos, hacia el lado del enemigo, detrás del río. Veía con detalle la zona intermedia, no ocupada aún por los alemanes, pero ya abandonada

Los hombres de Panfílov por nosotros; seguía los caminos que venían desde los puntos de concentración de los alemanes hasta nuestras fortificaciones; descubría los barrancos y los bosques, como si estuvieran destinados intencionadamente para la emboscada. Me dolía el corazón sólo al imaginar que las columnas alemanas, sin tropezar con ningún obstáculo ni resistencia, avanzarían por estos barrancos y estos bosques, que aún hoy estaban a nuestro alcance y donde podían ocultarse nuestras compañías.

Surgió en mi imaginación la idea de atacar, preparando una emboscada, la retaguardia del enemigo, es decir, golpear la cola de sus columnas aún no desplegadas y encerrarlas entre dos fuegos.

Era el plan de un combate frontal... atacar yo mismo de sorpresa al enemigo, antes que éste diera el primer paso. Pero ¿con qué fuerzas? ¿Sacar el batallón de las fortificaciones?

En una de sus últimas visitas al batallón, el general Panfílov dirigía insistentemente mi atención sobre la posibilidad de asestar un golpe frontal, si se presentaba la oportunidad para hacerlo.

¡Pero si no tengo más de setecientos hombres en ocho kilómetros de frente! ¡Pero si no puedo sacar a todo el batallón, dejando la línea sin defensa!... Con qué palabras podría trasmitirle a usted esta angustia del jefe: las fuerzas son pocas, las fuerzas son pocas...

Si pensaba por el adversario, veía muchos medios para resolver su tarea: la de romper la línea de mi batallón. Pero yo no podía crear un plan ni encontrar la solución que impidiera la ruptura de la línea.

Por la tarde recibí una orden: a las cinco de la madrugada debía presentarme en la región del “vecino” de la izquierda, o sea, el puesto de mando del batallón que lindaba con nosotros.

UNA HORA CON PANFÍLOV

1

Me fui a caballo hasta las posiciones de mi vecino de la izquierda.

Subraye usted: de la izquierda. Quisiera que tuviese una orientación sumaria pero clara. Imagínese otra vez la línea del batallón, que se extiende a lo largo del río Ruza. Imagínese que se ubica de cara al enemigo. Es indispensable que también en lo sucesivo, tenga usted una clara idea de la ubicación: esto ocurre delante de usted, o sea delante del frente del batallón, esto otro ocurre a la derecha, esto a la izquierda; a ambos lados hay batallones, iguales al nuestro, que ocupan sectores de la misma extensión.

Después de un invierno prematuro, sorprendente en el mes de octubre, y cuando ya hacía aproximadamente dos semanas que se había formado el camino de los trineos, el tiempo cambió. Las heladas cedieron, y comenzaron las lluvias otoñales. Las noches eran negras, sin luna.

Debido a las tinieblas, temía hundirme en cualquier hoyo con mi caballo, por eso decidí no seguir el camino paralelo a la orilla del río, sino que, dando un rodeo, me dirigí al camino del pueblo.

Al caballo le era difícil incluso ir a paso normal. Lisanka balanceaba la cabeza, y, chapoteando, arrancaba los cascos del barro pegajoso. Yo, sentado pesadamente sobre la montura, estaba entregado a mis pensamientos.

En el camino comenzaron a aparecer figuras que caminaban en mi misma dirección. Me animé. ¿Qué es esto? ¿Nuevas fuerzas? ¿Refuerzos? Mi linterna de bolsillo cortaba de tiempo en tiempo las tinieblas con un haz de luz.

¿Pero qué es esto? ¿Se han retrasado de la columna acaso? Van de a dos, de a tres, con sus capas impermeables endurecidas. Por ellas se desliza la lluvia, que golpea con monotonía. Cuelgan los cañones de los fusiles, sujetos por la correa. Alguien pregunta:

— ¿Cuánto falta hasta Sipunovo, camarada jefe?

Yo también interrogo:

— ¿Qué gente es ésta? ¿De dónde viene?

Me entero: por aquí pasó en marcha nocturna el batallón de reserva de Volokolamsk; estos, los que conversan conmigo, son los rezagados.

Otra vez preguntan cuántos kilómetros quedan hasta Sipunovo. Les respondo, a la vez que los dejo atrás. Durante un corto tiempo el camino parece desierto. Alrededor todo es silencio: de noche descansa el lejano tronar de los cañones.

Pero delante, otra vez alguien arrastra los pies que se le hunden en el barro. Nuevamente, van dos o tres soldados del mismo batallón. El refuerzo me alegra, pero... Pero, ¡al diablo!, ¡qué mal van! No se nota la instrucción, como nos enseñó Panfílov; los nuestros no se esparcirían y no se retrasarían así.

Un minuto más tarde se ven a los costados del camino las lucecitas de los cigarrillos. Algunos combatientes se han tendido al borde del camino, y fuman; el cuerpo cansado, dolorido, es indiferente a la humedad. Y desde todas partes oigo la misma pregunta: ¿está lejos Sipunovo?

Yo iba hacia allí. Cerca de la aldea Sipunovo, en el bosque, se hallaba el puesto de mando del batallón lindante con el nuestro.

2

Al llegar a destino descendí, por los escalones mojados, al puesto subterráneo de mando.

— ¡Ah!, camarada Momish-Ulí, pase usted...

Era la conocida voz, algo ronca.

Vi al general Iván Vasílievich Panfílov.

Estaba sentado junto a una estufa de hierro cambiándose las botas. Se había quitado primero una y un pequeño pie moreno se tendía hacia el hierro candente. El ayudante de Panfílov, un teniente joven y sonrosado, estaba sentado, no muy lejos de allí. En otro rincón había un capitán desconocido para mí.

Me cuadré y di el parte de mi llegada. Panfílov sacó el reloj, le echó una mirada.

— Quítese el capote. Siéntese junto al fuego.

Enderezándose un poco, extendió el pie, húmedo en un extremo, apoyó el talón en el extremo seco y de una manera rápida y hábil, como un verdadero soldado, lo envolvió sobre su pie, sin ninguna arruga. Luego, volvió a calzarse la bota.

Junto al fuego se secaba un capote oscurecido por la lluvia, con modestos ribetes de color caqui. Al parecer, Panfílov había ido a las líneas, había estado mucho tiempo bajo la lluvia y, tal vez, no había dormido durante toda la noche, para recibir a la unidad que acababa de llegar. Sin embargo, en el rostro cincuentón, con arrugas, muy moreno y con bigotitos negros recortados, no había el menor rastro de cansancio.

—Usted, camarada Momish-Ulí, ¿ha oído cómo nosotros esta noche...? —me preguntó entornando los ojos y sonriendo.

Me resulta difícil transmitirle lo agradable que eran para mí en ese momento su voz tranquila y afable y su forma maliciosa de entornar los ojos. Instantáneamente sentí que no estaba solo, ni abandonado frente a aquel enemigo que sabe ese algo, ese secreto de la guerra, que era desconocido para mí, un hombre que jamás había experimentado el combate. Pensé: ese secreto también lo conoce nuestro general.

Sonriendo, Panfílov me relató brevemente los acontecimientos del día que había trascurrido: me habló del combate en el flanco izquierdo de la división, junto al sovjós Bulichevo. El enemigo había asestado allí un golpe con un grupo de tanques, tratando de salir después del ataque a la carretera de Volokolamsk. Unos ochenta tanques alemanes pasaron nuestra línea de defensa, pero la infantería, que seguía a los tanques, fue interceptada por nuestro fuego. El grupo de tanques, privado del apoyo de la infantería, se enfrentó más adelante con

nuestra artillería. Perdieron en este combate veinte tanques; esto los obligó a volver a sus anteriores posiciones y a evacuar los puntos que habían ocupado.

Panfílov decía:

— Los rechazamos... — cobraba aliento bromeando. — ¡Uf!... ¡He tenido miedo! Pero no se lo diga a nadie, camarada Momish-Ulí. También él — Panfílov señaló a su ayudante — estuvo allí conmigo. Ha visto un poco. A ver, di, ¿cómo los recibimos?

El ayudante dio un salto y dijo alegremente:

— Los recibimos con el pecho, camarada general.

Las raras cejas de Panfílov, de un trazo brusco, se alzaron involuntariamente.

— ¿Con el pecho? — preguntó. — No señor, el pecho es fácil de atravesar no con una bala, sino con cualquier cosa punzante. Mira lo que has dicho, ¡con el pecho! Confíale a cualquier tipo original como éste, vestido de militar, una compañía, y la llevará contra los tanques, con el pecho. ¡No con el pecho, sino con fuego! ¡Con los cañones los recibimos! ¿No lo viste, acaso?

El ayudante se apresuró a asentir. Pero Panfílov repitió mordazmente:

— Con el pecho... Anda, mira si dan de comer a los caballos... Y ordena que ensillen dentro de media hora.

El ayudante saludó militarmente y salió confuso...

— ¡Es joven! — dijo bondadosamente Panfílov.

Mirándome a mí y luego al capitán desconocido, Panfílov tamborileó con los dedos sobre la mesa.

— No se puede combatir con el pecho de la infantería — dejó escapar. — Especialmente, camaradas, noso-

Los hombres de Panfilov
tros no podemos hacer eso ahora. Aquí, en los accesos de Moscú, tenemos pocas fuerzas... Hay que cuidar al soldado. ¿No es así, capitán?

Yo escuchaba con ansiedad y atención al general, tratando de encontrar en sus palabras la respuesta a las preguntas que me atormentaban, pero aún no la hallaba.

— Cuidarlo no con palabras, sino con la acción, con el fuego.

3

Luego Panfilov dijo:

— Ahora, camarada Momish-Ulí, tiene usted un nuevo vecino... Le presento al capitán Shílov.

El capitán estaba de pie junto a la mesa; esbelto, joven para su graduación, representaba aproximadamente veintisiete años. Llevaba una gorra con visera de color caquí y un canto morado de infantería. No usaba el gorro de orejeras que llevábamos todos nosotros, los combatientes y jefes de la división de Panfilov. No pronunció una sola palabra, pero incluso esta manera de callar, hasta que se dirigiera a él un superior, lo mismo que su uniforme y su porte, denunciaban en él a un militar profesional. Nos saludamos.

— ¿Ha venido usted por el camino, camarada Momish-Ulí? — preguntó Panfilov.

— Sí, camarada general.

— ¿Son muchos los retrasados?

— Muchos — dije.

— Ah...

Se volvió hacia el capitán. Shílov se puso firme y se sonrojó. Pero, en vez de reprenderlo, Panfílov le dijo:

—Ya sé, ya sé, capitán, qué está pensando usted.“Alguien los ha educado, alguien les ha enseñado, y ahora, que el capitán Shílov pague por todo eso”. ¿No es así?

Panfílov se sonrió. Sonrió también Shílov. La tensión cedió.

—No, camarada general mayor, no es así.

—¿Cómo que no es así?

El general, con un movimiento vivo, volvió la cabeza hacia el capitán. En sus pequeños ojos brillaba la curiosidad. Shílov le contestó con firmeza.

—No pienso en mí, camarada general mayor. Pienso en la gente que tal vez tenga que pagar por esto. Permítame ir a tomar medidas, camarada general mayor.

—¿Qué?, ¿piensa reñir a los retrasados?

—No, camarada general mayor. Habrá que reñir a los jefes. Ordenaré poner en claro a quién le corresponde “doble ración”.

Panfílov se echó a reír.

—Bien, bien, capitán.

—¿Permite que me retire?

—Espere.

Panfílov calló, pensó, y luego volvió a repetir.

—Pues bien, camarada Momish-Ulí, ahora tiene usted un nuevo vecino. Es un batallón débil y débilmente preparado. ¿No es así, capitán?

—Sí, camarada general mayor.

Dirigiéndose a mí, Panfílov me explicó que a la división le había sido agregado provisionalmente un ba-

— **Los hombres de Panfílov** tallón de reserva, desplazado en Volokolamsk. El capitán Shílov había recibido ese batallón hacía pocos días.

— Hubo que desistir del jefe anterior — dijo Panfílov.

— Desorganizó a la gente; le tenía lástima. ¡Qué original! ¡En la guerra, tener lástima de la gente quiere decir no tenerla! ¿Me ha comprendido, capitán?

— Sí. Lo sé, camarada general mayor.

Durante unos segundos, Panfílov miró silencioso el rostro joven y serio del capitán Shílov, luego se volvió hacia mí.

— Camarada Momish-Ulí, lo he llamado para...

Puse en tensión todos mis sentidos... Pero el general dijo sencillamente que al capitán Shílov y a mí nos correspondía observar juntos la zona divisoria de los batallones y la zona intermedia.

— Si el adversario entra en la zona divisoria, golpéenlo juntos. Prepárense para eso. Resuelvan todos los problemas de enlace y coordinación en las líneas. No se abandonen el uno al otro en la desgracia.

Después de observar una vez más con atención al capitán, Panfílov le permitió retirarse.

Pero a mí me continuaban atormentando los problemas no resueltos. “¡Golpéenlo juntos!” ¿Cómo? ¿Con qué fuerzas? ¿Sacar a los hombres de las trincheras? ¿Esparcir a los soldados, abrir el frente? ¿Y si el enemigo da un golpe simultáneo en otro punto? “¡Golpéenlo juntos!”. Pero el caso es que el enemigo también nos golpeará a nosotros, nos golpeará con fuerzas superiores, en diferentes puntos, desde distintos lugares.

El secreto de la victoria en esta batalla seguía estando para mí en las tinieblas.

La puerta se cerró detrás del capitán...

— Parece que tiene una cabeza de oro — dijo Panfílov pensativo. — Pero... ¿usted dice, camarada Momish-Ulí, que son muchos los rezagados? ¿Muchos?

— Muchos, camarada general.

— ¡Ah!, aun teniendo una cabeza de oro pasarás malos momentos si el soldado no está adiestrado...

La cara de Panfílov tomó por un instante un aspecto extenuado y sombrío. Pero inmediatamente me miró sonriente. Sus pequeños ojos, cercados de finas arrugas, brillaron vivamente.

— Bien, camarada Momish-Ulí... Cuente usted...

Le comuniqué brevemente el éxito de nuestra incursión nocturna. Pero Panfílov me interrogó, quería conocer detalles. Y nuevamente, como en otras ocasiones, no resultó un informe, sino una conversación.

Guiñándome, Panfílov dijo:

— ¿Sabe una cosa, camarada Momish-Ulí? Cuénte todo esto a Shílov. Aguijonéelo... Quiero que mañana dé un golpe como el suyo.

El general no me felicitó, no me estrechó la mano, “no me dijo: “¡Excelente! ¡Es usted un hombre bravo!”, pero me elogió de otra manera, con un elogio serio, con cariñosa seriedad.

— Pues bien, camarada Momish-Ulí -continuó-, usted ya ha aprendido a batir al alemán.

Yo respondí tristemente:

— No, camarada general, aún no he aprendido.

Sus cejas se arquearon.

— ¿Cómo es eso?

—Hoy, camarada general, me he estado devanando los sesos todo el día. Cuando pienso por el enemigo; venzo con facilidad. Cuando pienso en mí, no veo cómo golpearlo, cómo rechazarlo.

Con el entrecejo fruncido, Panfílov me observó un momento en silencio. Luego ordenó:

—¡Informe detalladamente! ¡Saque el mapa!

5

Extendí mi mapa sobre la mesa. Nuestra línea, marcada con lápiz rojo, estaba intacta, aún no había sufrido ninguna rotura por combate. A los dos lados del sector que ocupaba nuestro batallón se extendía la línea de defensa de los batallones vecinos. Esta línea —una cadenita no muy compacta de células de tiradores y de nidos de ametralladoras— interceptaba el paso al enemigo.

Le informé abiertamente que, al analizar la situación, no veía, sin embargo, la posibilidad de detener con mis fuerzas la ruptura en el sector del batallón. No es fácil decir estas palabras —cualquier jefe me comprenderá—, pero las dije. Panfílov asintió en silencio, invitándome a continuar. Expresé entonces las ideas que me atormentaban, dije que no tenía una sola compañía de reserva, que en caso de un ataque por sorpresa no teníamos con qué sostener nuestra barrera, con qué rechazar ese ataque.

—Estoy convencido de que mi batallón no se retirará, y que en caso de necesidad, sabrá morir en la línea, pero...

—No te apresures a morir, aprende a combatir —me interrumpió Panfílov. —Pero continúe, camarada Momish-Ulí, continúe.

— Además, camarada general, me inquieta lo siguiente: ahora la línea del batallón está separada del enemigo por una franja intermedia de quince kilómetros de ancho.

Señalé esa franja en el mapa; Panfilov asintió nuevamente.

— ¿Entonces, camarada general, le entregaremos así como así esos quince kilómetros?

— ¡Cómo!, ¿qué es eso de entregar?

Me expliqué:

— Está claro que, forzando nuestras avanzadillas, el enemigo se aproximará rápidamente...

— ¿Por qué forzando?

Hasta ese momento, Panfilov me escuchaba con seriedad y atención. Pero al llegar a este punto de mi informe, por primera vez su rostro expresó disgusto. Repitió bruscamente:

— ¿Por qué forzando?

No respondí. Me parecía muy claro: mis avanzadillas, es decir una o dos secciones, que sumaban en total diez, o veinte personas, no podían detener a las numerosas fuerzas del enemigo.

— Usted me sorprende, camarada Momish-Ulí — dijo el general. — ¡Pero, si ya ha batido a los alemanes!

— Pero esa vez, camarada general, nosotros éramos los que atacábamos... además de noche, y por sorpresa.

— Me sorprende usted — repitió. — Yo creía, camarada Momish-Ulí, que ya había comprendido que el soldado no debe sentarse a esperar la muerte. Hay que llevar la muerte al adversario, hay que atacar. Si uno no juega, jugarán con uno.

—¿Dónde atacar, camarada general? ¿Otra vez sobre Seredá?

El enemigo allí ya está alerta.

—¿Y esto qué es? —Sacando rápidamente un lápiz, Panfilov señaló en el mapa la zona intermedia.

—Usted, camarada Momish-Ulí, tiene razón en una cosa: cuando el adversario ya esté completamente pegado a nosotros, no lo sujetaremos con nuestra cadena. Pero para pasarla tienen que acercarse. Usted dice: forzando... No, camarada Momish-Ulí, es en esta franja donde hay que combatir... Tome allí la iniciativa del fuego y del ataque, ¿En qué puntos tiene usted las avanzadillas?

Se los mostré. Desde el campamento alemán partían hacia la línea del batallón dos caminos: uno vecinal y otro principal, llamado "perfilado". Cada uno de estos caminos estaba cerrado por una guardia, a unos tres o cuatro kilómetros delante de la línea del batallón. Panfilov frunció el ceño con un gesto de desaprobación.

—¿Qué fuerzas hay en la avanzadilla?

—Le respondí.

—Es poco, camarada Momish-Ulí. Aquí deben actuar pelotones reforzados. Hay que darles más cantidad de ametralladoras portátiles. Ametralladoras fijas no hacen falta. Los grupos deben ser ligeros, ágiles. Y con mayor audacia, hay que aproximarlos lo más posible hacia el lado del enemigo. Cuando los alemanes comiencen a avanzar allí, que los reciban con fuego, que ataquen con fuego.

—Pero camarada general, el enemigo aquí los rodeará. Los ametrallará por los lados.

Panfilov sonrió.

—Usted piensa: “Por donde pasa un ciervo, pasará un soldado, por donde pasa un soldado, pasará un ejército.” Esto, camarada Momish-Ulí, no fue escrito sobre los alemanes. ¿Sabe usted cómo luchan ahora? Por donde pasa un camión, por allí pasará un ejército. A ver, dígame, si los caminos están cerrados, ¿cómo se puede hacer pasar el transporte automóvil, por estos barrancos y desniveles? A ver, camarada Momish-Ulí, ¿por dónde?

—En ese caso, nos desalojarán...

—¡Qué los van a desalojar! No es tan fácil desalojar a una compañía que tiene tres o cuatro ametralladoras. Hay que desplegarse y entrar en combate. En esto, camarada Momish-Ulí, se va medio día. Deje que el enemigo los rodee, eso no es peligroso. Pero no se dejen cercar. En el momento preciso hay que retroceder, escurrirse. Más o menos así...

Con ligeros trazos de lápiz Panfílov cerró uno de los caminos cerca de un pueblo ocupado por los alemanes, luego el lápiz corrió hacia un lado y, dibujando un nudo, volvió al camino en otro punto, algo más próximo a la línea del batallón. De vez en cuando me miraba para ver si seguía sus movimientos y comprendía, luego repitió otro nudo semejante, trazó nuevamente otro igual, aproximándose cada vez más a la línea.

—¿Ve usted —dijo— qué espiral, qué resorte dibujó aquí? ¿Cuántas veces obligará usted al enemigo a que ataque en balde? ¿Cuántos días le robará? ¿A ver; qué dice de esto, benévolo soberano, señor adversario?

Yo reflexionaba. Lo cierto es que ya había pensado en algo semejante, pero hasta esa conversación con

Panfílov no había podido liberarme del hipnotismo de las fortificaciones, creía que no tenía derecho a sacar a la gente de las trincheras.

6

Entró el ayudante de Panfílov.

— Los caballos están ensillados, camarada general. Panfílov miró el reloj.

— Está bien... Telefonee al Estado Mayor diciendo que salimos dentro de diez minutos.

Palpó el cuello y las hombreras del capote que se secaba junto al fuego, se puso en cuclillas, le agregó leña a la estufa y se quedó un minuto sentado así... junto a la puertecita abierta de la estufa. Igual que en nuestro último encuentro, se percibía en él, en estos movimientos sencillos, su seguridad. Se notaba que Panfílov estaba preparado para hacer la guerra de una manera fundamentada, calculada y prolongada.

Luego volvió al mapa, lo miró, hizo girar el lápiz.

— Claro está, camarada Momish-Ulí — dijo —, que en el combate todo puede desenvolverse como lo hemos planeado verbalmente ahora.

No es el lápiz el que combate, no es el mapa, dibujado con lápiz: combate el hombre.

Hablaba como le era peculiar, como si razonara en voz alta.

— Elija para las compañías reforzadas — continuó — a jefes valientes e inteligentes.

— Camarada general, ¿elijo a los que participaron en la incursión nocturna?

Panfílov frunció el ceño.

— Camarada jefe de batallón, yo no pienso mandar el batallón por usted. Yo tengo una división. Eso lo tendrá que hacer usted solo: elegir las posiciones intermedias de las avanzadillas, elegir los jefes.

Sin embargo, después de pensar un poco respondió:

— No, ¿para qué enviar a los que ya estuvieron en la pelea? Que se fogueen también los otros. Todos deben hacer la guerra. Pero, camarada Momish-Ulí, tenga claro lo fundamental: no deje pasar, no deje pasar de ningún modo al enemigo por los caminos. No lo deje acercarse a la línea. Hoy el enemigo se encuentra a quince kilómetros de usted. Es muy cerca cuando no hay resistencia, y muy lejos cuando resiste cada bosquecito, cada montículo.

Después de echar en silencio otra mirada al mapa, continuó:

— Otra cosa, camarada Momish-Ulí. Controle la movilidad del batallón. Y compruebe constantemente si están dispuestos los convoyes, los arneses, los caballos... En la guerra ocurre de todo. Esté preparado para cambiar rápidamente de posiciones, si recibe una orden.

Me parecía que se expresaba en forma simbólica y vaga. ¿Para qué me decía todo esto? Decidí exponer abiertamente mis dudas una vez más.

— Camarada general, permítame que le pregunte.

— Sí, sí, pregunte. Para eso estamos hablando.

— No lo veo claro, camarada general. El enemigo, sin embargo, llegará a la línea del batallón. Usted ha dicho: si llega a las líneas será imposible detenerlo. Permítame

— **Los hombres de Panfílov** que le pregunte: ¿cuál es la perspectiva? ¿Para qué debo estar preparado yo, jefe del batallón? ¿Para una retirada?

Panfílov tamborileó con los dedos sobre la mesa. Éste era un gesto de embarazo.

— ¿Y usted qué piensa sobre esto, camarada Momish-Ulí?

— No lo sé, camarada general.

— Usted sabe, camarada Momish-Ulí — dijo después de una pausa —, que el jefe está obligado a reflexionar siempre sobre la peor variante.

Si el alemán irrumpe, nuestra tarea es que el enemigo encuentre siempre nuestras tropas delante de él, en todos los caminos. Por eso precisamente, se ha sacado de aquí un batallón. Quise sacar el suyo, pero usted tiene que defender un camino importante.

Señaló en el mapa el camino Seredá-Volokolamsk, que tenía como barrera la raya roja de mi batallón.

— Lo que importa no es la línea, camarada Momish-Ulí, sino el camino. Si es necesario, saque audazmente a los hombres de las trincheras, pero retenga el camino. ¿Me ha comprendido?

— Sí, camarada general.

Se acercó al capote y, mientras se lo ponía, me preguntó:

— ¿Sabe usted esta adivinanza?: ¿qué es en el mundo lo más largo y lo más corto, lo más rápido y lo más lento; qué es lo más derrochado y lo máspreciado?

No lo adiviné inmediatamente. Satisfecho de haberme dejado en suspenso, Panfílov sacó sonriente el reloj y me lo mostró:

— ¡Es esto! ¡El tiempo! Ahora nuestra tarea, camarada Momish-Ulí, consiste en combatir para ganar tiempo y para quitárselo al enemigo. Acompañeme.

Salimos del blindaje.

7

Apuntaba un amanecer gris. Los árboles iban perfilándose confusamente entre la niebla. Trajeron los caballos. Panfílov miró en derredor.

— ¿Y dónde está Shílov? Marchemos mientras tanto; que nos dé alcance.

Por el camino, Panfílov me preguntó qué trabajos se hacían en la línea. Le informé que el batallón cavaba trincheras de comunicación. Panfílov se detuvo.

— ¿Con qué cavan?

— ¿Cómo con qué? Con palas, camarada general.

— ¿Con palas? Hay que cavar con inteligencia. — Pronunció estas palabras con su natural blandura, con buen humor. — ¿Es decir, que usted ha revuelto y amontonado allí la tierra? Ahora, camarada Momish-Ulí, debe cavar posiciones falsas. Hay que tener malicia, saber engañar.

Yo me sorprendí. Después de la conversación con el general había sacado la conclusión de que él no daba gran importancia a la línea de defensa. Ahora resultaba que no era así. Le respondí:

— A sus órdenes: cavar una posición falsa, camarada general.

El capitán Shílov nos dio alcance corriendo.

Junto al camino, en el mismo sitio adonde nos condujo el sendero había un centinela: un joven de unos veinte años con ojos grises y serios. No con mucha precisión, pero con esmero, saludó al general como debe hacerlo un cabo de guardia.

— ¿Cómo vives soldado?

El joven se sobresaltó. En aquellos días, en nuestro ejército no se usaba el simple trato de “soldado”. Se acostumbraba a decir “combatiente”, “soldado rojo”. Tal vez fuera la primera vez que lo llamaban soldado. Al notar su turbación, Panfílov dijo:

— La palabra soldado es una gran palabra. Todos nosotros somos soldados. A ver, dime, cómo vives.

— Bien, camarada general.

Panfílov bajó la vista. Un barro chirle se había pegado a las pesadas botas del centinela. Las huellas de barro, limpiadas con una rama o con un cepillo, quedaban en las vendas mojadas de las piernas y aun más arriba. La mano que sujetaba el fusil estaba azulada por el frío de la madrugada.

— ¿Bien? — dijo Panfílov alargando la palabra.

— Y dime, ¿cómo hicisteis la marcha?

— Bien, camarada general.

Panfílov se volvió hacia Shílov.

— Camarada Shílov, ¿cómo se hizo la marcha?

— Mal, camarada general.

— ¡Eh! Resulta que tú, soldado, has mentido. — Panfílov sonrió. — Bien, habla, habla, cuenta cómo vives.

— Bien, camarada general.

—No —dijo Panfílov. —¿Acaso en tiempo de guerra se vive bien? Marchar por esta gelatina de barro de noche bajo la lluvia, ¿qué hay de bueno en esto? ¿Has dormido después de la marcha? No. Estás aquí, empapado, expuesto al viento, o cavas la tierra, y mañana o pasado irás al combate, donde se derrama la sangre. ¿Qué hay de bueno en eso?

El centinela sonrió confundido.

Panfílov continuó:

—No, amiguito, en la guerra no se vive bien... Pero nuestros padres, nuestros abuelos, supieron resistir todo esto, supieron vencer las durezas de la vida militar, aniquilar al enemigo. Tú no te has encontrado aún con el adversario en el combate... Pero luchar contra el frío, el cansancio y las privaciones es también una batalla para la que se necesita valor. Y tú no agachas la cabeza, no te lamentas... ¡Eso está bien, soldado! ¿Cómo te llamas?

—Polsunov, camarada general... Yo hubiera querido decirle, camarada general, todo eso que usted...

—Es un apellido célebre... Polsunov fue un célebre mecánico... Tú hubieras querido... ¿Por qué no lo dijiste?

—Perdone, camarada general. No pensé bien.

—El soldado siempre debe pensar. El soldado debe luchar con inteligencia. Bien, Polsunov... Te recordaré. Quiero oír hablar de ti. ¿Me has comprendido?

—He comprendido, camarada general.

Pensativo, con la cabeza gacha, Panfílov iba lentamente por el camino. Se detuvo y nos miró a Shílov y a mí.

—Es dura la vida del soldado —dijo. —No hay palabras para expresarlo; es dura. Esto siempre hay que decírselo

—**Los hombres de Panfílov**
a él abiertamente, y si miente, hay que corregirlo en seguida.

Calló; meditaba.

—Camarada Shílov, no tenga usted lástima del soldado antes del combate, pero durante la batalla... cuídelo, cuídelo...

Estas palabras no sonaban como una orden; eran más que una orden: eran una consigna. Me conmovieron hasta producirme escalofríos. Pero inmediatamente Panfílov repitió en otro tono, en severo tono de jefe:

—Cuídenlos... Otras tropas u otros soldados no tenemos por ahora aquí, en los accesos de Moscú. Si perdemos estos, no tendremos con qué detener al alemán. Después de despedirse, cogió las bridas, montó y marchó al trote por el borde del camino.

COMBATE EN EL CAMINO

1

Siguiendo la indicación de Panfílov, fui con el capitán Shílov a la zona divisoria; observamos el terreno y nos pusimos de acuerdo sobre la coordinación y la ayuda mutua en el combate.

Después de separarme del capitán, regresaba a mi Estado Mayor por la orilla del río. Luego de la noche transcurrida sin dormir, entre penosos pensamientos, luego de la conversación con Panfílov, durante la cual el sistema nervioso había estado nuevamente en tensión, no experimentaba cansancio, por muy raro que parezca, sino una extraordinaria agilidad. No estaba sentado pesadamente sobre mi caballo, como por la noche; y los pensamientos no me agobiaban. Me parecía que Lisanka corría con mayor ligereza.

Todo era silencio alrededor. No se oía el retumbar cercano ni lejano de los cañones. Ese día, el diecisiete de octubre, se hizo el silencio también allí, a nuestra izquierda, donde el día anterior los tanques alemanes rompían nuestra defensa y tronaba la batalla.

Hasta hoy recuerdo ese silencio, ese cielo, negro como el grafito; el campo pegajoso con pequeños char-

Los hombres de Panfilov cos, que destellaban con su brillo plomizo; la tierra que arrojaban con las palas los combatientes al abrir las trincheras: la tierra amarillenta y arcillosa de las cercanías de Moscú.

Del otro lado del río se veía un camino negro y mojado, que desaparecía en el bosque cercano. Este camino ascendía por la pendiente de la orilla y que se destacaba por los postes telegráficos, cruzaba la línea del batallón y pasaba junto a las casitas del pueblo, oscuras por la lluvia y junto a la maciza iglesia de ladrillos; desde allí seguía hacia donde se esforzaba por llegar el enemigo: hacia la carretera de Volokolamsk, hacia Moscú.

Recuerdo hasta ahora la mirada alarmada e interrogante de una mujer, que sorprendí en un instante, cuando cruzaba al trote ligero de Lisanka la aldea que se extiende a lo largo del río. Ese rostro se ha grabado en mi memoria. No muy joven, curtido por el sol, el viento y el trabajo, con claros ojos azules, era el rostro de una campesina rusa, de una mujer rusa. Parecía preguntarme: “¿Hacia dónde vas? ¿Qué noticias llevas? ¿Qué será de nosotros?”. Parecía decirme: “Dime una palabrita, tranquilízame”.

Pero el caballo siguió veloz y vi a un soldado rojo con una escudilla de soldado, inclinado hacia un niño. El soldado se enderezó y reconoció la fisonomía bondadosa y pícara del ametrallador Bloja: su nido de ametralladoras estaba emplazado en las cercanías. Poniéndose serio y moviendo las cejas rubias apenas delineadas, Bloja se apresuró a saludarme militarmente. Con la misma seriedad me saludó el chiquillo.

Escenas como ésa son muy corrientes; a veces uno las mira y se olvida pronto de ellas. Pero aquella mañana, hasta ese niño, esa criaturita que confiaba en el combatiente, en el soldado, me emocionaba y oprimía el corazón.

2

Pasando la aldea, llegué hasta la sección del teniente Brudni.

Allí, como en las otras secciones, los soldados rojos abrían en la tierra trincheras de comunicación. Alguien, desnudo hasta la cintura a pesar del frío, rompía el terreno con un azadón. Los hombros sudorosos y prominentes brillaban como si fueran de charol. Era Kurbátov, el ayudante del jefe de la sección.

—Lo he hecho por mi cuenta, camarada jefe de batallón —dijo. —Aquí el terreno es pedregoso, hay que ayudar. Y también para entrar en calor...

Musculoso y fuerte, exponía libremente al viento de octubre su torso desnudo. Frecuentemente yo miraba con entusiasmo y orgullo a este combatiente mío, hermoso con esa particular hermosura del soldado. Pero esta vez le dije:

—¿Para qué han revuelto y amontonado tanta tierra? Se ve desde tres kilómetros. A ver, rápido, desparra-men y nivelen todo esto. ¿Dónde está el teniente?

El teniente Brudni, pequeño, con un capote bien elegido a su medida y bien ceñido, venía corriendo. Me dio un parte impecable. Le dije:

— Que los hombres terminen el trabajo. Que se disimule todo. Dé las órdenes, camarada teniente. Luego venga volando al Estado Mayor del batallón.

Me respondió rápidamente:

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

El teniente Brudni era uno de los jefes que yo había elegido para realizar la tarea marcada en el mapa por el lápiz del general.

En el blindaje del puesto de mando me recibió mi pequeño Estado Mayor: el jefe del Estado Mayor, teniente Rajímov y mi segundo ayudante, subteniente Donskij. Rajímov me informó: no hay novedades; el enemigo continúa sin avanzar, sin enviar ni siquiera grupos de reconocimiento. Me ocupé con Rajímov de algunas cuestiones urgentes. Ya hacía varios días que él tenía dibujado el esquema de la falsa posición. Ordené cavar inmediatamente la posición falsa e interrumpir los trabajos en la línea de vanguardia, a excepción de los trabajos de camuflaje.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón — dijo Rajímov. — ¿Me permite cumplir la orden?

— Sí.

Miró a Donskij.

— Camarada jefe de batallón, ¿necesita usted ahora al teniente Donskij?

— Lo necesito.

Rajímov hizo el saludo militar y se retiró.

Un instante después entró Brudni, sofocado y con las mejillas ardientes. Sus ojos rápidos e inteligentes recorrieron el blindaje y se detuvieron sobre mí con expectante curiosidad. Donskij escribía algo, sentado a la mesa.

— ¡Donskij! ¡Venga! ¡Traiga el mapa!

A mi ayudante Donskij, miembro del Komsomol, había decidido designarlo jefe de la otra sección reforzada.

3

Los dos, Brudni y Donskij, eran miembros del Komsomol; ambos hacía poco que habían terminado la décima clase y, después de estudiar por breve tiempo en una escuela militar, habían egresado como tenientes.

Al formarse la división, Donskij fue designado jefe de una compañía, pero después se lo retiró por su carácter demasiado blando. Tímido, fácil de sonrojarse, no sabía interrogar severamente a los que incurrían en faltas. El saber exigir y castigar, cualidades obligatorias para un jefe, estaba reñido con su naturaleza. Sin embargo, después que retiraron a Donskij la compañía había entristecido. Yo lo comprendía. Él seguramente pensaba: “No me han confiado a mí, Donskij, miembro del Komsomol, la misión de llevar una compañía al combate”.

Dos días antes, el 15 de octubre, cuando en las compañías eligieron los hombres para la incursión nocturna, Donskij se me acercó y, bajando la vista, me dijo: “Permítame, camarada jefe de batallón, ir con el destacamento”. Pero para ese temerario ataque nocturno ya estaba designado mi primer ayudante — a la vez jefe del Estado Mayor — Rajimov. Le respondí lacónicamente: “No”. Donskij no se retiró en seguida. Tal vez debiera haberle dicho: “Espera, Donskij, ya lucharás”. Pero guardé silencio. Él también calló.

Tuve tiempo de observar a mi ayudante. Me gustaba su orgullo, su discreción y la seriedad con que cumplía las órdenes. Ahora lo tenía otra vez frente a mí, con el mapa extendido. Uno siempre quiere ser la cara y la mirada de la persona a quien plantea una tarea.

No pude contenerme y miré una vez más el rostro del teniente Donskij, muy limpio, con una piel fina, como de muchacha.

También me agradaba Brudni. Era, probablemente, mi mejor jefe de sección. Muy inteligente, hábil; siempre lograba ser el primero en conseguir en las inmediaciones el más variado material auxiliar; las palas, las hachas y la sierras siempre estaban en su sección bien afiladas; en los trabajos su grupo aventajaba a todos y Brudni siempre quería —quién no tiene sus pecados?— que yo lo notara.

En casos semejantes, este pillete era muy ingenuo; sus ojitos negros parecían pedir: elógiame.

Cierta vez tuve oportunidad de convencerme de que Brudni no era un cobarde. Las células de tiradores estuvieron terminadas en su sección antes que en las otras. Al controlarlas, me pareció que las paredes frontales eran débiles. Le pregunté a Brudni: “¿Según tu parecer, esto está terminado?”. “Sí, camarada jefe de batallón.” “¿Tú meterás aquí a la gente?” “Sí, camarada jefe de batallón”. Tomé un fusil de manos de un combatiente. “¡Brudni, entra aquí!” Brudni comprendió y palió. Le dije: “Tú querías meter aquí a los hombres, a merced de las balas. Entra tú. Yo dispararé”. Dudó sólo un instante, hizo el saludo, giró sobre los talones y saltó

a la entrada de la trinchera. Le grité: “¡Detente! ¡Apártate a un lado!”. Se puso a un lado. Yo disparé. La bala no atravesó, no perforó la pared. Brudni tenía derecho a estar orgulloso. Su mirada triunfante parecía otra vez decir: “¿Qué te pareció? ¡Elógiame de una vez!”. Desde aquella inspección militar, siento aprecio por este singular teniente moreno.

— Siéntate, Brudni; siéntate, Donskij — dije.

4

Donskij extendió el mapa sobre la mesa. Yo ya tenía marcados en mi imaginación los puntos de la emboscada, pero los verifiqué nuevamente en el mapa. Luego les expliqué la tarea: ocultarse junto a los caminos, plantarse y mantenerse allí, sin permitir el paso a las columnas motorizadas alemanas ni a su artillería. Dejar pasar a los pequeños grupos de reconocimiento sin hacer un solo disparo, pero recibir a la columna con descargas, con las ametralladoras. Si se aturde al enemigo con un ataque de fuego inesperado, la emboscada se puede retirar fácilmente.

— Sin embargo, camaradas, ese no es nuestro objetivo — les expliqué. — Por el contrario, hay que esperar hasta que el adversario se recupere, hasta que entre en combate. ¡Resistan allí! ¡Retengan en sus manos el camino! Obliguen al enemigo a que despliegue contra ustedes su formación de combate. Eso es lo primero. ¿Comprendido?

— Comprendido — respondió Brudni, con inseguridad. Su fisonomía, generalmente tan ágil, ahora había perdido su viveza y se había concentrado. Donskij guardaba silencio.

—¿Entendido, Donskij? —le pregunté.

—Entendido, camarada jefe de batallón. Resistir hasta la muerte...

—No, Donskij. No resistir, sino actuar. Maniobrar. Atacar.

—¿Atacar? —interrogó Brudni...

—Sí. Atacar desde una emboscada. Ametrallar al mayor número posible de hitlerianos. Luego esperar. Dejen que el adversario se despliegue, que entre en combate que reúna sus fuerzas para cercarlos. Entonces hay que retirarse y aparecer otra vez en el camino, en otro sitio, para adelantarse al enemigo y de nuevo obstaculizar su camino.

Dibujé en el mapa una parte de la espiral que antes había trazado Panfílov.

—Con esto obligaremos al enemigo a desplegarse con anticipación y a atacar inútilmente, lo dejaremos con tres palmos de narices. Después, cuando avance nuevamente, es necesario atacar por segunda vez.

—¿Atacar? —volvió a interrogar Brudni.

Sus ojos brillaron. Donskij sonreía silencioso. También lo había comprendido.

Esta palabra, “atacar”, que me había dado Panfílov, parecía una palabra mágica. Ella aclaró inmediatamente la tarea, llegó hasta el alma, transformó a los hombres y les comunicó valor. Yo pensé: esto no es sólo táctica, sino algo más profundo.

Ultimamos los detalles. Brudni estaba excitado. Al recibir un impulso, su cerebro comenzó a funcionar. Ya hacía mentalmente los cálculos de cómo esconderse y camuflar a la gente.

Les dije:

— Sí, los combatientes deben ocultarse bajo tierra, camuflarse. Digo esto especialmente para ti, Donskij. En esto no debes tener ni un poquito de lástima.

Donskij me miró en silencio. Le repetí las palabras de Panfílov:

— Tener lástima es precisamente no tenerla, ¿Comprendido?

Donskij contestó con firmeza.

— Comprendido, camarada jefe de batallón.

Sus ojos azules no tenían la misma mirada de hacía media hora; se habían oscurecido, eran severos.

En nuestra conversación nada se dijo de la patria, ni se nombró a Moscú, pero eso estaba más allá de las palabras, vivía en cada uno de nosotros.

5

Los tenientes se retiraron a preparar sus secciones para la marcha, y yo quedé nuevamente pensativo. ¿Se extraña usted? Teníamos ya la solución, la orden había sido dada, explicada y asimilada por sus ejecutores, ¿qué quedaba por hacer?

Quedaba la batalla.

Cuando usted escriba sobre la guerra, no olvide mencionar, por favor, esta “pequeñez”: en la guerra existe el adversario. Y este adversario no siempre hace lo que uno quiere.

Yo presentía: la batalla de la inteligencia contra la inteligencia hoy la hemos ganado nosotros, la ha ganado

Los hombres de Panfilov
Panfilov. ¿Pero más adelante? ¿Será posible que los alemanes, como corderos, se pongan a merced de las balas una y otra vez? ¿Qué medidas tomará el enemigo después que el jefe militar alemán, el arrogante señor “gran germano”, nos haga el honor de pensar?

En la guerra existe no una idea, sino dos; no una orden, sino dos. En la batalla, la idea y la orden de uno, quedan sin cumplir. ¿Por qué?

A ver, respóndame usted: ¿por qué?

6

Al atardecer, las secciones ya estaban dispuestas para la salida. El grupo del teniente Donskij se alineó junto al puente colocado sobre el río Ruza. Me acerqué a caballo hasta los combatientes. No eran muchos, cincuenta y cuatro hombres, todos con carga sobre la espalda. Cuatro llevaban ametralladoras de mano. Otros colgaron de sus mochilas las cajas soldadas de zinc, con sus cartuchos para las ametralladoras y los fusiles; los telefonistas se echaron a la espalda los rollos de cable; también marchaban con los combatientes dos sanitarios.

En el flanco derecho estaba el ayudante del jefe de la sección, el sargento Vólkov, cerrajero, sombrío, fiero durante el ejercicio, con su fusil, como todos. Él había estado dos noches atrás entre el centenar que marchó a Seredá; mataba, como luego me relataron, en silencio; dijo pocas palabras después del combate.

Incluí intencionalmente a Vólkov, de 40 años, en el sector del joven Donskij. De Vólkov decían: matará incluso a uno de los suyos, si huye ante el alemán.

En el temprano crepúsculo observé las conocidas caras de los combatientes. Muchos de ellos dispararían por primera vez sobre los alemanes. Mañana, al primer tiroteo, a muchos les palpitará el corazón, sentirán su golpeteo.

¿Qué podía desear a estos combatientes para el camino? Sí, para la despedida...

— ¡Firmes! ¡Media vuelta a la izquierda! ¡Cargar! Al abeto aislado, a la copa, ametrallar en descarga... Sección... — Cincuenta cerrojos engrasados chasquearon con un sonido suave y terrible. Se apretaron los fusiles a los hombros. En la pequeña colina de la orilla se dibujaba contra el cielo de la tarde la silueta de un abeto alto y fuerte. Los combatientes esperaban la orden de ejecución.

Grité:

— ¡Fuego!

Resonó un r-r-r... Por un instante surgió una línea de explosiones rojizas, que iluminó las bayonetas y las puntas de los cañones. Llegó hasta nosotros el crujido de ramas rotas, partidas y caídas sobre la nieve. El negror de los espinos ya no era absoluto, se divisaban huecos confusos en los sitios donde saltaron las ramas.

— ¡Fuego!

Resplandecieron otra vez las lenguas rojizas, resonó nuevamente la descarga, cayeron una vez más las pesadas ramas.

— ¡Fuego!

Después de la tercera descarga, la copa se inclinó, como si estuviera talada, luego, estremeciéndose, se enderezó y comenzó a inclinarse otra vez, formando un ángulo agudo que se cerraba lentamente. Se mantuvo va-

Los hombres de Panfilov rios segundos haciendo equilibrios, luego se desplomó sobre las ramas inferiores, las partió y finalmente cayó a tierra. En lugar de una copa aguda, ahora se perfilaba en el cielo un cono truncado y dentado.

Al dar la voz de mando “¡Fusil a tierra!”, agregué:
— ¡Tiran bien!

Los combatientes respondieron a la vez que disparaban:

— ¡Servimos a la Unión Soviética!

— ¡De la misma manera tiren sobre los alemanes!
¡A la voz de mando, en descarga cerrada! Para que la muerte azote y castigue, y no para que caiga como una llovizna. ¡Confíen, camaradas. en sus fusiles! Teniente Donskij, puede conducir la tropa. — En otro sitio despedí a la sección de Brudni.

7

Esperaba que al día siguiente, el 18 de octubre la sección de Donskij o la de Brudni aceptaría el combate. Pero ni el 18 ni el 19 los alemanes avanzaron hacia nuestro sector. Las dos emboscadas se ocultaron en el límite del bosque y construyeron trincheras subterráneas para combates prolongados.

Los observadores estaban en las copas de los pinos que miraban hacia el lado de los alemanes. Pero los dos caminos seguían desiertos. En horas que convini-mos, varias veces al día, Donskij y Brudni me comunicaban por teléfono: “No se divisa al enemigo”.

Todo el corte central de la región fortificada de Volokolamsk — no solamente nosotros, sino también el frente de los batallones vecinos — no experimentaba en esos días ninguna presión por parte del adversario. Los alemanes no enviaban ni siquiera grupos de reconocimiento.

Pero a nuestro costado, desde atrás del extremo izquierdo de la línea del batallón, o sea, desde atrás de los bosques, hacia donde el Ruza se perdía de vista, llegaba hasta nosotros el incesante tronar de los cañones. Allí combatía nuestra artillería antitanque. Panfílov llevó allí, al flanco izquierdo de la división, todas las ametralladoras antiaéreas, incluyendo las que antes habían sido adjudicadas a mi batallón. Trasladó allí una compañía del batallón situado a nuestra derecha y ordenó que con las fuerzas restantes se cubriera el sector descubierto. Seguíamos atentamente el desplazamiento de la línea de combate; de noche, por el resplandor, de día, por los sonidos. El estruendo no se aproximaba. Por el contrario, de tiempo en tiempo, parecía que se alejaba hacia la profundidad de nuestro frente, penetrando cada vez con mayor brusquedad en nuestras espaldas.

Yo conocía en rasgos generales la situación. El eje del golpe alemán continuaba siendo el mismo del día dieciséis. Los alemanes trajeron más fuerzas y avanzaron. Con dos o tres divisiones, y entre ellas, una de tanques, irrumpieron en el camino pavimentado Mozhaisk-Volokolamsk, en la rocada que corría detrás de nosotros (ponga entre paréntesis: se llama rocada a un camino paralelo al frente, que corta en ángulo los caminos principales,

—**Los hombres de Panfilov**
es decir, en este caso, hacia la carretera de Volokolamsk) irrumpieron y viraron hacia Volokolamsk.

Nuestro batallón cubría a las tropas que luchaban en la rocada, protegiéndolas de un golpe alemán por el flanco o por la retaguardia. Pero los alemanes no se aproximaban a nosotros. Igual que antes, entre nuestras líneas y las del adversario había una desierta franja intermedia de doce a quince kilómetros de ancho.

8

El 20 de octubre, Donskij me llamó a una hora insólita.

— Camarada jefe de batallón, se acerca un camión.
Infantería alemana.

— ¿Un solo camión?

— Sí.

— Déjalo pasar.

A los pocos minutos me llamó otra vez.

— Camarada jefe de batallón, se divisa una columna de coches, también con infantería.

— ¿Cuántos?

— No se ve la cola. Por ahora diez. Rectifico, transmiten ahora: dos más.

— Bueno, Donskij... — dije.

— ¿Qué no pierda el ánimo? — terminó mi frase Donskij, y oí en el auricular cómo reprimía el aliento.

— Así es.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón. No los dejaremos pasar, camarada jefe de batallón.

Donskij se retiró. Seguí apretando el auricular a la oreja. Al otro extremo del cable, que estaba oculto bajo tierra, se hallaba el enlace. Éste informaba de todo lo que ocurría. En el blindaje del Estado Mayor, a ocho kilómetros de la sección, yo estaba tan informado como si presenciara todo lo que veía él mismo desde la trinchera.

Camiones largos y descubiertos avanzaban lentamente por el camino, que en esos días estaba endurecido por la escarcha y apenas espolvoreado por la temprana nieve de octubre. En los bancos laterales y en el medio de la caja de cada camión iban sentados soldados alemanes con fusiles y fusiles automáticos. Hoy resulta casi increíble, pero en aquellos días, en octubre de 1941, en los accesos de Moscú, los alemanes realizaban su marcha de ofensiva de esta manera; a veces sin reconocimiento, sin patrullas, sin custodia a sus lados, con toda comodidad, en camiones, seguros de que en caso de encontrar al “rus”, sabrían hacerlo correr.

Y el “rus” estaba tendido en el límite, sin apartar la vista de esos hombres con capotes y gorros verdosos, que marchaban sobre ruedas por nuestra tierra, como amos. El “rus” estaba tendido, oculto, oprimiendo el fusil, preparado, esperando la voz de mando: “¡Fuego!”.

Me pareció que algo vibró en la membrana. Se me escapó:

— ¿Qué ocurre allí?

Vibró otra vez.

— ¿Qué ocurre allí? — repetí.

— Disparamos, camarada jefe de batallón. Y yo también disparo, camarada jefe de batallón.

— ¿En descargas cerradas?

— Sí, a la voz de mando, camarada jefe de batallón.

— ¿Y los alemanes?

Se produjo un insoportable y prolongado silencio.

— ¡Huyen! — gritó el telefonista. — ¡Dios es testigo, se escapan!...

Me entusiasmé mucho: ¡Los alemanes huían! Por fin veo cómo esto sucede. ¡He aquí cómo corren ellos en la guerra! Lo cual quiere decir que también nosotros tenemos una fuerza que hiere el cuerpo y el alma, una fuerza que ha obligado a los alemanes a olvidar instantáneamente la disciplina, a olvidar que son la raza “superior”, los conquistadores del mundo, el ejército invencible. ¡Ay, si tuviéramos ahora la caballería! ¡Volar sobre los caballos persiguiéndolos, y sablear, y sablear, hasta que se paren, hasta que dejen de correr!

Yo me embriagaba no sólo con la victoria, sino también con el secreto de esta victoria, que se descubría a mi conciencia. ¡Tenemos fuerza! Se llama... No, en aquel momento, yo aún no sabía llamarla por su nombre.

9

Un poco más tarde, Donskij me informó por teléfono: en los primeros minutos los combatientes de la emboscada mataron cerca de un centenar de hitlerianos: trescientos o cuatrocientos más quedaron ilesos. Los alemanes retrocedieron, restablecieron el orden, se desplegaron, se echaron a tierra y abrieron fuego.

— Bien. Es lo que quedaba por demostrar — dije yo.

— Juega con ellos. Déjalos que pierdan tiempo vacilando. Esconde a la gente. Pero mira bien a los costados.

Yo seguía el combate por los partes telefónicos. Los alemanes al principio, abrieron en respuesta un tiroteo con sus automáticos, sus fusiles ametralladoras, y luego también agregaron los morteros, que comenzaron a actuar contra la sección. En aquel tiempo la superioridad del ejército hitleriano consistía en su gran número de morteros; la infantería motorizada los trasportaba consigo, en los camiones, apilados como leña.

Los combatientes se metieron en las trincheras. La descarga de los morteros se prolongó durante varias horas. Luego los exploradores alemanes se acercaron al bosque y fueron recibidos con fuego. La sección vivía, la sección mantenía el dominio sobre el camino.

Informé por teléfono a los jefes de compañía sobre el desarrollo de la batalla y ordené hacer llegar inmediatamente esta información a los combatientes, para que ellos supieran cómo sus camaradas golpeaban a los alemanes.

El jefe de la segunda compañía, Sevriukov, un teniente cuarentón, tranquilo, me respondió:

— Los combatientes ya lo saben, camarada jefe de batallón.

— ¿Quién les ha informado?

— Camarada jefe de batallón, está en funcionamiento el teléfono sin hilo del soldado.

Yo percibía que Sevriukov hablaba sonriente.

— ¿Qué teléfono es ése?

— Llegaron heridos. Y cuentan atropellándose. Me admiro, camarada jefe de batallón.

Sevriukov pensó antes de exponer su pensamiento. Yo lo escuchaba con interés.

—Me admiro; camarada jefe de batallón... Los hombres están heridos, esto quiere decir que sufren, que padecen, y sin embargo están todos alegres. Nosotros, dicen, les hemos pegado duro. Y, ¿sabe usted?, parece que por esto el dolor fuera menor... Así, pues, camarada jefe de batallón, resulta que hasta los heridos pueden elevar el ánimo.

—¿Cuántos heridos han llegado?

—Cuatro... Y aunque ya están vendados, habría que enviarlos lo más pronto posible al puesto sanitario. Si no los enviamos contarán y contarán sin acabar cómo han combatido.

En su voz se notaba alegría.

Se puso de pie mi jefe de Estado Mayor, Rajímov: delgado, de imaginación rápida, parco en palabras.

—Camarada jefe de batallón, permítame que vaya donde están los heridos, a precisar la situación.

—Sí. Vaya.

10

Unos minutos después me llamó nuevamente Donskij por teléfono. Me informó que de los flancos de las filas alemanas se habían separado dos grupos de cuarenta hombres cada uno, con la evidente intención de rodear la sección y cercarla. Donskij hablaba alarmado. Yo lo comprendía: debía tener un poco de miedo; él quería preguntar si no era ya hora de replegarse, pero él, mi tímido y orgulloso Donskij, sin embargo no me lo preguntaba.

—No es nada, Donskij —le digo. —Forma a los combatientes para que estén alertas. Si tienen oportunidad, que le descarguen al enemigo una ráfaga de fuego. No temas. Ellos te temen a ti.

El siguiente parte de Donskij fue así:

—Camarada jefe de batallón, disparan desde tres lados. Gritan: “¡Rus, entrégate!”.

—Y tú, ¿qué haces?

—Disparamos.

—Bien; sigue manteniéndote, Donskij.

Esta vez dejó escapar:

—¡Camarada jefe de batallón! Pueden cercarnos...

—No es nada, Donskij. Se acerca la noche. En la oscuridad saldrás. Sigue manteniéndote, querido.

Esta última palabra se me escapó sin querer. Hablaba con él, con el Donskij de los ojos azules, no como correspondía al reglamento, sino al corazón. ¿Cómo explicarle esto a usted, una persona que no tiene experiencias de guerra?

Usted tal vez piensa: ¿por qué se impacientaba Donskij? Tal vez Donskij le parezca a usted poco valiente. Pero comprenda: él no se encontraba detrás de una mesa de escritorio, ni junto a un pacífico torno, ni en el campo de entrenamiento. Lo rodeaba la muerte. Oía su silbido, la veía; los alemanes lanzaban balas trazadoras, la muerte venía con las balas desde diferentes lados como luciérnagas rojas y azules; repetidas veces la muerte pasaba fugaz a su lado casi rozándole, y el corazón se estremecía a pesar de la conciencia y de la voluntad. Él no era un mecanismo, no era un tronco ni una barra de hierro.

Los hombres de Panfilov
Donskij vivía su primera batalla; un momento crítico sin precedente en la vida de una persona. A ocho kilómetros de él, yo sentía su corazón palpitante. No solamente le ordenaba, sino que podía tocar su corazón. Éste latía más rítmicamente, más seguro, bajo la mano firme del jefe. Esa fuerza espiritual, que me esforzaba por mantener viva, se trasmitía desde él, oficial en operaciones, a los combatientes.

Y de súbito — precisamente de repente, en forma del todo inesperada — Donskij me comunicó emocionado: los alemanes se retiraron. Al principio no lo creí. Pero la mirilla del blindaje del Estado Mayor ya estaba oscura, el día había terminado. En seguida Donskij confirmó: sí, tiraron, gritaron y se replegaron, llevándose los cadáveres bajo la protección del crepúsculo.

Ésa fue una pequeña batalla, pero me daban escalofríos de felicidad, quería reírme, saltar sobre el caballo y lanzarme hacia allí, hacia Donskij, hacia los combatientes, hacia nuestros héroes.

Por la noche la sección del teniente Donskij cambió de posición.

¡TÚ HAS ENTREGADO EL CAMINO!

1

A la mañana siguiente en la lejanía, a nuestras espaldas, sonaron otra vez sordamente los cañones.

Pero ante las líneas del batallón había calma. A las horas establecidas, Donskij y Brudni informaban; los caminos estaban desiertos. Allá, en la lejanía, los observadores, igual que ayer, vigilaban a los alemanes desde los árboles.

Yo esperaba una llamada insólita. Sonó el teléfono. El telefonista de guardia dijo:

— Camarada jefe de batallón, desde allá...

El telefonista compartía nuestra vida; no fueron necesarias aclaraciones: comprendí desde dónde llamaban:

— Escucho...

— Camarada jefe de batallón, ¡esto sí que es una cosa rara!: alemanes a caballo... Por el camino.

Reconocí el rápido hablar de Brudni. Por lo visto, le había llegado su turno. La sección de Brudni, como usted sabe, se había ocultado en otro camino.

— ¿Cuántos son?

— Unos veinte hombres.

— Déjalos pasar.

Tras la caballería apareció un grupo en motocicletas. Hoy el enemigo actuaba con más cautela: enviaba delante a los exploradores. Pero nuestros combatientes estaban perfectamente ocultos en el bosquecillo.

El bosquecillo, que estaba junto al camino, y desde donde la sección de Brudni acechaba a los alemanes, era pequeño. Sin embargo, a poca distancia, aproximadamente a medio kilómetro, había otra arboleda hacia donde, si elegían el momento, podían trasladarse fácilmente, y luego, escurrirse del enemigo para salir nuevamente al camino.

Una hora más tarde los exploradores volvieron hacia atrás en sus caballos y motocicletas: iban a informar que el camino hasta el río estaba libre.

Inmediatamente Brudni me informó que se divisaba una columna de camiones con infantería. Considerando que el camino ya estaba explorado, los alemanes avanzaban como ayer, en automóviles, sin custodia lateral.

—¿Te has preparado? — le pregunté.

—Sí, camarada jefe de batallón, estamos preparados.

—¡Déjalos acercarse y ataca! Actúa con serenidad. Sonó en el auricular su voz firme y seria:

—A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

Nuevamente el enlace me informaba de lo que ocurría. Y en este camino se repitió lo mismo de ayer. Una descarga desde la emboscada. La segunda. La tercera. Y otra vez, saltando desde sus camiones, los alemanes corrieron, olvidando instantáneamente todo lo que les enseñaron, las voces de mando, la disciplina, su invencibilidad, y convirtiéndose en una multitud arrebatada por el pánico.

Yo exigía los detalles al telefonista, que desde el lejano bosque me informaba cómo se desarrollaba el combate.

—¿Corren? ¿O se han echado a tierra? ¡Contesta con precisión!

—Corren, camarada jefe de batallón... ¡Ah, y con qué agilidad! Nosotros, camarada jefe de batallón, les estamos lanzando otra ráfaga.

Ayer yo pensaba: ¿cómo se conducirían los alemanes al caer bajo un inesperado fuego de descarga? Tirarse inmediatamente, apretándose contra la tierra, y abrir en respuesta un fuego desenfrenado. Lógicamente parece que esto, aun sin ninguna voz de mando, es lo que debería dictarle a cada uno el instinto de conservación. Pero resulta, repito, que hay en la guerra una fuerza que paraliza la imaginación, que quita el sentido, que le hace raras jugarretas al hombre, haciendo de él fácil presa de la muerte.

2

Inesperadamente, al comenzar el combate se rompió la comunicación con la sección de Brudni.

Los telefonistas que fueron enviados para controlar la línea volvieron al encontrarse con alemanes. Interrogué severamente a los telefonistas sin comprender lo que había sucedido. El adversario había tirado sobre ellos desde una aldea situada en el camino. Los telefonistas no sabían cuántos alemanes había allí ni si habían llegado también hasta ese punto los camiones.

Pero, ¿dónde estaba nuestra sección? ¿Qué le había ocurrido? ¿Sería posible que estuviera cercada? ¿Sería posible que Brudni, un jefe tan inteligente y con tanta presencia de ánimo, hubiera dejado escapar el momento en que la sección podía escurrirse?

¿Qué hacer? No puedo abandonar a los míos a merced de la muerte. ¿Pero cómo ayudarlos? ¿Con qué? Tuve el impulso, un fuerte impulso, de tomar una sección a mi cargo e ir en su ayuda. Pero, no, no tengo derecho; bajo mi mando está un batallón; tengo ocho kilómetros de frente, tengo la obligación de estar aquí.

Me esforzaba en razonar con sangre fría. Supongamos que la sección está cercada. ¿Pero acaso se entregarán mis cincuenta combatientes? ¿Levantarán los brazos? No, lucharán por la vida. Yo creía en esto, creía en mis combatientes, en su jefe. Tenían fusiles, ametralladoras portátiles, suficientes cartuchos. ¡A ver, enemigo, intenta acercarte!

Envié en su ayuda a una semisección de infantería de reconocimiento. ¡Semisección! Yo entonces disponía de tales fuerzas. Ordené al jefe: “Acércate de sorpresa; no te lances como un desesperado; actúa con inteligencia, con cautela; espera la oscuridad; en la oscuridad vincúlase con Brudni, ayúdalo”.

Le ordené transmitir a Brudni que después de romper el cerco saliera otra vez al camino como se le había ordenado; que al día siguiente recibiera otra vez con fuego a los alemanes, desde otra emboscada.

3

Dejé marchar al jefe y salí del blindaje. Faltaban unas dos horas para el crepúsculo. No quería ver a la gente, no deseaba hablar. No pensaba en nada más que en la sección cercada, en los cincuenta combatientes que luchaban en alguna parte del bosque, junto al camino.

Otra vez algo me impulsaba hacia ellos; marchaba lentamente hacia el río. En el campo los soldados rojos levantaban la tierra helada, traían árboles y construían posiciones falsas. Ni siquiera quise acercarme a ellos. Desde lejos me parecía que cavaban reposadamente y que perdían el tiempo... ¡Más rápido! Nuestros hombres, cincuenta combatientes, se mantienen, luchan del otro lado del río conquistando para nosotros estas horas, estos minutos, reteniendo al enemigo. Sentía que si me acercaba, explotaría mi tensión y gritaría tanto al culpable como al inocente.

Mi oído trataba de captar si llegaban desde el otro lado del río las explosiones de los morteros alemanes. Pero no, reinaba el silencio.

¿Y si hubiese terminado todo allí? Y nunca jamás vería a mi Brudni, a mi Kurbátov, a otros...

Posteriormente, mi corazón, al endurecerse en la guerra, ya no se mortificó ni sufrió con tanta frecuencia.

De nuevo en el blindaje esperaba a los exploradores, aguardaba noticias.

— Camarada jefe de batallón, lo llaman — me dijo el telefonista.

Telefoneaba el teniente Sevriukov, jefe de la segunda sección. Me informó:

-Camarada jefe de batallón, la sección del teniente Brudni ha salido del cerco.

4

Le pregunté con rapidez:

– ¿De qué fuente lo sabe?

– ¿De qué fuente? – Ellos están aquí, camarada jefe de batallón.

– ¿Dónde?

– Pero si yo le estoy dando el parte. – Sevriukov hablaba con su peculiar tranquilidad, que a veces era para mí como un martirio –, yo le doy el parte, camarada jefe de batallón, aquí. Llegaron al emplazamiento de la compañía.

– ¿Quiénes?

Yo aún no comprendía, o mejor dicho, apenas empezaba a comprender. Pero... pero, podía ser que ahora, en este mismo minuto, se aclarara todo de otra manera, Sevriukov respondió:

– El teniente Brudni... y los combatientes... Los que han vuelto. Hay seis muertos, camarada jefe de batallón.

– ¿Y los alemanes? ¿Y el camino?

Se me escapó la pregunta aunque, ¿para qué preguntar si ya estaba claro?... Llegó la contestación de Sevriukov. El camino está ocupado por el enemigo. Yo guardaba silencio. Sevriukov preguntó:

– Camarada jefe de batallón, ¿está usted al teléfono?

– Sí.

– Camarada jefe de batallón, ¿llamo a Brudni al teléfono?

—No es necesario.

—¿Debe ir a verle a usted?

—No es necesario.

—Y entonces, ¿qué?

—Espérame.

Dejé el teléfono y no me levanté en seguida.

5

Pues estaba ante lo más terrible.

No sólo la pérdida del camino era dura, yo ya estaba preparado para eso. Según nuestro plan táctico esto debería ocurrir entre mañana y pasado.

Pero hoy, mi teniente, mi sección, mis combatientes, se habían retirado, habían abandonado el camino sin recibir la orden. ¡Habían huido!

Eso era lo que me agobiaba, y por eso no podía levantarme inmediatamente.

Minutos más tarde llegaba a caballo hasta el puesto de mando de la segunda compañía. Hacía tres días que en una tarde memorable había acompañado desde aquí, en el crepúsculo, a los combatientes. Ahora también anochecía. Ahora los soldados rojos que habían regresado estaban sentados o echados cansadamente en la tierra cubierta por las primeras nieves. Cerca del blindaje — al lado de la pronunciada pendiente, que se perdía en los desniveles del terreno —, había grupos de gente. Alguien, de baja estatura, se separó del grupo y vino corriendo hacia mí. Mientras corría dio la voz de mando:

— ¡De pie! ¡Firmes!

Era Brudni. Al llegar frente a mí, con un movimiento preciso, me saludó y se cuadró.

—Camarada jefe de batallón... —Comenzó emocionado.

Le interrumpí:

—¡Teniente Sevriukov! ¡Salga de filas!

El cuarentón Sevriukov, ex primer contador de una fábrica de tabaco en Alma-Atá, vino corriendo pesadamente.

—¿Quién es aquí el jefe superior?

—Yo, camarada jefe de batallón.

—¿Por qué entonces no manda usted? ¿Por qué la sección no está formada? ¿Es esto una taberna? ¡Todos a formar! ¡Los jefes también!

Se acercó a mí Boszhánov, instructor político de la compañía de ametralladoras. Me preguntó en voz baja y en kazajo:

-¿Qué ha ocurrido?

Le respondí en ruso:

—Camarada instructor político, ¿a usted no le atañe la orden? ¡A formar!

Boszhánov se quedó varios segundos levantando hacia mí su cara rolliza. Estaba claro que me quería decir algo, pero no se decidió. Comprendió que en este momento no admitiría ninguna palabra tranquilizadora.

La recta línea de la formación se perfiló sobre la nieve. Había calma. Sólo desde lejos, desde el oriente, llegaba un sordo cañoneo. Me acerqué a la formación. Esta vez me daba el parte Sevriukov. Junto a él, nervioso y tenso, estaba Brudni. Me volví hacia él.

— Informe.

Comenzó a hablar atropelladamente.

— Camarada jefe de batallón: hoy la sección reforzada a mi mando, aniquiló a cerca de cien fascistas. Pero nos cercaron. Tomé la decisión de atacar, romper el cerco...

— Bien. ¿Pero por qué no ha salido otra vez al camino?

— Camarada jefe de batallón, nos perseguían...

— ¿Los perseguían?

Grité esto con furia.

— ¿Los perseguían? ¿De dónde has sacado valor para justificarte con esa palabra? El enemigo ha declarado que nos perseguirá hasta los Urales. ¿Tú crees que será así? Entregaremos Moscú, entregaremos nuestro país, correremos hacia nuestras familias, hacia los viejos, hacia las mujeres, y les diremos: nos perseguían... ¿No es así? Responde.

Brudni callaba.

— Es una pena — continué —, que no te escuchen las mujeres. Ellas te abofetearían y escupirían sobre ti. Tú no eres un jefe del Ejército Rojo; eres un cobarde.

Desde la lejanía llegó nuevamente el sordo estruendo de los cañones.

— ¿Oyes? Los alemanes también están allí, detrás de nosotros. Allí el enemigo trata de irrumpir hacia Moscú. Allí luchan nuestros hermanos. Nosotros, nuestro batallón, los resguardamos aquí de un golpe de flanco. Ellos confían en nosotros, confían en que nosotros resistiremos, en que no los dejaremos pasar. Y yo confié en ti. Tú mantenías el camino, tú lo habías cerrado. Y te acobardaste. Huiste. ¿Crees que sólo has abandonado el camino? No, has traicionado a Moscú.

—Yo... Yo... Yo creía...

—Nuestra conversación ha terminado. Vete.

—¿A dónde?

—Adonde es tu lugar según la orden.

Le indiqué el otro lado del río. La cabeza de Brudni hizo un rápido movimiento, como si quisiera mirar hacia atrás, hacia donde indicaba mi mano. Pero contuvo ese movimiento y continuó firme ante mí.

—Pero allí, camarada jefe de batallón... —dijo con voz ronca.

—¡Sí, allí están los alemanes! ¡Vete con ellos! ¡Sírveles a ellos, si quieres! ¡O mátalos! No te ordené que te presentaras aquí ¡No me hace falta un evadido! ¡Vete!

—¿Con la sección? —preguntó Brudni.

—No. ¡La sección tendrá otro jefe! ¡Vete solo!

El jefe del batallón puede hacer uso de distinta manera de sus poderes con un oficial que no ha cumplido una orden de combate: enviarlo nuevamente a la batalla, destituirlo, entregarlo al tribunal, e incluso, si la situación lo exige, fusilarlo en el acto... Yo también estaba haciendo un juicio sumario. Éste era un fusilamiento, aunque no físico, sí, ante toda la formación; el fusilamiento del jefe que, olvidándose de su honor militar, había huido del enemigo, con sus combatientes. Yo estaba castigando el deshonor con deshonor.

Brudni estaba ante la silenciosa fila, como si no comprendiera que la conversación realmente había concluido, y que yo lo había echado del batallón. Éste fue un minuto terrible para él. Era miembro del Komsomol; él indudablemente, más de una vez había pensado en

la guerra, en la muerte; sabía que en el combate tal vez habría que entregar la vida por la patria; soñaría con ser valiente; habría soñado con la gran felicidad de la victoria y, junto con ella, con las condecoraciones, con la gloria, con la pequeña felicidad personal que sería para él inexpresablemente querida.

Pero llegó la guerra y se desencadenó el verdadero combate, y él, Brudni, miembro del Komsomol, teniente, jefe de una sección, había huido con su sección. Y el juicio ya estaba realizado por el jefe militar de mando único, por el jefe del batallón. Y todos los sueños se vinieron abajo. Él, Brudni, salvó la vida, pero la vida para él ya no existía; ante la formación le fue arrojada la palabra de oprobio: "¡cobarde!", le fue anunciada la sentencia: "¡echarlo!".

Él estaba de pie como si todo esto, que tal vez sea más terrible que la muerte, no hubiera llegado aún hasta su conciencia; estaba de pie esperando mi última palabra. Pero yo lo miraba fijamente, en silencio. En aquel minuto me sentía como de piedra.

La piedad no perturbó mi alma. Me comprenderán aquellos que han combatido. En tales momentos, el odio, como el fuego, quema otros sentimientos que están en contradicción con ese odio.

Brudni comprendió: estaba todo dicho. Le bastó fuerza para acercar su mano a la visera.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

Después de dejar escapar estas palabras, giró militarmente, hacia la izquierda, sobre los talones. Y mar-

Los hombres de Panfilov
chó, acelerando el paso como si se apresurara a ir hacia
el puente sobre el Ruza, hacia las tinieblas, donde el ene-
migo se había apaciguado con la llegada de la noche.

6

Alguien se separó del negro muro de la sección y corrió
en pos de Brudni. Todos lo escucharon:

— Camarada teniente, yo voy con usted...

Reconocí esa alta silueta de anchos hombros con un
semiautomático colgado de una correa y también esa voz.

— ¡Kurbátov, atrás!

Se detuvo:

— Camarada jefe de batallón, nosotros también
somos culpables.

— ¿Quién le ha permitido salir corriendo de la
formación?

— Camarada jefe de batallón, allí no se puede ir
solo. Allí...

— ¿Quién le ha permitido salir corriendo de la for-
mación? ¡A su puesto! Si necesita, diríjase a mí, como
corresponde dirigirse a un jefe en el Ejército Rojo.

Kurbátov volvió a la formación y pronunció:

— Camarada jefe de batallón, permítame que me
dirija a usted.

— ¡No le permito! ¡Esto no es un mitin! Yo sé: us-
tedes han huido también con el jefe. Pero el jefe respon-
de por ustedes. ¡Si el jefe ordena correr, ustedes están
obligados a correr! La responsabilidad es de él. Pero
cuando el jefe ordena: “¡Deténganse!”, entonces él mis-

mo y cada, uno de ustedes, cada soldado honesto, tiene la obligación de matar al que corra. Su jefe no supo detenerlos. Ha tenido que pagar por eso.

De las tinieblas donde había desaparecido Brudni, repentinamente, como un siniestro espectro, apareció de nuevo. ¿Venía a suplicarme? ¿Se había acobardado otra vez?

— ¿Qué quieres?

— Camarada jefe de batallón, ¿a quién debo entregar los documentos?

— ¿Qué documentos tienes?

Con voz entrecortada, Brudni me respondió:

— Mi carnet del Komsomol, mi cartilla militar, cartas...

Llamé a Boszhánov.

— Camarada instructor político, reciba la documentación.

Brudni sacó del bolsillo interior del capote un delgado paquete y se lo extendió a Boszhánov.

— *Aksakal** — me susurró Boszhánov apenas perceptiblemente. No dijo nada más, pero me suplicaba con esta sola palabra.

Brudni estaba en pie sin levantar la cabeza. Me pareció que era la astuta artimaña de un cobarde. Él, seguramente, confiaba en que al regresar, el jefe del batallón llamaría al instructor político, y que éste intercedería por él. Pensé: ¿así con astucias aquí y no con el enemigo? Quise darte la posibilidad de que salvaras el honor, pero si te has acobardado otra vez, entonces vete al diablo y muere sin honor.

— Brudni — le dije. — Puedes quedarte con tus documentos. Puedes no ir allá. Aquí tienes otro camino.

Y le indiqué el sendero que llevaba a la retaguardia.

—Vete al Estado Mayor del regimiento... Informa que te eché del batallón, que te formé juicio... Justifícate allí.

Con un sonido silbante, apenas perceptible, parecido a un sollozo, Brudni tragó aire.

—Camarada jefe del batallón, yo... yo le demostraré a usted... Yo mataré... —su voz temblaba. —Mataré allí al centinela. Traeré sus armas, sus documentos... Yo le demostraré a usted...

Lo escuchaba y la amargura se iba de mi corazón. Desaparecía. Quería susurrar para que él lo oyera, sólo él: “Bravo, bravo, así debe ser”. Pero le dije:

—Márchate donde quieras. No te necesito.

—Camarada instructor político, tome —dijo Brudni.

Boszhánov alumbró con su linterna. El rayo resbaló por la cara de Brudni, morena y desencajada; sus ojos parecían hundidos, las mejillas se habían afilado, ardían en ellas una manchas rojas. Luego la luz cayó sobre el paquete de papeles. Boszhánov lo recogió. Se apagó la linterna.

Brudni giró y marchó rápidamente. Yo grité:

—¡Kurbátov, dale al teniente un semiautomático!

Era lo único que podía hacer por él. Yo respondía por la firmeza del batallón, por la línea del frente — por la línea del alma de los combatientes— y por la que defendía Moscú a lo largo de la orilla del Ruza.

**Aksakal*: palabra kazaja que quiere decir literalmente barbas blancas. Así llaman entre los kazajos al jefe de familia, al padre.

OTRO COMBATE EN EL CAMINO

1

Al regresar al blindaje del Estado Mayor mandé llamar a Kurbátov.

Entró ceñudo. El enemigo le había obligado también a él, a este hombre apuesto, fuerte y, al parecer, valiente, a huir con los otros. ¿Por qué? ¿Cómo había ocurrido? Yo tenía la obligación de saberlo.

— Cuenta -le ordené—, ¿qué ocurrió allí con ustedes? ¿Por qué huyeron?

Kurbátov contestaba con parquedad: durante el tiroteo con los alemanes se había oído un chasquido de automáticos por detrás, muy cerca. Detrás de los árboles volaron las balas trazadoras sobre las espaldas de los combatientes. Brudni gritó: “¡Seguirme!”. Y la sección con las bayonetas caladas, se lanzó al bosquecillo vecino, como se había convenido de antemano. Pero, inmediatamente, tabletearon desde allí los disparos al encuentro de los combatientes. Alguien cayó, alguien gritó. Los hombres se echaron a un lado y desde ese instante ya no pudieron detenerse. Las balas trazadoras los alcanzaban constantemente; los alemanes, disparando, pisaban sus huellas; en el lenguaje militar esto se llama: “llevarlos sobre los hombros”.

Interrogué:

— ¿Cuántos eran ellos, esos tiradores de automático que los perseguían?

Kurbátov repuso sombrío:

— No lo sé, camarada jefe de batallón.

— ¿Quizá fueran una decena? ¿O menos?

Kurbátov miró hacia abajo en silencio.

— Retírate — le dije.

2

Kurbátov se marchó.

¿Qué experimentaba él, mi soldado? Yo lo veía: sentía vergüenza. Vergüenza... ¿Ha pensado usted qué es eso? Si en la guerra se mata la vergüenza del soldado, si deja de hablar esta voz interna que censura, entonces ya ningún entrenamiento ni disciplina consolidará al ejército.

Alcanzado por las balas, Kurbátov había corrido junto con los demás. El terror le gritaba al oído:

“Morirás; se ha acabado tu joven vida; ahora te matarán o te mutilarán; te dejarán inválido para siempre. ¡Sálvate, escóndete, corre!”

Pero también sonaba otra voz autoritaria:

“¡No, detente! ¡Huir es una vergüenza y un oprobio ¡Te despreciarán como a un cobarde! ¡Detente, combate, sé un digno hijo de la patria!”

En este momento de desesperada lucha interna, cuando los platillos de la balanza se inclinaban alternativamente a uno u otro lado, cuando el alma del soldado se partía en dos, ¡qué necesaria era una voz de mando!

La orden tranquila, sonora, imperiosa, del jefe; ésta sería la orden de la patria a su hijo. La voz de mando hubiera arrancado al combatiente de las garras de la cobardía; hubiera movilizado no sólo aquello que ha sido asimilado en el aprendizaje militar, en la disciplina, sino todos los nobles impulsos: la conciencia, el honor, el patriotismo.

Brudni se desconcertó, dejó pasar el momento en que podía, en que estaba obligado a dar la voz de mando. Por eso la sección fue derrotada en el combate. Por eso un soldado honesto tiene ahora vergüenza de mirarme a los ojos.

3

El jefe de la sección había respondido por su culpa.

¿Pero yo? Por todo lo que ha ocurrido y ocurre en el batallón, por cada falla en el combate, por cada caso de huida, por cada jefe y combatiente, quien responde soy yo. Mi sección no ha cumplido la orden de combate, lo cual quiere decir que yo no la he cumplido.

Después de comunicar por teléfono al jefe del regimiento lo ocurrido, dando las explicaciones correspondientes, colgué el auricular y comencé a responder ante el juez más implacable: ante mi propia conciencia, ante mi propia razón.

Yo tenía la obligación de descubrir en qué consistía mi culpa. ¿No consistiría en que había colocado a la cabeza de la sección a un jefe inservible? ¿No residiría en que no había comprendido anticipadamente que él era un cobarde? No, no era eso, ya que Brudni, incluso

Los hombres de Panfilov después de su huida, después de la “ejecución” ante la formación, supo demostrar que en él aún vivía el honor. ¿Qué era entonces lo que había ocurrido con Brudni allí, bajo las balas? ¿Por qué se había olvidado allí de su deber de jefe? ¿En qué consistía entonces mi error?

Pocos días atrás, cuando planteaba el problema a los tenientes, había pensado: ¿será posible que los alemanes, como unos corderos, se pongan a merced de las balas una vez, y otra y una tercera? En aquel momento no había sacado ninguna conclusión de esta idea, que había pasado fugaz por mi mente; había considerado al enemigo mucho más necio de lo que resultó en realidad.

Pero, por lo visto, después de la primera batalla en el camino, habíamos obligado al jefe militar alemán a meditar, lo obligamos a pensar antes de lo que yo suponía. Evidentemente, en caso de encontrarse con una emboscada, él ya tenía preparado algún plan que yo no había sabido adivinar. Él respondió al golpe de sorpresa con otro golpe de sorpresa. Puso en fuga y persiguió a mi sección, a mis combatientes, con los mismos medios —un fuego inesperado casi a quemarropa— que antes habían sido utilizados para hacer huir con pánico a sus propios soldados.

Hoy triunfó él, me hizo huir a mí —mentalmente utilicé estas palabras: “a mí” —, pero no porque sus oficiales y soldados fueran más valientes o estuvieran mejor preparados, o porque me superaba numéricamente —según nuestra táctica, contra esa superioridad numérica se podía luchar durante largo tiempo con pequeñas

fuerzas —, sino que, a su vez, me derrotó con su idea, con su juego táctico, con su inteligencia.

¡Sí, ayer yo había pensado poco! Ya estaba derrotado antes de la batalla., Ésa era mi culpa.

Miré el mapa; reconstruí en mi imaginación el cuadro de la batalla, el cuadro de la huida; traté de adivinar de qué manera mi enemigo, el jefe militar alemán, había preparado el golpe, cómo lo había realizado.

Mis hombres habían huido. Mi imaginación lo veía. Veía cómo se apresuraban, asfixiándose, azotados por las pequeñas fustas luminosas de las balas trazadoras, flagelados por la muerte. ¡Cuántos bosquecillos, matorrales y zanjas habría allí! Deberían haberse ocultado en algún lugar, haberse echado a tierra instantáneamente; volver todos los cañones hacia el adversario y, dejándolo acercarse triunfante, cegado por el azar de la persecución, dispararle con sangre fría, a bocajarro.

El crimen de Brudni consistía en que al haber perdido su sangre fría, había perdido el dominio sobre su alma, y la de sus soldados.

Pero yo, el jefe del batallón, debía haberlo previsto aún ayer, antes del combate; debía haber pensado por él.

El enemigo se adueñó de un camino. Pero por ahora de nada más, el otro aún no le pertenece. Ahí, después de cambiar el lugar de la emboscada, la sección de Donskij acecha a los alemanes. Mañana, por algún medio, el adversario tratará también de poner en fuga a esta sección, tratará de perseguirla.

Me puse en comunicación telefónica con Donskij y le ordené que eligiera escolta y se presentara.

Llegó al cabo de una hora y media.

Ya desde el primer gesto, desde la primera palabra, comprendí que Donskij había cambiado. Al encontrarse con mi mirada, se sonrió. Esta sonrisa me era familiar, algo tímida, pero, sin embargo, nueva; de esa sonrisa se desprendía cierta fuerza interna, era como si reconociese su derecho a sonreírse. También sus movimientos eran más seguros, más rápidos. Con más agilidad que antes, se llevó la mano a la visera; con más soltura también me dio parte de su llegada.

—Siéntate —le dije. —Saca el mapa.

En el mapa que desplegó Donskij no estaba marcado con ninguna señal el lugar de la emboscada. Asuntos como estos, no se deben confiar al mapa. Pero Donskij había rodeado el punto del primer combate —que ya no era un secreto— con un círculo rojo, como para tenerlo presente.

—Mira. Donskij —comencé—, la última vez tú y yo hemos tratado de lo siguiente: no importa que el enemigo rodee la emboscada. Eso se puede permitir. Pero no se debe caer en un cerco.

Donskij asintió con la cabeza. Su mirada era comprensiva, Continuó:

—Sin embargo, el adversario puede cercar sin ser notado. Por ejemplo, así... Por este costado te rodea. —Señalé en el mapa esta maniobra con el extremo sin punta del lápiz. —Te quedará una salida por aquí. Te escaparás, comenzarás a retirarte, pero el adversario, concentrándose

sin ser visto, ya está agazapado en el camino, y acecha, ya te ve. Y te recibirá con fuego frontal. ¿Qué hacer entonces?

— ¿Qué hacer? — repitió Donskij. — ¡Calar las bayonetas!

— Ay, Donskij... Las bayonetas no llegan muy lejos; mientras tanto, los matarán a tiros. ¿No perderás el sentido? ¿No huirás? Hizo apenas un gesto con la cabeza.

— Camarada jefe de batallón, yo no huiré.

— No se trata sólo de ti. ¿No huirán los hombres?

Donskij guardó silencio y miró el mapa; pensaba, buscaba una respuesta honrosa.

— Indudablemente, Donskij, habrá que luchar hasta en los casos más desesperados. ¿Pero para qué llegar hasta tal situación? Que sean los alemanes los que caigan en ella. Con la bayoneta matarás a uno, con la inteligencia matarás a mil. Éste es un proverbio kazajo, Donskij.

— ¿Entonces qué hacer, camarada jefe de batallón?

— ¡Huir! — dije. — Correr en desbandada, en pánico, como lo desean los alemanes. Combate unos diez o quince minutos y después haz el simulacro de pánico. ¡Déjalos que te persigan! ¡Esto es lo que necesitas! Entonces el juego estará en nuestras manos. No son ellos los que nos perseguirán, sino que nosotros los obligaremos, ¿comprendes?, los obligaremos con astucia a que nos persigan. Mantente junto al camino. Deslízate en una zanja. — Otra vez rocé el mapa con el extremo sin punta del lápiz. — O elige otro sitio apropiado. Allí hay que ocultarse rápidamente y echarse a tierra. El primer grupo que deje pasar a los alemanes. Pero el segundo,

—**Los hombres de Panfilov** que los reciba con las ametralladoras y con descargas a quemarropa. Ellos se desconcertarán, se echarán hacia atrás. Entonces hay que fustigarlos desde aquí, otra vez de frente. Encerrarlos entre dos fuegos: ¡matar a todos los que los han perseguido! ¿Entendido?

Viviendo esta batalla en la imaginación, alcé la vista hacia Donskij con una sonrisa triunfante. Donskij no me respondió con una sonrisa. Noté, por sus ojos, que había captado la idea, pero en la profundidad de sus pupilas, que parecían haberse petrificado por un instante, leí un estremecimiento.

No pude comprender en ese momento lo que ocurría en él. Quizá Donskij experimentara por un minuto terror ante la matanza, ante el baño de sangre que él mismo debería provocar.

Pero me respondió con entereza:

—He comprendido, camarada jefe de batallón.

Hablamos de diversos detalles. Luego le dije:

—Explícales la maniobra a los combatientes.

Volvió a interrogarme:

—¿La maniobra?

No sé por qué le pareció rara esta palabra. Probablemente no era aquello —la aniquilación de los enemigos— lo que él relacionaba ahora con la palabra “maniobra”. Pero inmediatamente me contestó como corresponde:

—A sus órdenes camarada jefe de batallón.

—Bien, Donskij, esto es todo.

Se levantó.

Mañana este joven de tez delicada, con un alma tierna, debía atraer con astucias al enemigo a la trampa

y matar a quemarropa a hombres dementes, enloquecidos. Presentía que Donskij sabría cumplir su misión.

Cualquiera diría, que yo había conseguido mi propósito: convertir la experiencia de nuestro contra-tiempo de hoy en precursor del éxito de mañana.

Sentía más tranquilidad de espíritu. Al marcharse Donskij me recosté de cara a la pared y me cubrí con el capote para dormir.

Ante mis ojos cerrados apareció el mapa topográfico y surgió la cara atenta de Donskij. Yo rozo el mapa con el extremo sin punta del lápiz y le enseño: “Ellos huirán, se lanzarán hacia aquí, aquí les recibiremos otra vez con fuego” .

E inesperadamente — este instante lo recuerdo con terrible claridad —: veo: el mapa es rozado por un lápiz ajeno, que no es el mío.

El mío era negro corriente, pero el que estaba viendo tenía los lados brillantes y rojos y una punta azul muy agudamente afilada. Tampoco era mi mano. Era una mano blanca, con vello rubio. Era él, mi enemigo, el jefe alemán, de ojos punzantes y crueles. Dirigiéndose a alguien que estaba junto a él; repitió mi frase, palabra por palabra: “Ellos huirán, se lanzarán hacia aquí, aquí les recibiremos otra vez con fuego”. Y en el mapa, debajo de la punta del lápiz, vi, no la trampa que se preparaba mañana para los hitlerianos, sino la línea de mi batallón. Agucé la vista para ver bien, para retener el punto que indicaba el lápiz; tendí todo el cuerpo hacia allí... Y abrí los ojos...

En el blindaje ardía la conocida lámpara de petróleo. En una esquina, junto al teléfono, estaba sentado el telefonista.

Me volví otra vez hacia la pared, comencé nuevamente a dormir. Recordé la cara de Brudni, iluminada un instante por la linterna; un rostro sufrido, pero que había perdido el orgullo; los ojos hundidos; unas manchas febriles en las mejillas adelgazadas. Recordé su voz trémula en el último minuto: “Yo le demostraré... Yo le demostraré a usted...”

Después algo más; luego todo se confundió en un sueño pesado, un sueño nada reparador.

5

Por la mañana, acababa de despertarme, cuando Sinchenko, el encargado de cuidar mi caballo, me informó con aires de misterio:

— Camarada jefe de batallón, allí — señaló hacia la puerta — está el teniente Brudni... Espera que usted se despierte.

— ¿Para qué ha venido?

Pero mi corazón palpitó. ¿Ha regresado? ¿Habría cumplido lo que dijo como despedida?

Sinchenko me comunicaba atropelladamente:

— Camarada jefe de batallón, él ha llegado hasta los alemanes... Ha traído automáticos. Ahora está sentado y no habla con nadie. Quiere verle personalmente a usted.

— Dile que entre — dije.

Sinchenko desapareció. Pasado un minuto se entreabrió otra vez la puerta. Sin dejar escapar una palabra,

con los labios apretados, Brudni se aproximó a mi mesa y colocó sobre ella dos automáticos alemanes, dos libretas alemanas de soldado, cartas, un cuaderno, billetes y monedas alemanas. Sus negros ojos hundidos me observaban sin ocultarse, de soslayo, pero algo salvajes.

Quise decirle: “Siéntate”, pero de pronto sentí que no podía pronunciar ni una palabra, que se me había hecho un nudo en la garganta. Tomé un cigarrillo, me levanté, me acerqué al capote para buscar los fósforos, a pesar de que seguramente, los tenía también en el bolsillo de los pantalones. Encendí, me detuve junto a la ventanita recortada bajo la pared de troncos, miré hacia el exterior: se veían las raíces de los pinos, la nieve espolvoreada sobre la tierra. Después me volví y dije tranquilo:

— Siéntate, Brudni... ¿Has desayunado?

Brudni no contestó. En la puerta apareció Sinchenko; vino corriendo hacia mí y me susurró al oído:

— Camarada jefe de batallón, ¿sirvo vodka para el desayuno?

El, mi caballerizo, mi excelente Sinchenko, conocía como toda la gente del batallón, la historia de ayer. Y ahora lo comprendía todo.

— Sí —le dije— echa una copa al teniente.

Desayunamos juntos. Brudni me relató sus andanzas nocturnas; me contó cómo había matado a dos alemanes. En sus ojos, que brillaban húmedos después de haber bebido el vodka, bailaban fugaces las chispas maliciosas del antiguo Brudni.

— ¿Pero cómo ayer te pudo ocurrir eso, Brudni?
— pregunté. — ¿Cómo te retiraste sin recibir la orden?

Se puso ceñudo, no quería hablar de eso.

—Usted ya lo sabe...

—No lo sé...

Pronunció con mayor desgano aún:

—Usted mismo lo ha dicho...

—¿Te acobardaste?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Yo mismo no lo comprendo, camarada jefe de batallón... Aquello fue, cómo se lo explicaré... Como un ladrillazo en la cabeza... En ese instante parecía que yo no era yo... Dejé de razonar.

Brudni tuvo un nervioso estremecimiento de hombros.

—Como un ladrillazo... —repetió.

De pronto, aparecieron ante mí las palabras que la imaginación buscaba tanto tiempo: “¡Un golpe a la psiquis! ¡Al cerebro! ¡Al alma!”.

Aunque parezca raro, este minuto, en el que al parecer no había ocurrido nada extraordinario, quedó grabado en mi memoria como uno de los momentos que más fuerte impresión provocó en mí la guerra.

¡Un golpe a la psiquis! En aquel momento comprendí claramente, por primera vez, esta simple verdad. Pero el caso es que no existen ninguna clase de rayos X que influyan sobre la psiquis. La guerra se lleva a cabo con armas de aniquilación física; el caso es que éstas, no sólo hieren el cuerpo; como se piensa comúnmente, sino también el alma, la psiquis. ¡Sí, hieren también el alma! Y después de haber derrotado la psiquis y quebrado el espíritu, se puede perseguir, alcanzar, matar, llevar prisionera a una multitud de enemigos.

El adversario trata de hacer esto con nosotros. Una vez, señor “gran germano”, te ha salido bien conmigo, con mi sección. Pero ahora, ¡basta!

Le dije a Brudni:

— Pues mira... Por ahora, sin embargo, no te daré la sección. Pero creo que ya no le temes a los alemanes. Te enviaré a sus líneas. Te designo suplente del jefe de la sección de exploradores.

Dio un salto de alegría.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

¡Un golpe a la psiquis! Esto es algo conocido desde épocas muy remotas. Y desde ese entonces se logra con golpes sorpresivos. ¿Y no consiste acaso el arte del combate, y de la táctica, en desconcertar al enemigo con un ataque inesperado y preservar a las tropas propias de un golpe semejante?

Estas ideas no son nuevas; se pueden encontrar en los libros; pero en la guerra yo las descubría como nuevas después de muchas atormentadoras cavilaciones, y, la mayoría de las veces, después de los éxitos o fracasos en los combates. Estas ideas habían aparecido confusamente en mí en los días anteriores. ¡Pero ahora ya estaba aclarado el secreto del combate!

Así lo creía.

Sin embargo, ese mismo día, unas horas más tarde, el adversario me demostró que yo no lo había comprendido todo; que existían otras leyes para combatir. Porque en la guerra, como es sabido, las deducciones no son las mismas de la lógica o las matemáticas. En la guerra todo se demuestra con sangre.

He aquí lo que relataron los combatientes de la sección de Donskij que pudieron regresar vivos del combate.

Ese día, el 22 de octubre, el adversario que se hallaba frente al batallón, trayendo artillería y materiales por el camino que había ocupado, restableció también el avance por el otro camino, donde hacía dos días habían sufrido la emboscada de Donskij, que no los había dejado pasar.

Esta vez los alemanes iban con mayor cautela, información, diseminados, disparando con sus automáticos sobre las líneas y los matorrales junto al camino. Los camiones vados avanzaban lentamente junto a los soldados.

La sección de Donskij también esta vez recibió con descargas a los alemanes. Pero el enemigo ya estaba preparado para recibirlas. Los alemanes se echaron a tierra instantáneamente. Luego, arrastrándose comenzaron a rodear la sección.

Era el momento de realizar nuestro plan, de escenificar el “pánico”; escapar en distintas direcciones, en desbandada. Esto fue simulado.

Los alemanes, al verlos huir, gritaron: “¡Ah, los rusos huyen! ¡Adelante!”, y se lanzaron a la persecución. Nuestros combatientes huían, como había sido planeado, sin apartarse del camino. Los alemanes pusieron en marcha los motores; los soldados treparon a los camiones en movimiento y, de pie en las cajas, disparando sobre la marcha perseguían a los nuestros con toda comodidad, desde los vehículos.

La sección se deslizó en la zanja. Los combatientes se ocultaron rápidamente detrás de los matorrales y

de los montículos, a los dos lados del camino. Aparecieron los camiones. Enardecidos por la persecución, los alemanes disparaban al azar, fustigando el aire con balas luminosas. “¿Dónde están los rusos? ¿Hacia dónde corrieron? ¡Adelante!”

De súbito, en un lado, una descarga. Y el fuego apuñalador de las ametralladoras portátiles. ¿Sabe usted cómo se mata con un puñal? A corta distancia, inesperadamente; la muerte es segura. Cayeron los muertos, resonaron gritos. Los choferes fueron atravesados por las balas o saltaron de sus cabinas sin tener tiempo de frenar. Los camiones chocaban, y del costado venía una descarga tras otra, fuego y más fuego.

Desconcertados, invadidos por el terror, los alemanes se arrojaban de los camiones y corrían como ganado. ¡Y a sus espaldas el fuego, a sus espaldas la muerte!

Repentinamente, desde el otro lado, hacia donde ellos se arrojaban de los camiones y corrían como ganado, les salió al paso nuevamente el golpe de muerte, otra descarga, otra vez el fuego apuñalador de las ametralladoras portátiles.

Aquí precisamente ocurrió lo que yo no había previsto. Al segundo golpe, a la segunda sorpresa, los enemigos parecieron volver en sí. Hicieron lo único que los podía salvar de la aniquilación; como una multitud aullante y enloquecida, se lanzaron hacia adelante, al encuentro de las balas, sobre nuestra emboscada.

No sé si la desesperación dio fuerza a los alemanes o si en ese momento crítico su jefe los supo dominar; pero lo cierto es que se lanzaron sobre nuestra débil fila, adelantando unas largas líneas luminosas de balas trazadoras.

E instantáneamente todo se alteró. Entró en acción la segunda ley de la guerra, la ley del número, de la superioridad numérica y de fuego. Más de doscientos hombres enfurecidos, ansiosos de matar, se arrojaban sobre los nuestros. Y teníamos un puñado, la mitad de una sección, veinticinco combatientes.

Como comprendí más tarde, el error ya estaba en el propio plan de combate. No se puede, luchando con pequeñas fuerzas contra fuerzas mayores, atenazar al enemigo, luchar rodeándolo. Ésta fue una amarga lección.

¿Qué podía hacer Donskij? En momentos tan terribles como éste, la valentía abandona completamente al hombre o se muestra con fuerza increíble. Y la valentía del jefe consiste ante todo en la inteligencia, en la presencia de ánimo, en la claridad y agudeza del pensamiento.

Donskij ordenó correr por la zanja hasta el bosquecillo cercano. Y él mismo, el —intrépido y noble oficial komsomol, se quedó junto a la ametralladora portátil, cubriendo la retirada de la sección con algunos combatientes.

Los alemanes se aproximaban disparando, pero Donskij los barría con su ametralladora, segando a uno tras otro, cerrando la zanja, cortando el camino más corto para la persecución. Ya estaba herido por varias balas, pero continuaba tirando, sin sentir en el ardor del combate, que se iba en sangre.

Detrás de Donskij tableteó otra ametralladora nuestra. Ahora era el sombrío Vólkov, ayudante del jefe de sección, el que cubría la retirada del teniente. Donskij pudo correr un poco hacia los suyos pero, alcanzado otra vez por las balas, se desplomó. Y Vólkov tiraba continua-

mente cortas y rápidas ráfagas, sin dejar que los alemanes se acercaran al teniente. Los combatientes, arrastrándose, sacaron a su jefe y lo llevaron hasta el bosque. Allí vendaron al teniente Donskij sus siete heridas de bala. Y el sargento Vólkov, de pocas palabras, exigente en el servicio y en el combate, el “hombre recto”, como lo llamaban los soldados, cayó muerto junto a su ametralladora.

7

Así fue ocupada por los alemanes la zona intermedia.

Es claro que no me corresponde a mí, jefe del batallón, exponer la situación general operativa en las cercanías de Moscú, ni siquiera en el sector de Volokolamsk.

Sin embargo, alterando en este caso nuestra regla, se la explicaré muy brevemente. Tiempo más tarde, estudiando los documentos seleccionados para el museo, sobre el camino de lucha seguido por los hombres de Panfílov, leí algunos partes operativos del Estado Mayor del Ejército del general Rokossovski, que defendía la línea de Volokolamsk. El parte del 22 de octubre decía: “Hoy, hacia el anochecer, el adversario terminó la concentración de su grupo principal en el flanco izquierdo de nuestro ejército y de su agrupación auxiliar contra el centro del ejército”.

Contra el centro del ejército... En aquellos días, en este sector estaba nuestro batallón y dos batallones vecinos con la artillería que nos habían destinado.

EL VEINTITRÉS DE OCTUBRE

1

En las primeras horas del alba del 23 de octubre apareció sobre nosotros un avión de observación alemán, corrector del tiro de la artillería. Tenía los planos sesgados hacia atrás, como los mosquitos; los soldados rojos le pusieron de mote “jorobado”.

Más tarde nos acostumbramos a los “jorobados”, aprendimos a derribarlos; enseñamos al avión mismo a tenernos respeto — ¡no te acerques, mosquito! —, pero aquella mañana veíamos al “jorobado” por primera vez.

Giraba impunemente sobre las nubes bajas de otoño, rozando a veces su borde gris y, a veces, planeando con el motor silencioso en espiral descendente, para observarnos mejor.

En nuestro batallón no teníamos medios antiaéreos. Ya le he dicho que las ametralladoras antiaéreas de las que se había dotado al batallón, fueron trasladadas, por orden de Panfílov, al flanco izquierdo de la división, donde el enemigo, asestaba un golpe con tanques, e introducía simultáneamente en el combate la aviación. En aquellos tiempos aún no sabíamos que un avión se puede derribar con una descarga de fusilería. Este secreto no

Los hombres de Panfilov es muy difícil, pero lo descubrimos más tarde, junto con muchos otros secretos.

Todos seguían con la vista al “jorobado”. Recuerdo un momento: el avión se encabritó, se ocultó un instante tras una nube, reapareció y, de pronto, todo tronó alrededor.

En el campo se alzaron columnas de tierra iluminadas por las llamas. Aún no se habían deshecho las primeras columnas, aún se veían los trozos de tierra helada y retorcida cayendo lentamente, cuando junto a esas columnas se elevaban nuevas montañas.

Por “el carácter de las explosiones determiné: el enemigo descarga fuego concentrado con cañones de distintos calibres, y con morteros. Saqué el reloj. Eran las nueve y dos minutos.

Al llegar al blindaje del Estado Mayor, oculto en el bosque, escuché el parte de las secciones y comuniqué por teléfono al jefe del regimiento: “A las nueve horas el enemigo comenzó un intenso tiroteo de artillería sobre la avanzadilla, en todo el frente del batallón”. En respuesta me informaron que el batallón de la derecha había sido sometido a un tiroteo similar.

2

Estaba claro: se trataba de la preparación artillera para el ataque.

En tales minutos todos tienen los nervios en tensión. El oído capta los golpes incesantes que la tierra transmite sonoramente; el cuerpo siente cómo se estre-

mecen los troncos en el blindaje; del techo y a través de la pesada pared, como consecuencia de las cercanas explosiones, se desprenden terrones helados que caen golpeando en el suelo y en la mesa. Pero el momento de mayor tensión es el del silencio. Todos callan, todos esperan nuevos golpes. Estos no vienen... Quiere decir... Pero otra vez ¡pom!, ¡pom!... y nuevamente truena el cañón, explotan los proyectiles, una vez más se estremecen los troncos; y otra vez se espera lo más terrible: el silencio.

Los alemanes eran prestidigitadores. En aquel día, jugando con nuestros nervios, interrumpían varias veces las descargas y martilleaban una y otra vez. Esto se hacía irresistible. ¡Que empezara pronto el ataque!

Pero pasó media hora, una hora, y otra, y el bombardeo continuaba. Yo, que no mucho tiempo atrás había sido artillero, no suponía que un fuego concentrado combinado, dirigido contra una línea de fortines de campaña — contra nuestras posiciones, en las que no había un solo puesto de cemento armado —, pudiera prolongarse durante tantas horas. Los alemanes arrojaban vagones de proyectiles, todo lo que habían podido traer hasta allí aprovechando su intervalo en la ofensiva y desmenuzaban la tierra concienzudamente, calculando con seguridad barrer nuestra línea, triturarnos, dejarnos impotentes, para luego, con un asalto de infantería, terminar fácilmente la operación.

De tiempo en tiempo yo hablaba por teléfono con los jefes de las secciones. Me comunicaban: no se ha logrado descubrir en ninguna parte la concentración de la infantería alemana. La comunicación se interrumpía con frecuencia.

La metralla se encargaba de cortar los cables. Los telefonistas de guardia, bajo el tiroteo, los unían rápidamente.

Al promediar el día, cuando en algún sitio — ¡cuántas veces ya! — se cortó el hilo, detrás del enlace de guardia que salió del blindaje, salí yo también para ver qué ocurría en el mundo exterior.

Los obuses llegaban hasta el bosque. Algo explotó en las copas; partiéndose, chasqueó un árbol, se desprendieron las ramas. Tuve deseos de retroceder, de meterme bajo tierra. Pero amonestándome mentalmente, llegué al lindero del bosque. Sobre nosotros, como antes, giraba el “jorobado”. En el campo nevado, sembrado de embudos, cubierto en algunos sitios de polvo de color pardo oscuro, en diferentes puntos, volaba, como antes, la tierra. A veces subía a poca altura y se desparramaba a los lados con un chispazo rojizo; era un proyectil de mortero que caía con su característico aullido; otras veces la tierra se elevaba como una columna negra, que llegaba hasta la altura del bosque: era la explosión de un proyectil pesado.

Unos minutos más tarde se apaciguó el temblor involuntario de mi cuerpo, mi oído captaba los golpes más tranquilamente.

Y de repente comenzó la pausa, el silencio. Los nervios volvieron a tensarse. Luego, un sordo chasquido en el cielo y un brusco silbido estridente, que producía escalofríos. Otro chasquido, otra vez el sonido cortante. Así estalla un shrapnel. Me apreté contra un árbol, sintiendo nuevamente un desagradable escalofrío.

Resulta que, después de un minuto de intervalo, los alemanes habían cambiado la combinación de pro-

yectiles: la combinación de explosivos, de sonidos y de efectos ópticos. Ahora nos enviaban shrapnels y obuses de ruptura, que se parten en el aire a ras de tierra con un estrépito terrible y llamas. Estos obuses no eran peligrosos para el combatiente oculto en su célula de tiro — no eran peligrosos para el cuerpo —, pero los alemanes trataban de aplastar el espíritu, bombardeaban la psiquis del combatiente. En aquellos instantes, pegado a un árbol, yo estudiaba los métodos del enemigo.

Luego volvieron a romperse en el campo las bombas fugaces, elevando remolinos de tierra y el polvo denso del material explosivo, parecido al del carbón.

Un golpe fuerte puso al descubierto los largos troncos, ocultos hasta entonces bajo las protuberancias de la tierra. En ese momento, indudablemente triunfaba el piloto observador alemán que zumbaba sobre nuestras cabezas.

Pero yo también sonreía con malignidad. Nuestra astucia militar había dado resultado. El adversario, durante varias horas seguidas, estuvo deshaciendo nuestras posiciones falsas.

Los falsos blindajes en forma de zetas, cubiertos por terraplenes tapados con nieve, sobre la que especialmente habíamos apisonado unos senderos, seguían una línea bastante visible a lo largo del río.

Pero los blindajes auténticos, en los que se ocultaban los combatientes, estaban cavados, como usted sabe, más cerca del río, en las pendientes de la orilla, y cubiertos con tres y cuatro hileras de troncos, al nivel de la margen del río.

Asestando un fuego no sólo de colimación, sino también sobre todo el terreno, los alemanes trituraban inclusive la orilla; pero para acertar en el blanco, era necesario que dieran no en los pesados fortines superiores, sino de cara, en la pared frontal, relativamente débil. Nuestra defensa estaba involuntariamente tan esparcida, que el batallón sólo tuvo algunas bajas casuales.

3

A eso de las dos de la tarde, el enemigo reforzó bruscamente el fuego en la región de la segunda compañía, junto a la aldea Novliánskoie, donde estaba el camino Seredá-Volokolamsk.

Capté inmediatamente ese cambio por el oído y las conmociones y telefoneé al jefe de la segunda compañía, a Sevriupov.

—No está.

Reconocí la voz de un enlace, el pequeño tártaro Murátov.

—¿Dónde está?

—Se ha ido arrastrando hasta el puesto de observación...

—¿Y por qué no estás tú con él?

—Se ha ido solo, para pasar más inadvertido. Él conoce la táctica, camarada jefe de batallón.

Murátov hablaba animoso. En esos minutos se captan con especial nitidez los matices de la entonación del soldado, como si se leyera un parte de combate.

Me llamaron por otro teléfono. Hablaba Sevriukov.

—¿Camarada jefe de batallón?

—Sí, soy yo. ¿Dónde está usted? ¿Desde dónde habla?

— En el puesto de observación de artillería... Miro con los prismáticos de artillería... Es muy interesante, camarada jefe de batallón...

Incluso así, bajo el fuego, a Sevriukov no le había abandonado su calmosidad de siempre. Yo lo apremiaba con mis preguntas.

— ¿Qué es interesante? ¿Qué está viendo?

— Los alemanes se han concentrado en el lindero... Hormiguean, camarada jefe de batallón, se mueven... se ha adelantado un oficial, también mira con los prismáticos.

— ¿Cuántos son?

— Seguramente, para no mentir, cerca de un batallón... Yo pienso, camarada jefe de batallón, que habría que...

— ¿Por qué lo piensa usted? ¡Llame al teléfono a Kujtarenko! ¡Rápido!

— Yo pensaba lo mismo, camarada jefe de batallón...

Con frecuencia me irritaba lo pausado que era Sevriukov y sin embargo, no cambiaría por nadie a este jefe de compañía, calmoso, razonador, que en aquel día se arrastró más de una vez por el campo temible, estuvo en las trincheras y junto a los observadores.

Tomó el auricular el teniente Kujtarenko, un artillero corrector de tiro. Los ocho cañones de que disponía el batallón, ocultos en el bosque en escondrijos de tierra, callaban todo el día, sin descubrirse hasta que llegara el minuto decisivo. Este minuto se aproximaba. El lugar donde se concentraban los alemanes para el ataque, como toda la franja que se extendía frente al batallón, estaban de antemano comprobados para el tiro de cañón. Mi plan de combate era el siguiente: poner en juego la

Los hombres de Panfilov artillería encubierta sólo en el momento en que el grupo de choque del adversario estuviera dispuesto para el ataque; caer sobre sus cabezas como un ladrillo, desconcertar, dispersar, desbaratar el ataque.

Hubiera querido dar la voz de mando: “Sobre la concentración del adversario: ¡Fuego con todos los cañones!”. Pero primero era necesario lanzar varios obuses de comprobación para corregir la colimación al observar la caída, “ajustar un poco”, como dicen los artilleros, la propia dirección y la fuerza del viento, la presión atmosférica, el hundimiento de la tierra bajo los abusos, y un sinnúmero de otros fenómenos variables.

Para eso eran suficientes sólo dos o tres minutos.

¿Pero recuerda usted la adivinanza de Panfilov sobre qué es el tiempo?

¿Sabe usted lo que puede ocurrir en la guerra en dos o tres minutos?

4

Después de dar la orden no colgué el auricular del teléfono, que estaba conectado con la red de artillería. Oigo que en las posiciones de fuego se repite la orden:

— ¡A sus sitios! ¡Cargar e informar!

Luego Kujtarenko —el ojo vivo de los cañonazos ocultos en el bosque— indica las coordenadas. Una voz las repite. Ahora giran lentamente las bocas de los cañones. Y el tiempo corre, corre...

Por fin se oye:

— ¡Listo!

Y a continuación, la voz de mando de Kujtarenko:

— ¡Dos obuses, fuego graneado!

Y otra vez el silencio, no oigo las voces reglamentarias del cumplimiento de la orden, pasan otros segundos... Por lo visto no está preparado. ¡Más rápido, más rápido, que los lleve el diablo! Y de pronto resuena esta palabra en el auricular. Kujtarenko grita:

— ¡Más rápido!

Me inmiscuyo:

— Kujtarenko, ¿qué ocurre allí?

— Los alemanes se preparan, camarada jefe de batallón, se ponen las mochilas, los cascos...

Y grita:

— ¡Posición de fuego!

— ¡Presente!

— ¡Más rápido!

— ¡Toma! ¡Un disparo! ¡Otro disparo! ¡Una ráfaga!

Entre los golpes incesantes, que chocan en los oídos, no se pueden diferenciar nuestros disparos; pero los proyectiles han sido lanzados, los proyectiles ya vuelan, aun sólo son de puntería y son solamente dos. Kujtarenko verá ahora las explosiones. ¿Caerán muy lejos del objetivo? ¿Darán de primera intención en el blanco? ¿A veces ocurre así!

— ¡No!

Kujtarenko corrige:

— Colimador más uno. Más a la derecha, cero...

Y, repentinamente, se oye un fuerte chasquido en la membrana. Y la frase se corta.

— ¡Kujtarenko!

Silencio... Más a la derecha, cero... ¿Cero nueve? ¿Cero tres? ¿O quizá cero, cero tres?

Tenemos muchos proyectiles, tenemos ocho cañones, pero en este momento, cuando son más necesarios que nada, la condenada casualidad del combate los ha privado de la voz de mando.

El enlace de guardia de artillería ya ha salido corriendo hacia la línea, pero el tiempo apremia.

Esto no ha sido, sin embargo, una simple interrupción de la comunicación. La desgracia resultó mayor aún.

Me llamaron a otro teléfono. Desde el puesto de mando de la segunda compañía hablaba otra vez Murátov, el menudo combatiente que hacía unos minutos me contestara alegremente. Ahora su voz parecía desconcertada.

— Camarada jefe de batallón, el jefe de la compañía está herido.

— ¿Qué herida tiene? ¿Está grave?

— No lo sé... No lo han traído aún. Allí también hay otros, no sé, muertos o heridos.

— ¿Dónde allí?

— En el puesto de observación... De aquí se han ido todos a sacar al jefe y a los otros... y a mí me han dejado... Me han ordenado que lo llamese.

— ¿Qué ocurrió allí... en el puesto de observación?

Con gran esfuerzo pude pronunciar estas palabras, sabiendo ya que la desgracia se había producido.

— Está destruido...

Guardé silencio. Murátov esperó un instante y preguntó con pesar:

— ¿A dónde voy ahora, camarada jefe de batallón?

¿Con quién estaré ahora?

Noté la orfandad del combatiente que se ha quedado sin su jefe...

Ahora mismo, el estruendo se cambiará por un espantoso silencio; la infantería alemana concentrada para el ataque pasará a través del río, y el puesto de observación está destruido, los cañones han quedado ciegos y la compañía, sin jefe.

Le dije:

— Reúne a los enlaces, Murátov. Que comuniquen en las secciones: el teniente Sevriukov está herido; en el puesto de mando de la sección el jefe de batallón está en su lugar. En seguida estaré con ustedes.

Dejando el teléfono, le ordené al jefe de Estado Mayor, Rajímov:

— Póngase inmediatamente en comunicación con Kráiev. Que se presente a recibir de mis manos la segunda compañía.

Después grité:

— ¡Sinchenko! ¡El caballo!

5

Nos lanzamos al galope a través del campo, yo montando a Lisanka, detrás mi caballerizo Sinchenko. Lisanka había levantado a lo cosaco sus orejas finas y transparentes; yo la azuzaba en línea recta, sin dejar que se asustara por las explosiones.

Una idea me obsesionaba: “¡Más rápido! ¡Más! ¡Que no se haga el silencio! ¡Llegar a tiempo!”.

Desde Novliánskoie volaba a nuestro encuentro un carro militar. El guía azotaba a los caballos. Por el anca de uno de los caballos se deslizaba un fino chorro de sangre.

— ¡Alto!

El guía no pudo detener de inmediato a los caballos.

— ¡Alto!

En el asiento de atrás vi a Kujtarenko. En su rostro, excesivamente pálido, se había incrustado la tierra como pequeños lunares. Tenía en la frente un araño reciente e hinchado, rodeado de sangre coagulada. Sobre su capote manchado de arcilla, colgaban los prismáticos de artillería.

— ¡Kujtarenko!, ¿a dónde vas?

— Hacia... hacia... — No pudo decirlo de una vez, como si estuviera tartamudo. — Hacia la posición de fuego, camarada jefe de batallón.

— ¿Para qué?

— El puesto de observación...

— ¡Ya lo sé! Te pregunto: ¿para qué? ¿Huyes? ¡Atrás!

— Camarada jefe de batallón, yo...

— ¡Atrás!

Kujtarenko me miró con unos ojos desmesuradamente abiertos, casi inmóviles, en los que se había petrificado el terror de los momentos vividos.

Y de pronto, bajo la mirada autoritaria del jefe, pareció que a Kujtarenko alguien le hubiese cambiado por dentro las pupilas. Dando un brinco, gritó aun con más furia que yo:

— ¡Atrás! y blasfemó con toda su alma.

Nos lanzamos hacia la aldea. En pos de mí, sin hacer caso del camino, trotaban pesadamente un par de caballos de artillería, haciendo dar tumbos al carro.

La iglesia, coronada por el campanario, servía de enfermería. Fuera, detrás del muro que la protegía del

tiroteo, se había establecido la cocina del batallón. El jefe de la sección de abastecimiento, el teniente Borísov, se cuadró al verme.

— Borísov, ¿funciona la comunicación?

— Funciona, camarada jefe de batallón.

— ¿Dónde está el teléfono?

— Aquí, camarada jefe de batallón, en la garita.

Desde las ojivas del campanario hasta la garita, había una distancia aproximada de ciento cincuenta metros.

— ¿Hay cable?

Al notar el gesto afirmativo, ordené:

— ¡Llevar inmediatamente el teléfono al campanario! ¡Corriendo! ¡Cada segundo es necesario, Borísov! Por las escaleras de piedra del atrio entré corriendo en la iglesia. Me golpeó en la cara el olor de la sangre. Sobre la paja, cubierta con capas impermeables, estaban echados los heridos.

— Camarada jefe de batallón...

Sevriukov me llamaba en voz baja. Me acerqué rápidamente y tomé entre mis manos las suyas, —extrañamente pesadas y amarillentas.

— Perdóname, Sevriukov... Ahora no puedo...

Pero él no me soltaba. Su cara de hombre maduro, con cabellos blancos en las patillas pulcramente recortadas, con una corta barba claramente visible, se había hundido, había palidecido.

— Camarada jefe de batallón, ¿quién está, en mi puesto?

— Yo, Sevriukov... Perdóname, no puedo más...

Apreté y solté sus pesadas manos. Sevriukov me siguió con una débil sonrisa.

Corrió hacia arriba el telefonista con el aparato. Detrás de él se enroscaba la fina serpiente del cable. Me detuvo en el camino nuestro médico Krasnenko.

— Camarada jefe de batallón, ¿en qué situación estamos?

— Ocúpese de sus asuntos. Vende a los heridos, logre evacuarlos más rápidamente.

Volvió a interrogarme alarmado:

— ¿Más rápidamente?

Me irrité.

— Si veo otra vez que a usted se le contrae la cara así, sólo al oír las palabras “más rápidamente”, lo trataré como a un cobarde, ¿entendido? Váyase...

Subí al campanario por la escalera de caracol. Kujtarenko ya estaba allí y observaba con los prismáticos, tras la balastrada de piedra. El telefonista unía el hilo al aparato.

— ¿Cuánto más a la derecha? — pregunté.

Kujtarenko me miró sorprendido, luego comprendió.

— Cero cinco — dijo.

Me volví hacia el telefonista.

— ¿Estará pronto?

— Enseguida, camarada jefe de batallón.

Kujtarenko me extendió los prismáticos. Los gradué a mi vista, enfocando la línea dentada del bosque que se aproximó bruscamente y se aclaró al instante, luego bajé los cristales y, de pronto, con toda claridad, como si estuvieran a medio centenar de pasos, vi a los alemanes. Estaban en posición de descanso, pero ya formados. Se podía distinguir el orden de combate: los grupos — seguramente secciones —, separados por pequeños espacios, estaban desplazados así: delante un grupo, más

atrás otros dos haciendo ala. Los oficiales, también con los cascos puestos, ya tenían desprendidos los estuches de las parabellums, que los alemanes —lo vi entonces por primera vez— llevan a la derecha, sobre el vientre.

6

— ¡Ya está listo! — dijo el telefonista. — Ya hay comunicación, camarada jefe de batallón.

— Llama a la posición de fuego...

Y entonces por fin, por fin, fue pronunciada la orden y terminada la frase interrumpida.

— ¡Colimador más uno! ¡Más a la derecha, cero cinco! ¡Dos proyectiles, fuego graneado!

Le entregué los prismáticos a Kujtarenko.

Ya sin distinguir a los alemanes, a simple vista, yo observaba el lindero, esperando las explosiones con los nervios en tensión. Algo brilló entre los árboles, después se elevaron a los lados dos columnitas de humo. No tuve valor de creerlo, pero me pareció que habían dado en el blanco.

— ¡En el blanco! — dijo Kujtarenko bajando los prismáticos; resplandecía su rostro con lunares de barro, algunos de los cuales, se habían corrido, con el hinchado arañazo que le surcaba la frente. — Ahora nosotros...

Sin terminar de oírle, tomé el auricular y di la voz de mando:

— ¡Con todos los cañones, ocho proyectiles, fuego graneado!

Kujtarenko me extendió los prismáticos con agrado y orgullo.

Miré. Los obuses de puntería, por lo visto, habían herido a alguien. En un sitio, de espaldas a nosotros, algunos alemanes se inclinan sobre alguien, pero las hileras seguían en pie.

¡Bueno, oren a su Dios! Entre los zumbidos y el estruendo, al cual ya se había acostumbrado el oído, escuchamos el hablar de nuestros cañones. Inclinandome un poco hacia adelante, vi con los prismáticos el siguiente cuadro: en el extremo del bosque donde se habían concentrado los alemanes brillaban las llamas, se alzaban columnas de tierra, caían los árboles, volaban los automáticos y los cascos.

Kujtarenko me dio un fuerte tirón.

— ¡Échese al suelo! — me gritó.

Nos habían descubierto. El “jorobado” pasó cerca del campanario con un repugnante silbido ensordecedor. Disparaba con su ametralladora. Varias balas dieron en la columna cuadrangular dejando algunos impactos. El avión pasó tan cerca que creí divisar la cara del piloto malignamente dirigida hacia nosotros. Yo sabía que había que echarse a tierra, pero no quise hacerlo, no quería inclinarme ante el alemán. Saqué la pistola y, clavando la mirada en el enemigo, apreté una y otra vez el gatillo, hasta que se vació el cargador.

El avión se alejó en línea recta. Comenzaron a tirar con los cañones sobre el campanario. Un obús dio en la parte baja, en la sólida base de cemento. Todo quedó envuelto en un fino polvo de ladrillo que rechinaba entre los dientes. Pero parecía que los obuses del enemigo no eran verdaderos, que eran cinematográficos; se rom-

pían en la pantalla, al lado mismo, pero en otro mundo, y no como los nuestros: los nuestros cortan, despedazan al enemigo.

Otra vez pasó volando el “jorobado”. Otra vez golpearon las balas. Me oculté detrás de una columna de piedra. El telefonista gemía.

— ¿Dónde te ha dado? ¿Llegarás hasta abajo?

— Llegaré, camarada jefe de batallón.

Tomé el auricular y llamé a Boríssov.

— El telefonista está herido. Manda otro en su reemplazo al campanario.

No había terminado de decir esto y ya podía oír mi voz, que me parecía extraordinariamente sonora.

Todo quedó en silencio. Se hizo un silencio terrible, que golpeaba en los tímpanos. Sólo desde muy lejos, desde la retaguardia, llegaba el resonar de los cañones. Allí luchaban los nuestros; hacia allí intentaban lanzarse los alemanes en una nueva cuña, abriéndose paso a través de nuestras tropas de protección.

Le ordené a Kujtarenko:

— ¡Dirige el fuego! Siega, siega si se meten.

— ¡A sus órdenes, camarada jefe de batallón!

Y ahora, hacia abajo, saltando los escalones de dos en dos; ahora corriendo a la compañía.

7

Otra vez sobre Lisanka, otra vez al galope, por las calles de la aldea, hacia el río. ¡Ay, qué silencio!...

A lo largo de la orilla espolvoreada de nieve, ennegrecida en algunas partes por las explosiones, alguien

— **Los hombres de Panfilov** corría precipitadamente y encorvado con un fusil. Galopé a su encuentro. Me miró con sus negros ojos el diminuto Murátov, que se había detenido y encogido instantáneamente un poco.

— Bájese, camarada jefe de batallón, bájese — dijo atropelladamente.

— ¿A dónde vas?

— A la sección... A trasmitir que el instructor político Boszhánov tomó el mando de la compañía.

Y agregó, como justificándose:

— Usted tardó tanto en llegar, camarada jefe de batallón, y él...

— Bien. ¡Corre!

Nos alejamos uno de otro.

Di un salto a tierra, deteniendo con un golpe de bridas a Lisanka junto al puesto de mando de la compañía, junto al blindaje profundamente empotrado en la tierra; a cincuenta pasos detrás de la línea de las trincheras, las que desde aquí, desde atrás, se adivinaban confusamente por las claras franjas de sus entradas. Ya no le temblaba la piel a Lisanka, ni se le erguían las orejas. ¡Gracias a ti, Lisanka! Hoy hemos pasado juntos el primer fogueo. Quisiera acariciarte... Pero no hay tiempo, no hay tiempo, amigo. Y él me esperaba, comprendía. Entregando las riendas a Sinchenko, que se aproximó, rocé cariñosamente las bridas. Con el borde del labio, Lisanka agarró suavemente mis dedos y los sujetó un instante. Vi su ojo húmedo y convexo; di vuelta y marché rápidamente hacia los escalones helados que conducían al blindaje, gritando al correr:

— ¡Sinchenko, al barranco!

En la semipenumbra del subsuelo no divisé inmediatamente a Boszhánov. En el suelo, apoyados contra las paredes, estaban sentados combatientes. Todos dieron un salto tapando la mezquina luz de la mirilla en la pared frontal. Sin distinguir aún las caras, pensé:

¿Qué es esto, por qué hay tanta gente aquí?

Boszhánov me dio el parte de que se había hecho cargo del mando, en lugar de Sevriukov que estaba herido. Él, Boszhánov, el instructor político de la compañía de ametralladoras, que por el carácter de nuestra defensa estaba dispersa por todo el frente en varios puntos de fuego, andaba durante todo el día — unas veces corriendo y otras arrastrándose — de un nido a otro, visitando a los ametralladores. Se lanzó hacia la aldea Novliánskoie, al sector de la segunda compañía, en cuanto el enemigo trasladó hacia ahí todo el fuego, media hora antes.

Mi primera pregunta fue:

— ¿Qué se observa delante del sector de la compañía? ¿Qué hace el adversario?

— Ningún movimiento, camarada jefe de batallón.

La vista ya se había acostumbrado a la semioscuridad. En un rincón, tocando los troncos del techo con la cabeza, estaba Galliulin.

— ¿Qué hace esta gente? — pregunté. — ¿A qué han venido aquí?

Boszhánov me explicó que, esperando el asalto de los alemanes, había decidido trasladar al puesto de mando de la compañía una ametralladora, y hacerla móvil para frustrar la sorpresa.

— ¡Es justo! — le dije.

Boszhánov era un poco grueso, de cara llena, pero al mismo tiempo era una persona muy ágil, “motorizado”, como suelen decir. Ahora estaba firme, recogido, informaba reglamentariamente, con brevedad. Su tensión interior se dejaba traslucir en su mirada, en sus labios contraídos, en sus gestos precisos y avaros. Cuando participó en la guerra de Finlandia como instructor político, más de una vez había estado en los combates, había sido condecorado con la “Medalla del Valor” y con frecuencia expresaba su deseo de convertirse en oficial del ejército. Este deseo suyo se realizaba ahora, en el terrible momento de la batalla.

Junto a la ametralladora emplazada frente a la mirilla, se estiró el pequeño Bloja. No se sentó a pesar de la autorización, no se apoyó en los maderos; estaba serio, sus cejas blanquecinas, apenas delineadas, se enarcaban delatando su emoción.

El revoltoso Murin, que antes de la guerra era aspirante a profesor del Conservatorio, se agachó al lado del observador, junto a los troncos de la pared frontal, observando la lejanía a través de la mirilla.

Yo también me acerqué allí. El desnivel de la orilla y el corte vertical antitanque ocultaban el río en algunos sitios, pero la otra orilla se veía claramente. Sin los prismáticos de artillería no llegaba a ver los árboles segados y hechos astillas en el lugar donde acababan de caer nuestros proyectiles. Se podía notar sólo algunos pinos tumbados sobre la nieve. Ahora estos pinos nos servían de punto de orientación. Por allí, de un momento a otro,

debían aparecer los alemanes. ¡Déjenlos que aparezcan! Kujtarenko está en el campanario, los cañones apuntan a esta franja, hacia ahí miran las ametralladoras, hacia ahí están dirigidos los fusiles.

Silencio... Silencio... todo desierto...

Bruscamente estalló un disparo solitario de un cañón alemán.

Esforcé involuntariamente la vista, preparándome para ver las figuritas verdosas que saldrían corriendo. Pero en el mismo instante se produjo algo así como si centenares de martillos golpearan sobre planchas de hierro. Los alemanes machacaban nuevamente nuestra avanzadilla: tiraban a la iglesia, donde habían descubierto el corrector de tiro, tiraban sobre los cañones que se habían desenmascarado.

— Bueno, esto quiere decir que ahora no lanzarán el ataque — dijo Bloja.

Esto lo comprendieron todos. El primer ataque había sido rechazado antes de comenzar, había sido frustrado por el golpe de nuestra artillería. Los alemanes no se decidieron a seguir adelante desde su posición de partida, que estaba cubierta por nuestros obuses. Pero el día no había terminado aún. Eché una mirada al reloj. Eran las tres y cinco: comenzaba la séptima hora del bombardeo.

Después de telefonar al Estado Mayor del batallón, ordené: los cañones y el corrector de tiro que queden en sus sitios; enviar a la iglesia a otro artillero corrector de tiro con material de comunicación de reserva, para que en caso de que hagan blanco se restablezca el

Los hombres de Panfilov puesto de observación en el campanario; los soldados rojos y los jefes de la sección de abastecimiento, junto con los sanitarios, que trasladen rápidamente a los heridos de la iglesia al bosque, a través del barranco.

—Ha llegado Kráiev por orden suya —me informó Rajímov. —¿Lo hago pasar?

—No. Que espere, pronto estaré en el Estado Mayor.

8

Antes de regresar al Estado Mayor, decidí visitar a los combatientes en sus células de tiro. Salí del blindaje, me agaché en la trinchera y observé en derredor... El cielo se había despejado. Detrás del río, en un claro azul, se dejó ver un trocito de sol. Los rayos caían oblicuos, la capa de nieve no brillaba. Una hora y media o dos después caería la tarde.

Por el sonido de las descargas, por la densidad del fuego alemán, comprendí que iniciarían otro ataque. Lo iniciarían hoy, y por estos lugares, no muy lejos. Esta última hora de fuego concentrado no terminaría así, sólo con cañoneo.

Como si estuvieran descargando su furia sobre nosotros, los alemanes fustigaban la avanzadilla con sus cañones y con morteros de diversos calibres. Una parte de los proyectiles, horadando el aire con un zumbido, volaba hacia las posiciones encubiertas, hacia los blindajes, donde estaban nuestros cañones. Otros caían en las proximidades. Las columnas negras aparecían en medio del campo con menos frecuencia que cuando era más de

día, y se aproximaban a los montículos de la orilla donde se habían abierto en las pendientes unos pozos invisibles. Juzgando por el desplazamiento del fuego, el enemigo había descubierto nuestra línea de defensa camuflada. Por lo visto, la había denunciado el trajín de los enlaces y de los jefes.

Encogido en el escalón de la angosta entrada, yo miraba las explosiones. No sé por qué comenzó a hacer frío. No me había puesto el capote; llevaba un chaquetón guateado, ceñido con el cinturón.

Quizá no valga la pena ir a las trincheras; en cuanto surgió en mí esta duda, comprendí que tenía miedo. Parecía que mil garras se habían aferrado a mi chaquetón; parecía que un peso de varias toneladas me sujetaba a la trinchera de entrada. Me desprendí de las garras, me libré del peso, y fui corriendo hacia la orilla.

Antes, cuando volaba en mi caballo a través del campo y luego, cuando estuve de pie en el campanario, en aquellos minutos de conmoción, no notaba los proyectiles, pero ahora... Pruébelo usted, corra alguna vez cuarenta o cincuenta pasos bajo un fuego concentrado, cuando de un costado lo golpee el aire caliente, se echará instantáneamente a un lado y, de pronto, retrocederá otra vez cuando del otro lado estalle una llamarada blanca. Pruébelo, y luego podrá describirlo. Permítame que se lo diga brevemente: a los diez pasos tenía la espalda empapada en sudor.

Pero en la trinchera entré como un jefe:

— ¡Salud, combatiente!

— ¡Salud, camarada jefe de batallón!

¡Qué abrigado parecía el oscuro subterráneo cubierto de pesados troncos, después de llegar de la intemperie! Era una trinchera para un solo combatiente, lo que se llamaba una célula de tiro aislada.

Todavía recuerdo el rostro de ese combatiente, y también su apellido. Escríbalo: Sudarushkin, soldado ruso, campesino koljosiano de las cercanías de Alma-Atá. Estaba pálido y serio; su gorro, con la estrella roja, se había ladeado un poco. Casi ocho horas había estado oyendo golpes que estremecían la tierra y desprendían trozos de las paredes. Había pasado todo el día allí, a solas consigo mismo, observando a través de la mirilla el río y la otra margen.

Eché un vistazo por la mirilla; el panorama era amplio; se veía nítidamente la franja abierta en la otra margen del río, alfombrada por un capa de nieve limpia, ¿Qué decirle al combatiente? Todo está claro: si aparecen los alemanes hay que apuntar y matar. Si nosotros no los matamos a ellos, ellos nos matarán a nosotros. En la mirilla estaba apoyado el fusil, dispuesto a disparar, con la bayoneta hacia afuera. A cada sacudón caían sobre el fusil granitos helados de tierra, algunos de los cuales se habían pegado a la grasa.

Le pregunté severamente:

—Sudarushkin, ¿por qué está sucio el fusil?

—Dispense... Ahora lo limpiaré, camarada jefe de batallón...

En seguida estará limpio.

Se hurgó los bolsillos con rapidez, buscando el sencillo utensilio del soldado. Le era agradable que en

aquel momento yo lo reprendiera, como lo hacía siempre; le afluyeron las fuerzas, sintió más tranquilidad en el alma. Quitando el polvo del cañón con un trapo, me miraba como rogándome: “¡Repréndeme más, encuentra algún otro defecto, quédate aquí un ratito más!”.

Yo mismo buscaba alguna falla para poder censurarlo y así quedarme allí otro minuto. Pero Sudarushkin tenía todo en orden, incluso los cartuchos estaban colocados sobre la mochila de la ropa y no sobre la tierra. Miré a mi alrededor, miré hacia arriba: ¡hasta qué punto eran agradables los troncos de pino con la corteza sin quitar y las ramas mal hachadas! Sudarushkin miró hacia el mismo sitio y ambos sonreímos: los dos recordamos cómo los reñía yo porque hacían las paredes débiles y cómo los obligaba a traer rodando los pesados troncos, gritando a los que refunfuñaban.

Sudarushkin me preguntó:

—Y qué, camarada jefe de batallón, ¿se lanzarán hoy?

Con mucho gusto yo mismo se lo hubiese preguntado a alguien.

Pero le respondí con firmeza:

—Sí. Hoy probaremos sobre ellos nuestros fusiles.

Con el combatiente no hay por qué jugar al escondite. Delante de él no hay que suspirar: “A lo mejor pasa el día sin novedad...” Él está en la guerra: debe saber que vino al sitio donde matan, que vino a matar al enemigo.

—Arréglate el gorro —le dije. —Observa con mayor vigilancia... Hoy los amontonaremos junto a este pequeño río.

Y arrancándome otra vez, interiormente, de las garras del miedo que se aferraba a mí, salí de la trinchera.

Pero anote usted: esta vez lo logré con más facilidad. Y anote además: el jefe del batallón no tiene ninguna necesidad de correr por las trincheras bajo el tiroteo de la artillería. Éste es un juego con la muerte innecesario, que no favorece a nadie. Pero yo creía que en el primer combate, el jefe del batallón se puede permitir esto. Los combatientes dirán luego: “Nuestro jefe no es un cobarde; vino a vernos bajo el fuego de los obuses, cuando daba miedo salir hasta para hacer las necesidades”.

Yo pensé que sería suficiente con una sola vez: la recordarán todos y el soldado ya confiará en uno. Esto es algo muy importante en la guerra. ¿Puede uno, como jefe, declarar ante su conciencia: yo creo en mis combatientes? ¡Sí, puede declararlo si el combatiente cree en uno!

9

Debo relatarle un episodio. Ocurrió mientras yo corría de célula en célula. Corro, y de pronto veo: alguien salta de una trinchera y, encogido, viene a mi encuentro. ¿Qué es esto? ¿Qué idiota (esta palabra, claro está, no la decía por mí) corre por la avanzadilla bajo este fuego? ¡Bah!, Tolstunov... Creo que a este hombre aún no lo he mencionado.

Poco antes de los combates se había presentado ante mí en estos términos: “Soy instructor de propaganda del regimiento, trabajaré en el batallón”. Tengo que confesar que en aquel momento lo miré de soslayo.

No, no es que en su aspecto exterior o en la expresión de su rostro hubiera algo desagradable. Se condujo con discreción, con dignidad, no se notaban en él los hábitos militares. En nuestra primera y breve conversación, me enteré de que Tolstunov ya servía diez años en las filas del ejército, y de que había comenzado el servicio como simple soldado.

Y, sin embargo, lo miré con recelo.

Tolstunov vino al batallón por tiempo indeterminado. Si le digo la verdad, debo confesarle que lo consideré como cierta ofensa a mi mando. Según el reglamento, Tolstunov no tenía ningún derecho en el batallón, él no era mi comisario (en aquellos tiempos no había comisarios en los batallones), pero... al presentarse dijo: "Me ha enviado a su batallón el comisario del regimiento". Guardé silencio y terminé secamente la conversación: "Bueno, pensé: anda, ocúpate de lo que te corresponde. Veremos qué haces en el combate."

Y de pronto se produjo este encuentro bajo el fuego.

— ¡Jefe del batallón! — Tolstunov me llamaba siempre así. — ¡Jefe del batallón! ¿Por qué estás aquí? ¡Échate!

— ¡Échate tú!

— Me echaré.

Nos tiramos a tierra.

— Jefe del batallón, ¿qué haces aquí?

— ¿Y tú qué haces?

— Cumpló mis funciones...

Sus ojos sonreían... ¡Maldito diablo! ¿habría adivinado mis pensamientos respecto a él?

— ¿Tus funciones?

—Sí, el combatiente está más alegre cuando se lo visita. Él piensa: si el jefe está aquí, entonces no es tan terrible.

Un obús estalló muy cerca. El jefe del batallón y el instructor político se tumbaron, tratando de meter la cabeza en algún sitio. Nos golpeó la onda expansiva. Tolstunov levantó la cara, estaba pálido.

Exclamó con seriedad:

— ¡Pues sí que es terrible!... No tienes por qué correr por aquí, jefe del batallón. Por ahora podemos arreglarnos sin ti. Bueno, hasta luego... Mucho gusto de conocerle...

Se levantó y me hizo un saludo con la mano. “Mucho gusto de conocerle... ¡Mira cómo ha resultado ser!...” Sí, la verdad es que aquí ha tenido lugar nuestro primer encuentro. Ni siquiera me di cuenta cómo empezamos a tratarnos de “tú”.

Entré aún en dos o tres trincheras más, de las que acababa de salir Tolstunov. Sí, los combatientes estaban allí más tranquilos, más alegres.

De este modo nosotros — los jefes y los instructores políticos — contrarrestamos el bombardeo “psíquico” de los alemanes. De este modo se desarrollaba este combate en el que ninguno de los hombres había disparado todavía un solo tiro.

Pero en realidad, ¿no es tiempo ya de que yo deje de correr?

Desde el río, desde la avanzadilla, di vuelta hacia el bosque. Al lado mismo del lindero estalló sobre mi cabeza un obús de ruptura. Me tiré rápidamente al suelo. En los obuses de este tipo, que estallan en el aire, la

Alejandro Bek
metralla vuela hacia adelante. Tembló un pino, comenzó a caer la nieve, aparecieron en la corteza unas frescas señales blancas. Mi corazón comenzó a palpar de una manera desagradable.

En el bosque estaba el fiel Sinchenko, que me seguía todo el tiempo a lo largo del lindero. Me acerqué rápidamente a mi Lisanka.

¡Ya era hora, hacía tiempo que era hora de ir al Estado Mayor!

EL ATARDECER DEL VEINTITRÉS DE OCTUBRE

1

En el Estado Mayor me aguardaba Kráiev, el jefe de la compañía de ametralladoras. Desde la sien le manaba sangre que le corría por la mejilla y el mentón. Él la apartaba con un gesto de contrariedad, y la esparcía por su rostro anguloso. Pero el cóncavo hilito purpúreo volvía a aparecer sobre la pequeña costra de sangre coagulada.

— ¿Qué te ocurre, Kráiev?

— El demonio lo sabe... Me arañó...

— Vete a la enfermería. Rajímov, ¿han trasladado a los heridos de la iglesia?

— Los están trasladando, camarada jefe de batallón.

La enfermería se ha instalado en la casa del guardabosque.

— Bien. Vete allá, Kráiev...

— No iré...

Dijo esto con terquedad, sombrío. Le grité:

— ¿Qué quieres, que te envíe así para asustar a la gente? Vuelve a tener aspecto militar. Lávate, y véndate. Después hablaremos. Sinchenko, dale dos escudillas de agua al teniente Kráiev.

Kráiev salió, sonriendo sombrío. Pero no tuvo tiempo de vendarse.

Me llamó al teléfono el jefe del regimiento, comandante Elin.

—¿Eres tú, Momish-Ulí? El enemigo ataca a la sexta compañía en la región de Krásnaia Gorá. Ha irrumpido ahora en la línea de los blindajes. Ayúdalos. ¿Qué es lo que tienes a mano, cerca del Estado Mayor?

El comandante Elin, que había participado ya en dos guerras, era un hombre equilibrado, que sabía dominar sus nervios. Incluso cuando pronunció la palabra: “¡Ayúdalos!”, no le había traicionado la voz.

La aldea Krásnaia Gorá estaba a dos kilómetros y medio más a la derecha de Novliánskoie. ¿Qué tenía yo a mano? El destacamento especial del Estado Mayor, algunos telefonistas de guardia y la sección de abastecimiento. Esto fue lo que comuniqué.

—Mándalos a toda prisa en ayuda de la sexta compañía. Ten en cuenta: desde el norte va hacia allí la sección dirigida por el teniente Islambúlov. Avisa para que no se tiroteen entre ellos. ¡Da parte de la ejecución!

Salí del blindaje después de ordenar a Rajímov que, por medio del toque de alarma de combate, pusiera en movimiento a la sección de abastecimiento y a todos los que estaban cerca del Estado Mayor. En el bosque ya se sentía el atardecer. Allí cerca se lavaba Kráiev; su cara desproporcionada, con una pesada mandíbula y los arcos de las cejas salientes, ya estaba limpia, pero el agua que se le escurría por el rostro era aún un poco rosada.

—¡Kráiev!

Vino corriendo. Por su cara húmeda se deslizaba otra vez el hilillo. Lo sacudió contrariado. Yo tenía an-

tes la idea de designarlo jefe de la segunda compañía. Pero... ahora él llevaría el auxilio a Krásnaia Gorá.

El telefonista saltó del blindaje.

— Camarada jefe de batallón, lo llaman al teléfono.

— ¿Quién?

— El jefe del regimiento. Lo necesita urgentemente.

Esta vez el comandante Elin hablaba con precipitación, nervioso.

— ¿Eres tú, Momish-Ulí? ¡Retira la orden! ¡Ya es tarde! El adversario ha penetrado en la ruptura, ampliando la brecha. Un grupo viene hacia aquí, hacia el Estado Mayor del regimiento. Me repliego. Otro grupo, de número ignorado, ha dado la vuelta hacia ti, sobre el flanco. ¡¡Dobla el flanco!! ¡Mantente firme! Luego...

Y la voz fue segada; se cortó la comunicación. En la membrana muerta ya no sonaba ni el silbido, ni el estruendo de las descargas eléctricas. Silencio...

Aparté el auricular inservible, el silencio me azotó otra vez los nervios. Había calma no sólo en la membrana, sino también alrededor. El adversario había cesado el bombardeo de artillería sobre nuestro sector. ¿Qué significaba esto? ¿El minuto del ataque? , ¿Un asalto de infantería sobre la ruptura de la defensa en la segunda compañía? No, la defensa ya estaba rota.

2

La defensa ya estaba rota. Los alemanes ya estaban en esta orilla ya se internaban y avanzaban. Ellos también venían hacia aquí, hacia nosotros; pero no por el lado donde el ca-

—**Los hombres de Panfilov** mino estaba interceptado por la trinchera, donde los combatientes, pegados a las mirillas, estaban dispuestos a recibirlos con balas, donde todo estaba preparado para que nuestros cañones y ametralladoras comenzaran a disparar.

Ellos venían del costado y de la retaguardia, a través del campo indefenso, donde no los esperaba ningún frente de resistencia.

Por un instante me imaginé a los combatientes, tomados de sorpresa en sus oscuros pozos trincheras, aislados en las pendientes de la orilla. Estos pozos no tenían aspilleras por detrás. Miré rápidamente el reloj. Eran las cuatro y cuarto.

El solícito Rajímov, que más de una vez me entendía sin palabras, extendió el mapa delante de mí. Al encontrarme con su mirada interrogadora, le hice, en silencio, un gesto afirmativo.

—¿En la región de Krásnaia Gorá? —pronunció.

—Sí.

Miré el mapa, oyendo cómo sonaba el reloj, cómo corrían los segundos, sintiendo que ya no había tiempo de mirar, sino que había que entrar en acción. Pero, sobreponiéndome a mí mismo, me obligaba a estar de pie, inclinado sobre el mapa. ¡Oh, si usted lograra describir ese minuto, un único minuto que me había sido dado a mí, el jefe, para tomar una decisión!

¿Entregar Novliánskoie? ¿Entregar al enemigo la aldea que está en el camino principal y que le es tan preciosa porque ahí, por su camino, en línea recta, en camiones, se lanzará sobre el flanco del regimiento hermano que combate en el camino? No es fácil responderse a

sí mismo: ¡sí, entregarla! De otro modo no conservaría el batallón. Y si lo conservaba... entonces veríamos de quién sería el camino.

En el mapa —por el momento sólo en el mapa— fue trazada una nueva raya que cruzaba el campo, cortando el paso a los alemanes que se acercaban. Después de comunicar a Rajímov mi decisión, después de ordenar el desplazamiento de los cañones al extremo del bosque, a la nueva línea de defensa, y de dar otra serie de órdenes, salí corriendo del Estado Mayor subterráneo.

—Sinchenko!

—Presente.

—¡El caballo! ¡Trae también el de Rajímov! ¡Para Kráiev! Kráiev, sígueme.

Otra vez por el mismo campo, que ahora estaba tranquilo, íbamos al galope tendido hacia la segunda compañía. La mitad del cielo estaba despejada. Me deslumbró un sol bajo y rojizo.

3

Inclinado sobre Lisanka, lo espoleaba a marchar a toda carrera. De repente, unas luciérnagas rojas comenzaron a verse sobre mi cabeza. Enderezándome un segundo sobre los estribos, miré hacia un costado y vi a los alemanes. Venían aproximadamente a un kilómetro de nosotros. Marchaban por el campo que nosotros atravesábamos a caballo, formando una cadena, erguidos, separados, según se podía apreciar desde lejos, dos o tres pasos uno del otro. Yo sabía que ellos usaban capotes verdosos, y

—**Los hombres de Panfilov** cascos del mismo color pero ahora, sobre la nieve, las figuras me parecían negras. Estos prestidigitadores, haciendo rechinar sus automáticos sobre la marcha, lanzaban miles de espeluznantes balas luminosas.

Junto al puesto de mando de la compañía, Galliulin ya cargaba la ametralladora a la espalda. Uno de los enlaces corría hacia el río, cortando camino, hacia el flanco del batallón. Rajímov había telefoneado ya comunicando la tarea.

Boszhánov estaba fuera, ordenando la marcha a los ametralladores. Junto a él estaban los enlaces: el menudo Murátov picado de viruelas, y el alto Belovitski, que antes de la guerra había sido estudiante del instituto pedagógico. Murátov, como si estuviera aterido de frío golpeaba, los pies en el suelo.

Llegando a galope, ordené:

— ¡Boszhánov! ¡Irás con los ametralladores! ¡Repíteme tu tarea de combate!

— Morir — dijo sordamente —, pero...

— ¡Vivir! ¡La posición de fuego debe vivir! ¡Mantenerse hasta que doblemos el flanco!...

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón. La posición de fuego debe vivir...

— Baja por el barranco... Actúa con sangre fría. Aguarda, déjalos pasar....

Miré a los ametralladores, a Murin, Dobriakov, Bloja, cargados con las pesadas cintas.

— ¡Corriendo! ¡Camaradas, obliguen a ese canalla a que se eche a tierra! ¡Kráiev, sígueme! ¡Sinchenko, sígueme!

Se me acercó Murátov.

— ¿Y nosotros, camarada jefe de batallón? — me preguntó.

— ¡Quédense con el instructor político! ¡Los observadores, los telefonistas, todos con el instructor político! Galopamos hasta más allá de Novliánskoie, hasta el flanco del batallón. Desde aquí, tras las colinas, no se veía a los alemanes que avanzaban, pero de las últimas trincheras ya habían salido los combatientes; algunos se habían acurrucado en las diminutas entradas, sacando a ras de tierra sólo la cabeza, otros habían formado grupos. Todos miraban hacia atrás, donde chasqueaban los automáticos, y salían las rojas y alocadas líneas punteadas.

El teniente Burnashev, jefe de sección de la segunda compañía, había corrido varios pasos al encuentro de las balas, y estaba de pie, trastornado, desconcertado. El enlace no había llegado aún hasta ahí. Como no había recibido ninguna orden y estaba estupefacto por la sorpresa, Burnashev no sabía qué medidas tomar, qué órdenes dar. Se desconcertó quizá sólo un minuto, pero en ese minuto —en el terrible minuto crítico— los combatientes también habían perdido a su jefe. Yo tampoco noté la presencia de los jefes subalternos, estaban indudablemente allí, pero no se destacaban en nada de los combatientes.

El orden militar, la estructura militar, que yo siempre diferenciaba con una sola mirada superficial, había sido deshecho por la sorpresa. En ese instante comprendí: así perecen los batallones.

Nadie había huido aún pero... Un soldado rojo, sin despegar su mirada de las voladoras líneas luminosas, andaba lentamente, alejándose despacio a un lado, a lo largo de la orilla.

Por ahora lentamente... Por ahora sólo uno... Pero si él se echaba a correr, ¿no se lanzarían todos detrás de uno solo?

Y, de pronto, alguien llamó la atención con un gesto autoritario al soldado rojo que se replegaba. Es raro. ¿Quién manda aquí con tanta decisión? Reconocí la esbelta figura de Tolstunov. Me cruzó por el pensamiento la idea de que era bueno que él estuviese allí.

En el mismo instante llegó hasta mí una brusca frase:

— ¿A dónde? ¡Yo te enseñaré a correr! ¡Te meteré una bala, cobarde! Ni un solo paso sin recibir la orden.

Esto gritó el organizador del partido de la compañía, el soldado rojo Bukéev, un kasajo pequeño, de nariz puntiaguda. Su fusil estaba enérgicamente alzado, con la bayoneta calada.

Y solamente entonces pude diferenciar en distintos puntos varias figuras más, que no se confundían con todas las otras: parecía que de Tolstunov, que estaba en el centro, se transmitía a ellas una decisión silenciosa y concentrada. Y noté que estos hombres sostenían y unían ahora a la sección.

Aquí se puso de manifiesto la fuerza que se llama Partido.

Llegué a galope y grité:

— ¡Burnashev! ¿Por qué te han abandonado las fuerzas? ¿Dónde están los jefes de los grupos?

Burnashev se estremeció, se sonrojó. Sentía vergüenza de haber perdido la cabeza, y gritó precipitadamente:

— ¡Jefes de grupo, a mí!

Con brevedad y en voz alta anuncié mi decisión; doblar el flanco, entregando la aldea al enemigo.

Luego ordené:

— ¡Jefe del primer grupo! ¡Saca a los combatientes!
¡Que cada uno sepa su lugar por orden de numeración!
¡Yo conduciré el primer grupo! El segundo, Tolstunov.
El tercero, Burnashev. Kráiev, hazte cargo del mando de
la compañía. Saca a la siguiente sección. Te unirás a no-
sotros. Haz volar el puente.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

— Tolstunov, vete a tu grupo.

Jefe del batallón, yo pienso

— No hay nada que pensar... Mantente a una dis-
tancia de cincuenta metros de mí. ¡No se retrasen! No se
amontonen. Primer grupo, ¡escuchen mi voz de mando!
¡A seguirme! ¡Corriendo!

Apretando los codos encogidos, salí corriendo con
todas mis fuerzas por la pendiente ascendente, no muy
escarpada, junto a las oscuras casas de la aldea, donde
ardía en los cristales el resplandor del crepúsculo, por el
campo apisonado, hacia el bosque. Detrás oía el correr
del grupo que me seguía, pisándome los talones.

4

A mitad de camino, vi otra vez a los alemanes. ¡Oh, oh,
cómo se han aproximado, cómo han crecido estas figu-
ras negras que marchan sobre la nieve! Marchan veloz-
mente: cien metros por minuto. Y a nosotros aún nos
queda mucho por correr... El comienzo del bosque está
lejos, como si fuera el fin del mundo. Hasta los primeros
árboles hay casi medio kilómetro.

Aceleré la marcha, con un nuevo impulso, tratando de no aspirar el aire con la boca abierta, para no alterar la respiración, aspirándolo sin embargo; a veces, a través de los dientes apretados y doloridos.

En las filas alemanas nos vieron. Las trayectorias rojas, cruzándose, cortaban el aire delante y detrás, pasaban volando por encima de nuestras cabezas o se apagaban a nuestros pies con un débil silbido.

Los alemanes tiraban sin apuntar, sobre la marcha, pero lanzaban un sinnúmero de balas. Atrás cayó alguien. Se dejó oír un grito agudo, espeluznante:

— ¡Camaradas!...

Me volví y grité:

— ¡Síguenme! ¡Lo recogerán!

Los alemanes, por el instinto de persecución, también habían acelerado el paso. Pero a la vez el bosque ya estaba aquí, a un centenar de pasos. Y de pronto sentí con desesperación que me ahogaba. Era la consecuencia del impulso convulsivo a mitad del camino. La respiración jadeante y los pasos se oían cada vez más cerca. Los combatientes me daban alcance. Se les había ordenado: no aglomerarse. Pero ellos, sin embargo, se habían amontonado. Sí, una carrera como ésta, a la vista del enemigo, bajo el fuego de los automáticos, con el grito agudo del herido que seguía resonando en nuestros oídos, no era un cambio de formación de flanco durante la instrucción.

- ¡Grupo, firmes!

¿Usted comprende? Sólo en este instante, en esta orden, en esta única palabra: “¡firmes!”, se concentraba toda nuestra historia anterior, la historia del batallón de Panfilov. Aquí estaba todo: la Conciencia del deber ante

la patria y el “¡posición de firmes!”, y el despiadado y constante “¡cumplir la orden!” que se había convertido en una costumbre, es decir que se había convertido en la segunda naturaleza del soldado, y el fusilamiento del cobarde delante de la formación, y la incursión nocturna a Seredá, donde ya una vez habían sido derrotados los alemanes y también el miedo.

Pero si los combatientes no se hubiesen parado, si por inercia se hubieran lanzado al bosque, no estaría entonces en este mundo el jefe del batallón, Baurdján Momish-Ulí. Ésta es la ley de nuestro ejército: por la poco gloriosa huida de los combatientes responde el poco glorioso jefe.

Respirando con fatiga estaban los combatientes;
¡estaban a mi lado!

— ¡Jefe de grupo!

— ¡Presente!

— ¡Échate aquí! ¡Dispara! ¡El del flanco derecho!

— ¡Presente!

— ¡Aquí! ¡Tiéndete! ¡Dispara! ¿Quién está al lado?

— ¡Yo!

— ¡Aquí! ¡Échate! ¡Dispara! ¡Desplegarse! ¡Cinco metros de distancia! ¿Dónde te echas? Corre más lejos.
¡Aquí! ¡Dispara!

5

Yo había cometido un error. Debíamos habernos tirado a tierra sin tirar; preparamos, apuntar, calmar un poco el tic-tac desenfrenado de la sangre, y luego, a la voz de mando, fustigar con descargas.

Los combatientes disparaban en desorden, con una rapidez febril y con una inexactitud igualmente febril. Lanzando torrentes de balas luminosas, los alemanes avanzaban sobre nuestra cadenita, y no caía uno solo de ellos.

Pero el sol, con su brillo del atardecer, echaba sus rayos oblicuos, un poco al encuentro de los alemanes. Estos ya no parecían negros, impersonales. Bajo los cascos verdosos blanqueaban caras imberbes; a algunos les brillaban los anteojos. ¿Pero por qué, por qué no caen?

Solamente entonces comprendí que los alemanes estaban en realidad, bastante lejos aún: a unos trescientos o cuatrocientos metros y nosotros, en nuestro arrebato, disparábamos conservando el punto de mira en la primera raya, en la de cien metros.

— ¡Punto de mira a dos y medio! — grité, elevando la voz para sobrepasar el estruendo.

A través del campo, siguiendo nuestras huellas, venía corriendo el grupo de Tolstunov. Tras de las casas de Novliánskoie apareció el tercer grupo.

Salían disparados de la aldea los carros cargados. Los guías azotaban a los caballos...

Los alemanes avanzaban como una avalancha. En sus filas cayó uno, otro. .. Pero también gimió uno de los nuestros... El lejano extremo de la hilera enemiga se ocultó tras las casas. El adversario ya está en Novliánskoie. Hemos entregado la aldea.

Y los otros marchan, marchan... Ahora les darán la orden: "¡A la carrera!" Medí la distancia a ojo. ¡Nos aplastarán! ¡Oh, si usted experimentara este sentimiento

nauseabundo, agobiante: nos aplastarán! ¿Dónde están Boszhánov, Murin, Bloja? ¿Dónde está la ametralladora?

Muy cerca alguien lanzó una exclamación, un lamento:
— ¡Ay, ay, que me muerdo! Ay, ay...

El grito quejumbroso tensaba los nervios, arrebatava las fuerzas. Cada uno pensaba: ahora me ocurrirá lo mismo a mí, me tocará también una bala, borboteará la sangre de mi cuerpo, y gritaré con un grito mortal. Le he dicho: cada uno... Sí, y yo también... Ante estos terribles sollozos yo también me conmovía: desde el vientre me subía hacia la garganta un frío que me quitaba las fuerzas, que me anulaba la voluntad.

Miré hacia donde se oían los gritos. Ahí estaba el herido, está sentado en la nieve, sin gorro: por su cara se ha extendido la sangre fresca; la sangre resbala de su barbilla al capote. Qué ojos blancos más terribles tiene: las órbitas se le han ensanchado, la córnea se le ha hecho singularmente grande.

Y no muy lejos hay alguien tendido, con la cara metida en la nieve, oprimiéndose la cabeza entre las manos como para no ver ni oír nada. ¿Qué es esto: está muerto? No, un pequeño escalofrío le hace temblar las manos... A su lado negrea en la nieve un semiautomático...

De un salto me puse a su lado.

— ¡Dzhilbáev!

Se estremeció, separando de la nieve su pálido rostro, que había adquirido el color gris de la tierra.

— ¡Miserable! ¡Dispara!

Dzhilbáev tomó el semiautomático, lo apoyó contra su hombro y echó una ráfaga precipitadamente. Le dije:

— Apunta con tranquilidad. Mata.

Me lanzó una mirada. Sus ojos estaban aún sobresaltados, pero ya eran concientes, y me respondió en voz baja:

— Dispararé, *aksakal*.

Y los alemanes venían... Venían seguros, rápidos, chasqueando los automáticos sobre la marcha, como si estuvieran dotados de dardos de fuego que nos alcanzaban: ése es el aspecto que tienen las balas trazadoras que vuelan sin interrupción. Entonces comprendí: los alemanes tratan de ensordecernos y cegarnos, para que nadie levante la cabeza, para que nadie pueda apuntar con sangre fría. ¿Pero dónde está Boszhánov? ¿Dónde está la ametralladora? ¿Por qué calla la ametralladora?

Y el herido continuaba gimiendo. Me acerqué a él de prisa. Vi de cerca su cara cubierta de sangre, sus manos rojas, mojadas.

— ¡Échate! ¡Calla!

— ¡Ay!...

— ¡Calla! ¡Muerde un trapo, muerde el capote, si te duele; pero calla!

Y él, soldado obediente y honesto, calló.

Y por fin... por fin se oyó el repiqueteo de la ametralladora... Una larga ráfaga: tac-tac-tac-tac... ¡Oh! A cuánto los ha dejado acercar Boszhánov. Supo contenerse, no adelantarse en nada, hasta el momento crítico. En cambio, ahora la ametralladora siega con un fuego de puñal; de sorpresa, a corta distancia, y a muerte.

Las primeras ráfagas recortaron el centro de la cadena alemana. Por primera vez oí cómo se lamentaba el enemigo. Después, más de una vez pudimos convencernos

de que ésta es una particularidad del ejército alemán: en el combate, al primer contratiempo o desgracia, estos alemanes fogueados ponen el grito en el cielo, clamando ayuda.

Nuestros soldados casi nunca gritan así. Pero, sin embargo, ante nosotros teníamos una fuerza adiestrada, dirigida. Se oyó una orden en lengua extranjera, y la cadena alemana, que no había sido tocada desde nuestro extremo por la ametralladora, se echó a tierra instantáneamente.

— Bueno, ahora se puede respirar un poco.

Un minuto más tarde Tolstunov se arrastró hasta mí.

— ¿Qué te parece, jefe del batallón? ¿Salimos con un “Hurra”?

Le hice un gesto negativo con la cabeza.

Pero el “hurra”, sin embargo, sonó esa tarde. Mi batallón no era el único que existía en el mundo, y yo no era el único jefe que dirigía la batalla. El “hurra” surgió donde no lo esperábamos nosotros ni los alemanes.

6

Desde la cuña del bosque, un poco más atrás de donde se habían tendido los alemanes, apareció corriendo una hilera desplegada.

A través de los rayos del sol que se extinguía, vimos a los soldados rojos: nuestros gorros, nuestros capotes, nuestras bayonetas caladas. No eran muchas: cuarenta o cincuenta. Adiviné que se trataba de la sección del teniente Islambúlov, enviado desde otro punto a la zona de la ruptura.

Ahora no éramos nosotros, sino los alemanes los que tenían que aguantar un golpe en el flanco y en la

Los hombres de Panfilov retaguardia. Pero la maniobra de doblar el flanco —no lo dude usted—, también la conocían ellos. Un extremo de la cadena se puso en pie; los alemanes comenzaron a desplegarse, disparando y formando un arco.

— ¡Jefe de batallón! — exclamó emocionado Tolstunov.

Con la cabeza le dije: ¡sí! Luego grité:

— Transmitir en la fila: ¡prepararse para el ataque!

Y ni siquiera reconocí mi propia voz: era sorda, ronca. Estas palabras se transmitieron de combatiente en combatiente: “prepararse para el ataque”, y a cada uno, claro está, se le agitó el corazón y le comenzó a latir con irregularidad.

Desde el bosque corría la hilera de combatientes que venía a nuestro encuentro; desde allí se dejaba oír un débil: “¡Hurrá-á-á!” Y los alemanes volvían a formar sus filas con precipitación. Frente a nosotros, la línea de los alemanes se hizo menos densa, pero tuvieron tiempo de traer dos ametralladoras ligeras, que antes iban al parecer un poco más atrás, siguiendo a la formación que avanzaba.

Una de las ametralladoras de la derecha, próxima al extremo de mi fila, ya había comenzado a tabletear: se multiplicaron los desagradables silbidos sobre nuestras cabezas.

En cambio, en nuestras filas, se apaciguó el tiroteo; los combatientes estaban echados; apretaban los fusiles esperando ese minuto en el que piensa cada uno desde el día en que es enrolado, ese minuto que cada uno cree que es el más terrible de la guerra: esperando la orden de ataque.

Me extrañó esta interrupción involuntaria del fuego. ¡No es necesario hacerlo así, no es así como se debe hacer! Pero ya no hay tiempo para enmendarlo. Hay que ponerse en acción con más rapidez, a toda velocidad,

mientras el enemigo está aún confundido y mientras no hayan sido emplazadas y puestas en combate las otras ametralladoras. Exclamé:

— ¡Burnashev!

El teniente Burnashev — jefe de sección, el mismo que no hacía mucho, en la orilla, se había puesto al rojo vivo, avergonzándose de su minuto de desconcierto — estaba tendido en la cadena, a mi izquierda, a un centenar de metros. Levantó y bajó rápidamente la mano en señal de que me oía.

— ¡Burnashev, toma el mando!

Pasó un segundo. Usted, seguramente habrá leído y oído hablar más de una vez del heroísmo en masa en el Ejército Rojo. Esto es cierto, esas son palabras sagradas. Pero sepa usted: no existe el heroísmo en masa si no hay un jefe, si no hay uno que vaya delante. No es fácil levantarse para atacar, y no se alzaría nadie si no hubiera uno que se levantara primero, que marchara delante arrastrando a los demás.

Burnashev se levantó. En el fondo del cielo crepuscular surgió su silueta impulsada con tensión hacia adelante. Junto a él, al nivel de sus hombros, negreaba el puntiagudo filo de la bayoneta — había cogido a alguien el fusil. — Arrancando su cuerpo de la tierra, cumpliendo la orden, no solamente mía, sino de la patria, Burnashev gritó y resonó por todo el campo:

— ¡Por la patria! ¡Por Stalin!

Antes de este momento, más de una vez yo había leído en los periódicos la descripción de los ataques. Casi siempre en esos relatos los hombres se lanzaban

—**Los hombres de Panfilov** al ataque con estas exclamaciones. Sobre el papel, esto resultaba a veces demasiado fácil, y pensaba entonces: cuando llegue nuestra hora; cuando tengamos que iniciar el combate a la bayoneta, no ocurrirá, seguramente, de esta manera. Pero resultó que en ese grandioso y terrible momento, Burnashev, cortando las miles de amarras que, bajo el fuego, atan al hombre a la tierra, avanzó gritando precisamente estas palabras:

— ¡Por la patria! ¡Por Stalin! ¡Hurrá-á-á!

En distintos puntos de nuestra cadena surgieron y se lanzaron hacia adelante, con un solo impulso, otras figuras de combatientes. Corrieron en pos del teniente aquellos que siempre van tras el primero, antes que los demás.

En ese instante tableteó una ametralladora alemana, a la izquierda, derramando su fuego sobre los que se habían levantado al ataque. La voz de Burnashev se cortó. Como si hubiera tropezado con un cable estirado, Burnashev se desplomó. Parecía que inmediatamente se pondría de pie, que gritaría otra vez, que correría más lejos y que todos, poniendo delante las bayonetas, correrían junto con él, contra el enemigo.

Pero Bumashev estaba tendido de bruces en la nieve. Junto a él, cayeron otros.

Pegados a la tierra, los combatientes miraban hacia donde estaba el teniente extendido en la nieve, como si esperaran algo.

Pasó un minuto de tensión. Y nuevamente alguien dio un brinco, y otra vez se elevó sobre el campo el mismo llamamiento, entre el crepitar de la ametralladora:

— ¡Por la patria! ¡Por Stalin!

Era una voz poco natural de un tono agudo y acento no ruso. Por la figura menuda y delgada, reconocí al soldado Bukéev.

Pero no hizo más que ponerse en pie y se desplomó.

Dos ametralladoras estaban en acción frente a nosotros. En el débil crepúsculo se divisaba claramente la larga llama intermitente que salía de los cañones. Esa llama iluminaba confusamente a los ametralladores que, de rodillas, resguardando medio cuerpo tras las corazas, defendían el cambio de formación de los alemanes y no nos dejaban lanzar al combate a la bayoneta, reteniéndonos con fuego rasante.

Nuestras camaradas —cuarenta o cincuenta soldados rojos— que habían sabido elegir el momento para atacar al enemigo por la espalda, se aproximaban a los alemanes; pero estos ya habían creado un frente por el otro lado, ya habían iniciado las descargas también allí, y nosotros estábamos como cosidos a la tierra.

De pronto sentí que todas las miradas estaban clavadas en mí; sentí que la atención, agudizada, se dirigía a mí, al jefe, al jefe del batallón, como si yo fuera el punto central del combate; pensé que todos esperaban lo que diría y haría el jefe del batallón. Y, reconociendo perfectamente que cometía una locura, me lancé hacia adelante, para llevarlos al ataque con mi ejemplo personal.

Pero, en un abrir y cerrar de ojos, Tolstunov se aferró con fuerza a mis hombros y me apretó contra la nieve.

— ¡No hagas necedades, no se te ocurra, jefe del batallón! Yo...

Su agradable rostro, de rudas facciones, se trasmutó instantáneamente; tenía los músculos de la cara tensos, petrificados. Se separó de la tierra, haciendo un movimiento brusco para tomar impulso y levantarse, pero esta vez yo le sujeté la mano.

No, no quiero perder también a Tolstunov. Ya me había calmado; era otra vez el jefe del batallón. La sensación anterior se hizo más perceptible: absolutamente todos, pensaba yo, me miran a hurtadillas. Es indudable que los combatientes han notado que el jefe del batallón quiso ponerse en pie, y no se ha puesto; que el primer instructor político también quiso levantarse, y no lo hizo. El instinto, siempre innato del jefe en la batalla, me dice: si mi impulso no llevado a cabo perturbó el alma del soldado, si el jefe del batallón hizo un movimiento y no se irguió, esto quiere decir que tampoco el combatiente debe levantarse.

El jefe debe saber que en el combate cada palabra suya, cada movimiento, cada gesto de su cara son captados por todos, e influyen en todos; debe saber que la conducción de un combate es no solamente la dirección de un fuego y el traslado de tropas, sino también la dirección de la psiquis, del alma del soldado.

Yo ya había recuperado la serenidad. Claro que no es función del jefe del batallón conducir una compañía a un asalto a la bayoneta. Rememoré todo lo que habíamos estudiado: recordé la consigna de Panfilov: "No se puede combatir con el pecho de la infantería... Cuida al soldado. Cuidalo con la acción, con el fuego..."

Todo esto que le relato tan extensamente, tan detalladamente, transcurría allí, en el campo de bata-

lla, sólo en algunos segundos. Y en estos segundos, yo, como todos nosotros, aprendía a combatir.

Grité:

— ¡Fuego continuado sobre los ametralladores!
¡Ametralladoras portátiles: ráfagas largas sobre los ametralladores! ¡Aplástenlos contra la tierra!

Los combatientes comprendieron. Ahora nuestras balas silbaron sobre las cabezas de los alemanes que disparaban. Una de nuestras ametralladoras portátiles estaba cerca. También ella había enmudecido después que yo ordené a Burnashev: “¡Toma el mando!”. Ahora un combatiente que estaba junto a la ametralladora, ponía precipitadamente un depósito nuevo. Tolstunov se arrastró rápidamente hasta allí. Sonó también nuestra ametralladora.

Ah, los ametralladores alemanes se han tumbado, se han ocultado tras las corazas. Hemos herido a alguno. Una de las ametralladoras se calló, ya no salía el largo filo de su llama. ¿O quizás allí estarían cambiando la cinta? No, bajo las balas eso no es tan sencillo... Yo esperaba el momento para dar la orden. Pero no tuve tiempo. Sobre la fila resonó el grito apasionado de Tolstunov:

— ¡Comunistas!

Este llamamiento había sido lanzado no sólo a los comunistas, sino a todos. Vimos que Tolstunov se alzaba junto con la ametralladora y corría, apoyando la culata en su pecho, disparando y gritando sobre la marcha. Y otra vez sobre el campo retumbaron las mismas palabras, por tercera vez se oyó el apasionado y furioso clamor.

— ¡Por la patria! ¡Por Stalin! ¡Hurrá-á-á!

La voz de Tolstunov se perdió en el rugir de las otras gargantas. Los combatientes dieron un salto. Con un grito feroz, con las caras desfiguradas por el frenesí, se echaron sobre el enemigo para encontrarse frente a frente con él, y sobrepasaron a Tolstunov.

Logré ver, volando por el aire, la enorme culata de corte característico, de la ametralladora portátil; después de vaciar los cartuchos, Tolstunov cogió el cañón y levantó la ametralladora sobre su cabeza, como si fuera un mazo.

Los alemanes no aceptaron nuestro desafío a un combate a la bayoneta, no aceptaron el golpe de bayonetas; su orden militar se alteró, y huyeron.

Persiguiendo al enemigo, matando a los que lográbamos alcanzar, nosotros —nuestra segunda compañía— y la sección del teniente Islambúlov, que había comenzado la ofensiva desde la retaguardia en este glorioso contraataque, irrumpimos desde diferentes puntos en Novliánskoie.

¡AQUÍ ESTAMOS!

1

Llegué al pueblo detrás de los combatientes. Allí había tiroteo y gran confusión. Los soldados rojos limpiaban Novliánskoie de los alemanes que no habían tenido tiempo de retirarse.

Junto a mí, y sin notarme, pasó corriendo con su semiautomático el delgado kazajo Abil Dzhilbáev. Los bordes de su capote estaban recogidos en el cinturón, el gorro desatado y las orejeras se movían como las de un ternero que corre espantado por el campo.

Sin aliento, Dzhilbáev llegó de un salto hasta su camarada, también kazajo, y le señaló con el dedo en cierta dirección.

—Allí hay un alemán... y está disparando, diablo. Vamos...

Corrieron juntos. Abil se lanzó en línea recta, enardecido, sujetando el semiautomático en posición de alerta. Y su compañero comenzó a separarse, evidentemente para entrar por un costado.

De improviso, a toda marcha —¡stop!— Abil dio media vuelta hacia su camarada y gritó:

—Oye, Monarbek, ¿cómo se dice en alemán? ¿Hult, o qué?

Me largué a reír. Hacía pocos días que se había dado una orden al batallón: que todos aprendieran una docena de palabras alemanas: alto, entrégate, sígueme, y otras. Pero no hubo tiempo de comprobarlo.

El compañero también se detuvo. Se interrogaban en kazajo:

— ¿Cómo has dicho?

— *Hart*.

— ¡Eso es!

Y los amigos siguieron corriendo. Les grité en voz alta:

— No es así, Dzhibáev. Es *halt*.

Abil miró hacia atrás, vio al jefe del batallón y continuó la carrera, sacudiendo las orejas del gorro. Y me dio risa. Caminaba y reía, extrañándome esta risa incontenible.

La batalla amainaba. Los alemanes habían dado un salto hasta el otro lado del río, pasando el vado y metiéndose en el agua escarchada hasta la cintura o el pecho. Los combatientes alcanzaban a los fugitivos. A la caída del crepúsculo se veía el resplandor de los disparos.

2

De pronto, del otro lado del río, adonde se había retirado el grupo más compacto de alemanes, aparecieron cohetes de señales. No llegaron a iluminar las orillas, sólo el agua oscura reflejó confusamente las fugaces luces de colores.

Dos luces verdes, una anaranjada, otra blanca; otra vez dos luces verdes. El crepúsculo; un intervalo, y otra vez seis bengalas en la misma combinación. Era indudable que los alemanes informaban algo. ¿Pero qué,

precisamente? ¿Sería un parte de lo ocurrido? ¿O el pedido de refuerzos; o la señal de un nuevo ataque?

Surgieron señales de respuesta desde diferentes puntos.

Miré todo el horizonte, cortado por culebritas de fuego. ¡Oh! ¡Diablos, hasta dónde había penetrado el enemigo! Nos hallábamos en las mismas fauces de la fiera.

Detrás del río se dejaron ver Tvetkí, Zhitaja y otras aldeas que estaban frente a nuestras trincheras. Estas trincheras, al cambiar nosotros la línea de fortificaciones, habían sido abandonadas por nuestros soldados: allí el frente estaba completamente abierto. Y en esta orilla, corriendo arriba del Ruza, enviaba cohetes de señales Krásnaia Gorá. Un poco hacia el costado, pero a más profundidad, se elevaban los fuegos artificiales sobre Novoschúrino, donde por la mañana había tenido su puesto de mando el Estado Mayor del regimiento; y luego, cercándonos cada vez más, se alzaban sobre Emeliánovo, sobre Lásarevo... Después, un espacio oscuro, el tranquilo cielo vespertino, no azotado por los fuegos... Pero ese espacio era extrañamente estrecho. Poniéndome de espalda a Krásnaia Gorá, observé desconcertado: parecía que también se alzaban los cohetes de señales sobre la aldea Sipunovo. ¿Qué era eso? Allí estaba el batallón del capitán Shílov, allí se encontraban sus retaguardias.

Las luces desaparecieron, desgranándose en chispas, y apagándose... Oscureció instantáneamente.

No, no era Sipunovo. El enemigo no podía haber entrado allí. Seguramente también en Sipunovo los alemanes hacían juegos de mano. Nos estaría asustan-

Los hombres de Panfilov do algún tirador alemán de cohetes de señales enviado de antemano a la retaguardia. Pero es necesario, es imprescindible que yo vaya ahora mismo al Estado Mayor, que me ponga en comunicación con el capitán Shílov y aclare qué son esos extraños cohetes en su retaguardia; era necesario organizar una exploración. Actúa, actúa, manda sin mí, Rajímov. Aclara qué son esos juegos de malabaristas en las cercanías de Sipunovo.

Tenemos bastantes aprietos sin necesidad de estas cosas... Casi todos los caminos que se cruzan en Novliánskoie han sido cortados por el adversario. Si envía aquí la infantería desde diferentes lugares todo cambiaría inesperadamente. Nos darán un golpe por la espalda y entonces nada salvará a mis combatientes.

Busqué a Kráiev y le ordené que sacara la compañía del pueblo y se atrincheraran a lo largo del campo, en la misma línea desde la que habíamos iniciado el ataque. Luego me encaminé al Estado Mayor.

En el límite del bosque, cerca del cual, aunque un poco más adentro, estaba el Estado Mayor del batallón, habían sido emplazados mis ocho cañones, ocultos entre los árboles...

Fueron trasladados aquí por orden mía. Los tenebrosos cañones miraban hacia el camino que llevaba a Novoschúrino. Llamé al jefe.

— Si llegan a aparecer los alemanes, déjalos pasar a Novliánskoie.

— ¿Dejarlos pasar?

— Sí. ¿Ves la, aldea?

A unos 700 metros delante de nosotros se divisaba una amplia calle del pueblo, señalada por las negras siluetas de las casas. De allí se retiraban los combatientes interrogándose unos a otros, buscando a toda marcha sus secciones y compañías.

— Sí, la veo.

— Apunta a lo largo de la calle. Deja que entre el enemigo. Entonces golpéalo con colimación directa.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

Otra vez aparecieron los cohetes de señales sobre el horizonte. Las primeras sobre Novoschúrino; les respondían desde todos lados. Y otra vez los cordoncitos de colores cortaban el cielo, mucho más lejos del bosque, del otro lado, donde estaba Sipunovo.

¿Qué es eso? ¡Tengo que ir rápidamente al Estado Mayor!

3

Entré al blindaje del Estado Mayor y todos se pusieron de pie. Pero lejos de la lámpara, en un rincón, alguien continuó sentado, mirando fijamente el suelo, como si no notara lo que ocurría a su alrededor. No llevaba puesto gorro de orejeras, como todos nosotros, sino una gorra de visera, con un borde morado de infantería.

— ¿Capitán Shílov? ¿Es usted?

Apoyándose en el extremo de la mesa, se levantó. Lentamente se llevó la mano a la visera. Recuerdo mi primera impresión: cómo sufría, cómo aguantaba el dolor. ¿Qué le ocurre? ¿Por qué está aquí?

— ¿Qué tiene usted, capitán?

No me respondió. Le repetí:

— ¿Qué tiene usted? ¿Qué le ha ocurrido al batallón?

— El batallón... — el extremo de su boca se estre-
meció varias veces. Shílov tragó algo. Luego dejó oír — :
El batallón está aniquilado.

Me miró esperando mis preguntas.

Vi sus ojos... Apoyándose con dificultad en la
mesa, no retiró la mirada.

¿Qué le podía preguntar? “El batallón está aniquila-
do...” ¿Y tú? ¿Y tú, jefe de batallón, has huido? No, ahora no
estaba yo para esas cosas, no estaba para estas preguntas.

“El batallón está aniquilado...” Shílov está en mi
blindaje, en mi Estado Mayor... Eso quiere decir... Eso quie-
re decir que el frente ha sido roto también por la izquierda...

Shílov se sentó, mirando fijamente el piso.

— Permítame informarle — dijo Rajímov.

Le respondí:

— Informe.

4

Rajímov desplegó el mapa. A medida que me informaba,
me señalaba los puntos topográficos. Yo seguía maqui-
nalmente con la vista su lápiz que, como siempre, estaba
afilado con esmero. Con voz tranquila pronunció la hora
y los minutos de la desgracia.

Pero yo comprendía con dificultad y oía mal.
Como una cosa lejana, llegaba hasta mí: “Sin una pre-
paración artillera, de improviso, el enemigo atacó el ba-

tallón de Shílov. Después, rompiendo la línea junto al pueblo Sipunovo...”.

Involuntariamente me imaginé lo que ocurrió más tarde. Surgió en mi imaginación lo que acabábamos de pasar. Era el mismo cuadro. Los combatientes salieron de las trincheras... Algunos estaban en la entrada, otros formaban grupos de dos, de tres... Todos miraban hacia atrás, donde rechinaban los automáticos, de donde salían disparados unos locos puntos rojos. Los espíritus están agitados. ¿Dónde meternos? Los alemanes están delante y detrás... Un momento más y... y no existiría el batallón...

Rajímov continuaba. Las columnas alemanas, que habían irrumpido al anochecer por los dos lados de nuestro batallón, al parecer aún no se habían unido. Nuestros exploradores a caballo, enviados a la retaguardia, habían sido tiroteados varias veces. Pero en algunos pueblos nadie respondió a los jinetes: los alemanes pasaron de largo. Por esos puntos, por esos poblados, nos podíamos escurrir. Rajímov me los señaló en el mapa. La antigua línea de defensa, la raya de eslabones cerrados, había sido borrada. La goma había limpiado el lápiz, había quitado su brillo, y en el mapa quedaban unas huellas apenas perceptibles.

El frente del batallón, marcado nuevamente en el mapa, estaba arqueado como una herradura. Sus dos extremos estaban cortados y se apoyaban en el vacío. No, en el vacío no. Teníamos vecinos. El vecino de la derecha eran los alemanes, el de la izquierda también; detrás — sobre la retaguardia descubierta, hacia donde Rajímov había hecho avanzar dos ametralladoras y enviado los puestos de guardia —, detrás, también estaban los alemanes.

Rajímov me daba el parte con tranquilidad, sensatez y laconismo. Esto era algo que yo valoraba en él: la exactitud al expresarse. Era exacto incluso en lo que no sabía, porque entonces decía: no sé. Rajímov no conocía las fuerzas del enemigo que había roto el frente en dos sitios, no sabía dónde se encontraba el Estado Mayor del regimiento, ni hacia dónde se retiraban nuestras unidades, pero pudo establecer que existía una rendija por la que se podía llegar hasta los nuestros.

Ya había dado las órdenes preliminares antes de mi llegada. El material de guerra, los instrumentos de ingeniería, el puesto sanitario, ya estaban sobre ruedas, y los caballos ensillados.

En la hora crítica, actuaba con rapidez e inteligencia, daba el parte sin un solo gesto de desesperación.

Yo callaba.

5

No hacía falta más que pronunciar un “sí”, y el batallón se pondría en marcha. Pero yo guardaba silencio.

Entiéndame usted. Hacía cuatro horas que había hablado por teléfono conmigo el jefe del regimiento, el comandante Elin. Recordaba exactamente la conversación, recordaba todas las frases apresuradas, entrecortadas: “Momish-Ulí, ¿eres tú? Ya es tarde. Retira la orden. El enemigo ha roto el frente. Una columna, de número ignorado, avanza sobre tu flanco. Dobla el frente. Mantente firme. Luego...”. Y como si unas tenazas le hubieran apretado la garganta, su voz se cortó.

“Luego...” ¿Luego qué? ¿Replegarnos?

Me da vergüenza reconocerlo, pero hubo un instante en que me dejé llevar por la engañosa sugestión de esa palabra. Casi me convencía a mí mismo, me lo sugería: “Pero si lo has oído, has oído también la palabra siguiente: no la has oído completa, pero sí la primera sílaba, las primeras letras: luego, rep...”.

No es verdad. No mientas. No te burles de tu propia conciencia. ¿Has oído o no? ¿Te ha ordenado tu jefe superior que te retires, o no tienes esa orden?

Rajímov esperaba. No tenía más que pronunciar un “sí” y el batallón, dispuesto para ponerse en marcha, se movería de su sitio. Pero yo callaba, no tenía esa orden.

¿Podía haber dicho el comandante Elin: “retírate”? Sí, él mismo comunicó: “Yo me retiro.” Pero también podía no haberlo dicho. Cuatro horas antes la situación era distinta. A nuestra izquierda no estaba el frente destrozado, no había allí una brecha desguarnecida.

¿Y ahora? Sabiendo que nuestro batallón estaba dentro de un lazo, seguramente hubiera dado la orden, si pudiese: “Aprovecha la oscuridad, retírate, y por la mañana aparece frente al enemigo, como si hubieras salido de abajo de tierra, pero en otra línea”.

Pero no tenemos enlace, estamos aislados.

Rajímov espera. Espera el batallón... Y yo sigo sin pronunciar palabra. No tengo la orden.

El telefonista dijo:

— Camarada jefe de batallón, a usted...

— ¿Quién?

— El teniente Kráiev.

Tomé el auricular.

Kráiev me comunicaba que en Novliánskoie, que ya había sido limpiada por nosotros, había entrado otra vez el enemigo: según los partes de los observadores, catorce camiones con infantería.

— ¿De dónde? ¿Por qué camino?

— Desde Novoschúrino.

Al parecer, el enemigo tenía allí su punto de concentración. Desde allí los alemanes habían enviado contra nosotros la infantería motorizada.

Kráiev trasmitía los detalles.

— Se dispersaron por el pueblo, camarada jefe de batallón. Encienden luces en las casas. No camuflan las ventanas. Enviaron varios camiones hacia el río, parece que con pontones.

¿Será posible que los alemanes hoy mismo tengan un puente nuevo en lugar del que hemos volado? Así es que la máquina alemana no ha dejado de funcionar por la noche y continúa en marcha.

— ¿No nos ven? -pregunté.

— No. Pero de nuestro lado se han cubierto con una guardia. Seguramente tendrán emplazadas ametralladoras en algún sitio. Camarada: jefe de batallón, creo que hasta la madrugada no se meterán con nosotros.

Como siempre, Kráiev hablaba como si se quedara sin aliento. Calló, pero en el teléfono se oía su respiración. Kráiev también esperaba algo de mí, quería una palabra mía.

¿Pero qué podía y qué debía contestarle?

Le dije:

— Bien.

Y colgué el auricular.

7

Hay un viejo proverbio kazajo que dice: “El honor es más fuerte que la muerte”. No hacía más que tres meses que en la stanitsa Talgar, en las proximidades de Alma-Atá, un caluroso día de julio, había pronunciado el primer discurso ante el batallón, ante varios centenares de hombres, vestidos aún de civil, ante estos mismos hombres que están echados en la nieve, sobre la helada tierra de las cercanías de Moscú. En aquel entonces les había citado ese proverbio, ese precepto del combatiente.

También allí, en Alma-Atá, cierta noche habló conmigo Panfílov. En la gran casa de piedra, en el Estado Mayor de la división, todos dormían menos los centinelas. Y Panfílov tampoco dormía. A esas horas tardías echó un vistazo al cuarto del centinela. Yo estaba de guardia.

— Siéntese, camarada Momish-Ulí, siéntese...

Se inició una conversación memorable para mí. Después de varias preguntas, Panfílov dijo pensativo:

— Sí, camarada Momish-Ulí, no le será fácil mandar un batallón.

Esto me hirió. Me exalté:

—Pero sabré morir con honor, camarada general.

—¿Junto con el batallón?

—Junto con el batallón.

Se echó a reír.

—Doy las gracias por tener un jefe así. Mire qué fácil lo dice: moriré con el batallón. Camarada Momish-Ulí, en el batallón hay setecientas personas. Será mejor que sepa aceptar diez, veinte, treinta batallas, y conservar el batallón. El soldado se lo agradecerá.

Y las últimas palabras que le oí decir hace pocos días, que sonaban como un legado, esas palabras dichas al separarnos, tenían el mismo sentido. “Cuide al soldado. Aquí, en las proximidades de Moscú no tenemos por ahora otras tropas ni otros soldados. Si perdemos estos, no tendremos con qué detener a los alemanes.”

¿Por qué seguir martirizándome? Rajímov lo ha dispuesto todo: las cosas pesadas ya están sobre ruedas. Sólo pronunciar: “así sea”, y el batallón se pondrá en marcha, y se salvará.

No tengo la orden, estoy incomunicado. En este momento, cuando los alemanes van hacia Volokolamsk en dos columnas que fluyen de la lejanía, apoderándose de los caminos, ¿puedo, tengo derecho a esperar que venga un oficial de enlace y me entregue una orden?

¿Y si no ha encontrado el camino, si ha tropezado con los alemanes en todas partes? ¿Y si ha muerto? ¿Y si se ha extraviado por no poder andar por los caminos?

Permanentemente tenía la impresión de que desde lejos oía la voz de Panfílov que me llamaba y me

repetía: “Sal, saca el batallón. Ustedes hacen falta para proteger Moscú”.

Creía ver con cuánta alegría él nos recibía y nos preguntaba: “¿Está intacto el batallón?”. “Sí, camarada general.” “¿Los cañones, las ametralladoras?” “Están con nosotros, camarada general”...

¡No, que se vayan al diablo estas visiones! Esto es mística, autosugestión. Un jefe no tiene derecho a dejarse llevar por susurros misteriosos. El jefe debe utilizar inteligencia. “Hay que luchar con inteligencia” — decía Panfílov.

8

Recordaba cada palabra pronunciada por Panfílov en nuestra última entrevista.

“No sujetaremos al enemigo con nuestro hilito de trincheras...”

“Esté preparado para virar y trasladarse rápidamente.”

“Actúe de manera que en cualquier sitio donde irrumpa el enemigo, encuentre siempre a nuestras tropas en su camino.”

Recordé el “resorte en espiral” de Panfílov.

Porque en nuestra entrevista en el blindaje del capitán Shílov, Panfílov me había comunicado sus pensamientos. Quería que yo, jefe de batallón, comprendiera su plan operativo, el plan del jefe de la división; quería que en la inestable situación del combate, entre las conmociones y los zarandeos de la batalla, yo actuase con inteligencia, comprendiendo, adivinando — aquí cabe esta palabra —, lo que esperaba de mí el que dirigía el combate.

Esto ya no era un mandato místico, no era una fechoría del diablo, no era una autosugestión.

—¿Pero qué espero? Basta de sufrimientos. Hay que quitarse de encima esta maldita debilidad. Están esperando mi palabra. Es preciso dar la orden.

9

Rajímov volvió al blindaje.

—¿Qué ocurre allí?

—Un pequeño contratiempo, Dolgorúkovka ha sido ocupada por el enemigo.

-¿Dolgorúkovka?

—Sí... En el camino que estaba libre. Según han informado, entró un grupo insignificante: unos cuarenta hombres, una sección.

Rajímov señaló Dolgorúkovka en el mapa. En el estrecho callejón sinuoso marcado débilmente con una línea roja, punteada, trazó una curva con azul marino. La garganta estaba ya taponada.

Bien... El enemigo no pierde tiempo. Continúa el avance. La máquina guerrera alemana no se ha aplacado ni aun de noche, continúa funcionando.

—He conversado con los exploradores —continuó Rajímov. —Permítame exponerle mis deducciones.

—Hable.

Rajímov dijo que, a su juicio, el carácter del terreno permitía obrar de dos maneras: se podía virar en el campo, kilómetro y medio antes de llegar a Dolgorúkovka, y pasar bordeando la aldea por un claro entre dos islotes

de bosque, donde no había zanjas ni troncos, y por donde pasarían fácilmente los cañones y los convoyes junto con la infantería; también se podía, indudablemente, aniquilar al grupo de Dolgorúkovka, pero difícilmente se lograría hacerlo sin ruido. El enemigo se alarmaría.

— ¿Quién ha explorado el terreno? — le dije. — Hágallo venir corriendo.

Entreabriendo la puerta, Rajímov llamó a alguien. Entró precipitadamente en el blindaje el teniente Brudni.

10

El teniente Brudni. El mismo al que hacía pocos días yo le había gritado: “¡Cobarde! Has traicionado a Moscú”. El mismo que, al ser echado del batallón, trajo a la mañana siguiente las armas y la documentación de dos alemanes que él había acuchillado por la noche; trajo todo eso y me lo puso delante, como si fuera su honor perdido que había vuelto a encontrar.

— Camarada jefe de batallón, me presento por orden suya. Estaba delante de mí: con sus ojos rápidos, diestro, encarnado, y yo lo miraba conmovido. Era a él, a él a quien había gritado hacía poco: “¡Cobarde! Has traicionado a Moscú”.

Pues he aquí cómo ocurre que uno se retira sin recibir la orden. En este caso las visiones, y el mandato hipnotizador, y la preocupación por el soldado, y los razonamientos lógicos, todo, lleva a un solo fin: retírate.

Eso es lo que resulta. Es decir, los raciocinios me conducen también a eso, también ellos sirven al miedo. No tengo la orden de retirada, pues ¡que se vayan al dia-

—Los hombres de Panfílov
blo todos los raciocinios! No, no tengo razón. ¿No nos re-
petía Panfílov que siempre, en todas las circunstancias,
el jefe tiene la obligación de pensar, de reflexionar?

Intenté nuevamente imaginarme la situación de la división después de la ruptura de los alemanes, formarme una idea de los pasos de Panfílov, de su plan de defensa. “Lo importante no es la línea: lo importante es el camino”, me inculcaba no hacía mucho. El camino que pasa por Novliánskoie me ha sido encomendado a mí y a mi batallón. Panfílov nos conoce, me conoce. Quizás en este preciso momento esté pensando: el batallón de Momish-Ulí no entregará el camino, no se retirará sin recibir la orden. Quizás esto forme parte de sus planes, mientras él, maniobrando con pequeñas fuerzas, coloca destacamentos para obstaculizar la marcha del enemigo, traslada unidades para cerrar el frente en la profundidad.

¿Pero si no fuera así? ¿Si la orden de replegarse ha sido enviada y el oficial de enlace no pudo llegar hasta nosotros? No lo sé. No tengo la orden, y basta.

No dejé traslucir en absoluto las vacilaciones que me desgarraban el alma un minuto antes. La lucha interna del jefe del batallón, sólo él la conocía. En el batallón él es el soberano de mando único. Él decide y dicta las órdenes. Y decidí.

11

—Qué, Brudni — dije — ¿estás listo para la marcha? ¿Has explorado los pasos?

Me respondió atrevidamente:

— Camarada jefe de batallón, eso es para mí lo mismo que ponerle herraduras a un cachorro... Sabré conducirlos y sacarlos... Junto a Dolgorúkovka pasaremos fácilmente.

El capitán Shílov se levantó impulsivo. Hacía un rato que estaba sentado con la cabeza erguida, escuchando.

— Camarada teniente mayor... Tengo aquí algunos de mis combatientes. Le ruegan que los utilice en el grupo que irá a la vanguardia, cuando el batallón salga del cerco...

Seguía siendo parco en palabras y, después de hablar, apretó los labios, como si retuviera un discurso dispuesto a derramarse. Shílov no trató de justificarse con una sola palabra, no intentó relatar cómo y por qué él estaba aquí sentado, después de haber perdido el batallón.

Mi respuesta fue breve:

— No intentaré salir del cerco. No tengo la orden.

Todos guardaron silencio, como debe hacerse cuando el jefe pronuncia su decisión.

Con una sola frase anulé las órdenes dadas por Rajímov en mi ausencia; pero su rostro delgado e imperterbable no expresaba nada más que atención. Con la cabeza apenas inclinada está dispuesto, como siempre, a escuchar, reflexionar y cumplir.

Continué:

— Lucharé dentro del cerco...

El reglamentó del Ejército Rojo, como ya le he dicho, ordena al jefe utilizar el término “yo” al hablar de su unidad. El “yo”, el jefe, significa en este caso, mis soldados. Ellos lucharán dentro del cerco.

— Usted, teniente Brudni, tendrá que hacer esta noche algunos viajes entre los alemanes. Irá junto con Kurbátov.

Le mostré en el mapa diez o veinte poblados donde era probable que se hubiese establecido el Estado Mayor del regimiento.

—Si en esta aldea están los alemanes —le decía yo a Brudni—, llegue hasta la siguiente. Si allí también está el enemigo, vaya más adelante. Su tarea es no caer en ninguna parte bajo una bala. Busque al Estado Mayor del regimiento, infórmele de nuestra situación y vuelva con la orden.

—A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

Brudni se retiró.

Shílov, haciendo un esfuerzo, se acercó al mapa.

—Allí estás mis cañones —pronunció.

—¿Dónde? ¿Volados?

—No... Abandonados en el bosque... Aquí...

Hizo una señal con el lápiz en el mapa.

—Escuche, capitán —le pregunté. —¿Por qué no intenta usted recuperarlos? Llévese mis caballos, también combatientes... ¿Irá?

Shílov sonrió sombrío, torciendo la boca.

—No; casi no puedo caminar...

Se volvió y apartó el borde del capote. Vi el pantalón descosido y la pierna herida... La pierna hinchada estaba vendada. La sangre había empapado la gasa. La tela de los pantalones también estaba empapada en sangre.

—¿Ha estado en la enfermería? —le pregunté.

—¿El hueso está intacto?

—Yo qué diablos sé... Los soldados me vendaron... Abandonaron los cañones —por primera vez Shílov soltó una furiosa blasfemia-, pero a mí me sacaron...

Sin doblar la rodilla de la pierna perforada, se sentó pesadamente en la banqueta.

— Sinchenko — grité. — Una camilla. ¡Rápido!

Shílov guardó silencio largo rato, por fin dijo:

— Estoy sentado, pienso en el batallón y no puedo darme cuenta: ¿el batallón fue aniquilado como resultado normal de las cosas? Sí, los combatientes estaban mal instruidos...

Blasfemó una vez más y, mirándome, continuó con inesperado ímpetu:

— ¿Piensa usted que todos se han dispersado como corderos? No, dos compañías lucharon valientemente... Ya ve, no han abandonado a su jefe, ya ve...

Y apretó otra vez los labios, sin terminar de hablar.

Trajerón la camilla al blindaje. Shílov salió apoyado en Sinchenko.

Rajímov preguntó:

-¿Nos concentramos en el bosque? ¿Vamos a establecer la defensa en el lindero?

-Sí.

No preguntó nada más. Rajímov cogió el papel y, delineando rápidamente el bosque, comenzó a distribuir los sectores de las compañías para una defensa circular.

12

En pocos minutos Rajímov trazó un tosco esquema: nuestro bosque, los poblados próximos, los linderos cercanos y los caminos. La configuración del bosque se dividía en sectores ocupados por las secciones. En el centro estaba

Los hombres de Panfilov marcada la casa del guardabosque, donde se hallaba el puesto de sanidad. Esta casa, como ya sabíamos, era lo suficientemente amplia y, con mi consentimiento, Rajímov dibujó allí una banderita roja: desplazábamos hacia allí, al punto central, el puesto de mando del batallón.

El esquema fue pasado inmediatamente en limpio, y con papel carbónico se hicieron cuatro ejemplares, para entregar a los jefes de compañía. Al entregármelo para que firmara, Rajímov dijo:

— Por la noche nos atrincheraremos sin ser vistos. Seguramente incluso al amanecer no nos notarán.

¡Ay, Rajímov! Era buen jefe de Estado Mayor, pero le faltaba algo para ser jefe de unidad.

— Telefonista — dije —, llame a la batería...

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón. Hable, camarada jefe de batallón. Al teléfono está el jefe de la batería.

Tomé el teléfono.

— ¿Observa al enemigo? ¿Los alemanes están en la aldea?

— Sí, camarada jefe de batallón. Los he dejado pasar, como usted lo ha ordenado.

— ¿Qué hacen?

— Junto al río tienden el puente a la luz de las hogueras. Otros están en las casas o en la calle, junto a los coches.

— ¿Están bien dirigidos los cañones?

— Sí, lo están.

— Lanza en línea recta, para que rujan, cuarenta proyectiles.

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón: cuarenta proyectiles, en descarga.

Un minuto más tarde, la capa terrestre dejó pasar hasta nuestro subterráneo la vibración de la descarga artillera.

Ahora ya no importaba que nos notaran.

Con el estruendo de los cañones que surgió inesperadamente sobre los campos tranquilos, yo anunciaba: ¡aquí estamos!, y esta voz rodó en las lejanas tinieblas.

Atáquennos, dirijan contra nosotros su artillería e infantería, azótennos desde el aire: ¡aquí estamos!

Privados de enlace, atenazados, no nos hemos retirado, por mucho que nos haya invitado a marchar el último camino libre, esa estrecha hendidura que mañana ya no existirá.

Pero no nos hemos quedado para ocultarnos, sino para encadenar el enemigo a nosotros, para atraer sobre nosotros ese golpe destinado a los que cubren Moscú en las nuevas líneas.

Nuestros cañones asestaban el golpe sobre un objetivo visible, en línea recta, a una distancia de setecientos metros. Cada descarga anunciaba: no nos hemos marchado, aquí estamos.

En algún punto, desconocido para nosotros, nos oye el Estado Mayor del regimiento. En algún sitio, Iván Vasílievich Panfílov tal vez alce la cabeza, enarque las cejas y exclame alegremente: “¡Oh, oh!”.

Llamé otra vez al teléfono al jefe de la batería.

— ¿Qué tal los Hans? ¿Han rugido? ¿Otra descarga! ¡Con las fugaces!

Y salí del blindaje.

Muy cerca tronaban los cañones. Se elevó en el cielo un resplandor blanco, ¡Así, así hay que darles!

En el bosque otra vez tinieblas, otra vez calma... y de pronto, como si fuera un eco retardado, rodaron hasta nosotros los sordos rugidos de otros cañones. Agucé el oído, escuchando ávidamente. Los cañones se dejaron oír una vez más. Rugían a unos diez kilómetros a la derecha, y parecía (era difícil determinarlo con exactitud) que fuera en la línea del batallón, en las orillas del Ruza. Detrás, llegaba desde la profundidad un sonido muy lejano, pero prolongado y potente. Parecía que del otro lado alguien pulsaba unas cuerdas tendidas invisiblemente en el cielo. ¡Eran los “katiushas”! Centenares de proyectiles lanzados simultáneamente, formaban en su trayectoria ese zumbido que se ahogaba en algún lugar lejano, donde dormían los alemanes.

El zumbido pasó rodando... y en el bosque, otra vez, silencio y tinieblas...

EN LA CASA DEL GUARDABOSQUE

1

El puesto de mando fue trasladado a la casa del guardabosque. Se reunieron allí los jefes e instructores políticos, convocados por mí.

Les dije:

—Escuchen mi orden. Primero: el batallón está cercado; hay que combatir dentro del cerco hasta que se reciba la orden de replegarse. Los jefes de compañía ya conocen los sectores de defensa circular. Hay que trabajar de noche, para que al amanecer cada combatiente se haya abierto su trinchera. Segundo: no entregarse prisioneros. Doy a todos los jefes el derecho de fusilar en el acto a los cobardes. Tercero: ahorrar los proyectiles. Prohibido el tiroteo de fusil o de ametralladora a larga distancia. Tirar sólo cuando se tenga la seguridad de dar en el blanco. Recoger los fusiles y las balas de los heridos y muertos. Destruir las armas de los muertos, aprovechar las balas. Disparar hasta la penúltima bala. La última para sí. Cuarto: la artillería hará fuego exclusivamente apuntando de frente, a bocajarro sobre el objetivo vivo. Disparar hasta el penúltimo obús. Con el último, volar los cañones. Quinto: ordeno poner al corriente de todo esto a los combatientes.

La orden fue escuchada. Esperé, por si alguien quería hacer preguntas. Pero nadie preguntó. La lámpara de petróleo parpadeando, iluminaba débilmente las paredes de troncos de la casa del guardabosque.

Los jefes e instructores políticos volvieron a sus secciones. Ordené a Boszhánov, instructor político de la compañía de ametralladoras, que se quedara.

—¿Boszhánov, dónde están tus águilas?

—Aquí, camarada jefe de batallón, junto al Estado Mayor.

—¿Cuántos son?

—Ocho.

Eran varios enlaces y la batería de ametralladores de Bloja, el mismo que en la reciente batalla, dejando que la fila enemiga en marcha se acercara lo más posible, la respunteeó con su fuego de puñal.

—Irás con ellos adonde están los alemanes — le dije.

Extendí mi mapa sobre la mesa y le mostré a Boszhánov la señal hecha con lápiz por el capitán Shílov. Allí, en ese punto, en la espesura del bosque vecino, estaban abandonados los cañones y los obuses del batallón de Shílov. Había que intentar sacar todo eso en las mismas narices del enemigo.

—Llévate los caballos, los arneses y la gente para recuperarlos. Actúa con audacia y cautela...

—*Aksakal*... — dijo Boszhánov con una sonrisa.

—¿Qué?

—*Aksakal*, quisiera pedirle a usted... deje que estos hombres sean mi sección.

Usted ya sabe que nuestras ametralladoras estaban adscritas a las compañías de tiradores, y que en nuestro batallón no existía, en realidad, una compañía especial de ametralladoras, aunque Boszhánov figuraba como su instructor político.

— ¿Pero qué sección será esa?

Boszhánov me respondió rápidamente:

— La reserva del jefe de batallón... Su sección, camarada jefe de batallón.

— Bueno, jefe de la reserva —le dije—, vamos a visitar tus tropas.

En el bosque se filtraba la luz tenue de la luna.

— ¡Alto! ¿Quién va?

— ¿Murin, eres tú? —preguntó Boszhánov en respuesta.

— Soy yo, camarada instructor político.

Toda la tropa de Boszhánov cabía debajo de un abeto. Bien apretados uno contra otro, los combatientes dormían cubiertos con sus capas-tiendas, calentándose sobre el colchón de hojas de abeto.

Murin montaba guardia. Junto a la pirámide de fusiles, negreaba la ametralladora.

— Hay que levantar a los hombres, Murin —le dijo Boszhánov.

El sueño se había pegado al enorme Galliulin con más fuerza que a los demás. Galliulin se enderezó un poco, se sentó y se echó nuevamente de bruces en el blando colchón de hojas. Lo zarandearon.

— ¡Tomen los fusiles! ¡A formar! —ordenó en voz baja Boszhánov.

Pasó revista a la corta línea, avanzó hacia mí y me dio el parte.

—Comunique mi orden —le dije.

—Pues bien, camaradas —comenzó Boszhánov, acercándose a la formación-, el batallón está cercado.

Y luego, igualmente en voz baja, expuso punto por punto la orden: ocupar la defensa circular, ahorrar los proyectiles, tirar sólo con la seguridad de dar en el blanco, disparar hasta la penúltima bala, la última para sí.

—La última para sí —repitió pausadamente, como midiendo las palabras. —Si quieres vivir, lucha a muerte.

Boszhánov ideaba a veces estos aforismos. Uno lo escuchaba, y de paso, decía una palabra, y en ella había filosofía y sabiduría... En la guerra he notado esta cualidad no sólo en Boszhánov. Un verdadero soldado, al que durante el combate se le agudizan todas las mejores cualidades espirituales, puede expresar una idea profunda. Pero para esto debe ser un verdadero soldado.

Boszhánov continuó:

—Tenemos cañones, ametralladoras; entre nosotros existe la fraternidad de combate... Que el alemán intente, que se atreva...

Yo dije:

—Camarada instructor político, explique la tarea del grupo.

Boszhánov explicó, sin apresurarse, que había que ir a las posiciones de los alemanes en busca de los cañones abandonados en el bosque.

—Pueden romper filas —dije cuando Boszhánov terminó. —Prepárense. Comprueben las armas. Recojan las cosas. Pero antes acérquense a mí, amigos.

En seguida estuvieron a mi lado. Sólo el largo Murin quedó de centinela junto a la ametralladora. Él también quería oír de qué hablábamos y, volviendo la cabeza hacia nosotros, estiró el cuello; a la luz de la luna brillaban sus gafas.

“¡Amigos!” Era la primera vez que llamaban así a mis soldados. Nunca me había gustado, al hablar con los combatientes, llamarlos: “jóvenes” o “muchachos”. Especialmente “muchachos”. ¿Manejamos juguetes acaso? Pero “amigos” es otra cosa.

—Hoy, camaradas, han combatido bien, a conciencia.

No estaban en formación. No era necesario dar una respuesta general. Nadie habló.

—Ahora tengan destreza; saquen despacio esos cañones y obuses. Entonces seremos ricos.

Murátov dijo:

—Camarada jefe de batallón, nos hace falta llevar embutidos.

Por lo visto, Murátov quiso hacer un chiste, pero nadie se rió. Al notar la desaprobación general, Murátov se apresuró a agregar:

—Camarada jefe de batallón, no lo he dicho en broma. Allí puede ser que los alemanes tengan tanques. Cuentan que ellos duermen dentro y que de noche atan perros a los tanques.

—No digas tonterías... —dijo severamente Bloja.

Esto no era una tontería. Era realmente necesario pensar en los perros, pero este instante exigía otras palabras, otra conversación. No se encontraban las palabras. Todos guardaban silencio.

— Camarada jefe de batallón, permítame — dijo Murin.

Me puse alerta, pero Murin preguntó simplemente...

— ¿A quién se le debe entregar la ametralladora?

Recordé cómo hacía tres meses se había aproximado Murin a mí por primera vez: llevaba chaqueta, la corbata un poco ladeada, tenía anteojos, era largo, poco diestro, no sabía cómo cuadrarse delante del jefe, no sabía dónde meter sus finas manos sin curtir. Se me había presentado ofendido: “Camarada jefe de batallón, me han anotado para servicios auxiliares. Me han dado un caballo y un carro. Y yo no tengo la menor idea de lo que es un caballo. Además, no vine para eso”. Recordé cómo después Murin, dejándose ganar por el pánico, huyó vergonzosamente junto con los demás, cuando, inesperadamente, tableteó muy cerca una ametralladora y alguien gritó “los alemanes”. Le había temblado el fusil cuando, de pie en la fila, apuntaba contra el cobarde que yo había ordenado fusilar ante la formación. Puede ser que Murin experimentase con más agudeza que otros los horrores de la guerra.

Ahora, después de oír la orden; al saber que hay que ir al campo enemigo, preguntó sencillamente:

— ¿A quién se le debe entregar la ametralladora?

¿Qué le ha ocurrido? ¿Se ha embotado por completo?

— Dudo, camarada Murin, que usted pueda ser útil allí. No podrá andar con los caballos. Quédese aquí, junto a la ametralladora.

Yo esperaba la respuesta de soldado: “¡A sus órdenes!”, pero no sucedió así, Murin no habló en seguida.

—Camarada jefe de batallón, permítame que le ruegue... En un momento como éste... -Se detuvo, tomó aliento, continuó con voz ronca. —Camarada jefe de batallón, en estos momentos se quiere estar junto con los camaradas. Le ruego que me mande donde vayan ellos... — ¡Así se explicaba todo!... O sea que él, igual que los otros, se conmovía, pensaba, comprendía lo difícil que era esta hora para el batallón. No sólo el servicio o la disciplina los movía en este momento, sino un sentimiento elevado: la decisión de morir por la patria, pero no entregarse, no retirarse, no ceder el paso al enemigo. Sentí que se entreabría para mí el alma del batallón, y me sentí seguro: lucharemos con dureza; mataremos al adversario, lo mataremos hasta quedarnos con la última bala.

Le dije:

— Bien, Murin. Galliulin, coge la ametralladora. Tomen las cintas y llévenlas al Estado Mayor. Bloja, forma a los hombres. ¡Éxito, camaradas!

3

Se sucedieron las horas nocturnas, y los pensamientos nocturnos. Los combatientes se enterraban por todo el lindero del bosque en la tierra helada, cortando las enormes raíces. Funcionaban las sierras, caían los árboles, se trazaban senderos para que pudieran maniobrar los cañones.

No nos ocultábamos. Que lo sepa el enemigo: ¡aquí estamos! No dominará el camino que pasa por Novliánskoie; este camino está bajo nuestro fuego. Por aquí, cerca de nuestro islote, no pasarán sus coches ni su artillería.

¿Y qué importancia podía tener esto? Las columnas alemanas afluyen por todos los caminos, por otros puntos, por Sipunovo, por Krásnaia Gorá. Pero si desde allá, tras de Krásnaia Gorá, nos respondieron nuestros cañones... En algún sitio se han mantenido los nuestros: en algún lugar se han aferrado a la tierra, igual que nosotros, han cortado el camino al enemigo en diferentes puntos.

Pero el frente está, sin embargo, desmembrado; la barrera ha sido rota; ¡los alemanes avanzan pasando de largo hacia Volokolamsk, hacia Moscú! ¿Se logrará detener al enemigo junto a Volokolamsk?

Otra vez sentía deseos irresistibles de estar allí: con Panfílov, con los nuestros.

¿Dónde estaría ahora Brudni? ¿Volvería antes del amanecer? ¿Traería la orden?

No, Baurdján, no esperes... El Estado Mayor del regimiento puede estar cercado. Y mañana, o pasado, la línea de combate estará a treinta o cuarenta kilómetros detrás de nosotros. Y la orden no llegará, ni habrá orden.

¿Qué hacer entonces? Yo soy el jefe, yo tengo la obligación de pensar serenamente en la peor variante. No habrá orden. ¿Qué hacer entonces?

El adversario cerrará el anillo, propondrá que nos entreguemos, le contestaremos con balas. Yo confiaba en los combatientes del batallón. Sabía que ellos creían en mí, en su jefe. Ahora están cavando y cavando, se inclinan ante la madre tierra, la protectora del soldado.

Metidos en las pequeñas trincheras no nos podrían alcanzar con obuses y bombas. Había que concentrar toda la artillería lanzada por los alemanes contra Moscú para matarnos a todos con fuego de cañón. Y resistiremos los

bombardeos. Resistiremos también el hambre. Tenemos caballos: hay carne de caballo para largo. ¡Intenten meter la nariz; a ver, aplástennos!

Tengo seiscientos cincuenta soldados. Cada uno de ellos matará a varios alemanes antes de caer en el combate. Será necesaria una división para aniquilar a nuestro batallón. ¡Media división será aplastada! Que los alemanes paguen este precio por un batallón de combatientes de Panfílov.

Yo estaba sentado pensativo en el puesto de mando, en la casa del guardabosque. Allí estaban los teléfonos, sus hilos se comunicaban con las compañías y los cañones.

Desde aquí puedo guiar la resistencia; puedo trasladar las fuerzas al encuentro del enemigo. Si rompiendo una brecha, hacen una cuña en el bosque, nos batiéremos en el bosque, mataremos tras de los árboles, tras de los troncos. La última raya, la última línea de defensa, pasará por aquí, por la casa del guardabosque.

No duermen los centinelas y los telefonistas después de haber sido relevados; están cavando la defensa alrededor del Estado Mayor; cavan zanjas, trincheras, nidos de ametralladoras de reserva; sierran árboles para el atrincheramiento. Taparemos las ventanas con troncos, abriremos unas mirillas, lucharemos también aquí, en esta casa. Han traído dos cajones con granadas, en la entrada está la ametralladora.

Confiaba en mis combatientes, en mis jefes: los alemanes no atraparán a ninguno vivo.

Se apoderó de mí una idea alarmante: ¿y los heridos?

¿Y los heridos? ¿Qué hacer con ellos?

Pasé por el zaguán a la segunda mitad de la casa, donde estaban ellos.

La mecha de la lámpara de petróleo sobresalía poco. Nuestro sanitario, el viejo Kiréev, de ojos azul claro, encendió la estufa. La puertecilla de la estufa estaba abierta y los resplandores de las llamas brillaban en la pared de maderos, en las mantas grises, en los rostros.

Alguien deliraba. Otro dijo en voz baja:

— Camarada jefe de batallón.

Me acerqué de puntillas. Me llamaba Sevriukov. Estaba acostado boca arriba, en el borde de una camilla construida a toda prisa; su cabeza estaba hundida en la almohada y no la levantó. Respiraba con un sonido ligeramente silbante: la metralla le había penetrado en el pecho; las heridas eran graves, pero no mortales. Un raro sentimiento se apoderó de mí: me pareció como si le hubiera conocido herido ya hacía muchísimo tiempo, cuando, en realidad, todo había ocurrido hacía pocas horas.

Me senté a sus pies. Apoyándose sobre los codos, Sevriukov trató de incorporarse un poco, pero dejó caer la cabeza y gimió sordamente.

Kiréev vino corriendo. Acomodó cuidadosamente a Sevriukov, refunfuñaba y le hablaba con cariño, como a un niño desobediente.

— Márchate, Kiréev — dijo brevemente Sevriukov. Quedó callado hasta que el sanitario se retiró hacia la estufa. Luego me dijo en un susurro:

—Inclínese un poco. Le quiero preguntar: ¿qué pasa allá? —me indicó la pared con la mirada. —¿Qué ocurre, camarada jefe de batallón?

—¿Cómo, qué ocurre?

—¿Por qué usted no nos envía a la retaguardia?

¿Qué contestarle? ¿Mentir? No. Que Sevriukov también lo sepa.

Le respondí:

—El batallón está cercado.

Sevriukov cerró los ojos. Su cara gris sobre la blanca almohada, con una barba ya crecida, con los cabellos pulcramente peinados y algo grisáceos junto a las sienes, parecía sin vida. ¿Qué pensaría? Se alzaron sus oscuros párpados.

—Camarada jefe de batallón... Le ruego que me dé un arma.

-Sí, es necesario, Sevriukov. Daré la orden...

Quise ponerme de pie, pero Sevriukov me agarró la mano.

—Usted. ¿Usted no nos abandonará? ¿No nos abandonará a nosotros?

Se aferraba a mí con los ojos y las manos.

—No, Sevriukov, no los abandonaré.

Sus dedos se entreabrieron, y soltaron mi mano. Me sonrió débilmente; él creía a su jefe de batallón. Con un gran peso en el alma me dirigí silenciosamente hacia la puerta. Pero oí de nuevo:

—Camarada jefe de batallón...

Me acerqué.

—¿Sudarushkin, eres tú?

Su cabeza parecía extrañamente voluminosa bajo la blanca gasa sin manchas de sangre. El vendaje envolvía también la frente, pero la cara estaba descubierta. Sobre la manta vacía una mano inmóvil como si no fuera suya: estaba vendada y también era extrañamente grande.

— ¿Cuándo te ha ocurrido esto?

— ¿Acaso no lo recuerda, camarada jefe de batallón? Si usted me susurró enfadado: “Calla”.

De modo que era él... Recordé la cara bañada en sangre, las manos rojas, mojadas, unos gritos desgarradores y monótonos. Le había ordenado “¡Calla!”, y él calló, sumiso.

Sudarushkin me preguntó:

— ¿Los han rechazado?

¿Para qué atormentar su alma antes de tiempo?

Le dije:

— Sí.

— ¡Gracias a Dios!... ¿Y a mí me dejarán ir a mi casa para restablecerme, camarada jefe de batallón?

— Indudablemente — le respondí.

Se sonrió.

— Y después, camarada jefe, ingresaré otra vez en su batallón, seré otra vez combatiente suyo...

— Claro.

Y me retiré rápidamente para no oír más preguntas, y no mentir al responderlas. Al dar vuelta vi al capitán Shílov. A medio sentar, cubierto con la manta hasta la cintura, apoyó la espalda en la pared de troncos y me miró. La lamparilla nocturna arrojaba una luz mortecina; las profundas sombras marcaban bruscamente la

delgadez de su rostro. Seguramente no podía ni intentaba dormir. Traído aquí con la pierna astillada, era el único que sabía, entre los heridos, lo que por ahora aún desconocían los demás. Sabía y callaba. También guardó silencio ahora; no me preguntó nada, ni siquiera despegó los labios.

¿Qué hacer con esta gente inválida, indefensa? Respóndame usted: ¿qué hacer?

¿Puedo obrar de esta manera?...

...Cuando se aproxime el final, cuando quede sólo una cinta de ametralladora, entraré aquí con la máquina. Me inclinaré muy profundamente y diré:

—Todos los combatientes han luchado hasta la última bala, todos están muertos. Perdónenme, camaradas. No tengo posibilidad de evacuarlos, pero no tengo derecho a entregarlos a los alemanes para que los martiricen. Moriremos como soldados soviéticos... Seré el último que recibirá la muerte. Primero estropearé la ametralladora y después me mataré.

¿Puedo obrar de este modo? ¿Y cómo obrar de otra manera? ¿Entregar los heridos al enemigo? ¿Entregarlos al suplicio? ¿Qué hacer exactamente, respóndame usted!

...Y no quedará en el mundo uno solo de los hombres que pueda relatar cómo desapareció el batallón de los combatientes de Panfílov, el primer batallón del regimiento de Talgar. Y alguna vez, después de la guerra, quizá sea encontrado en los archivos militares alemanes un parte en el que se leerá cuántos enemigos aniquiló el batallón soviético cercado. Entonces, tal vez, averigüen

Los hombres de Panfilov
cómo nos batimos y cómo perecimos en un bosque anónimo de las proximidades de Moscú... O a lo mejor ni siquiera se entere nadie...

Se sucedieron las horas nocturnas, y los pensamientos nocturnos.

5

Brudni no regresaba. Boszhánov no regresaba.

Llegué a caballo hasta el límite del bosque, donde estaban las líneas de trabajo. Los combatientes cavaban trincheras, metiéndose en la tierra hasta la cintura, hasta los hombros y aún más profundamente. Algunos se habían ocultado por completo; de los negros hoyos sólo se elevaban las palas arrojando la tierra.

La luna, ora alumbraba serena, ora se envolvía en la niebla. La helada estaba cediendo.

Miré hacia la oscura lejanía, desde donde podía aparecer Brudni. Sentía deseos de hacer otra descarga de cañones sobre Novliánskoie, sobre Novoschúrino. ¡No dormimos ni los dejaremos dormir! Pero era preciso economizar los obuses; hacían falta para retener el camino y para recibir con metralla, cuando llegase la hora, a las filas enemigas atacantes.

La noche se me hacía larga, muy larga. Desde el lindero, hice volver a Lisanka hacia el Estado Mayor. El sumiso caballo marchaba lentamente entre los árboles. No lo azuzaba. ¿Para qué?

Aproximadamente a la una de la madrugada sonó el teléfono en el Estado Mayor.

—Camarada jefe de batallón, a usted —dijo el telefonista.

Telefoneaba Murátov. Boszhánov había enviado al mejor corredor, para comunicarme que su sección se aproximaba, después de haber rescatado los obuses y los cañones.

Lisanka estaba ensillado aún. Me apresuré a salir al encuentro del grupo. ¡Oh! Cuatrocientos obuses. Ahora podremos lanzar un ataque sobre Novliánskoie, otro sobre Novoschúrino. Allí, en las isbas, se han apretujado en montón los alemanes para pasar la noche. ¡Ahora gritarán a toda voz, saldrán corriendo del calorcito, señores vencedores! ¡Nosotros no dormimos y tampoco los dejaremos dormir!

LOS OCHENTA Y SIETE

1

A caballo, y acompañado por Sinchenko, salí al encuentro de la columna, cerca del bosque.

Me detuve, dejando pasar los cañones. Las pesadas ruedas de artillería se hundían en la nieve hasta dejar ver la tierra negra. Boszhánov me informaba con vivacidad; nadie molestó a la pequeña tropa; no se había encontrado con patrullas ni con puestos enemigos. Los alemanes, mientras duermen en la aldea, no custodian los bosques.

Lisanka reconoció a Boszhánov y estiró hacia él sus morros: él acariciaba y “obsequiaba” con frecuencia al caballo; oí que en los dientes de Lisanka también esta vez rechinó el azúcar.

La pequeña tropa... ¿Por qué diablos pequeña?, pensaba yo. ¿Qué es eso? ¿Dónde ha reunido a esa gente?

Junto a los caballos, a los cañones y a los cajones de municiones, venían figuras con fusiles y capotes.

Interrogué:

— ¿A quién has traído? ¿Qué gente es esa?

Boszhánov me respondió alegremente:

—Casi cien hombres, camarada jefe de batallón. Del batallón de Shílov. Salieron del bosque en grupos de a dos y de a tres. Casi nos besan.

Di la voz de mando:

—¡Columna, firmes!

Se detuvieron los pesados caballos de tiro, cesó instantáneamente el chirrido de las ruedas.

—¡Los que no pertenezcan al batallón que se retiren! ¡Que no marchen tras los cañones! ¡Jefe de sección, Bloja!

—Presente.

—¡Compruebe el cumplimiento de la orden! ¡Sinchenko!

—Presente.

—Transmita mi orden al jefe de la compañía más próxima y luego al Estado Mayor, a Rajímov, no permitir en la zona del batallón a ninguna persona ajena...

—A sus órdenes, camarada de batallón.

—Márchese.

Salió al galope.

De la larga cadena de cañones se iban separando las oscuras figuras. Algunas se habían apartado y esperaban, otras venían a mi encuentro. Bloja me informó que en la columna habían quedado sólo los nuestros.

—¡Columna, en marcha!

Se pusieron en movimiento los cañones. Yo lo miraba todo en silencio. El último que marchaba con el fusil en la mano era Murin.

Al sentir las riendas, Lisanka echó a andar.

—¿Y nosotros? ¿Dónde vamos nosotros, camarada jefe?

—Donde quieran... Yo no necesito fugitivos.

2

Era toda una multitud la que venía tras de mí.

— Camarada jefe, acéptenos...

— Camarada jefe, el enemigo nos atacó por la espalda, por todos los costados. Por eso resultó así, camarada jefe.

— ¡Nosotros hemos salido del cerco, camarada jefe!

— ¿Y nos echa usted de su batallón para que cai-gamos prisioneros? No tiene derecho...

Yo no respondía. “Del cerco”, otra vez esa pala-bra, que ya se me había pegado al oído; la odiaba.

Sentía impulso de gritarles: “¿Y dónde están sus jefes? ¿Por qué no los han sujetado de las riendas?”. Pero recordé al capitán Shílov herido, recordé con qué pasión había dicho: “Dos compañías lucharon y no abandona-ron a su jefe herido”.

Y sin embargo, el batallón estaba aniquilado, dis-perso por el bosque. “¿Es esto un resultado normal?” Así se había interrogado Shílov en voz alta, no hacía mucho, en mi blindaje. Se había hecho esta pregunta y no le ha-bía dado respuesta.

Sus jefes les habían tenido lástima a estos solda-dos antes del combate. Huyeron del enemigo y, por con-siguiente, sus almas habían sido presas del terror. Ellos podrían huir también de aquí. No, no puedo, no tengo derecho de dejarlos entrar en nuestro islote, donde todos están alertas.

Alguien cogió las bridas.

— Camarada jefe de batallón, usted no tiene razón
— me dijo Boszhánov en kazajo.

¡Vaya! Se habían encontrado un intercesor. De modo que él, detrás de mí me hablaba en favor de los fugitivos que había conseguido reunir.

—Usted no tiene razón —repitió. —Estos son hombres soviéticos, son soldados rojos. No se puede obrar así, camarada jefe de batallón.

No lo interrumpí. Pero tampoco le contesté. Boszhánov continuaba:

—Desígneme jefe a mí. Yo los he traído y estaré con ellos en el combate. Dénos una tarea, dénos un sector de combate.

—No —le respondí.

3

Todos escuchaban y se aglomeraban junto a Lisanka, sin entender la conversación en kazajo. Por la entonación probablemente adivinaban: el grueso instructor político ha intercedido por nosotros, e insiste; pero ése —de rostro seco, flaco, que está montado a caballo, que calla todo el tiempo, y que no ha soltado una palabra—, ése no quiere. Algunos trataban de mirarme a la cara.

Lisanka tiraba todo el tiempo de las bridas y daba vueltas hacia nuestro bosque, como si también pidiera: vamos allá. Yo reflexioné sobre las palabras de Boszhánov. Y le dije: “¡No!”

Los hombres iban pisándome los talones, pero yo no cedía; compréndame usted, no podía tomarlos al servicio del batallón. Habría que hacer una gran labor con ellos: moldearlos, pulirlos, y estoy convencido de que

serían magníficos combatientes. Pero se necesitaba tiempo. Y yo no lo tenía. Quedaban muy pocas horas hasta el comienzo de una cruenta batalla.

¿Qué puedo hacer por ellos? Es mejor que se marchen, los ayudaré a que lleguen al lugar donde los pulirán, donde los templarán y harán de ellos combatientes. Pero aquí... Aquí no son necesarios.

Sinchenko regresó.

—Su orden ha sido cumplida, camarada jefe de batallón...

—¿Has telefoneado a Rajímov?

—Sí.

Esperé para ver si Sinchenko decía algo más, si traía alguna novedad de Rajímov. Pero callaba.

Solté un:

—Está bien...

Estábamos junto al camino que iba hacia Dolgorúkovka y que conducía hacia los nuestros. Allí, a lo largo de ese estrecho callejón estaban de patrulla nuestros exploradores de a caballo. Se les había planteado la tarea de observar incesantemente si el camino estaba libre, si no se había cerrado u obstruido la brecha.

Mandé llamar a uno de los jefes subalternos de exploradores y le pregunté:

—¿Qué hay de nuevo?

—Nada... Sin novedad, camarada jefe de batallón.

—¿Quién conoce el camino?

—Yo, camarada jefe de batallón.

—¿Sin pasar por Dolgorúkovka?

—Sí.

— Irás como guía. Acompañarás a estos.

Me volví hacia los hombres que estaban en círculo escuchando, y les enseñé el camino.

— Allí está Volokolamsk, allá están nuestras unidades. Los sacarán de aquí. Vayan.

Y dirigí a Lisanka de vuelta hacia el bosque.

4

Inesperadamente corrieron tras de mí.

— Camarada jefe... Camarada jefe...

— ¿Qué quieren?

— Camarada jefe... Acéptenos, camarada jefe.

Les contesté:

— ¡Déjense de regatear! ¿Han oído mi orden? No será admitida ni una sola persona ajena en la zona del batallón.

— ¿Pero qué tenemos nosotros de ajenos? ¡Somos de los suyos!

Camarada jefe, si usted me conoce personalmente. Yo soy Polsunov. En su presencia habló conmigo el general. ¿Recuerda?

Polsunov... No podía distinguir nada en las tinieblas, pero recordé un rostro juvenil, unos labios gruesos un poco dilatados, unos ojos grises y serios; recordé su terca respuesta: “Bien, camarada general”. ¡Y vaya en definitiva, lo que había resultado de ese “bien”!

— ¿Qué has hecho, Polsunov? El general te dijo: “Quiero oír hablar de ti, Polsunov”... ¿Y tú?

No respondió. Y le repetí:

— ¿Y tú? ¿Has huido?

Polsunov pronunció sombrío:

— Allí hubiéramos muerto por nada... Uno no tiene ganas, camarada jefe, de morir por nada...

Alguien que estaba a su lado habló audazmente:

— ¿Pero dónde nos íbamos a meter cuando el enemigo nos sorprendió por la espalda? ¿Teníamos que quedarnos en las madrigueras esperando a que nos diera el golpe de gracia? Pues nos escapamos. Lo digo abiertamente: yo también he corrido... ¿Y cuál era mi pensamiento? Ahora me das tú a mí, pero luego con un poco de destreza, te daré yo a ti... Ya ajustaremos cuentas. No me iré, camarada jefe hacia donde usted nos dice. Aunque me quede solo; ¡me haré guerrillero! Lo digo abiertamente: haga usted conmigo lo que quiera, pero yo no voy.

Le pregunté:

— ¿Su apellido?

— Combatiente Pashko.

Polsunov se apresuró a confirmar:

— Sí, camarada jefe, es realmente él. Pashko. ¿Usted a lo mejor tiene miedo de que pueda haber espías entre nosotros? Pero no, camarada jefe, conozco aquí a todos... Y además se puede comprobar por la documentación. Muchachos, ¿todos tienen sus carnets?

Pregunté:

— ¿Tienen todos fusiles?

— Todos... Todos...

— Que cada uno responda por sí mismo. ¿Tienen granadas?

— ¡Sí, tengo!

— ¡También yo!

Esta vez sonaron menos voces.

— ¿Las han perdido de miedo? Polsunov, serás el responsable. Forma a la gente. Hazles adquirir aspecto militar. Los que tengan granadas, se forman en el flanco derecho.

Sin esperar otra orden, comenzaron a formar.

Polsunov me dijo:

— Camarada jefe: aquí hay quien tiene graduación más alta que yo.

— Luego nos entenderemos en cuanto a las graduaciones. Ahora todos ustedes tienen una sola graduación: desertores.

Se oyó nuevamente la voz de Pashko:

— ¡Yo no acepto eso!

— ¡Cállense!

Pashko parecía más audaz que los demás, pero la primera valentía del soldado — la obediencia absoluta a la palabra del jefe — no era propia de él. Sí, aun teniendo una cabeza de oro, pasarás malos momentos si el soldado no está adiestrado, como decía Panfilov... Sí, no debería admitirlo... Sin ninguna alegría en el corazón, di la voz de mando:

— ¡Alinearse! ¡Polsunov, alinea las filas! ¡Firmes! ¡Basta de conversaciones! ¡Ni un solo movimiento! ¡Por orden de número!...

Polsunov me informó que en la formación, incluido él, había ochenta y siete combatientes.

— ¡No son combatientes! ¡Ochenta y siete fugitivos, ochenta y siete gallinas! No tengo mucho que decirles. Ustedes han vertido lágrimas: acéptenos. Moscú no cree en lágrimas. Yo tampoco creo. Mi orden es inalterable: ni un

solo cobarde, que haya huido de las líneas, penetrará en la zona del batallón. En nuestras filas ingresarán solamente los combatientes. Ustedes se dirigirán al mismo sitio de donde se han escapado. Irán más lejos aún; a la retaguardia del enemigo, y ahora mismo. Regresarán victoriosos. Entonces tendrán abiertas las puertas del batallón. Designo jefe del destacamento al instructor político Boszhánov. ¡Media vuelta a la derecha! ¡Síganme, *march!*

5

Recogí las bridas y dejé que Lisanka anduviera a paso uniforme y no muy rápido. En pos de mí venían ochenta y ocho hombres en formación de a dos. A mi lado iba Boszhánov.

Me pidió indicaciones. Le dije de mala manera:
— Espera...

Yo estaba taciturno. ¿Dónde los llevaba? Iba al tuntún, sin haber hecho ninguna exploración previa, sin plan, sin saber yo mismo dónde me dirigía. Los hombres no están divididos en secciones, en compañía, no saben cuál es su lugar en el combate; no sabrán desplegarse en formación militar. Aunque van formados en filas de a dos, no dejan de ser una multitud. Habría que haber designado exploradores de vanguardia. Tendría que haber llamado a una o dos de mis secciones para irrumpir en las posiciones de los alemanes desde varios lados. Habría que... ¡Ay, cuántas cosas más sería necesario hacer!...

De cuando en cuando me mortificaba la conciencia del deber. Comprendía que yo era necesario en el batallón. ¡Mi lugar no estaba aquí! ¿Para qué diablos tenía que

Los hombres de Panfilov marcharme con estos, y el diablo sabe dónde? No tengo derecho a abandonar el batallón, no debo meterme en empresas irreflexivas y absurdas, que no terminarían bien.

Me cruzó una idea por la mente: ¿y si, en mi ausencia viniera Brudni y trajera la orden? Y me sonreí: no te consueles, no habrá orden.

Se extendía una franja de nieve, negra por el polvo. Lisanka iba salvando los embudos. Era la línea de nuestras viejas trincheras. Ahora están silenciosas, desiertas.

A un costado, en Novliánskoie, se veían dos o tres ventanas iluminadas. Los alemanes no nos temían; no le daban importancia al camuflaje ¡Está bien; esperen!

Eché una mirada hacia atrás y miré la formación extendida.

Ochenta y siete fugitivos. ¿Qué podrían hacer? Ay, no es así, no es así como debiera hacerse todo esto... Recordé que hacía una semana yo había enviado a un centenar de águilas a una excursión nocturna. Entonces sentíamos escalofríos; sentíamos el estremecimiento del entusiasmo, del azar, presintiendo el éxito del combate. Aquello sí que fue una operación: una idea, un cálculo, un golpe a ciencia cierta.

¿Pero ahora? ¿Para qué iba yo? ¿Qué diablo me guiaba a lo incierto, al azar?

6

Pasamos la línea de las trincheras desiertas y descendimos hacia el río. Aquí todos los senderos; todos los troncos, hasta los más pequeños, echados de una orilla a la otra me eran conocidos.

Junto a uno de estos puentecitos detuve a la gente. Corría el río por encima de los troncos tendidos de un extremo a otro, murmurando como blanca catarata. Al otro lado, a unos cien pasos del agua, se perfilaba el bosque.

A media voz expliqué la tarea: aproximarse a Novliánskoie por el otro lado, por el bosque; junto a la aldea vadear nuevamente el río; irrumpir en ella, matar a los alemanes, incendiar sus coches y el puente de pontones.

Luego pregunté:

— ¿Entendido?

Respondieron en voz baja, y no muchos.

— Entendido...

No existía esa agitación y ese entusiasmo general que reina antes de la batalla. Estos hombres, que acababan de huir de los alemanes, no podían creer que ahora ellos mismos serían terribles para el enemigo. ¿Y yo? ¿Yo lo creía?

— Por aquí pasen de uno en uno. Luego avancen uno tras otro, distanciados — ordené —, ¡Polsunov, tú primero!

Corrió con la bayoneta calada, agazapado... Se detuvo ante el puentecito; pisó sobre los troncos resbaladizos... Luego su figura se perdió en la oscuridad del río. Pero muy pronto reapareció en la blanca pendiente de la otra orilla.

Polsunov subió por la pendiente y se echó a tierra al llegar a la cima, luego se incorporó, se puso derecho y se encaminó hacia el bosque.

Yo dije:

— ¡El del flanco derecho, adelante! En el bosque vayan uno tras otro, por orden de numeración. Distancia: de cinco a diez pasos.

Obedeciendo a mi mando, Lisanka entró en el río. Aquí no era profundo, le llegaba a la panza.

¿Por qué había ordenado que en el bosque fueran de uno en uno? ¿Por qué con esa distancia? Le descubriré mi secreto pensamiento...

Yo pensé: los cobardes se ocultarán. En las tinieblas del bosque eso es fácil: uno se echa a un lado, se confunde con un árbol y desaparece. Y que se lo lleve el diablo, ¡qué se pierda! ¡Qué vague sin patria y sin honor! Pensé que seguiría adelante la mitad o menos. A esos les creería, los haría volver y los llevaría al batallón.

Alcancé a Polsunov y marché entre los árboles, a la cabeza de todos, sin apartarme del límite. Y no miré hacia atrás.

El frío menguaba, caían gotas de las ramas. Las nubes ocultaron la luna, que apenas se reflejaba como una mancha turbia y desvaída. Y ya está aquí el extremo del bosque. Junto a él, pasa el camino que lleva a Novliánskoie.

Muy cerca está el puente de pontones, luego una pequeña colina; sobre la colina, la aldea. Varias ventanas están claramente iluminadas.

Los hombres llegaban uno tras otro. Boszhánov cerraba la formación. Ordené formar.

— ¡Polsunov! ¡Pase lista, veremos cuántos hay presentes!

Cruzó de un extremo a otro y me comunicó en un murmullo:

— ¡Ochenta y siete, camarada jefe!

¿Ochenta y siete? ¡Están todos aquí! ¡Todos han venido a combatir!

Una sensación de alegría me recorrió el cuerpo. Ya sentía que me eran queridos, que mi corazón ya los había aceptado.

Oímos el zumbido de un motor de automóvil que se aproximaba. Volví la cabeza hacia donde venía el ruido y, de pronto, a través de los árboles, nos sorprendió la blanca luz de un proyector. Los faros del coche, levantados sobre un recodo abrupto, alumbraban vivamente. La curva del camino hizo que los haces de luz se dirigieran hacia nosotros.

En las filas nadie se movió. Todos palidecieron, apretaron los fusiles relucientes y miraron con tensión hacia adelante. Las sombras de los árboles avanzaban lentamente: negras, como si estuvieran recortadas.

La luz resbaló más lejos. Balanceándose hacia arriba y hacia abajo, los blancos haces se retiraban, se acortaban y se enfocaban sobre el camino.

Salté de la montura. Después de mirar esos rayos cegadores no podía distinguir nada ni a nadie; apenas se veían confusamente las blancas patas de Lisanka.

— ¡Cuerpo a tierra! ¡Atención! — ordené.

Los ojos se acostumbraron otra vez... Los faros se reflejaron en el agua. Llegó hasta nosotros el ruido del coche que pasaba por los maderos del puente. Al encuentro del coche apareció la manchita roja de una linterna. El coche salió a la otra orilla y frenó. En la franja de la luz entró un centinela. Algunos gestos eran comprensibles.

Dando vuelta, señaló un par de veces hacia el bosque donde estaba emplazado nuestro batallón. Luego indicó la dirección de Krásnaia Gorá. Evidentemente, por allí pasaba el circuito.

Sonó el motor. El coche subió por la pendiente. Los faros sacaron por un instante de la oscuridad la calle argentada, donde surgieron caminos y casas. Luego los haces se hicieron a un lado y avanzaron a lo largo de la orilla, hacia el circuito.

Alguien se acercó a mí:

— Camarada jefe, yo me encargo...

Esa voz me era conocida.

— ¿Pashko?

— Sí... Yo me encargo.

— ¿De qué?

— De acuchillarlo...

— ¿Al centinela? ¿Cómo?

Pashko entreabrió el capote: brilló nítidamente un cuchillo finlandés.

— Quédese tranquilo — dijo. — Luego silbaré.

— No se debe... — Le entregué una linterna. — Toma.

La encenderás tres veces.

Se metió la linterna debajo del gorro.

— Puedo hacer la señal con la de trofeo. Con rojo.

¿Se puede?

— Sí, se puede... Si enciendes tres veces, el camino está libre. ¿Podrás hacerlo sólo?

— Sí...

— Anda...

Pashko desapareció rápidamente.

Bueno, que ocurra lo que tenga que ocurrir. Ya no puedo retroceder. ¿Pero irrumpiremos así, como una horda? Llamé a Boszhánov:

— Divide a los hombres en grupos de diez... De un grupo encárgate tú: golpea por la espalda a la guardia que está emplazada enfrente del batallón. A un grupo de diez le das la tarea de incendiar el puente... Los restantes que actúen en la aldea; lleva allí a todos los que tengan granadas...

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

Comenzó a dar órdenes.

Pasaron dos coches más. Otra vez apareció el centinela en la franja de luz. Otra vez los faros iluminaron la calle. En una casa se abrió la puerta, salió un hombre alto en ropa interior, descalzo y, desperezándose soñoliento, estuvo un rato en el umbral. Canallas, míralos cómo duermen en el frente; se han quedado en ropa interior, duermen dentro de las casas, en camas.

Nuevamente todo se perdió en las tinieblas. Los blancos haces de luz, balanceándose, giraron hacia un costado y siguieron el camino circular.

Todos estábamos echados, mirando con tensión hacia el lado donde había desaparecido Pashko. ¿Lo lograré? ¿Daré la señal? ¿Y luego? ¿Cómo será ese “luego”?

¿Pero dónde está la señal? Trascurrieron unos minutos penosamente largos. Ah, parece que ya...

Junto al puente, en la oscuridad, en una mano invisible surgió un pequeño círculo rojo... Quedó como suspendido y luego desapareció... Una... Alumbró otra vez... Dos... Y las tres veces.

Exclamé:

— ¡En pie! ¡Prepárense! ¡Las granadas para el combate! Bueno, camaradas... La ley del soldado es: ¡mata o estás perdido! Irrumpan en silencio. Boszhánov, ¡condúcelos!

— ¿Por el puente?

— Sí.

En un susurro ordenó:

— ¡Sígueme!

Y salió corriendo. Tras él se lanzaron todos.

Un minuto más tarde se oyó ruido de pisadas en los maderos del puente. Todo salió bien... Resultó bien hasta con absurda facilidad. Entré lentamente a caballo en el puente y pasé a la aldea, iluminada por el purpúreo resplandor de los incendios.

En algunos sitios aún estallaban las granadas, por todas partes chasqueaban los tiros y resonaban gritos.

Después de colocar la guardia en el lado del bosque donde se había concentrado nuestro batallón, los alemanes se habían acostado a pasar la noche en camas o sobre el heno, desnudándose y quedándose en ropa interior. Al oír el tiroteo y la explosión de las granadas, comenzaron a desesperarse, a agitarse y se escondieron por todos los rincones; debajo de las camas, detrás de los hornos, en los sótanos, en las cocheras. Los sacaban de allí tiritando de frío y de terror.

No describiré estas escenas.

Ardía el puente rociado de petróleo. Se delineaba la maciza sombra de la iglesia. ¿Cuántas veces al día había vuelto yo a este atrio? Los cristales habían saltado, los agujeros de las ventanas eran negros; en un trozo de cristal roto se reflejaban las llamas.

Envié a Sinchenko para que encontrara a Boszhánov, ordenándole reunir a los combatientes y conducirlos al batallón.

9

Otra vez marchaba Lisanka entre los árboles, camino de la casa del guardabosque. Y otra vez sentí el desaliento en el alma. Iba sentado pesadamente sobre la montura, con todo mi peso, sin experimentar la sensación de una persona alada, sin sentir la felicidad de la victoria.

Usted conoce mis convicciones, mis creencias de oficial. De Panfílov recibí el legado: la victoria se forja antes de la batalla.

¿Pero qué hice yo aquí antes de la batalla? Encontré a unos fugitivos, los conduje al azar. Y nada más. “Las fáciles victorias no adulan el corazón de un ruso”, dijo Suvórov.

Atormentadores pensamientos se apoderaron de mí. Bien, hemos matado un centenar y medio o dos centenares de alemanes. ¿Y más adelante? Porque el batallón continúa estando como antes, dentro del cerco, continúa siendo un islote en medio de un sinnúmero de enemigos.

Durante todo el camino que me conducía hasta la casa del guardabosque me impacientaba una idea: ¿no habría vuelto Brudni, no habría llegado la orden? Claro está que esta constante espera de la orden de retirada no es propia de un valiente, es indigna. Pero ésta es la realidad. Yo la ocultaba a todos, pero no la podía ocultar a mi conciencia.

10

En la amplia habitación del Estado Mayor, hecha con troncos de árboles, había una lámpara encendida. Rajímov se puso en pie expresando su cansancio.

¿Valía la pena preguntarle? Le pregunté, sin embargo aunque ya conocía la respuesta por la expresión de su rostro. Si Brudni no había venido, no había orden. Trajeron la cena. No tenía apetito...

Se acercaba el amanecer. El reloj marcaba cerca de las tres.

Sería conveniente dormir hasta el alba. Pero me figuraba que no me quedaría dormido.

—Rajímov, acuéstate. Descansa —le dije.

—¿Y usted?

Llamé a Sinchenko.

—Sinchenko, ¿hay vodka? ¿Quieres beber, Rajímov?

Se negó. Le eché a Boszhánov y serví para mí. Beberé, quizás así me duerma...

LA MAÑANA

1

Me recosté, colocándome bajo la cabeza el chaquetón forrado de guata que olía un poco a chamusca. Encendí un cigarrillo, miré el reloj y vi sobre el banco mi gorro de orejeras. Estaba un poco lejos, no se hallaba en su lugar. Habría que recogerlo, atarlo a la correa de la funda del revólver para saltar a la señal de alarma, en caso de apuro, sin andar buscando... Pero no tenía deseos de pensar en alarmas ni en lo que más adelante me esperaba. Sin embargo me levanté. Estos contados pasos para recoger el gorro, que me hacían volver a la realidad, los hice con gran fuerza; era más de lo que podía. Sentía necesidad de olvidar, de marcharme con mis pensamientos de esta casa, del bosque...

Me tendí otra vez, cerré los ojos... Me invadieron las escenas del pasado, tan agradables al corazón. Ahora es imposible reconstruirlas. ¡Tantas cosas cruzaron por mi mente.

Sólo una cosa sé con certeza; no pensaba sólo en mí, pensaba también en el batallón. Bueno, eso también es pensar en mí.

En aquellos minutos mis deshilvanadas visiones no estaban, indudablemente, subordinadas al párrafo del reglamento que permite al jefe, cuando habla de su unidad decir: "Yo". Esto era para mí no un párrafo, sino el honor, la conciencia, la creación, la pasión. ¿Cómo expresarlo de otro modo? En mi batallón estaba incluido realmente todo mi "yo". Era mi creación, lo único que había creado sobre la tierra.

Rememoré distintas cosas: seguramente algunas pequeñeces; otras conmovedoras o ridículas.

¿Quiere usted un ejemplo? Bien, aquí va uno.

2

En un soleado día de agosto, salió el batallón al campo de tiro. Nuestro campamento estaba situado junto al rápido riachuelo montañoso Talgarka. No muy lejos, en la aldea Talgar, reverdecían los jardines donde se cultivan las enormes manzanas de Alma-Atá, las mejores del mundo. Estábamos rodeados de una planicie esteparia, requemada por el sol. Pero al sur, se elevan sobre la estepa las faldas de la montaña Tianchan. Allá en la cumbre, distanciándose del resplandor del cielo, apenas con una rayita casi imperceptible, brillan las nieves perpetuas de las cimas. Esto es el sur de Kazajstán; esta belleza jamás la podré describir.

La estepa es el campo de tiro ideal. Este campo ideal está al lado de uno mismo, bajo nuestros pies, es llano como una tabla de planchar.

Pasear dos o tres kilómetros por esta llanura, disparar y volver, es fácil y agradable. Pero yo preparaba a los hombres para la guerra. ¿Es fácil? ¿Es agradable este campo? ¡Entonces no sirve! Llevé el batallón a las montañas.

Trepamos al primer rellano Estaba lleno de púas, de malezas de la enredadera “kurai”. No, aquí no se podrá tirar.

Una abrupta pendiente pedregosa conducía hacia el siguiente rellano. ¡Batallón, adelante! ¡Síganme! Escalamos la montaña. Era demasiado empinada. Las piedras rodaban estrepitosamente cuesta abajo al pisarlas la bota del soldado.

Ascendimos. ¡Maldito sea, aquí tampoco hay donde tirar! Como una pared casi de la altura de un hombre crecía una jugosa hierba. ¿A dónde ir? Subiendo la pendiente ya se veía el oscuro verdor del bosque de encinas. Así son los contrastes de las montañas. Pero le diré, de paso, que así es todo el Kazajstán. ¿Nadie le ha relatado la leyenda de la creación del Kazajstán? En los días de la creación, Dios creó el cielo y la tierra, el mar los océanos, todos los países, todos los continentes, pero se olvidó de Kazajstán. Se acordó a último minuto y ya no tenía materia. Recortó rápidamente trocitos de diferentes sitios: un extremo de América, un borde de Italia, un trozo de desierto africano, una franja del Cáucaso, y los juntó en el sitio que corresponde a Kazajstán. Allí, en mi patria, encontrará usted de todo: extensiones de salinas áridas como maldecidas por los mismos cielos, eternamente desiertas, y los rincones más florecientes, como benditos por los cielos.

¿Pero dónde disparar? Formé al batallón en cuatro filas y conduje este muro contra la pared de hierba. Marchamos hacia adelante y hacia atrás unas cuantas veces. Las pesadas botas militares aplastaban, partían y pisoteaban la hierba. Por último marchamos arrancando con las manos los tallos que se habían salvado. Me coloqué a un lado, observando con entusiasmo. ¡Qué fuerza tiene un batallón! Pronto llegará nuestra hora y mi batallón, disciplinado, preparado y forjado para el combate, irrumpirá entre los ejércitos enemigos y pasará igual que ahora: los pisoteará. Ya sabía yo que la guerra no era así, pero sin embargo, así me la imaginaba.

En la hierba se había abierto un amplio y largo rectángulo. En un extremo se instalaron los blancos. El batallón continuaba en formación. Todos veían las cabezas cubiertas con cascos, que llevaban la señal de la svástica encima de la visera, dibujadas con carbón sobre chapas. Sentí deseos de experimentar una vez más la fuerza del batallón. Ordené a la primera fila que se echara a tierra, a la segunda que tirara de rodilla, y luego ordené:

— Tiren en descarga sobre los fascistas... Batallón...

Hice una pausa. Varios centenares de fusiles apuntaban sobre cuatro blancos. El fuego en descarga de batallón no estaba incluido en el reglamento, pero hice una prueba:

— ¡Fuego!

¡Diablos! De una sola descarga nos hemos quedado sin blancos. Parecía que los hubieran segado. Setecientos disparos de una vez es una cosa bastante terrible. Las finas columnas, a las que estaban clavadas las tablas,

habían sido pulverizadas por las balas y la chapa se había hecho astillas, estaba destrozada. Yo lanzaba juramentos y me reía: tantos esfuerzos inútiles: trepar, preparar un campo de tiro, y otra vez no podíamos tirar...

Así aprendíamos, así desmenuzábamos al enemigo antes de la batalla. Pero ahora... Del "ahora" ni siquiera quería pensar.

Y otra vez se adueñaron de mi corazón las queridas escenas del pasado. No, no todas ellas estaban relacionadas con el batallón. También había otras cosas. ¡Quién las recuerda ahora!

3

Y de pronto resonó la voz de Brudni:

— Camarada jefe de batallón...

Di un salto. Rajímov ya estaba en pie. Su capote se había caído al suelo. Él, mi escrupuloso y tranquilo jefe de Estado Mayor, no se inclinó a recogerlo. Sonreía, y miraba a Brudni y a Kurbátov.

Entraron los dos juntos. En los capotes de ambos brillaba aún la lisa costra del barro húmedo; seguramente en algún lugar habrían pasado arrastrándose.

— Camarada jefe de batallón, con su permiso...

Recuerdo que me dominó un pensamiento: ¿no sería un sueño? No, era Brudni vivo; era su hablar rápido, su rápida mirada, sus mejillas del color de la grana.

— Tienes la orden?

— Sí, camarada jefe de batallón.

Brudni me alargó una nota.

El jefe del regimiento, comandante Elin, ordenaba replegarse.

En unas líneas escritas rápidamente, el comandante Elin me informaba que en el bosque, tras la aldea Dolgorúkovka, nos esperaba uno de los jefes del Estado Mayor, quien nos indicaría la ruta a seguir hasta Volokolamsk, lugar de concentración del regimiento.

¡Hacia Volokolamsk! ¡Una retirada de treinta kilómetros! Pero no había tiempo para vivir las emociones. Miré la hora. Eran las tres y media. ¿Sería posible que sólo hubiera estado acostado unos cuantos minutos? ¿No se habría parado el reloj? No. Eran las tres y media, y a las siete amanecía.

4

En la penumbra marcha el batallón por la blanduzca tierra deshelada, formado en columnas por secciones, marchan los combatientes, van los cañones, los carros de dos ruedas con ametralladoras, carros con municiones, carruajes sanitarios, y otra vez los combatientes.

Yo, por costumbre, dejo pasar a mi lado la formación; luego azuzo a Lisanka, doy alcance a las filas, y otra vez las dejo pasar. A veces, en el cielo negro, se asoma la luna como una mancha confusa. Kráiev conduce la columna. A la vanguardia va su compañía. Kráiev va salpicando el agua, balanceando sus largos brazos y, como siempre, un poco inclinado hacia adelante, marca el paso con esmero, dando el ritmo. Los combatientes avanzan de cuatro en cuatro, sin retrasarse. Pasa la compañía.

Detrás de ella va el carruaje de la sección sanitaria, colocado entre las unidades de combate. Conducimos a cuarenta heridos. Reconozco a nuestro sanitario, el viejo Kiréev, algo obeso, barrigón. Se ocupa de sus tareas incluso durante la marcha; va junto a su carreta, inclinado sobre alguien, arregla algo, tal vez la cabeza de alguno; lo envuelve la penumbra.

Dejando a un lado Dolgorúkovka nos aproximamos al camino, al mismo que hemos mencionado más de una vez en nuestro relato; el camino pavimentado que llevaba a Volokolamsk y que allí, casi en ángulo recto, entraba en la carretera de Volokolamsk.

Pocos días antes, el 16 de octubre, los alemanes habían agrupado una fuerza de choque y se lanzaron sobre este camino, calculando quebrar nuestra defensa con un solo golpe y luego, sobre la marcha, en tanques, camiones y motocicletas, irrumpir en Moscú por la carretera de Volokolamsk. Rechazados junto al sovjós de Bulichev, detenidos los días siguientes en otras líneas, los alemanes no querían creer en el fracaso, porque conocían las ínfimas fuerzas de las tropas que se les oponían. Ellos creían que era necesario un esfuerzo más y la barrera sería rota; se abriría el camino a Moscú, la asfaltada carretera de Volokolamsk. Nuestras unidades que luchaban en el camino se retiraban. Pero al día siguiente, los mismos regimientos y batallones, se alzaban nuevamente en el camino del enemigo, obligándolo otra vez a entablar un combate prolongado. Los alemanes cada vez pensaban que era la última resistencia, la última batalla; y se despedazaban tercamente sin querer abandonar la dirección elegida. La carretera de Volokolamsk seguía siendo el eje del golpe principal alemán.

Más allá de Dolgorúkovka nos esperaba el ayudante del jefe del Estado Mayor del regimiento, el teniente Kurganski.

Llegaron junto con Kurganski varios carros de víveres para el batallón. Nos enviaban una tonelada de pan blanco, horneado la noche anterior en Volokolamsk.

Los carros nos esperaban en el bosque. Decidí ocultar en ese lugar el batallón, dejar que los hombres comieran, descansaran y también que se alimentara a los caballos.

Pero a los resistentes caballos de tiro de la artillería les tocaba aún hacer el camino de vuelta. En el bosque abandonado habían quedado ocultos seis cañones y cuatrocientos proyectiles, los que habíamos conseguido la noche anterior. Decidí volver a sacarlos ante las narices de los alemanes.

Por el este apuntaba el día, pero a nuestro alrededor todo estaba envuelto en niebla. El batallón se concentraba en el bosque. Me dirigí a Boszhánov.

— ¡Boszhánov! ¡Detiene a los tuyos! Que den diez pasos a un lado.

Ordené a las otras secciones: “¡De frente!” y eché un vistazo a mis reservas, no previstas por el reglamento. En el extremo cerraban la formación mis ametralladores, que estaban en pie junto al carro de dos ruedas de las ametralladoras. Detrás, formados en filas, estaban los que había admitido esa noche en el batallón.

Le ordené a Boszhánov que llevara los caballos percherones e intentara, aprovechando la niebla, traer los obuses y los cañones.

—Llévate todo tu grupo. Protege los cañones por los cuatro lados. Si llegas a tropezar con algún grupo pequeño, trata de aniquilarlo. Pero no entres en combate serio. Es mejor que hagas volar los cañones y entonces, te retiras. Sé rápido, recuerda que te esperamos aquí.

Poniéndose firme y llevando cuidadosamente la mano a la visera, Boszhánov respondió:

—A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

Me pareció más esbelto que de costumbre: su rostro era enérgico; le gustaba ser jefe, le gustaba resolver independientemente tareas difíciles.

6

Los combatientes encendieron hogueras, hirvieron el té, se secaban. Muchos cortaron ramas de pino y se acostaron sobre ellas; era un verde colchón de plumas para el soldado. En las cocinas de campaña hervía la sopa de carne. El batallón descansaba, después de haber sido designada la guardia circular.

Amanecía. Deshelaba. Se disipaba la niebla. Se iniciaba una mañana sombría.

Cerca de las diez, cuando, según mis cálculos, ya era la hora de que regresara Boszhánov, se oyó en el cielo el zumbido de aviones que se aproximaban rápidamente. Los vimos. A poca altura, bajo la capa de nubes, no lejos de nosotros, volaban los bombarderos alemanes. Casi instantáneamente se dejaron oír desde la tierra ametralladoras y cañones invisibles. Tronaron las pesadas explosiones de las bombas de aviación. Los aviones ve-

—**Los hombres de Panfilov** nían en oleadas, una tras otra, arrojando su carga en cierto punto, a unos cuatro o cinco kilómetros de nosotros, por donde pasaba el camino asfaltado a Volokolamsk. De repente, la descarga se multiplicó con brusquedad. Ya no había aviones en el cielo, pero allí donde acababan de caer las bombas sonaban estridentes los cañones: y no diez ni veinte, sino seguramente un centenar o centenar y medio de ellos. Mis jinetes enviados a aquel punto trajeron el siguiente informe: se lleva a cabo un ataque de tanques de los alemanes; nuestra artillería combate contra los tanques enemigos.

Al poco tiempo comenzaron las descargas al otro lado, y también a cuatro o cinco kilómetros. El fuego de artillería era allí mucho más débil, pero hasta nosotros llegaba el tiroteo de fusiles y ametralladoras.

Y Boszhánov no había regresado... ¡Qué diablo me habría incitado a dar aquí descanso al batallón! ¡Qué diablo me había hecho enviar los caballos y los combatientes a buscar los cañones!... Habría que haber volado los cañones, y basta.

¿Adónde puedo moverme ahora sin los caballos de artillería? Pero no es ésa la única dificultad. ¿Acaso me puedo marchar sin esperar a la sección abandonándolos? Hay que retirarse lo más pronto posible, como nos lo han ordenado, pero no puedo moverme...

Le dije a Rajímov:

— Transmita mi ¡orden a los jefes de compañía: poner en pie a la gente y ocupar posición de defensa circular.

EN EL CRUCE DE LOS CAMINOS

1

En la carretera, allí donde no llegaba la vista, después de una pequeña pausa, otra vez bramaron furiosamente los cañones. En ese estruendo absoluto el oído apenas podía diferenciar algunos disparos.

Del otro lado tampoco disminuía la batalla.

Y, ¡maldición!, Boszhánov no llegaba. Yo me maldecía, lo maldecía a él, enviaba jinetes a su encuentro, me martirizaba. Pero —irritarse o no irritarse daba lo mismo— no podía moverme. Yo solo me había metido en el cerco, en un callejón sin salida...

Los combatientes construían en el lindero la defensa circular.

Esto se hacía por si acaso... En cuanto aparezca Boszhánov lo abandonaremos en seguida y nos marcharemos. El soldado, naturalmente, refunfuñará: "Hemos cavado en vano". Quiera Dios que sea en vano.

Recorrí las compañías con Rajímov. Después de un breve descanso, después del pan blanco y de la comida caliente con carne, la gente estaba más alegre. Me recibían con bromas. El cercano estruendo de los cañones y el tiroteo desde distintos sitios no producía en ellos

—**Los hombres de Panfilov**
casi ninguna impresión. Esto ya no era nuevo para nosotros; el calvario del terror pertenecía al ayer, a la historia del batallón. Pensé: nos sabremos defender.

2

Hice llamar a los jefes de compañía a la tienda de campaña del Estado Mayor. Les expliqué que la sección de Boszhánov, que había salido a buscar los cañones, tardaba más tiempo del previsto, y les comuniqué mi decisión: el batallón no se retirará hasta que regresen los nuestros. Si hubiera necesidad, saldríamos en su ayuda.

En las miradas vi que todos habían comprendido y aceptado esta orden de todo corazón.

Hablé con los jefes y les permití retirarse. Salimos juntos de la tienda.

Entre los árboles apareció un jinete. Aun desde lejos, gritaba alegremente:

— ¡Ya vienen!

Nos detuvimos anhelantes. El jinete nos traía la noticia tan esperada de que los nuestros se acercaban, la sección de Boszhánov se aproximaba al bosque, tirando de los cañones. Ahora, por fin, podría dar la orden de iniciar la marcha hacia Volokolamsk.

— ¡A sus puestos! — dije. — Prepararse para iniciar la marcha, ¡Filimónov, quédate!

Filimónov, un teniente de unos treinta y cinco años, delgado, enérgico, era jefe de la tercera compañía. Le di la siguiente orden: poner en pie a toda su compañía y colocarse inmediatamente en barrera de vanguardia. La

formación del batallón cuando marcha, en condiciones de combate, es la siguiente: la barrera de vanguardia se adelanta tres o cuatro kilómetros a la columna principal.

Miramos el mapa con Filimónov. El camino más recto y más cómodo era la carretera. El deshielo que había comenzado, indudablemente habría convertido en una pasta pegajosa todos los caminos secundarios, a excepción de esta única franja dura. Pero en este asfalto intentaban irrumpir desde diferentes puntos dos o tres grupos de alemanes. Marqué una ruta más difícil, pero más segura. Había que cruzar la carretera y luego, volviendo hacia el norte, llegar a Volokolamsk por caminos vecinales.

Filimónov debía ponerse inmediatamente en marcha por este camino, manteniendo una adecuada distancia del grueso del batallón.

Filimónov salió corriendo hacia su compañía.

Sinchenko trajo a Lisanka. Monté y me fui a la sección de Boszhánov.

Los corpulentos caballos tiraban con gran esfuerzo de los cañones; no venían por el camino, sino por el fondo de un valle poco escarpado. La niebla había cubierto la fina capa de nieve. Las ruedas partían el césped. Pisando las hierbas mojadas y resbaladizas, los combatientes ayudaban a las bestias. Me miraban sombríos.

Alguien blasfemó lúgubre. Otro dijo:

— ¡Ay, camarada jefe de batallón!... El enemigo aprieta en todos los caminos...

Otro refunfuñó mirando hacia abajo:

— ¿Y a él qué le importa? Fustigará a su caballo y tú no te preocupes.

Reconocí a Pashko.

— ¡Pashko! ¿Qué has dicho?

— Nada...

Tenía que haberle llamado la atención en ese momento, pero guardé silencio. Yo no comprendía qué le había ocurrido a la gente. Regresaban con éxito de una difícil y peligrosa empresa, habían cumplido con honor su tarea de combate. ¿Por qué, entonces, en lugar de orgullo, en lugar de regocijo, mostraban ese decaimiento? Se acercó Boszhánov. Él, que por lo general estaba muy animado y sonriente, también estaba sombrío.

Boszhánov comenzó a darme el parte militarmente, pero lo interrumpí:

— ¿Qué te ha ocurrido allá? ¿Por qué están todos avinagrados?

Bajando la voz, Boszhánov pronunció con desgano:

— Se han enterado...

— ¿De qué se han enterado?

— De que los nuestros se han retirado en todas partes. Y nosotros otra vez...

— ¿Otra vez?... ¿Qué idioteces son ésas?

Boszhánov me miró fijamente a los ojos, con una larga mirada, y me dijo con tristeza:

— Camarada jefe de batallón, ¿por qué habla así conmigo? Si ya sabe que yo...

Lo interrumpí nuevamente:

— ¡Tu “yo” ahí lo tienes!, — y le indiqué a los sombríos combatientes, que tiraban de los cañones. — Pien-
sa en ellos, tú respondes de esa gente. A ver, ¿nosotros
“otra vez”...?

— Otra vez solos...

— ¿De dónde has sacado eso?

— En nuestra presencia han retirado todos los puestos... Todos se marchaban... Ya hace algunas horas, camarada jefe de batallón.

¡Ah, entonces es esto! Recordé las palabras de Sevriukov: “el teléfono sin hilos del soldado”. Cuántas alegrías daba este “teléfono”, en las horas de éxitos en el combate. Pero ahora, en la retirada, era otra cosa...

Avanzaban lentamente los cañones y los cajones con los obuses. Yo miraba pensativo a la gente. Divisé otra vez a Pashko. Como antes, empujaba junto con otros los cañones, con su cuerpo musculoso se apretaba a la plataforma, apoyándose con los tacones en la tierra deshelada que se hundía bajo sus pies. El barro había ensuciado las botas, pero, sin embargo, se veían aún las altas y elegantes cañas de cuero de cabritilla.

Sí, Pashko era realmente un muchacho raro. Era muy valiente, pero... Pero aún le faltaba la primera virtud del soldado: la obediencia, la disciplina, las virtudes que se inculcan con una severa instrucción militar y se convierten en la segunda naturaleza del soldado. Nunca había percibido en él esta falla tanto como esta mañana. Es una pena que no lo haya reprendido. Eso podría servir de lección a los demás... Era necesario, indispensable, que escucharan ahora mismo la voz del jefe.

Pero ya no hay tiempo para eso. Debo comprobar en seguida la información de Boszhánov; aclarar la situación o buscar el modo de orientarme, y tomar una decisión.

De esta manera cometí un error, que no se permite al jefe en ninguna circunstancia: no presté oídos a la insolencia de un soldado. Violé la regla — “no dejar pasar por alto nada” —, y no di fortaleza al espíritu de los soldados con una palabra autoritaria.

Y como terrible resultado, al cabo de pocos minutos, corrió la sangre que podría haberse evitado.

3

Los disparos de los cañones, que hacía poco se confundían en un solo trueno, se oían ahora con menos frecuencia. Pero se oían con más nitidez. O se habían aproximado, o aquí, fuera del bosque, los árboles no apagaban el sonido. En cambio el tableteo de ametralladoras y de fusiles se había alejado hacia un costado.

Pero delante de nosotros, como antes, todo estaba desierto; el trozo de camino, brillando con sus charcos y su fango, y las húmedas pendientes del valle, una cima irregular bruscamente delineada en el cielo gris y que ocultaba el horizonte; detrás, el bosque.

Es difícil hallarse en medio de la batalla, cuando uno no sabe nada con seguridad, y cuando tampoco se ve nada. El batallón estaba protegido por exploradores a caballo, pero después de la información de Boszhánov, yo decidí mirar en derredor desde alguna colina próxima para poder observar qué ocurría.

Le dije a Boszhánov:

— Mete los cañones en el bosque. Iré a galope hasta esa pequeña colina, y observaré...

Sinchenko se puso en movimiento a mi lado; pero lo dejé junto al límite del bosque.

Un minuto más tarde Lisanka me llevó a galope hasta la cuesta. Desde allí se divisaba la aldea, extendida a lo largo de la carretera. Noté las instantáneas explosiones blancas de los disparos de cañón. Enfoqué hacia allí los prismáticos.

Nuestra artillería se retiraba. Los tractores, remolcando los cañones, salían arrastrándose de la aldea; iban por el campo virando a un lado de la carretera. Junto a los cañones marchaban los artilleros. Reconocí la larga figura del coronel Malinin, jefe de un regimiento de artillería. A través de los prismáticos vi que Malinin se detuvo, sacó y abrió la pitillera, tomó un cigarrillo, encendió una cerilla, comenzó a fumar. Todo esto lo hizo con tranquilidad, con una tranquilidad intencionadamente subrayada. Luego detuvo a un cañón que pasaba a su lado e indicó hacia cierto lugar. El tractor se puso en marcha y los artilleros ocuparon sus puestos. Enfocando los prismáticos en la dirección que había señalado Malinin, vi por primera vez los tanques alemanes... Cruces blancas sobre las corazas negro-azuladas; llamas que salían de los estrechos cañones... Los tanques entraban en la aldea disparando sobre la marcha.

Quería observar sin interrupción esta batalla, seguir esta película de guerra moderna que se desarrollaba ante mis ojos, pero bajé los prismáticos y recorrí con la vista los alrededores. Por el camino que entraba en la carretera iban al galope mis jinetes. Supuse inmediatamente que en alguna parte, al parecer, ellos habían tropezado

Los hombres de Panfilov con los alemanes que ya avanzaban sobre el camino y que nuestras unidades que se retiraban al norte, seguramente ya habían abandonado ese camino vecinal.

¿Con qué medios, por qué ruta saldríamos ahora? Habría que trasladar inmediatamente el batallón al otro lado del camino vecinal, mientras estuviera libre la confluencia del camino, para que no nos aislasen ni nos cerrasen en el ángulo de los caminos. Yo continuaba observando emocionado el terreno. Y de pronto, vi a la compañía de Filimónov, que ya había iniciado la marcha por orden mía.

En formación de campaña, sin ver lo que ocurría en la aldea, sin ver los tanques, la compañía avanzaba por el valle hacia la aldea, directamente hacia las garras de los alemanes. ¿Pero Filimónov se ha vuelto loco? ¡Dios, va, como un ciego! Furioso, golpeé con las espuelas a Lisanka, que se encabritó de dolor.

Me lancé en pos de la compañía, a toda carrera, pasando el límite del bosque y dejando atrás el batallón.

4

Les di alcance.

— ¡Compañía, alto! Filimónov, ¿dónde te vas a meter?

Él me contestó estupefacto:

— A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

— ¿A dónde vas?

— Camarada jefe de batallón, yo quería llegar a la aldea por este valle. Y luego seguir la ruta.

— ¿Por qué no has enviado a los exploradores?
¡En la aldea están los alemanes!

Su rostro rojizo mostró desconcierto. Él, Efim Efímovich Filimónov, que más tarde se convertiría en uno de los héroes del batallón, esta vez casi enfrenta a su compañía con los tanques del enemigo sin poseer arma antitanque, y conducía a sus combatientes por la estrecha zanja sin ver en absoluto lo que ocurría a su alrededor.

Logré detenerlo y la compañía no perdió un solo combatiente, pero habíamos perdido tiempo.

Por el vallecito alguien venía a caballo hacia nosotros, a todo correr, a galope tendido. Reconocí al caballo gris de Sinchenko. Llegó hasta nosotros.

— Camarada jefe de batallón, han huido...

— ¿Quiénes?

Sin responderme, respirando con dificultad, nervioso, continuó:

— Lo vieron a usted... Gritaron: “¡El jefe del batallón ha huido!” Y se escaparon...

— ¿Quiénes?

— Esos... Los de ayer... Los que usted aceptó...

— ¿Y el batallón?

— No sé... En el camino ya están los alemanes. Los de ayer gritaron: “el jefe del batallón ha huido”; se lanzaron cada uno por su lado... Y yo corrí detrás de usted...

Sólo pude decir:

— ¡Filimónov! ¡Que vuelva inmediatamente la compañía! ¡Corriendo! ¡Sinchenko, sígueme! y por segunda vez en este día herí a Lisanka con las espuelas.

Salí velozmente hacia el bosque. Desde lejos parecía desierto. ¿Sería posible que fuera realidad? ¿Sería posible que hubiera cundido el pánico? ¿Sería posible que él, mi puñal, mi batallón, se hubiera roto en un instante? ¡Entonces yo no tenía necesidad de vivir! Pero no podía, no quería creerlo.

En mi carrera noté varios hombres que había junto al lindero del bosque. Parecía que me esperaban. Fui volando en esa dirección. Vi al sombrío Kráiev, vi la línea de fortificaciones sin concluir de cavar, los montículos de tierra fresca. Los combatientes no estaban.

— ¡Kráiev! ¿Qué le ha pasado al batallón? ¿Dónde están mis combatientes?

Saludó militarmente y me respondió:

— Camarada jefe de batallón, recibimos la orden de prepararnos para ponernos en marcha.

— Bien... ¿Pero dónde está tu compañía?

— Formada en la espesura... Camarada jefe de batallón, en la compañía no se ha alterado el orden.

— ¿Y aquí qué ha ocurrido? ¿Dónde están los demás?

Kráiev me señaló hacia el lugar donde hacía pocos minutos yo había recibido a la sección que volvía con los cañones. Dijo sombrío:

— Allí...

¡Ay, a Kráiev no lo harás hablar con rapidez! Lisanka me llevó otra vez a galope.

Al llegar a cierto sitio se entreabrió por un segundo el camino vecinal. Marchan coches, más coches, van los cañones a paso de oruga. ¡Los alemanes!

Ahora, pendiente abajo por el valle. Dos cañones no han sido aún ocultos en el bosque. Junto a estos se han apelotonado los que ayer, después de la matanza nocturna en Novliánskoie, yo había admitido en el batallón. Ellos no arrastraban los cañones, no trabajaban, sino que se apretujaban desordenadamente junto a las ruedas hundidas, junto a los caballos parados. Vi a Boszhánov que estaba pálido, con los labios apretados nerviosamente y oprimiendo en las manos la pistola.

— ¡Boszhánov! — grité. — ¿Estos corrieron? ¿Estos gritaron que había huido el jefe del batallón?

Él afirmó en silencio. Sus labios continuaron sin despegarse, el conocido rostro ancho se había puesto rígido; estaba casi irreconocible: con las mejillas hundidas y los rasgos más pronunciados.

Yo grité:

— ¡Aquí está el jefe del batallón! ¿Todos me ven? Boszhánov, ¿quién gritó? ¿Todos? Éste...

Boszhánov indicó hacia un lado con un movimiento de cabeza.

Un poco apartados, en la pendiente, había dos cadáveres echados de bruces. Más por intuición que por algún signo exterior, reconocí a uno: uno que podía haber sido un glorioso héroe. Podría haber sido... Pero murió, murió como un traidor, como un cobarde. Sí, era Pashko, con sus piernas artificialmente encogidas, como si se hubieran petrificado en movimiento, y sus botas altas de piel marrón, manchadas de barro.

Pero Boszhánov ya había recuperado su fortaleza interior para dirigirse a mí según el reglamento:

—Permítame informarle... Camarada jefe de batallón: a raíz del pánico que surgió, me vi obligado a hacer uso de las armas...

—¿Y estos? ¿Estos también huyeron? ¿Por qué no has fusilado a todos los que trataron de huir?

Boszhánov callaba.

—Ordeno: si huyen una vez más, ¡mata a los cobardes sin ninguna advertencia!

—A sus órdenes, camarada jefe de batallón.

No, yo no soy sanguinario. Me repugna la crueldad sin sentido. Pero era un momento que exigía que los hombres recordaran la lección, que asimilaran para siempre la ley de la guerra, la ley del ejército.

Miré a la multitud:

—Bien, ¿ven todos al jefe del batallón? ¿Todos me oyen? Boszhánov, haz que esta gente adquiera el aspecto debido. ¡Arrastra los cañones! Luego te presentarás al Estado Mayor, a mí directamente, y recibirás tu sector de defensa.

Moví las bridas. El caballo, bonachón, después de tomar aliento, dio vuelta hacia la tienda de campaña del Estado Mayor en el bosque, obedeciendo a las espuelas y al movimiento de mi dedo meñique.

6

Nos habíamos quedado en el ángulo de las columnas alemanas. El batallón estaba otra vez cercado.

Si algún futuro crítico de nuestro relato considera necesario culpar a alguien de este hecho, le puedo simplificar la tarea; ¡el culpable fui yo! ¡Sin riesgo no hay

guerra! Yo arriesgué a la gente enviándola a la retaguardia para que recogiera los obuses y los cañones que habían quedado allí. Los cañones fueron sacados, pero el batallón se empantanó, y quedó aislado. Ahora, hasta entrada la noche no se podía salir.

¿No habría cometido errores? Es posible. ¿No habría sido necesario obrar con más inteligencia, con mayor prevención? Es posible.

Bien, si lo merezco, que me castiguen sin conmiseración por mi error, pero no diré que no soy pecador, o que soy un jefe tan bueno como el pan o tan dulce como el azúcar.

Nos encontrábamos en el ángulo de las columnas alemanas. Los tanques pasaron por el camino pavimentado. Tras ellos, en dos filas rodaban hacia Volokolamsk, hacia Moscú, la artillería y los camiones con infantería y munición. Pasó junto a nosotros la agrupación alemana del golpe principal. Y por el camino vecinal se adherían allí en la carretera pavimentada, los trasportes del grupo auxiliar, que ayer había producido una ruptura al lado de nosotros.

En el cruce de los caminos se iba formando un taponamiento. El servicio alemán de tráfico regulaba el movimiento, deteniendo a una u otra columna.

Yo los observaba con los prismáticos. En los bancos de los largos camiones, que se balanceaban por la marcha, iban sentados los soldados alemanes, casi todos jóvenes, con gorros de verano, vestidos de uniforme, pero sin capote. A causa del frío, muchos tenían metidas las manos en las mangas; la helada humedad de octubre se sentía con intensidad. Ellos llevaban la ofensiva,

Los hombres de Panfilov avanzaban hacia Moscú, pero ni su postura ni sus rostros reflejaban la emoción de la victoria. Para ellos, conquistadores, estos eran días de trabajo comunes. ¡Ellos pensaban que lo mismo que hoy, siempre marcharían hacia adelante, hacia adelante!

Se me acercó el jefe de la batería de artillería.

—¿Apuntan los cañones? —interrogué.

—Sí, camarada jefe de batallón.

—¡Cargar e informar!

En la saliente del bosque que había en el cruce de los caminos, habíamos emplazado los ocho cañones. Una parte de los artilleros había sido enviada a los seis cañones del batallón de Shílov, emplazados en otro punto. Desde el bosque hasta el cruce de los caminos había casi un kilómetro; el objetivo estaba a la vista; los coches alemanes se veían claramente en el colimador. ¡Eso sí que se llama colimación directa!

—¡Listo! —informó el jefe de la batería.

—¡Empieza! ¡Tira en descarga! ¡En descarga!

Se oyó la voz de mando:

—¡Batería!...

Una pausa.

—... ¡Fuego!

Algo cortó el aire y estalló. Se estremeció la tierra. Miré con mis prismáticos, volaban las astillas y los trozos de metal blanco.

—¡Fuego!

Saltando de los coches, los alemanes se lanzaban a las zanjas, a las cunetas; en algún sitio se escondió el servicio alemán de regulación del tráfico.

— ¡Fuego!

No, señores “vencedores”, ¡por aquí no pasarán! ¿Nos han aislado? No. Con nuestro fuego les hemos cortado a ustedes el camino, hemos partido sus columnas. ¿Tienen prisa por llegar a Moscú? Deténgase un poco. Primero tienen que entendérselas con nosotros; a ver si pueden aplastar a un batallón del Ejército Rojo.

7

En la carretera todo se detuvo. Nuestras descargas de artillería paralizaron el movimiento de las columnas alemanas. Los últimos coches, en medio de la confusión, trataban de volver hacia atrás, dejaban a un lado a los que venían de frente y deteniéndose en los tapones que se formaban, retrocedían hacia la aldea.

Yo había dejado dos cañones en la saliente del bosque, ordenando destruir los camiones alemanes y luego, cuando el enemigo comenzara a responder, cambiar las posiciones.

Los otros cañones fueron llevados rodando a través del bosque, limpiando rápidamente con hachas y sierras el camino hacia el otro extremo, que estaba más cerca de la aldea.

Los correctores de tiro se subieron a los pinos, con prismáticos y auriculares de teléfonos. Desde estos puestos de observación informaban: la aldea está atestada de camiones; Desde ella los mandaban por el camino vecinal, pero en él los camiones patinaban en el barro.

Entonces dije al jefe de la batería:

— ¡Echales un poquito de fuego! Arroja sobre esa aglomeración sesenta obuses. Después espera la orden. Si llegan a moverse, repetiremos.

Y me encaminé al Estado Mayor. Las compañías ocuparon la defensa circular en el bosque. Los combatientes estaban bien ocultos en la tierra. La cuña del bosque, donde habíamos ocupado posiciones, era más amplia que nuestro islote del día anterior, pero sin estar satisfecho de ello, yo había ensanchado intencionadamente la defensa, para disminuir las pérdidas a causa del fuego alemán que se originaría, sin duda alguna; estaba convencido de ello. Una sección de ametralladoras y tres de tiradores habían sido retiradas a las profundidades y emplazadas en distintos puntos, como secciones de reserva. A los combatientes de la reserva se les había ordenado abrirse pequeñas trincheras. El puesto sanitario, con todos los heridos, había desaparecido también de la superficie, en los refugios subterráneos y en las estrechas trincheras circulares. La sección de abastecimiento cavaba refugios para los caballos.

El puesto de mando del batallón ya no estaba en la tienda, sino bajo tierra, cubierto por un techo de muchas capas de troncos. Allí ya estaba encendida de nuevo la lámpara; y también la conocida mesa; en un rincón se habían acomodado los telefonistas; Rajimov, como siempre, se puso de pie al llegar yo.

Desde el puesto de mando telefoneé al sitio donde estaban los cañones de Shílov, emplazados en las posiciones de fuego. Tenían al alcance de su punto de mira el camino vecinal. Y este camino estaba ahora obstruido por los coches averiados.

Ordené lanzar un centenar y medio de obuses sobre el punto más próximo del camino vecinal, donde también se habían aglomerado coches. Me daba cuenta intuitivamente de que el enemigo estaba dominado, clavado en su sitio sin poder moverse. Ahora nos enseñará sus fauces dentadas. Pues bien, veremos cómo nos traga... ¿No se le quedará este erizo atravesado en la garganta?

No sé si conoce usted la sensación de absoluta seguridad que se experimenta cuando la mente alcanza una claridad extraordinaria y el cuerpo una maravillosa ligereza. Mis cañones tronaban desde diferentes puntos. Atacábamos nosotros. El juego estaba en nuestras manos. El decaimiento y los temores pasados parecían no haber existido.

8

Uno de los principios tácticos de la guerra relámpago, empleado por los alemanes en Polonia, Holanda, Bélgica y Francia, fue, como es sabido, el siguiente: romper la línea del frente en distintos puntos, lanzarse rápidamente hacia adelante, dejando a sus espaldas las unidades del enemigo dispersas, cortadas, desmoralizadas. En las cercanías de Moscú los alemanes no lograron ese éxito.

Sin embargo, hablaré sólo de mi batallón.

Al encontramos en la marcha, en un momento de descanso, aislados de nuestras unidades (repitamos entre paréntesis: por culpa mía), junto al único camino transitable, pavimentado, de esa región, por el que podían avanzar a todo tren los alemanes, nosotros, a nues-

Los hombres de Panfilov tra vez, cortamos ese camino con fuego. En el lenguaje militar esto se llama: controlar un camino con fuego.

Por lo tanto, obligamos a los alemanes a ocuparse de la tarea de liquidar al foco de resistencia, en lugar de seguir con su “¡adelante, adelante!” Los obligamos... En el lenguaje militar esto se llama: imponer nuestra voluntad al enemigo.

Los alemanes comenzaron a despedazar el bosque con obuses y minas. Les contestábamos maniobrando con nuestra artillería. Concentrando en cierto punto nuestros catorce cañones, lanzamos varias descargas sobre la retaguardia del adversario, luego distanciamos rápidamente la artillería colocando los cañones de dos en dos y de cuatro en cuatro y atacamos con un fuego graneado también otros puntos. Seis aldeas aparecían a la vista desde las copas de los pinos. Las seis estaban ocupadas por los alemanes. El enemigo recibía nuestros golpes alternativamente en las seis aldeas, gracias a que nos sentíamos ricos en cañones y obuses.

Nos atacaron nueve bombarderos. Comenzaron a volar en picada con su aullido característico. El bosque se conmovía por las pesadas explosiones. ¿Y qué ocurrió? Que nos defendió la madre tierra. Sufrieron principalmente los caballos, para los que no habíamos tenido tiempo de construir establos subterráneos. Catorce caballos muertos, dos cañones averiados y seis personas heridas: ese fue el resultado del bombardeo aéreo.

Al mediodía, a lo lejos, unos quince kilómetros al norte, es decir en la dirección de Volokolamsk, sonaron intermitentemente, como por la mañana, los cañones. De

tiempo en tiempo, los lejanos estallidos formaban un trueno compacto; a juzgar por el sonido, allí hacían fuego no diez ni veinte cañones, sino, como por la mañana, cien o ciento cincuenta. Más tarde supimos que allí los tanques alemanes habían sido recibidos por otra unidad, por un regimiento de artillería. Y aquí nosotros no dejábamos pasar los refuerzos por el camino, no dejábamos pasar la artillería, la infantería motorizada ni las municiones.

Tres veces avanzaron contra nosotros las columnas de la infantería alemana. Todas las veces los dejamos aproximarse mucho, y luego, con descargas de fusil y con el fuego de puñal de las ametralladoras, segábamos las columnas alemanas, obligábamos a echarse a tierra a los soldados que se salvaban y los hacíamos replegar arrastrándose. Uno de los ataques tuvo lugar precisamente en el sitio donde estaban varios cañones nuestros, que maniobraban por el bosque. Se presentó la ocasión — esa ocasión que espera en secreto cada auténtico artillero — de recibir con metralla al enemigo. ¿Sabe usted lo que es un disparo de metralla? El obús, al salir disparado del cañón, se rompe en el aire, al vuelo, en miles de trozos de metralla, en miles de centellas ardientes y cortantes, que golpean con fuerza terrible, frontalmente, a la infantería que ataca.

En ese día nosotros demostramos al adversario, por tres veces consecutivas, la justeza de una elemental verdad militar: es un juego insensato lanzarse con el pecho contra un fuego apuñalador, atacar una posición si no han sido dominados los puntos de fuego y si no ha sido abatido el espíritu de la tropa.

¿Y cómo nos podían dominar a nosotros? ¡Oh, cuánto tiempo, cuántos golpes de artillería les costaría a los alemanes! ¡El tiempo, el tiempo: eso es lo que nosotros robábamos al enemigo! También le disminuíamos los hombres, es decir, la fuerza viva de choque.

Cayó la tarde sin que lo notáramos. Ya era hora de pensar en la retirada. Pero créalo usted, no queríamos replegarnos. Nuestras municiones habían menguado, si no yo hubiera luchado con gusto en ese lugar un día más; hubiera sujetado un día más al adversario por la cola; hubiera jugado con él...

Ya no existía el miedo. Me había abandonado. Mis atormentadores pensamientos habían quedado en el islote del día anterior.

De este modo fue liquidado el miedo al cerco. De esta manera estudiamos nuestro primer curso de instrucción militar superior.

9

Oscureció. Los exploradores informaron que en todas las aldeas de alrededor estaban los alemanes; cada aldea estaba custodiada por un fuerte destacamento de guardia. Todos los caminos habían sido cortados para la salida del batallón. Pero la carretera principal, mientras estuviésemos aquí, no pertenecía tampoco al enemigo.

Los alemanes intentaron, aprovechando la oscuridad, restablecer el tráfico por la carretera. No los dejamos. Enviaban los coches haciendo un rodeo. Nosotros obstaculizábamos, golpeábamos también en las ramifi-

caciones del camino. Yo sentía, como antes, que tenía al enemigo agarrado por la cola. Y no quería soltársela.

A las nueve o las diez de la noche llegó un enlace de Panfílov, el teniente Anisin. Me entregó una nota del general: salir inmediatamente del cerco y conducir el batallón hacia Volokolamsk.

Anisin había llegado hasta nosotros por el bosque. La distancia entre nuestro batallón y nuestras tropas era ya de veinticinco kilómetros. ¿Cómo atravesar esta franja? Se podía pasar por el bosque. Mire usted el mapa. ¿Ve? El bosque se extiende hacia el norte en una larga franja por varios intervalos, llegando casi a Volokolamsk. La infantería podría atravesar fácilmente el bosque. ¿Pero las ruedas, los cañones, los carros? ¿Íbamos a abandonarlos?

Tomé esta decisión: escabullirme en la oscuridad metiéndome en la espesura del bosque y desde allí avanzar, siguiendo la brújula, directamente a Volokolamsk, abriendo el camino para el paso de la artillería y los carros. Dimos el “concierto” de despedida, las descargas de despedida de los cañones sobre todas las retaguardias alemanas a nuestro alcance. ¡Bueno, hasta la vista por ahora, señores! Ya nos encontraremos.

El batallón comenzó a agruparse.

FUSIL, FUSIL, ¿TÚ NOS SALVARAS?

1

Marchamos y seguimos marchando entre las tinieblas, por el bosque. Por un bosque acotado, secular. Trabajan las sierras, las hachas; tumbamos y apartamos los árboles, abrimos una trocha, esculpimos un recuerdo de nuestro paso.

En el batallón hay setenta sierras, ciento cincuenta hachas; todo lo volcamos a esta tarea. Marchamos y seguimos marchando. En la oscuridad blanquean confusamente los frescos cortes en los árboles. Por la trocha van en fila los carros de dos ruedas, las carretas sanitarias, los cañones. Conducimos doce cañones. Dos han sido averiados en el combate y, a última hora los hemos volado. Hemos perdido cerca de veinte caballos, pero también llevamos menos carga: más de mil obuses han sido descargados sobre el adversario; se ha conservado únicamente la reserva intangible. Quedaron también pocas cajas con municiones. Los carros no llevan pan, conservas, granos ni verduras; sólo se ha conservado muy poca cosa para los heridos. Sí, ya era hora, ya era hora de replegarnos. Mañana nos hubiéramos visto en grandes apuros.

Marchamos, talamos. Seguimos nuestro repliegue con lentitud; en algunos lugares, entre los árboles descuajados por las tormentas y en lo más espeso del bosque, avanzamos a menos de un kilómetro por hora. Pero abrimos y seguimos abriendo la trocha guiándonos por la brújula. Dejamos para los decenios futuros un recuerdo talado por nosotros.

Vamos sin hacer altos, sin descansos; sólo cada hora son relevados los grupos de trabajo.

Nos sorprende el alba en el bosque, en marcha. Los altos troncos caen con un silbido, con estruendo, quebrando y aplastando los arbolitos jóvenes y las rocas resecas. De pronto, un alto. Callan las sierras. Se interrumpe el golpe de las hachas. Una de las copas detenida en su descenso dibuja un arco silbante, y el talado del bosque — ¡stop! — para.

La patrulla de vanguardia informa: el batallón ha salido a un claro del bosque. La zona sin árboles pasa transversalmente. Por ella corre el camino vecinal que lleva a la carretera. En el camino está el enemigo.

2

Estoy en el límite del bosque, y desde allí, observo.

Se arrastran los camiones, se hunden en el lodo, patinan. Los camiones destinados a la infantería, con bancos, van vacíos, pero en ellos llevan apilados como si fuera leña, tronco sobre tronco, los tubos de los morteros. La infantería va a pie, empuja y saca del barro los coches. Algunos están muy cargados de municiones; otros llevan

a remolque cañones ligeros. En algún lugar de los camiones, ocultas, están las ametralladoras y las granadas.

Estoy cinco minutos, diez minutos, observando y pensando. Los coches se arrastran y se arrastran, lanzando de debajo de las ruedas verdaderas fuentes oblicuas de barro. Los hacen avanzar y con ellos avanza la infantería. Los jinetes, que yo había enviado por el lindero del bosque, regresaron con la siguiente información: no se divisa la cola de la columna. Hacia aquí se derrama el torrente que ayer nosotros habíamos detenido, obstaculizando el camino junto a la carretera.

El ancho de la zona sin árboles del bosque era aproximadamente de un kilómetro. Había que cruzar este kilómetro; cruzarlo y desaparecer en la espesura del bosque.

¿Qué hacer? ¿Emplazar los cañones? ¿Desmontar las ametralladoras de los carros de dos ruedas? ¿Entablar batalla? Pero no teníamos casi abusos, y poseíamos pocas balas.

¿Esperar la noche?

¡No era posible! El adversario, seguramente, ya habría notado, o lo notaría de un momento a otro, que nosotros habíamos abandonado nuestro nido de ayer. Siguiendo la huella, por el sendero que habíamos atravesado, nos podrían descubrir en cualquier momento, y el batallón casi no tiene con qué contestar; no podemos enseñarles los dientes, no podemos responder por largo tiempo a su fuego con el nuestro.

Quizá lo mejor sería hacer un intento de penetrar en la espesura del bosque; ocultarse allí hasta que caiga la noche. A los alemanes no les gusta introducirse en los bosques; prefieren no entrar en combates forestales.

Pero yo he recibido la orden de conducir al batallón a Volokolamsk. Panfilov exige nuestra presencia allí. Somos necesarios para recibir con fuego a estas huestes; somos indispensables lo más pronto posible, para sostener nuestra barrera, que se resiente bajo la presión del adversario.

— ¡Hay que hacer una ruptura! ¡Hacer una ruptura y pasar inmediatamente!

¿De qué manera? ¡Con un ataque de sorpresa a la bayoneta! Tomados de sorpresa, es indudable que los alemanes, en el primer momento, no ofrecerán una seria resistencia. Se desconcertarán cuando, de improviso, suene en el silencio el terrible “hurra” ruso. Después de abrir unas amplias compuertas, echaremos cuerpo a tierra a los dos lados y sostendremos el camino abierto hasta que pasen nuestros carros, la artillería y los heridos. Los protegeremos con fuego; para eso nos alcanzan las balas. Luego las secciones se pondrán en pie y se replegarán. Su retirada también hay que cubrirla. ¿Con qué? Con un par de ametralladoras. Lo más difícil, lo sobrehumanamente difícil, les toca en suerte a estos hombres, a los ametralladores, que quedarán los últimos, cara a cara con el enemigo que presiona. A estos hombres ya no los cubrirá nadie, ellos no podrán retirarse. Para esta empresa, para esta proeza, son necesarios los hombres más firmes, los más fieles; aquellos que dispararán hasta el último aliento; aquellos que cumplirán hasta el final el sagrado deber del soldado; que cumplan la orden de ¡no retirarse! Es muy duro... Es muy duro incluso decirse a uno mismo: “Quedan los últimos, los de la batería de ametralladoras de Bloja”. Se quedarán para siempre en este claro del bosque. Y

Boszhánov... Sí, con los ametralladores quedará también Boszhánov. Ahora tengo la convicción de que ninguno de los ametralladores 'abandonará su puesto; que nos retiraremos en orden; que podremos recoger y llevarnos a todos los que sean heridos o muertos en el combate.

A todos, menos... Menos al último puñado de héroes.

3

El batallón se concentró silenciosamente en el linderó del bosque. Ordené:

— Trasmitir en la columna: que vengan aquí los jefes de compañía. ¡El instructor político Boszhánov, que se presente!

¿Cómo se lo diré a Boszhánov? ¿Cómo podré anunciarle: "Dzhal-mujamed, te sacrifico"?

Esperando a los jefes, continuaba observando el torrente inacabable de camiones alemanes que avanzaban lentamente. Allí no se notaba ningún síntoma de alarma. Nadie sospechaba todavía que, oculto en el bosque, allí mismo, había un batallón del Ejército Rojo.

¿Y si actuáramos de otra manera? ¿Y si...? No, éste es un riesgo terrible.

Eché una mirada sobre los combatientes, que, silenciosos, no apartaban la vista de los alemanes. Cada uno de mis soldados tiene un fusil, y cada uno lleva en su bolsa suplementaria un juego de balas: ciento veinte por combatiente. ¿Y qué ocurriría, sin embargo, si...? ¡Ay, fusil, querido fusil, ¿tú nos salvarás?! ¡Qué diablos!, si me decido a la arriesgada acción que domina en este

Los hombres de Panfilov
momento mi imaginación, en caso de fracasar, probablemente moriremos todos. Pero, si por el contrario, sale bien, todos quedaremos con vida; no habrá que dejar ninguna víctima en las fauces de la muerte. Ahora bien, el riesgo es una empresa noble. No; sin cálculo el riesgo no es cosa noble. Pero yo aquí tengo también mi cálculo.

Miré otra vez a los combatientes. Se le podría preguntar a cualquiera: ¿dejar a varios compañeros en una muerte segura para salvar a los demás, o esto otro: arriesgarse a morir todos o salir absolutamente todos? Y cualquiera responderá: ¡arriesga!

¡Buenos, amigo, está bien! ¡No abandonaremos a nadie!

Llegaron los jefes uno a uno. Yo miré tiernamente a Boszhánov. Él captó mi mirada, se fijó en mí con extrañeza y me contestó con una sonrisa un poco insegura.

4

Les expliqué a los jefes la idea de la ruptura. Era la siguiente: el batallón se forma en filas de a uno, dibujando un rombo. En el interior del rombo se sitúan los carros y los cañones. A mi voz de mando el batallón iniciará la marcha a paso moderado, conservando la formación en rombo. Los fusiles estarán con la bayoneta calada, alertas. A una orden mía hay que tirar, disparar en descargas sobre la marcha. No tirar al aire, ni a tierra, sino apuntando aproximadamente, enfilando los cañones sobre el enemigo.

No fue tarea fácil formar en el bosque. Delante en el ángulo agudo, coloqué a Rajímov; en los ángulos laterales, a Kráiev y Filimónov; y atrás, cerrando la formación, a Boszhánov.

La sección de Boszhánov — mi reserva no prevista por el reglamento — cubría la retaguardia. Les dije a nuestros ahijados, a los de Boszhánov:

— Los coloco, camaradas, en el lugar más responsable. ¡Creo en ustedes! Si pasan como valientes, olvidaremos todos los pecados.

Les entregamos granadas suplementarias, incluso las granadas grandes, antitanques, para que al final, cuando pasara la formación, las lanzaran contra la columna de los coches alemanes.

Desde el ángulo posterior, pasé al delantero, dejando atrás los carros y los cañones. Me puse a la par de Rajímov. Miré hacia atrás y ordené en voz baja:

— ¡Batallón... *march!*

E inicié la marcha, conduciendo el rombo erizado de bayonetas.

Los alemanes no comprendieron de inmediato quiénes éramos, ni qué era esa extraña formación silenciosa que surgía del bosque. Muchos continuaban empujando los vehículos; otros, volviéndose hacia nosotros, nos miraban pasmados. Esto era realmente incomprensible para ellos: estos soldados rojos no corren con las bayonetas caladas, no gritan “hurra”, esto no es un ataque. ¿Vienen a entregarse? o parece... ¿Se habrán vuelto locos?

Unos ochenta o cien metros nos dejaron marchar sin alarma. Luego resonó un grito autoritario en alemán. Inmediatamente noté: algunos se lanzaron a los camiones, a las armas, a las ametralladoras. Precisamente lo noté y comprendí que el tiempo parecía dividirse ahora en diminutos instantes.

— Batallón...

Un segundo de silencio. Los fusiles no fueron echados al hombro. Había sido ordenado, como usted sabe, tirar sobre la marcha, con el fusil en la mano apretando la culata contra la bolsa de balas.

— ¡Fuego!

Una descarga rompió el silencio.

Con un cortante ruido, que producía un terrible espanto, lanzamos otra vez varios centenares de balas en abanico.

— ¡Fuego!

Caminábamos y disparábamos. Es un efecto terrible el de una descarga de fuego de todo un batallón, el fuego simultáneo de setecientos fusiles, regular e intermitente. Oprimimos al enemigo contra la tierra, y no le dimos la posibilidad de levantar la cabeza, ni de hacer el menor movimiento.

Caminábamos y disparábamos, arrasándolo todo a nuestro paso. Ni un solo combatiente alteró la formación, ni uno solo abandonó su puesto. Yo conducía el batallón hacia un claro entre los camiones. En el camino, tirados en barro, yacían los alemanes muertos. Dando la voz de mando, sin virar, conduje el batallón.

Sobre los cadáveres, a través de la columna alemana, pasaron los hombres, los caballos, las ruedas.

Se oyeron varias explosiones: indicaban que entraban en acción nuestras granadas. Y nosotros, marchando, continuábamos nuestro tiroteo en descargas. El batallón pasó el camino. En uno de los intervalos de silencio grité:

— ¡Batallón! ¡Escuchen la orden del teniente Rajímov!

Ahora Rajímov gritaba “¡fuego!” Los combatientes tiraban volviéndose. Continuábamos sin dejar al adversario que levantara la cabeza, que se moviera.

Dentro del rombo, dejando otra vez atrás los carros y los cañones, retrocedí y ocupé un lugar en el ángulo agudo posterior, junto a Boszhánov. Nos separaban del bosque doscientos, doscientos cincuenta pasos. No habíamos permitido aún a ningún alemán que hiciera uso de las armas.

De improviso surgieron varios tanques en la lejanía. Venían hacia nosotros con un chirrido creciente, abriendo sobre la marcha el fuego de sus ametralladoras. Poniendo mi voz en tensión, di la orden:

— ¡Batallón! ¡A la carrera! ¡Los caballos, al galope! ¡Al bosque! Todos salieron disparados. Y sólo un puñado de combatientes, que ocupaban el ángulo posterior, los de Shílov y Boszhánov, continuaban marchando normalmente, observándonos a Boszhánov y a mí. A pesar de que el instante era difícil, me eché a reír. Qué diablos, ahora se ve que ya han perdido la costumbre de correr. Les grité:

— ¿Necesitan una orden especial? ¡Síganme! ¡A la carrera!

Nosotros también nos escabullimos. Pero detrás se oía el rechinar y el zumbido, detrás venía el traqueteo de ametralladoras.

Los hombres, los carros y los cañones se iban ocultando en el bosque. Unos veinte o treinta pasos antes de llegar al bosque, caí. Intencionadamente. Era necesario observar si no quedaban heridos, si no se había dejado a nadie en el campo, indefenso, sin

Los hombres de Panfílov ayuda. Si hubiera quedado alguno, aunque fuese uno solo, habría que detener al enemigo, y rescatarlo. Pero no había nadie abandonado. Dos combatientes, encogiéndose y corriendo llevaban a alguien en sus brazos.

Miré a todos lados. Junto a mí cayeron Boszhánov y otros cinco hombres. Entre ellos estaba Polsunov. Se había ocultado tras un tronco talado; estaba un poco pálido, estiraba el cuello alerta; sus comprensivos ojos claros miraban rápidamente el terreno; en la mano tenía preparada una granada pesada antitanque. Aquel rostro con juveniles labios abultados, que se había grabado en mi memoria la mañana en que Panfílov conversó con él, tenía ahora un aspecto completamente distinto; admiraba en él su gesto de atención, su decisión. Le grité:

— ¡Polsunov! Si encuentro al general, oirá hablar de ti.

Polsunov se sonrió. Ordené:

— ¡A ver, a toda marcha! ¡Sígueme!

Nos pusimos rápidamente en pie y fuimos corriendo hacia el bosque. De algún tanque dirigieron contra nosotros una ráfaga de balas trazadoras. Esta ráfaga silbó desagradablemente junto a nuestros pies.

Pero en el bosque ya se habían emplazado nuestros cañones. ¡Bom! ¡Bom! Por fin llegó el momento de utilizar la reserva intangible. Yo, corriendo, miré hacia atrás. Un tanque, con la oruga deshecha, giraba sobre sí mismo como un enorme y estruendoso trompo. Los otros frenaron. No era tan fácil para las orugas lanzarse contra los cañones, que por encontrarse tras esos pinos seculares, resultaban inexpugnables. Irrumpimos en el bosque. Los tanques, con su zurrido, continuando el tiroteo, dieron marcha atrás.

Varias veces se cita en este relato el fuego en descarga.

Eso lo he hecho intencionadamente. Quisiera que algunas ideas de nuestra novela, no inventada, fueran destacadas con bastardillas o con negrita.

Claro que éste es un método un poco burdo. Sería más agradable dejar este trabajo para la crítica, que descubriría las alusiones, o pondría una cosa a otra, definiría la relación entre las cosas.

Pero aquí no se trata de una cuestión de amor; el amor es una cosa vivida por todos, comprensible para todos; aquí se trata de la técnica de combate, de los problemas del arte militar y de la especialidad militar. Por eso lo explicaremos todo nosotros mismos.

La experiencia de la guerra nos enseñó a los jefes, que en el combate moderno, tanto en la defensa como en la ofensiva, el medio decisivo de influencia sobre el enemigo, sobre la psiquis del adversario, es el ¡fuego! Sobre todo el fuego inesperado, que sobrecoge y paraliza la voluntad instantáneamente. En el combate vence el que sabe retener en sus manos la iniciativa del fuego, crear una superioridad de fuego, y concentrar el abanico de trayectorias mortales en un momento dado y en una dirección dada. En el combate vence el que sabe aplastar al enemigo contra la tierra, ensordecerlo y enceguecerlo para luego aniquilado sin piedad.

Digo que soy discípulo de Panfílov, y me esfuerzo en ser digno de ese honor. Y Panfílov, como usted sabe, nos inculcaba con insistencia: “¡Cuiden al soldado! ¡Cuidenlo no con palabras, sino con la acción, con el fuego!”.

¡Sí, hay que cuidar a la infantería, limpiando su camino con fuego y maniobras, abriendo paso con fuego, fuego y más fuego!

Me refiero no solamente al fuego de la artillería: “¡Confía en la artillería, pero no te descuides! La artillería no disparará por ti con los fusiles, y no manejará tu compañía o tu batallón por ti”. Estas palabras también son de Panfilov; las dijo cierta vez, en una clase de instrucción.

Sí, la infantería posee suficientes medios para asegurar su maniobra con la potencia de su propio fuego. La infantería tiene un arma de gran fuerza, la descarga de fusil. La fuerza del fuego en descarga consiste en que es de sorpresa, y la base de que así sea, aparte de la elección del momento en que se debe abrir fuego, reside — hay que insistir en ello —, en la disciplina.

Estas ideas son las que quisiera destacar con bastardilla: *hacer avanzar la infantería con fuego, y no sólo con fuego de artillería, sino también con el propio, con el fuego de la infantería; o sea con descargas de fusil.*

CON PANFÍLOV EN VOLOKOLAMSK

1

Vamos otra vez por el bosque, despejamos a hachazos, y nos abrimos camino. Volokolamsk no está lejos. Se oyen los cañonazos.

Ya estamos en el extremo del bosque. Desde el lindero se ven en la lejanía los campanarios. A un lado, y más próximas a nosotros, se divisan las rojizas construcciones de ladrillo de la estación de Volokolamsk. La estación queda a varios kilómetros de la ciudad. Junto a la estación atruena la batalla.

De pronto se alzan en el aire unas gruesas torres de hierro; el enorme depósito de gasolina; después de estar suspendidas un instante, las torres se derrumban pesadamente y se despedazan. Se escapan llamas y humo. Luego llega hasta nosotros la onda atronadora de la explosión. La estación aún nos pertenece. Pero las tropas ya vuelan las vías férreas, los depósitos y los tanques, para no dejar al enemigo una sola gota de combustible, un solo grano de cereal.

Conduzco al batallón hacia la ciudad. Nos dan el alto en los puestos de guardia. Son combatientes de nuestro regimiento. Por ellos me entero de que el Estado Mayor del regimiento se encuentra en el extremo noreste de la ciudad.

Marchamos hacia allí por una calle empedrada, luego comenzará el asfalto, que llega hasta Moscú; ésta es la misma carretera de Volokolamsk hacia la que se esfuerzan por llegar los alemanes.

A varios centenares de pasos de las primeras casitas detuve el batallón en un breve alto, para fumar.

Y diez minutos más tarde, formados en columnas por secciones, con todos los cañones, con los carros de dos ruedas de las ametralladoras, con los carros de cuatro ruedas situados entre las unidades de combate, avanzamos hacia la ciudad. Marcho delante y a pie; había entregado Lisanka a Sinchenko.

2

Recuerdo la impresión que me produjo entonces Volokolamsk.

Algunas casas, especialmente en el centro, estaban destruidas por las bombas de aviación; la aviación del adversario, evidentemente, había volado más de una vez sobre la ciudad. Una bomba de gran peso había caído en un depósito de harina, hecho de madera. La bomba había arrancado una esquina; por el corte salían los bordes dentados de los tablones partidos; el tejado se había desplomado y las grandes puertas y los marcos habían salido disparados. La harina dispersa por la explosión cubría como una capa gris los lados de una cuneta junto al camino. Y la harina estaba aún intacta, sin pisadas ni huellas de ruedas. En el empedrado rechinaban trozos de vidrio bajo las suelas de las botas.

La harina del depósito destruido era repartida entre la población. Se notaba cierto orden, algunas colas, pero la harina ya no era distribuida según el peso, sino rápidamente, volcándola con cubos en las bolsas y fundas que traía la gente.

Y nosotros íbamos en formación de cuatro, manteniendo la distancia, a paso rítmico.

Parecía que en la calle todos se apresuraban hacia algún sitio, iban en vaivén, de un lugar a otro; parecía que ninguno de los habitantes conservaba el paso tranquilo.

He aquí en el camino otra casita de madera destruida; otra vez los troncos caídos a un lado, con las recientes fracturas amarillas y los rechinantes cristales bajo los pies. Junto a unas ruinas, en el borde de la acera, yace muerta una viejecita. El viento mece sus cabellos grises desordenados. La sangre se enfría en un pequeño charco y se coagula en la tierra junto a la cabeza. Algunas manos, llevaron al parecer a la muerta a un lado, y ahora ya no queda nadie junto a su cadáver: ni parientes, ni allegados, ni curiosos.

En un edificio de piedra, con grandes grietas vacías y negras en lugar de cristales, una ola explosiva ha volteado un anuncio; cuelga de un solo gancho, y ya nadie lo coloca en su sitio.

Pasa una patrulla; en el cruce de las calles, con un fusil al hombro y una cinta roja en la manga, está un combatiente para regular el tráfico, que se pone en posición de "firmes" y nos hace el saludo militar. Se nota en la ciudad la existencia del orden militar, pero ya no existe el orden anterior, habitual, el orden civil.

Los habitantes pasan atropellándose, corren de un lado a otro; se cambian algunas frases con rapidez; algunos no sé por qué sacan sus maletas; y todos se apresuran constantemente.

Recuerdo que en ese momento pensé: seguramente así reaccionan los pasajeros de un barco deshecho por la tormenta y arrojado contra rocas desconocidas. El terror se ha apoderado de las almas, un instante más y se quebrarán los últimos soportes; el barco será tragado por la vorágine.

Junto a las puertas de una casa vi un adolescente de unos diecisiete años. Me encontré por un instante con su mirada. Miraba fijamente, pero de soslayo. Su rostro juvenil estaba muy serio, su cabeza le caía un poco hacia adelante. En esa postura y en esa mirada leí obstinación y reproche. Pasados unos cien metros me volví hacia atrás, contando los pasos en voz alta, para observar las filas del batallón, y vi otra vez al mismo muchacho, junto a la misma puerta. Estaba parado, inmóvil, como si esa confusión nada tuviera que ver con él.

Más tarde, cuando supimos de la lucha de los guerrilleros de Volokolamsk contra los ocupantes, cuando nos enteramos de las ocho personas ahorcadas en la ciudad, pensé involuntariamente en ese joven. Pensé; ése estaría con los que lucharon. No era el único en la ciudad. Pero en aquel momento, un triste día de octubre, nos saltó a la vista solamente la confusión de la calle, la inquietud.

Y seguíamos marchando, mirando sombríamente a los lados. También nos miraban a nosotros. Por las calles de la ciudad hasta donde ya casi llegaba el humo del

incendio de la estación, pasaba una unidad militar en formación, conservando la distancia, con los jefes a la cabeza de las secciones, con cañones, ametralladoras y carros.

No, nosotros no marcábamos el paso, no marchábamos como en un acto solemne. Los combatientes lo hacían fatigados, severos; más adelante no les esperaban festejos, ni alegrías, sino combates aún más duros, pero ante las miradas de los habitantes enderezaban la espalda, mantenían la formación, seguían el paso. Y eso que no nos miraban con veneración ni con admiración. A los que se repliegan no se los admira; el ejército que se retira no inspira respeto. Las mujeres nos miraban con lástima, algunas se enjugaban las lágrimas. Muchos pensaban, probablemente, que las tropas ya abandonaban la ciudad. Los ojos tristes y aterrados parecían interrogar: "¿Es posible que todo haya acabado? ¿Es posible que haya muerto todo aquello a lo que hemos entregado nuestro trabajo, nuestra ilusión?"

Fue dura, muy dura esta marcha por la ciudad. Pero en respuesta a las miradas de los vecinos, en respuesta al alboroto, a la agitación, nosotros alzábamos orgullosos la cabeza, ensanchando el pecho, apoyando el pie con más firmeza, y con más rabia. Con cada pisada, aunando centenares en un solo golpe, nosotros contestábamos:

"No, no ha terminado todo. No; esto no es la catástrofe sino la guerra".

Con nuestras pisadas de soldados respondíamos al pavor, a la angustia y a la compasión:

"Nosotros somos tropas soviéticas organizadas, que hemos conocido nuestra fuerza en la batalla; hemos

Los hombres de Panfilov golpeado a los hitlerianos, hemos marchado sobre sus cadáveres; mírennos, marchamos ahora ante ustedes en formación, con la cabeza en alto, como una orgullosa unidad militar: ¡una unidad del Ejército Rojo, del grande y temible ejército de Stalin!”.

3

El batallón se acercaba al extremo noreste, donde se había instalado el Estado Mayor del regimiento.

En una casa — se me grabaron en la memoria las limpias contraventanas de madera, pintadas de azul claro —, de improviso, como si fuera a consecuencia de un fuerte sacudón, se abrió totalmente la ventana. En ella apareció de pronto el comisario del regimiento, Piotr Logvinenko, y nos saludó alegremente con la mano. Y desde el portal ya venía corriendo el jefe de Estado Mayor del regimiento, Sorokin. Me oprimió la mano; sus ojos no jóvenes, que ya habían visto mucho, brillaban emocionados. Logvinenko salió a la calle, me estrechó en un abrazo y, apartándome un poco, comenzó a besarme. Expresaba sus sentimientos con gran efusión e ímpetu.

Y éste era para mí un momento de consternación. ¿Por qué nos recibían así? En el camino pensaba, por el contrario, que recibiría una reprimenda por el retraso. Y solamente aquí llegué a comprender cómo se preocupaban, cómo se intranquilizaban nuestros camaradas por la suerte del batallón aislado por los alemanes y que durante tanto tiempo no había dado señales de vida. Secretamente les habría surgido más de una vez el negro presen-

timiento de nuestra muerte; en secreto nos recordarían, tal vez, con alguna triste palabra de despedida.

El jefe del regimiento, el comandante Elin, discreto, reservado, estaba en silencio en el portal, dejando pasar las filas. Me dirigí hacia él para darle el parte. Me escuchó y dijo brevemente:

— Está bien. Venga luego a hacer un informe detallado. Por ahora instale el batallón en las casas. Pueden descansar. El regimiento queda en la reserva del jefe de la división.

En su voz monocorde al decir las últimas palabras, se percibió un tono de orgullo. Elin no pudo ocultarlo. Él, que en la pasada guerra mundial ya había sido un joven oficial y que luego se incorporó al Ejército Rojo, estaba orgulloso del ejército en que tenía el honor de servir.

¿Comprende usted el sentido de esta sencilla frase, después de todo lo sufrido: “El regimiento queda en la reserva del jefe de la división”?

Esta frase significa que, después de la ruptura del frente por los alemanes, después de dos o tres días y noches críticos, la división se alzaba nuevamente ante el enemigo, formada para un combate decisivo, con un potente grupo de reserva emplazado un poco más en la profundidad. Esa sencilla frase significaba que ante los hitlerianos que habían irrumpido se erguía otra vez un frente cerrado y que Moscú estaba cubierta como antes.

El batallón seguía pasando. Venían también los cañones.

Apareció el ayudante de Panfílov, un teniente joven de rojas mejillas. Me saludó militarmente:

— ¡Camarada Momish-Ulí! ¡Lo llama el general!

— ¿Dónde está?

— Vamos. En esta casita. El general, ¿sabe usted?, miró por la ventana y dijo: ¿Qué es eso, de dónde ha salido esa tropa tan bien formada?

Y el ayudante se echó a reír.

4

Llamé a Rajímov, le ordené acuartelar a la gente para el descanso, y seguí al ayudante.

Atravesé una habitación intermedia, donde se habían instalado los telefonistas con sus aparatos y donde hacían guardia los jefes del Estado Mayor, y entré en el cuarto de Panfílov. Con un movimiento vivo, se irguió tras la mesa, en la que también había teléfonos y un mapa topográfico desplegado.

Me puse firme y quise hacerle el informe, pero Panfílov no me lo permitió. Dio rápidamente unos pasos hacia mí, me tomó la mano y la apretó fuertemente: me la oprimió no al estilo ruso, sino según la costumbre de mi pueblo, a lo kazajo, con las dos manos.

— Siéntese, camarada Momish-Ulí, siéntese... ¿Quiere té? ¿Aceptará comer algo?

Y, sin esperar la respuesta, dijo a alguien:

— Traiga la comida, los entremeses, el samovar...

Y todo lo necesario.

Luego se dio vuelta hacia mí. Su sonrisa, sus pequeños ojos un poco oblicuos, algo mongoles, expresaban cariño.

—Siéntese. Cuénteme. ¿Ha perdido muchos hombres?

Le comuniqué las pérdidas.

— ¿Ha sacado a los heridos?

— Sí, camarada general.

Panfílov se acercó al teléfono; llamó al jefe del Estado Mayor de la división y le ordenó que inmediatamente informara al Estado Mayor del ejército, a Rokossovski, que había llegado a Volokolamsk un batallón en completo orden, un batallón que se había abierto paso a través de la retaguardia del enemigo.

Después de oír, a su vez, por teléfono alguna información, Panfílov se inclinó sobre el mapa y comenzó a preguntar respecto a algo. Llegué a captar las palabras:

— ¿Y desde el norte? ¿Está tranquilo? ¿Cuándo ha recibido usted la última información desde allí? ¿Y no hubo noticias después? ¿Sabe usted?, no creo en esa tranquilidad. Averigüe una vez más, aclárelo... Y envíeme, por favor, al capitán Gofman con todos los informes.

Panfílov colgó el teléfono, y continuó observando el mapa. Su rostro estaba serio, casi sombrío. Carraspeó varias veces. Sacó maquinalmente la cigarrera, tomó un cigarrillo, golpeó pensativamente sobre la mesa con el extremo vacío del cigarrillo, y luego, dándose cuenta, me miró.

— Perdone...

Y me alargó rápidamente la cigarrera abierta.

— Bien, camarada Momish-Ulí, cuénteme. Hábleme de todo.

Decidí informar lo más brevemente posible para no distraer al general y hacerle perder tiempo. Yo creía que ahora, en la tensa atmósfera del combate era muy natural que el general no tuviera tiempo para perderlo conmigo ni con mi informe.

— El veintitrés de octubre por la tarde... — inicié yo.

— ¡Hombre, por dónde ha empezado usted! — me interrumpió Panfílov —, espere usted, ya contará lo del veintitrés de octubre... Hábleme antes de los combates en los caminos. ¿Recuerda usted nuestro muelle de “espiral”? ¡Veamos qué servicio le ha hecho!

Estas pequeñas batallas, estas acciones, insignificantes por su escala, de grupos pequeños — de la sección de Donskij y de la sección de Brudni —, ahora, después de haberse desarrollado acontecimientos que tantas veces habían amenazado con la muerte del batallón, se habían desplazado para mí a un plano muy lejano, muy lejano. Es raro, ¿para qué Panfílov me hace estas preguntas? ¿Qué importancia tienen ahora nuestros primeros y lejanos golpes de mano?

Panfílov sonrió, como si hubiera adivinado mi pensamiento.

— Mis tropas — dijo — son mi academia. Esto también le concierne a usted, camarada Momish-Ulí. Su batallón es su academia. Veamos, ¿qué ha aprendido usted?

Al oír estas palabras sentí un calor agradable en el corazón. Por mucho que tratara de fortalecerme, el cuadro de la ciudad dominada por el pavor, me causaba, indudablemente, una influencia agobiadora. Y Panfílov

en esta ciudad, dentro de una habitación hasta la que llegaba claramente el trueno de los cañones, me interrogaba sonriente: "Veamos, ¿qué ha aprendido usted?". Y, de pronto, me transmitió su tranquila seguridad.

Inclinando un poco el cuerpo hacia mí, Panfílov esperaba mi respuesta con un vivo interés, nada ficticio.

¿Qué he aprendido en realidad? Pues bien, sin rodeos le expondré lo principal. Le dije:

— Camarada general, he aprendido que la guerra relámpago que quieren emplear los alemanes contra nosotros, es una guerra psíquica. Y yo, camarada general, he aprendido a golpearlos con un arma similar.

— ¿Cómo ha dicho usted? ¿Una guerra psíquica?

— Sí, camarada general. Así como existen ataques psíquicos, de la misma forma toda la guerra es psíquica...

— ¿Psíquica?... — dijo otra vez Panfílov lentamente, en tono interrogativo.

Siguiendo su rasgo característico guardó silencio; meditaba. Yo esperaba con emoción lo que diría después, pero en ese momento se abrió la puerta. Alguien preguntó:

— ¿Me permite entrar?

— Sí, sí, entre.

El capitán Cofman, jefe de la sección operativa del Estado Mayor de la división, entró con una gran carpeta negra.

— A sus órdenes...

— Sí, sí, siéntese.

Me puse en pie, como lo exige la cortesía.

— ¿Dónde va usted, camarada: Momish-Ulí? — dijo Panfílov. Luego bromeó: — ¿Quiere usted cerrar de golpe el libro en el lugar más interesante? Eso no está bien...

¿Podía él saber entonces que esas palabras entrarían realmente alguna vez en un libro?

— Coma mientras tanto...

Panfílov señaló alegremente la mesita donde desde hacía un momento me esperaba la comida.

6

No consideraba correcto escuchar una conversación que se desarrollaba en voz baja. Pero algunas frases llegaban hasta mí.

Como pude aclarar involuntariamente, Panfílov no confiaba en los informes tranquilizadores de cierto sector, que hasta ahora permanecía relativamente tranquilo; estaba alejado de la dirección del golpe principal de los alemanes, y el general exigía un control a fondo, parcial y minucioso.

Luego oí:

— ¿Me ha entendido usted?

Con esta pregunta nuestro general concluía habitualmente las conversaciones. Una infinidad de veces yo había podido escuchar cómo Panfílov pronunciaba esas palabras. No eran en él una frase vacía, pegada por la costumbre de repetirla; no la decía como frase final, sino que realmente preguntaba, observando siempre a su interlocutor.

El capitán saludó y ya iba hacia la puerta, cuando Panfílov se dirigió nuevamente a él. Oí una pregunta a la que no di importancia en ese momento; descubrí su sentido un poco más tarde.

Panfílov preguntó:

— ¿Ha salido hacia aquí el representante de la setenta y ocho?

— Sí, camarada general. Pronto llegará.

— Bien, envíelo inmediatamente hacia aquí, por favor.

Con un movimiento de cabeza permitió al capitán que se retirara; luego, acercándose a mí, dijo:

— Coma, coma usted, camarada Momish-Ulí.

Me puse en pie y le di las gracias.

Un panzudo samovar de viejo estilo, que también habían traído a la mesa, dejaba escapar un murmullo que se iba apagando lentamente. Panfílov sirvió para ambos el té cargado y caliente y se sentó, aspiró el vapor que se elevaba del vaso, chasqueó apenas con la lengua y se sonrió. Yo hubiera querido exponerle mis reflexiones acerca de la guerra psíquica, reiniciar la conversación en el punto donde nos habían interrumpido, pero Panfílov dio a la charla un giro a gusto suyo.

— Bien, camarada Momish-Ulí — dijo —, vamos a comenzar todo con método y orden. ¿Qué resultado le dio lo que señalamos con usted en el mapa, con lápiz? ¿Cómo han actuado las secciones en los caminos?

Comencé a informarle. Bebiendo el té a pequeños sorbos, Panfílov me escuchaba todo oídos. De vez en cuando hacía una breve observación, sin referirse, por el momento, a lo principal. Por ejemplo, respecto a Donskij, me preguntó:

— ¿Ha escrito usted una carta a su casa, a sus familiares?

— No, camarada general.

— Debíó hacerlo, No está bien, camarada Momish-Ulí, eso es faltar a las normas de un soldado. Y no es hu-

—**Los hombres de Panfílov** mano. Escriba, por favor. Y escriba también al comité de las juventudes comunistas.

Panfílov ordenó que el teniente Brudni fuera restablecido en el cargo anterior.

—Se lo ha ganado — aclaró el general. — Y, de ordinario, camarada Momish-Ulí, sin extrema necesidad no es conveniente desplazar a la gente. El soldado se acostumbra a su jefe igual que a su fusil. Pero continúe, continúe...

Le hablé del 23 de octubre, de cómo el batallón cayó en el cerco. Apartando el vaso, Panfílov escuchaba, inclinándose un poco hacia mí y mirándome fijamente como si quisiera descubrir en mis palabras algo más de lo que yo ponía en ellas.

Mi informe aclaró a Panfílov algunos detalles de la batalla, que todavía se prolongaba, aunque en una nueva etapa. Quizá solamente ahora él comprendiera cabalmente por qué razón en cierto momento, dos días antes, al dirigir una febril batalla, notó que de improviso se debilitaba la presión del enemigo, que se podía respirar con más facilidad: Entonces, en aquella hora, lejos de Volokolamsk, lejos de las fuerzas principales, entraron en acción nuestros cañones, nuestro batallón, encerrado en el cruce de los caminos. Las columnas del adversario fueron divididas, el camino principal obstruido; y los alemanes, por cierto tiempo, no tuvieron con qué intensificar la ofensiva, con qué sostener a sus tropas.

Esto parecía ser una feliz casualidad de la lucha. Pero Panfílov adaptó lo que había sido una casualidad, aprovechándolo enseguida como un método táctico me-

diato y asimilado. De ello pude convencerme varios días después, cuando en una nueva circunstancia, Panfílov me planteó una tarea militar. Sí, sus tropas eran realmente su academia.

7

Reviviendo la emoción del combate, le describí cómo nos habíamos abierto camino a través de la columna alemana con un fuego en descarga, y cómo avanzamos sobre los cadáveres. Yo sentía un secreto orgullo por la victoria en el claro del bosque. Allí, en esta corta batalla, sentí por primera vez que dominaba no solamente la teoría, sino el arte del combate.

—Usted está hablando —pronunció sonriente Panfílov— como si el fuego en descarga fuese un invento suyo. Nosotros, camarada Momish-Ulí, ya disparábamos así en el ejército zarista. Tirábamos a la voz de mando: “Compañía, en descarga, ¡fuego!...”

Pensó un poco y continuó:

—No se lo digo para que se ofenda, camarada Momish-Ulí. Está bien, está muy bien que usted se entusiasme al relatar eso. Actúe así en el futuro. Enséñeselo a su gente.

Calló, mirándome cariñosamente, esperando mis palabras.

Dije:

—He terminado, camarada general.

Panfílov se puso de pie, dio unos pasos...

—La guerra psíquica... —pronunció inesperadamente. —No, camarada Momish-Ulí, esta palabra no en-

Los hombres de Panfílov cierra, no abarca la guerra actual. Pero si usted se refiere a la tanquefobia, a la automaticofobia y a la cercofobia (Panfílov empleó precisamente estas extrañas combinaciones de palabras, que yo oía por primera vez), entonces, indudablemente, tiene razón.

Se aproximó a la mesa donde estaba extendido el mapa y me llamó.

— Acérquese, por favor, camarada Momish-Ulí.

Luego, brevemente me puso al corriente de la situación. El adversario presionaba sobre Volokolamsk desde el norte y desde el sur; había irrumpido al este de Volokolamsk en un terreno entre dos carreteras; desde allí amenazaba a las retaguardias de la división, pero aún no había logrado pisar en ningún sitio la carretera de Volokolamsk.

— Y aquí las cosas están flojas, y aquí, bastante mal — decía Panfílov a la vez que indicaba en el mapa. — Yo estoy ubicado aquí, camarada Momish-Ulí, y sostengo aquí mi Estado Mayor. Sería conveniente replegar un poco el Estado Mayor, pero entonces, automáticamente se replegarán un poco los estados mayores de los regimientos. Luego, los jefes del batallón se buscarán refugios más cómodos. Y todo ocurrirá legalmente, todo ocurrirá según lo exigen las reglas. Pero a las trincheras llegará arrastrándose el susurro: “Se retiran los estados mayores”. Y, cuando uno se da cuenta, el soldado ha perdido su tranquilidad, su firmeza.

Panfílov sonrió una vez más con su encantadora; inteligente sonrisa.

—La guerra psíquica... —carraspeó, y continuó sonriente; parecía que le era simpática esta expresión.

—Sí, en esta franja (me señaló la franja que habíamos abandonado ante Volokolamsk) podríamos haber hecho rondar a los alemanes casi un mes, pero algunos se dejaron vencer por sus trampas; el enemigo tomó fácilmente algunos lugares y, sin embargo, ya han pasado casi dos semanas, si contamos desde el día quince, que lo hacemos rondar por aquí. Así resulta, camarada Momish-Ulí, que incluso venciendo, puede uno resultar vencido.

—¿De qué manera, camarada general?

—¿Y el precio? —respondió vivamente Panfílov.

—¿El precio que pagan por la victoria?

Después de darme la cifra aproximada de las pérdidas del enemigo en todos los días de combate junto a Volokolamsk (cerca de quince mil muertos y heridos), Panfílov me dijo que, aunque esa cifra por sí sola no era muy grande, era, sin embargo, muy significativa para la agrupación alemana que intentaba la ruptura en la carretera de Volokolamsk.

—Pero ahora para nosotros es más importante el tiempo —continuó Panfílov.

Prestaba atención al sordo estruendo de los cañones y volvió el rostro en aquella dirección. Luego, mirándome nuevamente, hizo un guiño repentino.

—Aún les queda mucho trueno —pronunció—, ¿pero dónde está el rayo? ¿Dónde, camarada Momish-Ulí? Nuestro ejército, también usted y yo, se lo ha quitado a Hitler, lo ha destruido. Nosotros, camarada Momish-Ulí hemos ganado y continuamos ganando tiempo.

Calló un instante y repitió:

— Sí, incluso venciendo, puede uno resultar vencido... ¿Me ha entendido, camarada Momish-Ulí?

La conversación tocaba a su fin. Panfílov me hacía las últimas preguntas.

— ¿Y el soldado? Según su opinión, ¿qué ha sacado el soldado del combate? ¿Ha llegado a comprender eso que usted llama guerra psíquica? ¿Ha entendido al alemán?

De pronto recordé a Polsunov.

— Perdone, camarada general. Me he olvidado de informarle sobre Polsunov.

Panfílov, haciendo memoria, alzó las cejas.

— Ah... Sí, sí... — dijo con curiosidad,

8

Se abrió otra vez la puerta. Entró el ayudante.

— Camarada general, ha venido a verle el teniente coronel Vítebski. Del Estado Mayor de la 78 división de tiradores.

Panfílov echó una rápida mirada al reloj.

— Bien, muy bien.

Luego, inconscientemente, se alisó los cabellos; se llevó la mano a los bigotes negros, cortados como un cepillito; enderezó un poco la espalda algo encorvada. Evidentemente, debía tener una entrevista muy seria. Sin embargo, me miró y le dijo a su ayudante:

— Ruéguele, por favor, que espere un momento.

No quería dejar trunca nuestra conversación; él, nuestro general, sabía brindar generosamente su tiempo a un jefe de batallón.

—A ver, a ver... ¿Qué pasa con Polsunov? —preguntó. Le relaté qué estado moral tenía Polsunov cuando salió del bosque entre aquellos que yo había denominado “fugitivos”; le conté cómo le había visto en la última batalla, con cuánta cautela, con qué claros e inteligentes ojos él observaba el terreno con su granada antitanque preparada.

— ¡Salúdelo usted! — dijo Panfílov. — ¡No se olvide de hacerlo! Cada soldado, camarada Momish-Ulí, ansía una palabra cariñosa por su servicio honesto.

Sin despedirnos aún, me extendió la mano, retuvo la mía entre las suyas y la oprimió otra vez cariñosamente, con dulzura, con las dos manos, al estilo kazajo.

—Le ruego, camarada Momish-Ulí, que ahora mismo me presente usted la lista de los que se han distinguido, para que sean condecorados. Por favor, que hoy mismo reciba las listas y las características... Bueno, váyase... Creo que puedo permitirle a su batallón que descanse hasta mañana. Vaya, y mucha suerte...

Se me adelantó, llegó rápidamente hasta la puerta y la abrió.

— Camarada teniente coronel, por favor...

Entró un teniente coronel con gorra de visera y el borde rojo de retaguardia.

Quise pasar, pero Panfílov me tomó de la manga. Indicándome al que acaba de entrar, me murmuró al oído:

— Esto es el refuerzo, camarada Momish-Ulí. Los del Lejano Oriente. Han venido vertiginosamente en doce días. Llegaron a tiempo. Ése es, camarada Momish-Ulí, el sentido de la batalla defensiva junto a Volokolamsk. ¡El

Los hombres de Panfilov
tiempo, hemos ganado el tiempo!

Por un instante sus ojos centellaron con una leve lágrima de emoción y felicidad.

Al cerrar la puerta tras de mí, otra vez vi que el general Panfílov colocaba sobre la mesa el reloj, desprendiéndolo de la correa. Pequeño, un poco encorvado, con su cuello curtido y con arrugas, ya estaba de espaldas a la puerta y con un gesto cordial indicaba una silla al teniente coronel. Con la otra mano — más exactamente, sólo con el pulgar —, acariciaba instintivamente el pequeño cristal convexo del reloj.

...En la calle llovía, caían grandes gotas. Las nubes eran bajas, amenazantes. Junto a la estación tronaban los cañones. En el aire se esparcía un débil olor a quemado. Todo estaba envuelto en un ondulante velo de neblina.

ALEJANDRO BEK

Escritor ruso nacido el 3 de enero de 1903 e la ciudad de Saratov. Tras la Revolución Rusa de 1917 y el estallido de la Guerra Civil Rusa se unió a los bolcheviques .

Con el estilo del realismo socialista publicó varias obras en la década de 1930. *Kurako* es el título de su primera novela, publicada en 1934.

Sirvió al Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial. Poco antes de entrar en combate fue reasignado para servir como corresponsal de guerra, fungiendo el papel de testigo del Soviet defensa en Moscú en 1941, siendo testigo de la rendición de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial. Así se produjo una de sus obras más famosas, *Volokolamsk carretera* (publicada posteriormente en dos partes, la segunda bajo el título de *Los hombres de Panfilov*).

Otros títulos de Bek son: *La Reserva del General Panfilov*; *Berezhkov. La historia de un inventor* y *La Nueva cita*.

Bek falleció el 2 de noviembre de 1972 en Moscú.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de diciembre del año 2014 para su distribución gratuita, y es cortesía de MORENA.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.